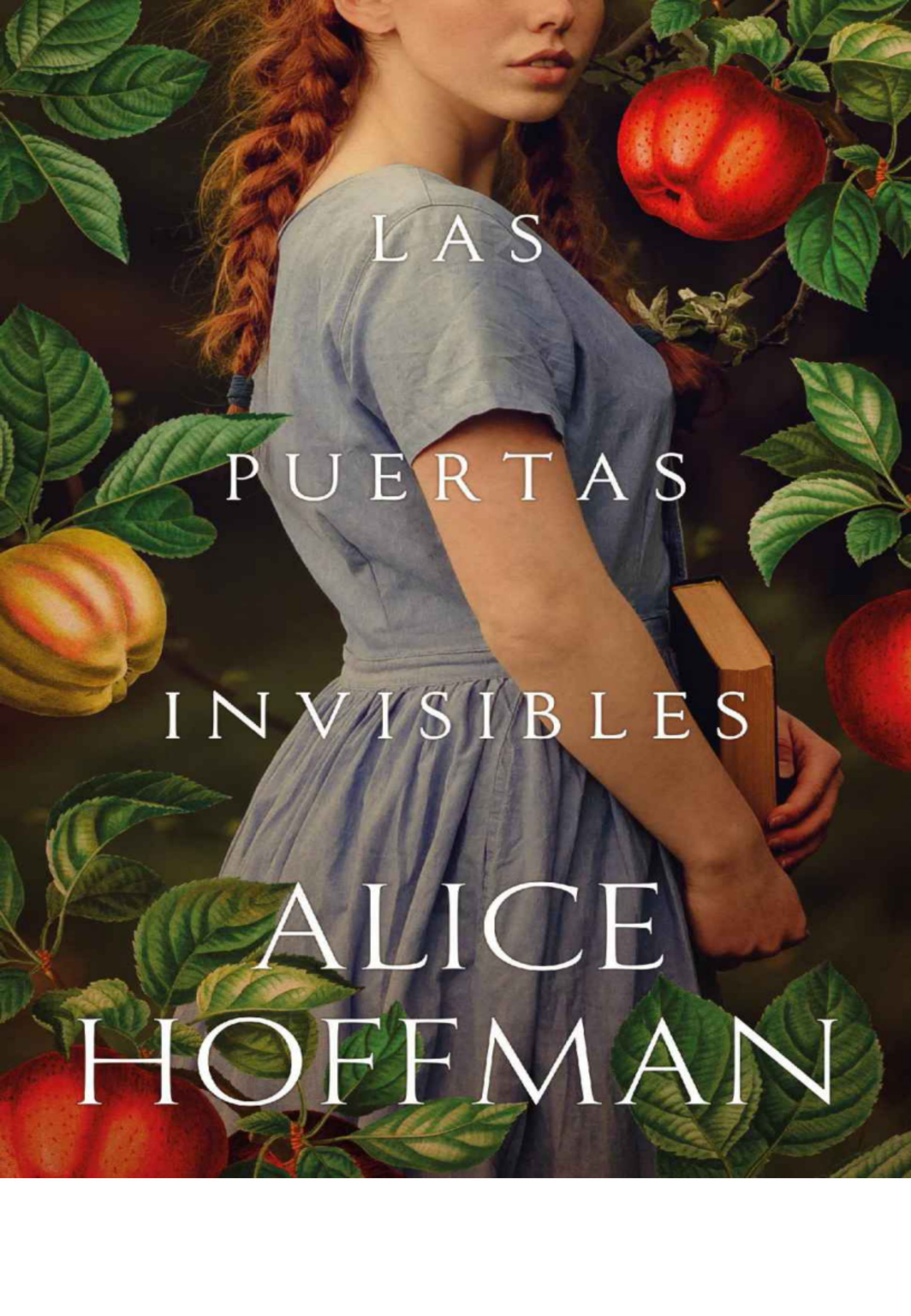
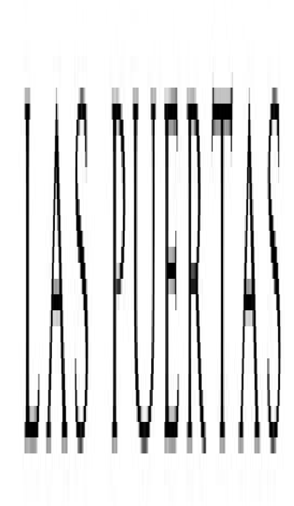
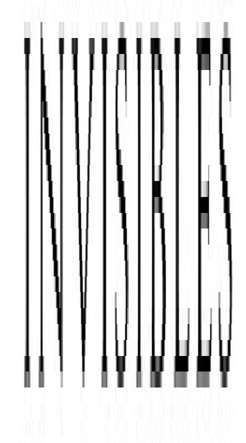

LAS
PUERTAS
INVISIBLES
ALICE
HOFFMAN


LAS PUERTAS


INVISIBLES

LAS

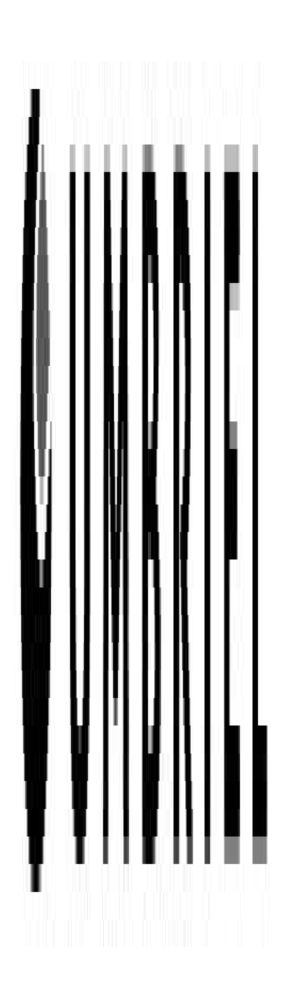
PUERTAS

INVISIBLES

ALICE
HOFFMAN



Traducción de Icíar Bédmar



Argentina · Chile · Colombia · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

Título original: *The Invisible Hour*
Editor original: Atria Books, un sello de Simon & Schuster, Inc.
Traducción: Icíar Bédmar

1.ª edición: mayo 2024

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-19936-95-0

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Mi vida comenzó por segunda vez una noche de junio, el año en que cumplí los quince años. Mi nombre seguía siendo Mia Jacob, y aún estaba hecha de carne y hueso, pero cuando puse un pie en la carretera esa noche, me adentré en un futuro diferente. Me marché de la forma en que mi madre había llegado: sola, y en la oscuridad.

La luna estaba amarillenta, y el bosque, sumido en una oscuridad total. Si no supieras ya que allí estaban las montañas y el campo, y que aquello era el oeste de Massachusetts, pensarías que habías llegado al mismísimo final de la tierra. Y, en cierta manera, así era. Por lo menos, lo era para mí. Podía sentir que cada vez que respiraba, el aire se me atascaba a la altura del pecho. Cada uno de mis latidos retumbaba. La libertad no es lo que crees que es; es algo frío, duro y brillante. Así es como me sentía al cambiarlo todo. Al recoger las cenizas y dejar que se las llevase el viento.

A la mañana siguiente, debía ser castigada en el campo de ganado, delante de todo el mundo. Yo debía ser un ejemplo para que todos vieran lo que ocurriría si desobedecían. Tenía que rogar y suplicar. Ya había pedido perdón en el pasado, pero ahora era una persona diferente. Era la chica que sabía cómo escapar, la que podía volverse invisible y creía que un solo sueño era mucho más poderoso que mil realidades.

Ellos pensaban que solo tenía la vida que llevaban allí, pero había encontrado posibilidades diferentes cada vez que había leído un libro.

Me encerraron en el establo con las ovejas, me dijeron que debía reflexionar sobre lo que pasaría al día siguiente. Pero yo les había robado un martillo a los hombres que reconstruían un cobertizo al otro lado del campo, y lo había guardado bajo la paja del establo. Siempre había creído que quizás necesitaría escapar.

Intenté abrir el cerrojo durante una hora o más, hasta que tuve las manos ensangrentadas y llenas de ampollas, pero no pasó nada. Y entonces, de repente, el cerrojo se desprendió en mis manos.

Llevaba puesto un mono gris y las botas rojas de mi madre. Parecía

una prisionera, y eso era lo que siempre había creído ser, pero se había acabado. La pasada primavera me cortaron el largo pelo rojo como castigo, cuando me negué a abandonar la tumba de mi madre y tuvieron que alejarme a rastras con los helechos a los que me había aferrado aún entre los dedos. De todas formas, mi pelo era demasiado bonito, o eso era lo que siempre decían. No era más que vanidad, el tipo de cualidad que haría que me mirase al espejo y quizás pensara que era mejor que los demás.

En esta ocasión, el castigo era peor. Me colgaron una cuerda alrededor del cuello en la cual había un letrero que anunciaba todas las reglas que había quebrantado: ***A*** *de actos de maldad.* ***A*** *de agravio y anarquía.* ***A*** *de abstinencia y comportamiento antisocial.* ***A*** *de ambición. Al día siguiente me marcarían en el brazo la letra* ***A****, para que así no olvidara jamás la razón de mi castigo.*

Habían encontrado mis libros. Una colección de las obras de Shakespeare; The Blue Book of Fairy Tales*, que había sido el favorito de mi madre de niña, y las cartas y poemas de Emily Dickinson. «Estoy afuera con linternas, buscándome a mí misma». Cada vez que había ido al pueblo, había conseguido escaparme a la biblioteca a escondidas. Sabía que allí había magia, y sabía que ellos harían lo que fuera por destruirla. Esa noche habían quemado mis libros, y aún notaba el olor como a azufre de las brasas que había en el campo, donde planeaban castigarme por la mañana. Me quedaba un libro más, mi favorito por encima de todos, que estaba escondido en el establo, en un sitio en el que se les había olvidado mirar. Era mi tesoro, mi mapa, el libro que me había salvado la vida. Tiempo atrás, habían existido otros lugares donde las mujeres eran castigadas por mantenerse fieles a sí mismas. Apreté* La letra escarlata *contra mi pecho cuando salí del establo y atravesé el oscuro campo corriendo. A veces, cuando lees un libro, es como si estuvieras leyendo la historia de tu vida. Eso era lo que me había pasado. Leí la primera página y sentí como si me hubiese despertado. Vi quién era y lo que podía llegar a ser.*

La otra cosa que me llevé fue un pequeño dibujo que había encontrado en un armario de la oficina. Evangeline, que dirigía la oficina y la escuela, me dijo que me lo llevara cuando vio lo que había encontrado. Nadie quería esa porquería. Era una acuarela de tonos azules y verdes, la cual guardaba bajo mi almohada. La miraba cada noche y siempre me

recordaba que el mundo era hermoso. El bosque era bonito incluso en la oscuridad, con el suave aire verde que me rodeaba, las luciérnagas que revoloteaban entre la hierba alta y la phlox blanca que crecía salvaje allí en el bosque.

Todos los perros me conocían, así que no me frenaron cuando llegué a la verja. Ni siquiera ladraron. Había murciélagos revoloteando entre los árboles, y una gran cantidad de estrellas, pero no podía pararme para admirarlas. Caminé entre los arbustos con espinas, tan cerca de ellos que me hicieron sangrar. Mi madre no sabía cómo librarse de lo que nos mantenía allí, pero yo era diferente. Yo tenía la llave en mis manos: un libro que había sido publicado en el año 1850, el que comprendía nuestra historia mejor que nadie que pudiera habernos conocido. Dejé atrás el letrero que me habían colgado alrededor del cuello, aunque no antes de romperlo en dos.



Atravesé los campos, recorrí el camino de tierra y pasé junto a los antiguos robles. A lo lejos estaba Hightop Mountain, un lugar donde los osos aún deambulaban. Sabía qué era lo que tenía que hacer: viaja ligero; no mires atrás; llévate solamente lo justo y necesario. Me adentré en el bosque en dirección a la ciudad. Allí había nacido y allí había vivido toda mi vida, pero eso se había terminado. Entre los helechos y los pinos me haría invisible, pasaría inadvertida ante el tráfico que pudiera pasar por allí. Las ramas y hojas crujieron bajo mis pies cuando atravesé la densa vegetación, donde los árboles de hoja perenne rezumaban un oscuro y terroso aroma. Era el final de algo y el principio de otra cosa.

En todos los cuentos de hadas, la chica que se salva es la que se rescata a sí misma.

Cuando llegué al pueblo, corrí por la carretera. Corrí más rápido de lo que jamás había corrido. Fui al único sitio que sabía que estaría abierto, el lugar donde había encontrado la llave. Mucho antes de que amaneciese, antes de que pudieran ir al establo y descubrir que había huido, antes de que comenzaran a buscarme, yo ya estaba en la biblioteca. Allí fue donde mi vida comenzó.

PARTE UNO
EL AQUÍ Y AHORA

CAPÍTULO UNO

A través del universo

Ivy Jacob llegó desde Boston, donde había vivido toda su vida en Beacon Hill. Pero siempre que alguien le preguntaba de dónde era, ella decía: «del oeste de la luna», y a continuación se reía al mencionar aquel lugar de cuento de hadas que jamás había existido en este mundo, ni en cualquier otro. Pero en su mirada podía verse lo mucho que deseaba que aquello fuese cierto. Siempre se había sentido como una extraña en Louisburg Square, un enclave exclusivo de casas neogriegas que rodeaban un pequeño parque y jardín, todo ello propiedad de las familias de la élite de la ciudad. Los vecinos no hablaban demasiado, pero se respetaban los unos a los otros, y seguían las reglas. El resto de chicas del vecindario llevaban faldas con pliegues y blusas con cuello babero, eran obedientes, y cuando se graduaban de la escuela de Birch, iban directas a Wellesley o a Mount Holyoke. Pero Ivy era diferente, ella hacía lo que quería. A sus padres no les gustaba demasiado la manera en que siempre andaba malhumorada, ni la manera en que se deshonraba a sí misma con sus minifaldas, ni que tratara su belleza como si fuese una maldición, cortándose todo el pelo un año o tiñéndoselo de azul al siguiente. Cada vez que sus padres trataban de hacerla entrar en razón, salía de la habitación hecha una furia. Al mismo tiempo, era una chica inteligente, y siempre había sido una lectora voraz, llegando a pasarse horas en el Ateneo de Boston. Pero, a pesar de su amor por los libros, desatendía sus deberes y suspendía las clases, ya que las lecciones la mataban del aburrimiento. Le encantaba Thoreau por sus pensamientos rebeldes, y las hermanas Brontë por sus historias de amor trágicas y oscuras, y Tony Morrison, ya que sus novelas la hacían llorar y sentirse como si no supiera absolutamente nada de la vida.

Los pocos tesoros que tenía los guardaba en un pequeño joyero, el cual le habían regalado de niña. Cuando la tapa se abría, una bailarina

giraba en círculos. Dentro, había solo algunas baratijas: brazaletes de plata, una entrada del concierto al que había ido mientras sus padres estaban de vacaciones y la llave de la casa de su empleada doméstica, Helen Connelly. Helen nunca había tenido hijos y siempre se había arrepentido de la decisión, pero conocía bien a la familia y sabía lo infeliz que era Ivy. Llevaba con la familia Jacob desde que Ivy era niña, y la veía como a su propia hija, por mucho que no lo fuera. Si lo hubiese sido, habría sacado a Ivy de la escuela privada, donde claramente no estaba prosperando. Ivy habría sabido que alguien la quería.

—Para una emergencia —le había dicho Helen cuando le entregó la llave a Ivy—. Por si alguna vez me necesitas.

En agradecimiento, Ivy la había abrazado con los brazos alrededor del cuello.

—Todos los días son una emergencia —Ivy le susurró. Y, a pesar de que lo había dicho con una sonrisa, no parecía ser una broma.

—Que no se te olvide —le dijo Helen a la chica—. De día o de noche, aquí estaré.

Ivy era toda una belleza, con su pelo negro y ojos grises, pero conforme crecía, se volvía más incontrolable. Al menos, eso opinaban sus padres. Para cuando cumplió los dieciséis años, su madre pensaba que Ivy era una pesadilla. En su último año de instituto, sus notas eran terribles, se quedaba a menudo dormida hasta el mediodía y se había hecho vegetariana, elección que sus padres estaban seguros de que había tomado solo para molestarles a ellos. La policía había recogido a Ivy cuando estaba con un grupo que había cometido vandalismo contra la estatua de John Harvard en Harvard Yard, cuyo pie habían pintado de rojo. Iba de un chico a otro, recientemente, la habían sorprendido en su habitación y en su propia cama con el hijo del vecino, un estudiante de Harvard llamado Noah Brinley, quien pertenecía a una familia muy respetada. Aun así, sus acciones eran inaceptables. No informaron a los padres de Noah de la situación, ya que, después de todo, así son los chicos. Pero castigaron a Ivy durante varias semanas. Aunque, de haber sido más observadores, sus padres se habrían dado cuenta de las pisadas mojadas que había en la alfombra del pasillo, las cuales aparecían en las frías mañanas en las que Ivy se colaba de vuelta en la casa tras pasar la noche en Public

Garden, o con Noah en su habitación de la residencia universitaria, o deambulando por Beacon Street.



Ivy no se percató de lo que ocurría hasta septiembre y, para entonces, ya habían transcurrido tres meses. Había tenido algún retraso antes de aquello, pero en esa ocasión sintió cómo se movía algo en su interior. Nadie le había hablado de los métodos anticonceptivos, y ella creía que podría contar con que Noah se encargaría de ello, pero él jamás había sido alguien muy dado a asumir la responsabilidad. Ivy sentía como si se hubiese tragado el mar y una ola estuviera recorriéndola por dentro, un estímulo que se asemejaba al de un corazón latiendo contra el suyo. Jamás había pensado en tener un bebé, ya que no estaba interesada en los niños, pero ahora sus prioridades en el mundo habían cambiado.

Los estudiantes empezaban a volver a Harvard, así que encontró a Noah deshaciendo la maleta en su habitación de la residencia. Llevaba todo el verano de viaje con sus padres por Francia. Por algún motivo, no había vuelto a contactar con Ivy tras volver a los Estados Unidos. Lo cierto es que había otras chicas que le parecían más interesantes, chicas que no tenían una historia tan complicada, y que eran mucho más sofisticadas en cuestiones sexuales. Noah era alto y atractivo, con una abundante mata de pelo rubio rojizo.

—Hola —le dijo de forma indecisa cuando la vio en la puerta. Ivy parecía haber engordado, y tenía una expresión de ensueño, como si estuviera en trance—. ¿Qué haces aquí? —le preguntó Noah tras una pausa moderada.

Había ido allí a decirle que sus vidas estaban a punto de cambiar, que estaban destinados a estar juntos y que serían felices. Pero, cuando anunció que estaba embarazada, Noah no dijo nada. Se le quedó una expresión vacía y se sintió algo mareado, como cuando bebía demasiado. Ivy le dijo que quería que huyeran juntos y, en respuesta, Noah cerró la puerta con fuerza en caso de que volviera su compañero de habitación.

—Baja la voz —le dijo. En ese momento, allí, en ese dormitorio universitario de Harvard, a Ivy le recordó a su padre.

Ella había creído que estaban enamorados, ya que es lo que se habían dicho el uno al otro. Pero ahora veía la mirada oscura y de soslayo que Noah le dirigió, y pensó que quizás había estado equivocada. Había visto esa mirada anteriormente. De hecho, la había visto en el rostro de su padre: decepción, frialdad. Noah aún estaba en la habitación junto a ella, pero era como si ya se hubiese marchado.

—¿De verdad pensabas que iba a considerar huir? —le preguntó Noah con indiferencia y una mueca en su precioso rostro—. Es mi segundo año de universidad, es un año importante. No puedes jodérmelo.

Ivy se sintió en ese momento como una niña pequeña abandonada en un mundo de caos. La verdad era que, a pesar de su actitud de chica mala, Noah había sido el primer chico con el que se había permitido intimar. No podía ir a su médico de familia a pedirle ayuda con los métodos anticonceptivos, ya que el doctor se lo diría inmediatamente a su madre. Y la única vez que había ido a una clínica a pedir ayuda, los manifestantes que había en el exterior hicieron que se pusiera tan nerviosa que no llegó a entrar.

—Pensaba que querías que estuviéramos juntos.

Noah dependía de la benevolencia de sus padres, y aquella noticia de Ivy los enfurecería. ¿Quién sabía el precio que tendría que pagar? Nunca habría conseguido entrar en Harvard sin la intervención de su padre.

—La gente cambia —le dijo con total confianza. Era algo que había escuchado a su padre decir muchísimas veces.

Noah ni siquiera estaba seguro de lo que sentía por Ivy ya. De todas formas, ¿qué era el amor? Ivy era guapa, pero lo que había sido divertido y entretenido al principio (saltar al río Charles, a pesar de que estaba contaminado y helado, robar en las tiendas de Charles Street, acostarse juntos de madrugada en el jardín público de Boston…), ahora no le parecían más que chiquilladas. Ivy podía librarse del bebé o tenerlo, pero esa era su decisión. ¿Qué tenía él que ver en todo eso?

—Oye —le dijo Noah—, ¿qué quieres que te diga? Puedes hacer lo que te dé la gana.

—¿Lo que *me dé* la gana? —Ivy no podía creer lo que escuchaba—. ¿No es eso lo que estás haciendo tú? ¿Lo que te da la gana?

Noah retrocedió. Ivy tenía los ojos grises, como los de un gato. Nunca podías saber a ciencia cierta lo que una chica como Ivy era capaz de hacer. Era tan sensible… Nunca sabías cuándo podía estallar. Puede que llamara a los padres de Noah, o que se presentara en su puerta y les pidiera ayuda. Podía chantajearlo o acosarlo, perseguirlo por Harvard Yard en un intento de tenderle una emboscada… Él tenía que pensar en su futuro, y Ivy formaba parte ya de su pasado. En los años venideros, incluso le costaría acordarse de ella.

—Mira, tengo que irme a clase —le dijo Noah, enfadado, sin tener ni idea de que lo estaba haciendo mal, aunque tampoco le importara demasiado—. No todos tenemos todo el tiempo del mundo.

Noah se marchó rápidamente, resignado con el hecho de que todos los amoríos no podían acabar bien. Ivy había sido la primera chica a la que había decepcionado, y ciertamente no sería la última. Noah había querido decir «es tu problema, no el mío», pero era más fácil simplemente desaparecer. Al doblar la esquina, ya había olvidado a Ivy.



Ivy esperó una semana, pero aquello no lo hizo más fácil. Se despertaba en mitad de la noche por todas las cosas que soñaba. La ropa ya no le quedaba bien. Cuando por fin le contó la situación a su padre, este le propinó una bofetada. Fue una respuesta instintiva de la que se arrepintió el resto de su vida.

Normalmente, no era un hombre violento, pero lo hecho, hecho estaba, así que ahora Ivy lo veía como a un extraño.

—¿Cómo se te ocurre? —le escupió, perturbado.

Le preguntó a Ivy si acaso estaba tratando de matar a su madre, arruinar su negocio y tirar su vida por la borda.

—Voy a tener un bebé —le dijo Ivy—. Pensé que me ayudarías.

La mandó a su habitación como si fuese una niña pequeña, y escuchó a sus padres discutir en el salón. Salió a hurtadillas de su cuarto y se quedó en el rellano de las escaleras para escuchar lo que tramaban los adultos. Ellos ya habían decidido su destino: mandarían a Ivy a una escuela en Utah, una instalación donde se hacía un confinamiento, y cuando el bebé naciese, lo darían en adopción. Era

su cuerpo y su futuro lo que discutían, pero parecía pertenecerles a ellos, y planeaban tomar el control de aquello que ellos consideraban un desastre.

Ivy hizo la maleta y esperó a que se fueran a la cama. Después, bajó los tres tramos de escaleras hasta la puerta principal. Quizás podría haber dejado una nota para Helen, quien siempre se había portado bien con ella. Podría haberse llevado la llave que había en su joyero y haberse montado en el metro hasta el sur de Boston, donde Helen vivía, pero no pensaba con claridad. Su instinto le decía que se alejara lo más rápido que pudiera para que así sus padres no pudiesen controlar su vida. De ninguna manera les dejaría llevarse a su bebé. Ni siquiera le importó dejar la puerta entreabierta al marcharse. Para sus padres, sus pertenencias eran lo más preciado que tenían, y siempre tenían cuidado de cerrar con doble vuelta la puerta principal. Pero así verían lo que se sentía cuando alguien no respetaba sus deseos ni sueños. Que así vieran que no tenía intención alguna de volver.

Ivy temblaba cuando por fin fue consciente de que su destino estaba en sus propias manos. Aun así, fue a Harvard Square y se sentó con las piernas cruzadas sobre los ladrillos que había cerca de la estación de metro, donde los jóvenes se reunían para pasar el rato y comprar drogas. Tenía la espalda apoyada contra la pared y la maleta bajo las piernas. El pelo negro y largo le caía sobre la espalda, y llevaba puestos unos vaqueros y una chaqueta, la cual se había percatado demasiado tarde de que era demasiado fina para la fecha. Era septiembre, y durante las noches hacía frío. El tiempo pasaba demasiado deprisa.

Ivy esperaba ver a Noah, ya que ansiaba que cambiase de idea, pero él no estaba allí, y si la hubiese visto en aquella plaza, habría pasado de largo sin mirarla. Noah ya había decidido que, en caso de que sus caminos se cruzasen de nuevo, no le dirigiría la mirada ni entablaría conversación con ella. Después de todo, no le debía nada. Apartaría la mirada y esperaría a que se marchara. De hecho, ya lo había hecho.

Una chica que llevaba una pesada mochila se sentó junto a Ivy.

—Hola, ¿qué tal estás?

—¿Cómo crees que estoy?

Avergonzada, Ivy se percató de que tenía los ojos llenos de

lágrimas.

—Creo que el mundo puede ser cruel —le dijo la chica.

Ivy se limpió las lágrimas, ya que, ¿de qué iba a ayudarle llorar?

—En alguna parte alguien debe de ser feliz —murmuró, aunque no creía que aquello fuese realmente cierto.

—Así es —le dijo la chica—. Y yo sé dónde.

La nueva acompañante de Ivy se llamaba Kayla. O, al menos, así se llamaba a sí misma ahora, ya que solía tener un nombre diferente, el que sus padres le habían dado. Pero eso ya no importaba. Kayla se dirigía al oeste de Massachusetts. Había escuchado hablar de una comunidad donde respetaban a la gente por quién era, y no lo que sus familias esperaban que fueran. No se juzgaba a la gente y compartían todo lo que tenían. Había ido a Harvard Square para pedir dinero, lo suficiente para un billete de autobús.

Pero, al final, resultó que no les haría falta mendigar. Ivy aún tenía la tarjeta de crédito de su padre y dado que aún no la había cancelado, las chicas fueron a la Cocina de Charlie. Allí, pidieron un plato de patatas fritas, y después se compraron unos zapatos nuevos. Más tarde, fueron al centro, y Ivy usó la tarjeta de su padre para sacar suficiente dinero como para comprar dos billetes de autobús. Después, tiró la American Express a la basura junto a la estación de autobús de Greyhound. Allí mismo, en la estación, Ivy se quedó inmóvil durante un momento. Sabía que todo estaba a punto de cambiar.

—No te preocupes —le dijo Kayla.

Ivy estaba temblando. La vida que siempre había tenido ahora parecía algo muy lejano, y ya se arrepentía de no haber llamado a Helen.

—No estoy preocupada —le aseguró.

—Encontraremos un lugar en el que seremos bien recibidas —afirmó Kayla.

Ivy estaba agotada, así que agradeció quedarse dormida en el autobús, donde se estaba calentito, a oscuras y cómodo. Tres horas más tarde, se despertó en Blackwell, Massachusetts, y miró el cielo de la noche repleto de estrellas a través de las ventanas. Pensó que quizás era posible haberse tropezado con el paraíso.



Kenneth Jacob bajó las escaleras algo después de las seis de la mañana, y supo enseguida que algo no andaba bien. Entendió el mensaje que su hija le había dejado cuando vio la puerta sin cerrar. Se había abierto de par en par con el viento, y había dos palomas paseándose por el suelo de mármol blanco y negro. Ivy había desaparecido de forma tan total, que era como si se la hubiese tragado la tierra. El detective privado que Ken contrató no consiguió encontrarla hasta pasados diez meses, cuando ya estaba viviendo en la Massachusetts rural, más allá de Blackwell, en una granja en ruinas donde había dado a luz a una niña. El detective le llevó las fotografías que había hecho de Ivy a su oficina de Beacon Street. Kenneth Jacob las ojeó mientras el detective le explicaba que Ivy se había introducido en una comunidad sectaria dirigida por un chalado, cuyas reglas incluían cortar toda relación con sus familias de origen, con lo que no podían tener absolutamente nada de contacto con ellos. Resultaba que la familia Jacob había vivido mucho tiempo atrás en las Berkshires, y sus parientes directos habían amasado su fortuna gracias a los manzanares que había a las afueras de Blackwell, antes de pasarse al inmueble y los bancos en Boston. Uno de sus ancestros se decía que había engendrado un hijo con John Chapman, el hombre conocido como Johnny Appleseed, así que a Ken Jacob le gustaba decir que por sus venas corrían las manzanas.

En las fotos granuladas que el detective le había entregado se podía apreciar el pelo trenzado de Ivy cubierto por un pañuelo y la expresión serena de su rostro mientras recogía lo que parecían ser moras. Llevaba puesta una harapienta chaqueta de hombre, y tenía en las manos una cesta de mimbre. Sobre una manta había un bebé a solas, mientras Ivy se centraba en recoger la fruta baja. El sol brillaba con fuerza, y en la distancia se veía un oscuro pinar. Cerca estaba el manzanar, y si Ken hubiese sabido algo sobre manzanas, habría distinguido que eran Look-No-Further, descendientes de las mismísimas manzanas que Johnny Appleseed había plantado.

—¿Está con el novio ese del instituto? —le preguntó Ken Jacob.

Llevaba atormentado desde que Ivy había desaparecido; siempre había asumido que podía arreglar cualquier cosa, y le había asegurado a su mujer que así lo haría. Pero había comenzado a tener sus dudas.

—¿Noah Brinley? No, él está en Harvard. Está con un tipo llamado

Joel Davis, el que dirige la Comunidad. Dice que estudió en Harvard, pero los únicos registros que encontré de él fueron del correccional de Massachusetts. Cumplió condena allí, fue acusado de agresión.

—Bueno, pues no estará con él mucho tiempo —Ken Jacob ya había visto suficiente. Aquello ya no eran las travesuras de una adolescente; se trataba de la ruina total de una vida.

—Ken —le dijo el detective. Era un tipo amable que había visto cosas terribles en su trabajo. Solo usaba el nombre de un cliente cuando les traía malas noticias—. Se ha casado con él.

Ken Jacob tan solo asintió.

—Vale —dijo. Parecía calmado, pero lo cierto es que estaba entrando en pánico.

Su carrera como inversor le había enseñado a pensar siempre en un plan de contingencia, y de niño, tanto su madre como su niñera le habían enseñado a no mostrar sus sentimientos. Ivy ya tenía los dieciocho años, pero siempre había soluciones para todo.

—¿Podemos hacernos con la niña?

Había estado totalmente convencido de dar el bebé en adopción cuando se había enterado de que Ivy estaba embarazada, pero ahora creía que podrían deshacer algo del daño causado. Tendrían una nieta, una niña perfecta. La protegerían y la cuidarían. De la forma en que no habían protegido a Ivy, aunque no quería ni pensar en aquello último.

—No parece muy probable —le dijo el detective de forma directa —. Davis está apuntado en el certificado de nacimiento como el padre. Así que tendríamos que pelear, y no sería nada agradable. Por lo que me he enterado, es un hijo de puta.

Una pelea conllevaría artículos en el *Boston Globe*. Significaría contratar abogados e ir a los juzgados. Ken no estaba seguro de que su mujer pudiera soportar una batalla de tal calibre.

—Podríamos arrebatársela —dijo Ken. Un grupo de hombres podrían aparecer en mitad de la noche, dejar una furgoneta aparcada fuera de las puertas de la Comunidad—. Si quieres hacerte con la niña, tengo a los hombres perfectos para el trabajo. Te costaría treinta de los grandes. Pero siempre existe el riesgo de que algo salga mal —le informó el detective a Ken—. Te gastarías el dinero, pero no tendrás garantía alguna.

Lo que le molestaba a Ken Jacob no era el dinero, sino la idea de dejar a su mujer sola si llegaran a descubrirlo y sentenciarlo. Así que, atormentado por todas las cosas que no podía hacer, metió las fotografías que le había entregado en el primer cajón de su escritorio, le pagó al detective por sus servicios, y jamás le mencionó el paradero de su hija a su mujer. Incluso cuando escuchaba a Catherine llorar de noche. Pensaba que la realidad de lo que le había pasado a su hija era incluso peor que cualquier cosa que Catherine pudiera imaginar. No podría soportar que su esposa viera las fotos de su brillante hija vestida con una austera ropa gris, como una puritana. Cuando era joven, Ken solía ir a esquiar y caminar por la nieve cerca de aquel lugar, y siempre paraba en la rústica taberna de Jack Straw. Había ido incluso a ver lo que la gente del lugar llamaba el Árbol de la vida, plantado por el mismísimo Johnny Appleseed en su camino hacia el oeste. Un invierno, descubrió que el folclore del árbol era cierto, y realmente florecía en invierno. Era una maravilla, un asombro, algo que podía hacer que una persona creyese en la magia, al menos durante un tiempo.

No podía evitar preguntarse si Ivy pensaba siquiera en ellos. Se preguntaba si sabría que, después de marcharse, Ken se pasaba la mayoría de las noches sentado junto a la puerta principal, esperando a que volviese a casa. Pero ahora ya sabía que no iba a volver. Se había casado, y ya no era su hijita. No había necesidad alguna de que Catherine supiese nada. De todas formas, no habría importado. Algunas cosas no podían deshacerse, y Ken Jacob estaba convencido de que su hija era un alma perdida. Si se hubiera montado en su coche y hubiese conducido tres horas, quizás Ivy habría corrido en su dirección con el bebé en brazos, eternamente agradecida. Quizás habría llorado y le habría dicho que había cometido un error. Quizás le habría perdonado por la bofetada, y por negarse a ayudarla cuando más lo había necesitado. Podrían haberse perdonado el uno al otro, y el futuro podría haber sido algo que compartir juntos. Pero, en su lugar, Ken Jacob fue a su despacho, cerró la puerta, y jamás pronunció el nombre de su hija en voz alta de nuevo.



El oeste de Massachusetts había sido en una ocasión una tierra salvaje, y aún en ocasiones parecía serlo. Especialmente en enero, cuando la nieve estaba tan alta que era imposible caminar por la carretera, o en octubre, cuando las montañas parecían estar en llamas, como si el mundo entero estuviese ardiendo. La Comunidad poseía ochenta hectáreas de tierra justo a las afueras de Blackwell, que había sido fundado en el 1750. Los residentes de Blackwell no se habían alegrado demasiado cuando un puñado de extraños comenzaron a aparecer allí hacía ya diez años. El primer grupo montó sus tiendas no muy lejos del borde de la pradera, se bañaban en el río Last Look y se comían los brotes de helecho y el maíz que se destinaba al ganado. Eran un grupo diverso, y recibían a los recién llegados con amor y bondad, a pesar de que la mayoría no poseían más que la mochila que llevaban a la espalda y habían llegado al lugar directos desde el autobús Greyhound. Otros habían dejado atrás una vida establecida en busca de la belleza y la verdad; llegaban en BMWs o Audis, los cuales enseguida se vendían a los talleres que había junto a la autovía de Lenox, dado que no se valoraban las posesiones entre el grupo, y toda la riqueza era compartida entre ellos.

El primer invierno duro de la Comunidad se pasó en un estado de pura pobreza lleno de meses de trabajo agotador que dejó a los reclutas con ojeras bajo los ojos. No mucho tiempo después, construyeron quince pequeñas casas, y tras eso, levantaron el centro social de la Comunidad, el comedor y, por fin, los dormitorios para los niños, con sus camas de hierro blancas, y los casilleros para guardar la ropa y los zapatos. Los establos se construyeron todos en un solo día con la ayuda de cuarenta hombres, la mayoría de los cuales no tenían absolutamente ninguna experiencia en agricultura, y prácticamente ninguna en la construcción, lo cual llevó a que aquella tarde ocurrieran varios accidentes, incluyendo una pierna rota, y un clavo que atravesó la palma de la mano de un joven.

Tras diez años, los lugareños tuvieron que admitir que la gente de la Comunidad eran buenos trabajadores, y cuando el alcalde envió a toda la fuerza policial de Blackwell (tres hombres y una sola mujer) a la granja para buscar pruebas de actividad criminal, no encontraron absolutamente ninguna. El pueblo no tuvo más remedio que aceptar que la Comunidad probablemente había llegado allí para quedarse,

tanto si estaban de acuerdo con la filosofía de Joel Davis, como si no. Se decía de Davis que era astuto y taimado, pero incluso aquellos que estaban firmemente en contra de la Comunidad, acababan convenciéndose, al menos en parte, cuando se encontraban cara a cara con él en la ferretería o en las reuniones municipales, a las cuales acudía para asegurarse de que nadie traspasaba sus tierras. Era atractivo, con el pelo oscuro y los ojos incluso más oscuros, pero era mucho más que su aspecto lo que la gente encontraba tan atractivo; era el hecho de que, cuando hablaba contigo, te hacía sentir como si fueras la única persona que existía. Se centraba en ti de forma intensa. «¿Te puedo ser sincero?», preguntaba a menudo con esa voz grave suya, y aquello hacía que lo dejases todo y escucharas atentamente, que le dieses una oportunidad incluso si estabas en contra de todo lo que hacía en la granja. Tenía una mirada atenta e impenetrable, y muchas de las lugareñas lo miraban de una forma que incomodaba a sus maridos mientras él hablaba en las reuniones municipales sobre los pesticidas o la construcción de nuevas carreteras.

Joel pregonaba que todo individuo tenía que liberarse de los pecados de sus antepasados, y que la única cura para el daño que las familias biológicas provocaban a la mente era escapar de las relaciones tradicionales y formar un nuevo tipo de familia. Los niños no convivían con sus padres ni iban a la escuela pública. Las mujeres eran obligadas a tener un aspecto sencillo sin importar lo guapas que pudieran ser, así que siempre llevaban el pelo trenzado y vestían botas de trabajo y chaquetas demasiado finas para el invierno. «Debéis ser juzgados por lo que está en vuestro interior, no por vuestro exterior», proclamaba siempre Joel. «Estáis empezando una nueva vida, dejando atrás un mundo para abrazar la bondad de otro».

Los hombres de la Comunidad eran sinceros y parecían algo abatidos, y todos de repente contaban con nuevos y frágiles músculos que aparecían gracias al trabajo. Llevaban el pelo a menudo afeitado como penitencia por una transgresión u otra. En cuanto a los niños, se les educaba con el fin de respetar a sus mayores y para que fueran reticentes a la hora de hablar a no ser que alguien se dirigiera a ellos. Eran educados en la granja, ayudaban a criar las ovejas y a atender el grandísimo huerto de verduras. «Debemos devolver lo que tomamos de la tierra», les decía a los pequeños de forma solemne mientras les

enseñaba a quitar las malas hierbas y a usar la azada, además de a cómo ser personas responsables. Era evasivo cuando le preguntaban por su propio pasado, pero sus lecciones eran las únicas que importaban. «El amor es el núcleo de todo», les decía. «No poseáis nada, no deseéis nada y no olvidéis ninguna injusticia».

El área había pertenecido a Carrie Oldenfield Starr, quien había fallecido hacía más de diez años. Había sido una preciosa joven de una familia local que había usado su herencia para apoyar el sueño de su marido. Joel Davis había jurado construir un reino que recibiera a todos los necesitados y los dispuestos a trabajar para hacer del mundo un lugar mejor. La familia de Carrie jamás la había perdonado por regalar la tierra a un extraño. Y, aunque muchos de los Starr aún residían en las Berkshires, ni uno solo había ido a visitar el pequeño cementerio vallado frente a la montaña donde Carrie había sido enterrada. Algunas de las mujeres de la Comunidad creían que Carrie era un ángel que velaba por ellas, pero otras aseguraban escuchar los gritos de su espíritu cuando soplaba el viento, así que se cubrían las orejas, se alejaban, y esperaban estar equivocadas al dudar. Para quedarse allí, cualquier persona tenía que adoptar por completo la filosofía de Joel Davis. Puede que tuviera ambición y que fuera implacable a la hora de conseguir lo que quisiera, pero todos los demás debían de resistir la tentación de desear algo más. La vida en la granja era estricta y llena de reglas que abarcaban casi cada acción y cada hora de cada día. Si alguien desobedecía, era castigado, y si alguien dudaba, era expulsado. Se memorizaban las reglas, y los niños las recitaban dos veces al día: al amanecer, y al atardecer.

Prohibidos *los actos de maldad.* ***Prohibida*** *la anarquía y el comportamiento antisocial.* ***Prohibido*** *el contacto con las familias de origen.* ***Prohibido*** *el contacto con el mundo exterior y sus juicios.* ***Prohibido*** *leer novelas o ir a la escuela pública.* ***Prohibida*** *la traición y la deslealtad.* ***Prohibida*** *la codicia.* ***Prohibidas*** *las pertenencias personales.* ***Prohibida*** *la vanidad.* ***Prohibidos*** *los comportamientos egoístas.* ***Prohibida*** *la holgazanería.* ***Prohibida*** *la inmoralidad.* ***Prohibido*** *interrumpir los embarazos.*

Los niños pertenecen a la Comunidad. El amor está en todas partes. Solo hay una familia, y esa familia somos todos.

Si alguien rompía las reglas, se escribía en una pizarra su

transgresión, y se dejaba allí durante semanas. Serían obligados a llevar unos letreros colgados alrededor del cuello con la primera letra de su infracción, para que todos lo vieran. La **E** de egoísmo; la **P** para aquellos que hiciesen demasiadas preguntas; la **D** para los que desearan las posesiones de sus vecinos; la **C** para los celos; la **A** para anarquía y actos de maldad.

Para las mujeres que cometían algún acto que fuera directamente en contra de los principios de la Comunidad, como llevar ropa colorida o estar en posesión de un libro, el castigo también incluía el aislamiento y las letras marcadas a fuego en la carne, en la parte superior de los brazos. «No serás como Eva, no nos conducirás a la perdición», les decía Davis con suavidad. Los niños y adolescentes eran llevados al campo y se les daba un latigazo por cada regla que hubiesen roto. Joel les explicaba que esto se hacía desde el amor. Si no se les enseñaba, ¿cómo podían esperar que supiesen qué hacer y qué no? Si no aprendías, ¿cómo podías esperar alguna vez enseñar a tus hijos? El amor lo era todo, decía Davis mientras encerraba a un transgresor en los establos sin comida ni agua. El amor era lo único que tenían en aquel mundo que estaban construyendo, y sería lo único que permanecería en pie cuando el mundo exterior cayese.



Joel se fijó en Ivy la noche en que llegó. Normalmente no era fácil dar con él y no se molestaba con los recién llegados a no ser que fueran hombres sin techo, ya que él mismo lo había sido antes de darle un cambio a su vida. Pero, en aquella ocasión, Ivy cautivó su atención. Llegaron a la granja tras caminar por la ruta 17 a oscuras, y enseguida llevaron a Ivy y Kayla a su oficina, donde seguía trabajando ya tarde. Joel se pasó los dedos por el pelo oscuro. Tenía una arrogancia natural que molestaba a alguna gente, pero atraía a otros. Joel se sentó ante su escritorio mientras Kayla no dejaba de parlotear sobre cómo sus padres no la comprendían.

—Suena a la misma historia de todos los que acaban aquí —le dijo de forma despectiva.

Después, miró a Ivy, quien aún no había dicho una sola palabra. La miró como si fuese la única persona que había allí, y ella sintió que el

corazón le daba un vuelco. En ese momento, Ivy sintió como si Joel pudiera verla de verdad, a su yo real y no a la chica guapa y rica. Él veía a la chica que tenía sentimientos e ideas, a la chica que estaba tan perdida. Joel no le preguntó nada. En su lugar, echó su silla hacia atrás, se puso en pie y se acercó para abrazarla.

—No te harán daño nunca más —le dijo—. Te lo prometo.

Ivy se echó sobre Joel y lloró. Deseó que Noah y su padre le hubieran dicho aquellas palabras, pero no había sido así.

—Cuidaré de ti —le dijo Joel en voz baja, para que nadie más pudiera escucharlo.

Kayla miró a Ivy fijamente con los ojos llenos de lágrimas, molesta por la atención que estaba recibiendo.

Ivy se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y asintió, agradecida. En los años venideros, le daría las gracias mil y una veces más. En algunas ocasiones, lo diría de corazón. Pero, la gran mayoría de las veces, no sería así. Aquella noche sí que lo dijo de verdad.

—Si os quedáis aquí, me aseguraré de que jamás os arrepintáis de esa decisión —juró Joel.

—Genial —dijo Kayla, a pesar de que Joel solo miraba a Ivy—. Nos apuntamos.



Una mujer llamada Evangeline la guio a una casa donde vivían varias mujeres. Todas compartirían una sola habitación. Era sobria, pero cómoda. Las camas estaban todas vestidas con sábanas limpias y frescas.

—Le has gustado —le dijo Evangeline a Ivy.

Evangeline había sido compañera de universidad de Carrie, la primera mujer de Joel, y había dejado la titularidad en Tufts, en el departamento de psicología, para ayudar a Joel a dirigir la granja tras la muerte de Carrie. Estaba casada con Tim Hardy, quien Joel había pensado que sería una buena pareja para ella. Tim había sido párroco en el ejército, y había llegado a la Comunidad siendo drogadicto y una persona sin hogar. Joel le había ofrecido mucho más que caridad: le ofreció un lugar al que pertenecer. A pesar de que ahora era el jefe de la brigada de construcción, Tim aún vestía con ropa usada, como para

recordarse a sí mismo que, en una ocasión, había perdido la esperanza y no debía subírsele a la cabeza. Evangeline estaba a cargo de la casa de los niños, la oficina y, realmente, casi todo lo demás. Había varias parejas casadas en la Comunidad, pero algunas eran más respetadas que otras. Tim y Evangeline eran los más cercanos a Joel.

—A Joel le han herido en el pasado —le dijo Evangeline a Ivy, ya que había visto la forma en que Joel había mirado a la chica, y sabía lo que probablemente ocurriría—. Perdió al amor de su vida por culpa del cáncer. No le hagas daño de nuevo.

Durante el resto del otoño, Ivy fue consciente de que la atención de Joel estaba puesta en ella mientras en el bosque se manchaba de rojo y amarillo. Había sentido su mirada mientras recogía las hojas caídas con el rastrillo, o mientras ayudaba en el patio de juego de los niños. Se había fijado en que los niños eran educados y se portaban bien; ni siquiera permitían que los más pequeños se descontrolaran. A veces sentía la necesidad de decirles que se portaran mal, o que corriesen por el campo, que escalasen los árboles o que bromearan, pero nunca lo hacía. Evangeline siempre la vigilaba con vista de lince.

Lo que más le gustaba a Ivy era trabajar en el vergel. Refugiada entre los árboles se sentía a salvo, y siempre estaba absorta pensando en los cuentos de hadas en los que siempre había encontrado consuelo. Los últimos días del otoño se acercaban, y se sentía como si fuese un personaje perdido en el bosque.

En los últimos días, Joel había aceptado a varias personas sin hogar llegadas de Northampton, que vivirían y trabajarían en la granja. En ese momento hablaban los unos con los otros de forma animada, incluso mientras rebuscaban la fruta en el huerto, que era un trabajo monótono. Ivy los había visto la noche en que llegaron, cuando los habían llevado al comedor. El mismísimo Joel les había servido la cena, y después se sentó con los recién llegados como si los hubiese conocido toda su vida. Había sido tan amable con ellos que Ivy sintió cómo el pecho se le hinchaba con una devoción eterna. A la mayoría de gente le intimidaba Joel, pero él se abrió ante aquella gente que no tenía absolutamente nada, y los recibió en la Comunidad. Joel la miró a los ojos, y al cruzar las miradas, fue como si todos los demás desapareciesen de aquella habitación.

Ivy estaba de cuatro meses, y ya empezaba a notársele. Esa

mañana hacía frío, y estaba recogiendo la fruta en su cesta de mimbre. Sabía que su familia había tenido algo que ver con las manzanas, pero nunca le habían gustado especialmente. Llevaba puesta una bufanda, unos guantes y una chaqueta de hombre. Cuando se giró, vio que Joel estaba allí de pie, observándola. Había escuchado a otras mujeres hablar sobre lo insensato que sería traicionar o enfadar a Joel. Tenías que ganarte su confianza y si te atrevías a romperla, debías pagar el precio. Había visto a hombres y mujeres con letreros colgados tras romper las reglas. Le dijeron que habían mentido, o robado, o que habían sido vanidosos o irrespetuosos. Joel era un hombre honesto y esperaba honestidad de los demás. Eso era lo que Evangeline siempre decía.

—Mire donde mire, te veo siempre a ti —le dijo Joel cuando se encontraron en el vergel—. Veo una belleza real.

Ivy no se sentía nada atractiva: tenía la cara hinchada y estaba más grande de lo que jamás había estado. Pero no pudo evitar sentirse halagada.

—Creo que me has debido de confundir con uno de los manzanos —Ivy se rio y sintió que se sonrojaba de la vergüenza. Pero también por algo más.

—Tú eres mucho más bella que los manzanos —Tenía los ojos oscuros, casi negros—. Algunas cosas están destinadas a serlo —le dijo.

—Como las manzanas —Ivy le dirigió una mirada de soslayo. Se sentía perdida. La cesta le pesaba en los brazos, así que la dejó sobre la hierba, muy consciente de que Joel la observaba. Por alguna razón, sentía que le faltaba el aire.

—Como nosotros —le respondió Joel—. Me había preguntado si alguna vez volvería a encontrar el amor…

Cuando Joel se acercó a ella, no se apartó. Ivy no podía imaginar cómo era posible que Joel deseara a alguien como ella: una chica insegura que ni siquiera había llegado a terminar el instituto, que no sabía conducir, estaba embarazada y no tenía ni el más mínimo conocimiento sobre ser madre. No podía imaginarse encauzando su vida.

Joel la besó de una forma en que jamás la habían besado. No era de extrañar que todo el mundo hiciese lo que él quería, y que creyesen

en él. Era más fuerte que la mayoría de hombres; para empezar, sabía lo que quería, aunque Ivy se preguntó cómo podía ser tan amable con alguien que había llegado en autobús, sin ninguna posesión y nada que ofrecer. Cuando dijo aquello en voz alta, él sonrió y negó con la cabeza.

—Ya tienes todo lo que podría querer —le dijo—. Tú eres la manzana, eres el árbol, eres el huerto.

Joel se quedaba de brazos cruzados cuando quería algo. A Ivy le sorprendió aquello después de estar con un chico de universidad que esperaba que todos le hiciesen el trabajo. Dos días después de verse en el vergel, Joel se arrodilló frente a ella; era algo anticuado, y otra mujer puede que se hubiera reído ante lo serio que parecía. Pero, en cuanto hizo aquello, Ivy fue suya. Así como así, un día cualquiera de octubre. Era el árbol en el bosque, el amor de su vida, tan joven que era incapaz de ver el futuro. Y, ese día, decidió seguir adelante y esperar lo mejor. Lo único que sabía era que ella era la mujer que caminaba a través del vergel con el conocimiento de que era valorada y amada, algo que, desafortunadamente, nunca antes había sentido.



Aquel invierno nevó durante días y días, y las tormentas se transformaron en ventiscas. El río Lost se congeló y se volvió de color azul, y también ese fue el invierno del amor, cuando caminaron a través de los montículos hasta una cabaña abandonada en el bosque para poder estar a solas. Ivy tenía la barriga enorme, ya que salía de cuentas en marzo. Pero a Joel no le importaba, y le juró que era la mujer más bella que había visto jamás. Ella casi le creyó. Después de todo, estaban en el interior de una bola de nieve, en un mundo de su propia creación.

—¿Qué es lo que quieres más que nada? —le preguntó Joel.

—Una hija —le dijo—. Tu hija —añadió cuando lo vio algo alicaído. Sabía que decía aquellas cosas para complacerlo y que, en algún lugar recóndito de su alma, había un yo escondido que jamás permitía que nadie viera. No había nada perfecto, pero aquello se le acercaba bastante. Nada duraba para siempre, a pesar de que Joel juraba que lo que había entre ellos era para toda la eternidad. La

nieve era cada vez más densa, y el mundo que Ivy había conocido estaba ya muy lejos. Podría haber estado en cualquier parte, pero ella estaba allí, en sus brazos, a tan solo nueve kilómetros de la ciudad más cercana, pero tan lejos que podría haber estado en el lado oeste de la luna.



El día en que Mia nació, hubo una primavera falsa. Las lilas florecieron todas a la vez, y las abejas emergieron de sus colmenas, pero en cuando la oscura noche cayó, todo se congeló y murió. Los pétalos se volvieron negros, encontraron a las abejas en el alféizar de las ventanas, congeladas tras tratar de refugiarse en las cálidas habitaciones. Al árbol de la vida que había plantado Johnny Appleseed no le quedó ni una hoja ese año. Ivy no tenía conocimiento alguno sobre los partos, y pensó que moriría durante la peor parte del proceso. Le pidió a la matrona que terminara con su sufrimiento, pero ellos no usaban drogas de ningún tipo.

—No puedo hacerlo —dijo Ivy entre gritos, pero entonces Joel se acercó a ella y le susurró al oído. No la dejó ni un momento a solas.

—Tienes que atravesar un infierno para llegar hasta el cielo —le dijo Joel. Ella lo escuchó y se calmó. Estaba unida a él, sin importar quién había sido anteriormente—. Respira —le dijo, y eso fue lo que ella hizo.

Ten fe en ti misma, pensó. *Ten fe en él.*

Le ofrecieron a su hija, al corazón de su corazón, el verdadero amor de su vida, y todo el dolor que había experimentado se le olvidó de inmediato.

—Nuestra chica —dijo Joel, y Ivy agradeció que la niña tuviera un padre. Aunque allí, en la Comunidad, los hijos se criaban en la casa de los niños y a los bebés los cuidaban las mujeres que trabajaban en la guardería.

Llamó a la niña Mia, porque, a pesar de las reglas, aquella niña siempre sería suya. Le concedieron siete días a solas con su hija antes de que tuviera que entregarla en la guardería. Siete días llenos de amor, paciencia, soledad y dulzura. Cada vez que tenía a su hija en brazos, la embargaba una oleada de amor. Pero, al final, el tiempo

pasó y se cumplió. Cuando Evangeline tomó a Mia en brazos, a Ivy se le rompió el corazón. Ivy tenía un horario para alimentarla, y aquellos se convirtieron en los momentos más preciados de su día a día. Había una ventana con unas vistas preciosas en la guardería, y junto a ella, había una mecedora. Pero Ivy jamás miraba por la ventana. En sus brazos sostenía el mundo entero, y cuando la visita con Mia terminaba, Ivy se quedaba en el exterior de la casa de los niños y lloraba.

Algunas de las mujeres la vieron e informaron sobre ella, así que fue llamada a la oficina de Joel.

—Tienes que ser un ejemplo para los demás —le dijo—. No puedes romper las reglas.

«Los niños pertenecen a la Comunidad».

Cualquier otra mujer habría sido castigada, aislada y separada del bebé. O, si continuaba rompiendo las reglas, habría sido llevada al campo para recibir unos latigazos. Pero Joel hizo que Ivy se sentara en su regazo, y de forma dulce, le hizo prometer que aceptaría que la niña pertenecía a la Comunidad. Le recordó que el amor estaba en todas partes, y que si Ivy sentía alguna vez la necesidad de llorar de nuevo mientras estaba en la casa de los niños, tenía que evitarlo, ya que le preocupaba que alguien pudiera verla. No era tan difícil esconder lo que uno sentía realmente si lo practicabas, si cerrabas los ojos y te imaginabas que tu hija estaba contigo incluso si no era así, si dejabas que el viento pasara a tu lado, si escuchabas la melodía de los gorriones en el bosque, un sitio tan oscuro que era fácil perderse en pleno día y con los ojos bien abiertos.

Ivy escribió la carta diez días después de que Mia naciera. Diez días fue todo lo que necesitó para darse cuenta de que había cometido un error. Fue a la oficina, que ya estaba cerrada, se hizo con un sobre franqueado y un papel en blanco, y se sentó en el escritorio de Joel. Su trabajo asignado era trabajar allí, en la oficina, donde ayudaba con los pagos de las facturas. «Confío en ti», le había dicho Joel antes de darle la llave. Evangeline los había observado con una expresión de descontento, y fue entonces cuando Ivy comprendió que Evangeline quería a Joel para sí misma. «Es tuyo», Ivy deseó poder decir. «Quédatelo, es tuyo».

Llevaba todo el día pensando en la carta, y ya la había escrito al

completo en su mente. Por primera vez, sabía exactamente lo que quería decir, tanto si estaba permitido como si no.

Querida Helen,

Si mi hija alguna vez acude a ti y desea saber lo que ocurrió, por favor, entrégale esta carta. Tal vez no sea demasiado tarde para que entienda que ella siempre fue mía.

Cuando Ivy terminó la carta, escribió la dirección en el sobre y la dejó en la bandeja de salida junto a las facturas. Por la mañana, saldría con el resto del correo, y nadie se daría cuenta de que le faltaba la dirección del remitente, y que el sobre estaba algo mojado, como si alguien hubiese llorado sobre él. Como si alguien hubiese puesto toda su alma y corazón en una carta que quizás no llegaría jamás a su destinatario, quien era una niña que en ese momento estaba dormida, en su cuna, vigilada por las mujeres que trabajaban allí mientras que su madre solo podía observar desde el exterior, a través de la ventana.

«Érase una vez», susurró Ivy en el frío aire de marzo. «Una mujer que te quería más que a nada. Una mujer que te quería más que a su propia vida».



La boda se celebró en el campo, el primer día de junio. Fue un evento simple, de espíritu puro y de acción. La gente dijo que Ivy era afortunada, que ella era la elegida. La Comunidad al completo formó un círculo sobre la hierba durante la ceremonia, y hubo un dosel nupcial hecho de hojas de roble clavadas sobre un arco recién hecho de madera para que el novio y la novia se colocaran bajo él.

Ivy llevaba un vestido que el taller de costura había hecho para ella. Lo habían cosido con su propio patrón y habían trabajado en él hasta que les sangraron los dedos. Las otras mujeres la envidiaban, ya que Ivy era preciosa. Se decía que se había criado siendo rica y consentida, y que había llegado allí y se había llevado a Joel cuando tantas otras habían deseado ser suyas. Aun así, la boda fue una ocasión de celebración, y el atuendo de manga larga y blanco que las

mujeres habían cosido, se usaría durante años, alterado para cada novia.

Evangeline tenía a Mia en brazos, quien ya tenía tres meses y observaba todo en silencio y con los ojos bien abiertos. Había antorchas colocadas sobre el suelo, y a medida que el cielo se oscurecía, las lámparas rústicas se encendieron y los círculos de luz brillaron como si fuesen estrellas. El cielo sobre sus cabezas, la tierra bajo sus pies, pero allí, en la granja, la virtud humana y el amor eran lo único que importaba. Ivy sostenía un buqué de rosas pálidas atadas con una cuerda marrón. No se tomaron fotografías, ya que aquello habría sido pura vanidad. Pero todos los asistentes recordarían la novia tan preciosa que Ivy había sido. Aquel día, llevaba el pelo sin trenzar y le caía por la espalda. Joel la esperaba en el altar con una amplia sonrisa en el rostro.

«Debéis dejar atrás a vuestra antigua familia y empezar de cero», decía siempre Joel en las reuniones de los domingos. Y eso es lo que hacían en ese momento. La novia y el novio se agarraron de la mano en el campo, donde la hierba era tan alta que ni siquiera podían ver a algunos de los niños que se ponían en pie en silencio. Era como si hubieran desaparecido en la luz grisácea de la tarde. Como si la magia fuese posible.

Tim Hardy, el marido de Evangeline, vestía un traje negro que le quedaba algo grande y sostuvo la mano contra el corazón mientras hablaba. Ivy y Joel repitieron la bendición que les indicó. Joel la tenía agarrada con fuerza y no le quitó los ojos de encima.

«Sé sincera y yo te seré sincero. Sé fiel y tendrás mi fidelidad para siempre y más. Una mujer debería honrar a su marido, y él la protegerá a cambio».

Ivy sintió una quemazón tras los ojos. Antes de darse cuenta, pestañeó para tratar de contener las lágrimas. Pero, ¿quién no estaría emocionado en el día de su boda? A pesar de la alegría del evento, se sentía como si vagara por el bosque para esconderse tras los árboles caídos y cubiertos de liquen de color verde pálido. Se preguntó si Helen leería la carta y si alguien vendría a salvarla de sus propias decisiones impulsivas. Pero aquello no eran más que fantasías; ni siquiera sabían dónde estaba, así que continuó junto a Joel. La idea de salir de allí parecía tan inverosímil… No tenía ningún diploma, ni

dinero, ni amigos en el exterior, ni familia, ni profesión, ni ayuda, ni fe, ni maleta, ni billete de autobús, ni ninguna otra casa, ninguna ayuda con el bebé.

Ivy se dio cuenta de que el vestido tenía el dobladillo manchado de verde de cuando había caminado sobre la hierba. Tendrían que llevarlo a lavar con lejía. Pensó en que, probablemente, nada era duradero, y se le ocurrió que todo lo que había parecido bueno, finalmente, sí que era demasiado bueno para ser verdad. Esa noche habría luciérnagas en la pradera y antes de darse cuenta estaría en la cama de Joel. Pertenecería a alguien que había jurado que jamás la traicionaría… ¿Es que no era eso suficiente?

Joel la besó bajo el dosel de hojas. Los anillos de boda eran una vanidad y ni se hablaba de las lunas de miel. Aquello era mucho más, lo era todo, un compromiso para toda la eternidad. Había un silencio total en el campo mientras se comprometían el uno al otro, a excepción de la pequeña Mia, que dejó escapar un grito. Pero Evangeline cubrió la boca del bebé con la mano para callarla, y cuando lo hizo, tres pájaros pasaron volando por el pálido cielo. Uno por el presente, otro por el futuro, otro por el pasado.

Ivy pensó en el primer día en que su padre la había llevado al Ateneo, a solo unas manzanas de su casa. Era una de las bibliotecas privadas más antiguas del país, cuyos miembros habían incluido a Ralph Waldo Emerson, Louisa May Alcott, John Quincy Adam y a Nathaniel Hawthorne. Su padre le dijo que podía ir allí cada vez que quisiera, así que se había pasado incontables tardes de lluvia sentada en un viejo sillón, absorta en una de las novelas que tanto le gustaban. Había empezado con los cuentos de hadas, y después siguió hasta llegar a Cumbres borrascosas. «Leer jamás es malgastar el tiempo», le había dicho su padre. Ivy deseó que estuviese junto a ella en ese momento, pero lo habría estropeado todo. «Despierta», le habría dicho. «¿Qué haces aquí? ¿Qué clase de mundo es un mundo sin libros?». «Busco la seguridad», le habría dicho ella. «Busco las estrellas en el cielo nocturno, la esperanza cuando no queda ninguna». Deseó que su padre no le hubiera dado una bofetada cuando le había contado la verdad. Siempre había sido una niña de papá, y él había aguantado su mala conducta, pero ahora ya no tenía padre. Ahora era la chica de Joel.

Allí de pie, Ivy se dijo a sí misma que tenía sentido que no estuviese permitido leer. Había mucho que hacer allí en la Comunidad, tanto que no les quedaba demasiado tiempo para nada más. Trató de deshacerse de aquellos estúpidos pensamientos, ya que iban contra las reglas. La vida allí era distinta, y lo había sido desde que había bajado de aquel autobús con Kayla y había caminado hasta la granja.

Kayla llevaba todo el invierno siendo infeliz. Un día, habían caminado hasta el pueblo con un grupo de chicas para ver florecer el árbol de la vida, un manzano repleto de flores que se asemejaban a los copos de nieve que se arremolinaban en el cielo. Después, Kayla se había acercado a Ivy en el campo, y le había dicho en voz baja:

—¿Te crees que eres la única? Ni siquiera lo conoces.

Kayla se alejó con una sonrisa triunfante en el rostro, dado que había pretendido herir a Ivy y hacer que dudara. Y lo había conseguido.

Después de eso, se mantuvieron alejadas la una de la otra. Kayla se había metido en problemas, y tan solo fue a peor. Se decía que había robado comida de la cocina, que había desobedecido y había holgazaneado en lugar de trabajar. Joel anunció que había roto la regla de la moralidad, así que marcaron una M en el brazo de Kayla como castigo y la aislaron, encerrada en el establo. Cuando la dejaron salir, tenía un aspecto perturbado, especialmente cuando Ivy estaba cerca de ella.

—Este lugar no es diferente a todos los demás —susurró Kayla cuando trabajaron juntas en el campo. No parecía tratar de ser petulante ya. De hecho, parecía estar destrozada—. Hace lo que le viene en gana, y yo soy la que lidia con la carga.

—¿Qué carga? —preguntó Ivy, que sintió cómo le recorría un escalofrío por la nuca.

—¿Tú qué crees? —Kayla se dio unos golpecitos en el estómago—. No puedo tenerlo y tampoco se me permite deshacerme de él. ¿Qué opciones me deja eso?

Había una clínica a las afueras de Blackwell donde se podía acabar con un embarazo, pero Joel creía que esos procedimientos eran crímenes contra la naturaleza; creía que el cuerpo de una mujer no le pertenecía a ella, sino a la Comunidad. Uno de los hombres de la

granja se quedaba aparcado en una camioneta a las afueras de la clínica. Pero, incluso si alguna de las mujeres de la Comunidad se hubiese atrevido a ir, no tenían seguro médico ni ahorros, además de ser conscientes de lo que ocurriría si las descubrían intentándolo.

Kayla desapareció una noche en que la nieve caía con fuerza. Un grupo de hombres salió a buscarla, pero no consiguieron encontrarla. El clima era demasiado adverso, y les dijeron que probablemente se había montado en un autobús de vuelta a Boston. Pero cuando el hielo se derritió en febrero, encontraron un cuerpo en el bosque. Nunca fue identificado, incluso después de la autopsia. La gente del pueblo decía que cuando una mujer trataba de acabar con un embarazo ingiriendo hierbas venenosas, como el beleño negro y la ruda, se producía un fallo multiorgánico.

Joel les dijo en la reunión del domingo que Kayla no tenía la fuerza necesaria para construir una nueva sociedad. «Una mujer débil no es una mujer a la que merezca la pena ayudar», les dijo. «No es como vosotras, o como vuestras hijas. Vosotras sois bellas, tanto por dentro como por fuera. Sois reinas que no tienen necesidad alguna de una corona». Se acercó a cada una de las mujeres y se arrodilló frente a ellas, y cuando llegó a donde estaba Ivy, tenía los ojos llorosos.

—Sabes que eres la única —le dijo, como si le hubiera leído la mente y supiese que tenía dudas, a pesar de que ella sabía que no debía tenerlas.

No le contó jamás a nadie que la noche en que Kayla desapareció, había escuchado a alguien llamar a la puerta de la casa que Ivy compartía con Joel.

—¿Joel? —dijo Kayla. Su tono de voz era suave y sincero en ese momento, alejado de su habitual tono indignado. Se quedó allí fuera mientras caía la nieve—. Si no me dejas hacerlo, lo haré yo misma.

Joel estaba reunido con los hombres del equipo de construcción, así que Ivy estaba a solas. Se apretó contra la pared y se quedó callada. Al final, Kayla dejó de llamar.

Hasta donde Ivy sabía, Kayla era una mentirosa. Fingía estar demasiado enferma para ir a trabajar, o que necesitaba su propia habitación porque tenía el sueño ligero. Aun así, Ivy se arrepentía de no haberle abierto la puerta a su amiga. Se dijo a sí misma que la Comunidad había cuidado bien de Ivy cuando había llegado, y que

Joel no se había separado de ella durante su parto de tres días cuando Mia llegó al mundo, así que no abrió la puerta por esas razones. Pero, cuando realmente miró en su interior, supo que la razón real por la que no lo hizo fue porque le aterraba escuchar lo que Kayla tenía que decir.

El día en que encontraron el cuerpo en el bosque, Joel le trajo a Ivy un regalo especial: un par de botas rojas que le habían gustado al verlas en la tienda del pueblo.

—¿Esto no sería vanidoso? —le preguntó Ivy.

—Pruébatelas —le dijo Joel. Lo hizo, y él le dedicó una amplia sonrisa—. No es vanidoso complacer a tu marido —le aseguró.

Joel quería su perdón, y Ivy lo sabía. O quizás lo que le pedía en realidad era su olvido. Fuera como fuese, Ivy se lo había concedido y jamás había vuelto a mencionar a Kayla. Aun así, pensaba en ella cada día. Cada vez que se ponía aquellas botas rojas, se preguntaba qué habría pasado aquella noche si hubiese abierto la puerta y hubiese escuchado lo que Kayla tenía que decirle. Se preguntó qué habría pasado si hubiesen ido a la guardería, hubiesen recogido a Mia y hubiesen huido juntas.

Ivy pensó que la vida no eran más que una serie de accidentes y grandes errores. Lo inesperado se convertía en lo esperado, tomabas la decisión correcta o la incorrecta, y todo al final daba lugar al camino en el que te encontrases en ese momento. La felicidad estaba allí y de repente desaparecía, ya que era imposible aferrarse a ella. Y allí estaba, en el oeste de Massachusetts, la esposa de un hombre que le aseguraba que ella era todo su mundo. Pero, en ocasiones, escuchaba a alguien llamando a su puerta. Joel estaba profundamente dormido, así que ella se levantaba de la cama y se acercaba a la puerta, pero no había nadie allí. Tan solo estaba la oscuridad y el sonido de los grillos, y era como si Kayla jamás hubiese existido.

Los sábados había un mercadillo en el pueblo, y la Comunidad montaba un puesto allí. Cuando era el turno de Ivy de trabajar en él, siempre se veía atraída por la biblioteca. Era un viejo edificio de ladrillo, con el techo de pizarra y cubierto de musgo, y una torre con ventanas hechas de cristales viejos y ondulados. A veces Ivy decía que iba al baño público del ayuntamiento, pero en su lugar se acercaba a hurtadillas para mirar a través de los cristales de la biblioteca y se

quedaba allí mientras lloraba. Había lilas por todas partes, así que podía decir que había ido a recoger unas cuantas para el comedor. En el interior, observaba con anhelo los libros que había sobre los estantes, pero no se atrevía a entrar. Eran las reglas por las que se regía, los votos que tan en serio se tomaban los miembros de la Comunidad. Gracias a eso, no tenía que lidiar con chicos egoístas y malcriados como Noah Brinley, ni con hombres insensibles como su padre. Si a alguno de ellos les hubiese importado Ivy, ¿no habrían ido a buscarla ya? Por supuesto que Noah no la había buscado; Ivy no tenía ninguna expectativa sobre él ya. Pero su padre, quien la había llamado princesa… Su padre, quien le había asestado una bofetada en el pasillo de su casa y quien había planeado mandarla lejos, quien no se había molestado en escuchar lo que ella quería, quien probablemente la había escuchado llorar en su habitación aquella noche, pero había decidido simplemente seguir su camino por el pasillo de su casa.

Pero ahora era el día de su boda, y la oportunidad que podría haber tenido de volver a casa se había acabado, así que se obligó a no pensar en la vida que una vez había tenido. Jamás volvería a esa habitación, ni leería los libros que tenía en su estantería. Jamás se sentaría de nuevo en el Ateneo para leer en un día lluvioso, con el corazón lleno de esperanza por el futuro. Ahora estaba casada y tenía responsabilidades. Su corazón pertenecía a su marido, así como también su vida.

Al final, cuando el cielo ya se volvía de un color rosáceo, todos se sentaron en las simples mesas para el banquete de boda. Los nuevos matrimonios tenían que ser aprobados primero por Joel, y dado que eran tan escasos, era más razón que suficiente para celebrarlos. Las mujeres llevaban todo el día cocinando, había hogazas recién hechas de pan y estofado de verduras. La tarta era un lujo que normalmente estaba prohibido, pero algunas de las mujeres habían hecho una tarta de vainilla de tres pisos, endulzada con la miel de las colmenas que había en la granja. El alcohol no estaba permitido, a excepción de la sidra que hacían con sus propias manzanas, que era lo suficientemente fuerte como para emborrachar a un hombre en poco tiempo. Se decía que aquella era la bebida alcohólica que el mismísimo Johnny Appleseed bebía.

Al fin, dejaron libres a los niños, que corretearon por el campo para atrapar luciérnagas, aunque les ordenaron no ser irrespetuosos con sus mayores con sus gritos indisciplinados de alegría. Ivy fue a buscar a Evangeline. La había invadido la idea de que habían robado a su hija y jamás la volvería a ver, como a menudo pasaba en los cuentos de hadas. Pero allí estaba Mia, dormitando en los brazos de Evangeline.

—La puedo agarrar un rato —se le escapó a Ivy.

No dejaba de tomarla por sorpresa lo ferozmente que podía amar a una persona. Sabía que los niños pertenecían a todo el mundo en la Comunidad, pero para Ivy, Mia era suya, y solo suya. Su preciosa hija, con su pelo rojizo y ojos oscuros, callada pero llena de vida. Una adorable niña cambiada, nacida en el bosque.

Pero Evangeline no soltó al bebé.

—Eres la novia, ve y disfruta.

Joel se percató de que Ivy no estaba y cuando la localizó, le hizo un gesto con los brazos para indicarle que volviese junto a él. Estaban a punto de servir la tarta y quería darle un trozo con las manos. Los pocos setos que había tras él arrojaban sombras de un color verde tan oscuro que las hojas parecían negras. Ivy no podía distinguir si Joel sonreía o no mientras le hacía los gestos.

—Adiós, bebé —le dijo Ivy a Mia.

Se mordió el labio y se convenció a sí misma de que aquella era su noche, su celebración, el comienzo de su futuro. Pero, al caminar en dirección a Joel, sintió un escalofrío que hizo que se sintiera hueca por dentro. Pensó en Kayla, sola en el bosque, tratando de encontrar la manera de reivindicar su destino y su propio cuerpo. La oscuridad caía en trozos cambiantes de color azul. En poco tiempo, el bosque y la pradera se sumirían en la oscuridad. Había racimos de phlox que brillaban como si fuesen estrellas, y las voces de los niños se alzaron, llenas de alegría mientras corrían a través de la hierba alta, a pesar de que al día siguiente se quedarían sin cena, en castigo por desmadrarse demasiado en la celebración. Era una noche perfecta, una noche celestial, una que podía convencerte de que si tenías fe y amabas a una persona por encima de todas las demás y si te decías a ti misma que no habías cometido un terrible error, los milagros existían.

CAPÍTULO DOS

Todo lo que necesito

A los quince años, Mia Davis era alta, tenía el pelo rojo y los ojos oscuros y una boca ancha que era su mejor característica. Algún día sería preciosa, pero si alguien se lo decía, ella no se lo creía, dado que era algo torpe y vergonzosa y tenía siempre la mirada perdida. Además, le habían enseñado que pensar en uno mismo era algo vanidoso. Nunca jamás había estado en ningún sitio más allá de Blackwell, que estaba a menos de diez kilómetros por carretera, y solo iba allí los sábados para trabajar en el puesto de verduras que la Comunidad ponía en el mercadillo.

Cuando era más joven, no tenía razón alguna para creer que la vida era diferente en ningún otro lugar a como lo era en la granja. Pero, tras trabajar en el mercado, comenzó a fijarse en que la gente que acudía allí parecía tener más cosas. Tenían casas, coches, ropa nueva, iban a colegios públicos y jugaban partidos de fútbol cada sábado en los campos que había cerca del río Last Look, mientras que Mia comenzaba a trabajar al amanecer. ¿Sería esa acaso la razón por la que parecían ser felices, mientras que lo que Mia sentía era melancolía? Siempre había creído que la causa de su infelicidad serían sus propios fallos; quizás no trabajaba lo suficientemente duro, así que trabajaba más. Quizás era una egoísta, así que regalaba todo lo que tenía, incluyendo su trozo de fruta tras la cena, dado que no se permitía comer dulces. Le daba la espalda a la codicia y la vanidad, y se había puesto las mismas botas durante más de un año, a pesar de que había crecido y le quedaban pequeñas. Y tampoco había pedido un abrigo nuevo, a pesar de que el suyo tuviera agujeros en los bolsillos. Las otras chicas de su edad no se quejaban y no parecía que desearan nada más que lo que tenían. Así que Mia trataba de imitarlas, a pesar de que sentía el peso de la infelicidad como si fuese una roca en su estómago que la despertaba por las noches mientras yacía en su cama. Hacía cuanto podía para mantenerse fiel a las reglas por las que se regían, ya que creía que siempre lo haría. Hasta el día en que todo cambió. Un día que llevaba tiempo esperando sin siquiera ser consciente de ello. El día en que abrió por fin los ojos y supo lo

que se había estado perdiendo.

Estaban en el mercadillo del pueblo preparando las mesas para el puesto. Ivy y Mia trabajaban codo con codo. Aquello ocurría a menudo, a pesar de que según las reglas, no debían tener una relación más cercana con sus padres biológicos que con cualquier otro adulto. Mia había crecido en la Comunidad, así que le debía su lealtad a cada uno de los miembros de esta en igual medida. Pero la realidad no era así. Ivy y Mia actuaban como si nada las uniera y solo hablaban cuando sabían que los demás no se darían cuenta. Pero significaban mucho más la una para la otra y lo sabían a pesar de que lo escondían cada día.

A pesar de que formaba parte del grupo de costura y acudía a todas las reuniones de la Comunidad, Ivy no tenía demasiados amigos. Quizás la razón fuera su físico, unido a su carácter indiferente. Mia había escuchado a las otras mujeres decir que Ivy se mantenía separada, que pensaba que era especial solo por estar casada con Joel. Lo cierto es que no era como las otras mujeres de la Comunidad, las cuales te regañaban en cuando cometías un error y, al castigarte, te aseguraban que aquello era por tu propio bien. En ocasiones Ivy parecía estar perdida en otro mundo, uno de su creación, lleno de posibilidades y esperanza.

Esa mañana, Ivy y Mia estaban colocando las cajas de tomates sobre las mesas. Mia recordó lo que Ivy le había contado sobre los tomates en el folclore, donde se creía que eran venenosos, dado que pertenecían a la misma familia que la belladona. Algunas personas creían que los tomates tenían el poder de hacer que una persona se enamorase, un cuento tan extendido que los franceses llamaban a los tomates *ponme d'amour*: la manzana del amor. La gente de la Comunidad aprendía a vivir en el presente. Se les enseñaba a no leer cosas sin sentido ni contar embustes, así que Mia no podía evitar preguntarse cómo era posible que su madre supiese tanto sobre el folclore. Cuando era más joven y había caminado con su madre en busca de setas, Ivy le había contado fábulas y cuentos de hadas que se sabía de memoria. Siempre comenzaba sus historias diciéndole: «shhh, no se lo digas a nadie». Y después le decía que, en una ocasión, ella había vivido en aquellas historias y se había leído un libro al día.

Mia escuchó una vez cómo Joel regañaba a su madre cuando ella

parecía distraída de camino a la reunión de los domingos.

—¿Estás aquí conmigo, querida?

Mia los seguía de cerca con un grupo de niños, los cuales todos consideraban a Joel su padre, dado que era su palabra la que importaba y sus valores por los que se regían. Mia siempre sentía un frío que le calaba los huesos cuando Joel andaba cerca. Era su padre, pero no tenía mucho interés en ella. Actuaba como si fuese una molestia y, en aquella ocasión, cuando había escuchado la conversación a hurtadillas, Ivy le había agarrado las manos y le había dicho:

—Por supuesto que estoy aquí. ¿Dónde si no iba a estar?

—En la anterior vida —le dijo Joel de forma recelosa y con una expresión preocupada.

Ivy se rio. Tenía una risa preciosa que a Mia le recordaba al canto de un pájaro.

—Ese lugar ya no existe —le aseguró Ivy—. Ha desaparecido.

Ahora, en el puesto del mercado, Mia pensó en todos los libros que su madre había leído.

—Me preguntaba… —se le escapó, pero enseguida se recuperó y se frenó de decir nada más.

Ivy apartó la vista de una gran cesta de mimbre llena de tomates. Algunos eran amarillos, otros verdes o de color coral, o de un bermellón intenso que casi era negro. Había diferentes variedades: Black Krim, Green Zebra, Better Boy…

—¿Qué es lo que te preguntabas?

Mia negó con la cabeza y continuó trabajando en el puesto. Cobraban los tomates a un precio irrisorio, pero la gente decía que eran los mejores tomates de la Commonwealth, así que siempre los vendían todos.

—No importa —dijo Mia.

Tenía las uñas llenas de tierra y ampollas en las manos. Llevaba el pelo trenzado y recogido, como todas las chicas de la granja, así que tenía la nuca quemada por el sol. Quizás esa era la razón de que se sintiera ruborizada. Quizás por eso tenía la irritante sensación de que había muchísimas cosas que no sabía. Era el mejor momento del año, a finales de verano, cuando las tardes eran muy largas y Ivy y Mia a menudo se escabullían al bosque. En una ocasión habían ido a nadar

al río Last Look desnudas. Por suerte, nadie había notado que tenía el pelo mojado al volver para la cena, aunque Joel había llamado a Ivy y le había dirigido una oscura mirada hasta que ella se inclinó para decirle algo en un susurro. Joel se rio entonces ante lo que fuera que ella le había dicho. Cuando nadie les prestaba atención, Ivy había mirado a Mia y le había sacado la lengua, lo cual hizo que Mia se riera en voz alta. Pero, en otras ocasiones, Ivy no era capaz de hacer su magia, y Mia había visto un trozo de piel quemada en el brazo de su madre, aunque jamás había conseguido saber qué letra era, ya que Ivy siempre llevaba manga larga.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —le preguntó Ivy en el mercado cuando Mia no siguió hablando.

—Solo me preguntaba de dónde vienes.

—Del lado oeste de la luna —le respondió Ivy.

No debería de haber mencionado nada, debería de haber cambiado de tema, pero a Ivy se le escapó la respuesta que siempre daba. Tenías que buscar al oeste de la luna y al este del sol si querías encontrar el amor verdadero.

—Es un sitio en los cuentos de hadas —le explicó cuando Mia le dirigió una mirada perpleja. Mia casi habría creído que Ivy provenía de algún sitio encantado. Pensaba que recordaba una frase de una historia que su madre le había contado. «Has venido desde lejos, pero la parte más difícil de un viaje siempre es el siguiente paso».

—Crecí en Boston —admitió Ivy—. Y no fue un cuento de hadas. Por lo menos, no para mí. Alguien se ofreció a ayudarme, pero en lugar de aceptarlo, vine aquí. Pensé que la granja estaba al oeste de la luna, pero ahora no sé si realmente existe ese lugar.

En ese momento se dieron cuenta de que Evangeline las observaba y era sabido por todos que ella no tenía problema en delatar a la gente, así que Ivy guardó silencio. Pero, en cuanto Evangeline apartó la mirada, Mia se animó a preguntar otra cosa. Su madre le había respondido a una pregunta, así que, ¿por qué no hacer otra? Mia siempre había tenido curiosidad por el edificio con las torretas y las ventanas verdes que había al otro lado del parque.

—¿Eso es un castillo? —le preguntó.

Ivy se rio.

—Qué graciosa eres.

Pero entonces se dio cuenta de que Mia no bromeaba. Ivy siempre había creído que la postura de la Comunidad acerca de mantener a los niños alejados del resto de la sociedad era una forma de protegerlos de las crueldades del mundo, pero aquel día dejó de estar tan segura de ello.

—Es una biblioteca, Mia. —La chica la miró de forma inexpresiva, así que Ivy negó con la cabeza sin poder creérselo—. Sabes lo que es una biblioteca, hay una en la escuela.

La biblioteca de la escuela de la Comunidad era un armario donde guardaban el material impreso. Evangeline debía aprobar todo el material para asegurarse de que no había nada controvertido en él. Algunos de los panfletos hablaban sobre las matemáticas, otros sobre la escritura y la ortografía. Había guías para cazar, pescar y cosechar. Los panfletos de historia tenían párrafos enteros tachados con tinta negra. Mia los había leído todos, y no había encontrado nada interesante en ellos.

—La biblioteca a la que yo iba se llamaba Ateneo —le dijo Ivy en un tono de ensueño—. Cuando llovía, me quedaba allí todo el día.

Mia adoptó una expresión tan nostálgica cuando escuchó aquello que Ivy tomó una decisión sobre la marcha. Miró por encima del hombro y se aseguró de que ninguno de los miembros de la Comunidad estuviera prestándoles atención. Los hombres estaban ocupados descargando las furgonetas, y Evangeline había ido en coche hasta la granja para recoger más suministros.

—Ve a verla si quieres —le dijo Ivy a su hija—. Pero solo esta vez. Si alguien te pregunta, diles que fuiste al baño. Pero date prisa, ¿me oyes?

Mia asintió y echó a correr tan rápido como pudo a través del parque, hasta colarse en el fresco interior de la biblioteca. Se detuvo allí mismo, sin aliento. No podía creerse que existiesen tantísimos libros en el mundo. Había mesas alargadas y sillones junto a las ventanas, y cuando Mia se adentró un poco más, encontró una habitación para niños decorada con el mural de un chico vestido de verde y una niña que le sostenía la mano mientras volaban. Allí había estanterías repletas de cuentos de hadas y fábulas. Mia encontró *Al oeste de la luna* y comenzó a leerlo con los ojos llenos de lágrimas.

—Mira, esa niña está llorando —le dijo un niño pequeño a su

madre.

Mia salió de la habitación y giró la esquina, donde se encontró en la sección de las novelas. Alzó la mano y seleccionó el primer libro que vio. No tenía un aspecto especial, tan solo una edición vieja y ligeramente desgastada por los insectos, con la cubierta marrón y las letras doradas. Pero, cuando abrió el libro, vio una inscripción escrita en tinta azul.

Para Mia. Si todo esto fue un sueño, era solo nuestro, y tú eras mía.

Mia devolvió el libro al estante. El corazón le iba muy deprisa. Debía de ser un truco, una trampa que Joel le había tendido. Mia miró por encima del hombro para ver si alguien la había seguido, pero la única persona que había allí era la bibliotecaria, que trabajaba tras el mostrador. Y, aun así, parecía como si alguien hubiese sabido que estaría allí. Mia salió de allí corriendo tan rápido como pudo, y casi esperaba que Joel apareciese de repente y la agarrase. No se atrevió a respirar hasta que estuvo de nuevo en el exterior. Miró el puesto de la granja a través del parque y sintió lo rápido que le latía el corazón. Allí estaba su madre, quien había llegado desde más allá de la luna con sus preciosos ojos plateados. ¿Era posible que ambas estuviesen hechizadas? Ivy divisó a su hija y le hizo un gesto, haciéndole saber que ya podía volver.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Ivy en voz baja cuando Mia regresó a su lado.

—Dentro hay magia —dijo Mia.

—Deberías de saber ya que no existe la magia —la regañó Ivy—. ¿Acaso estaríamos aquí si existiese?

—¿Estás segura? —preguntó Mia—. Creo que he visto algo en uno de los libros.

—¿A qué te refieres con algo?

—Creo que uno de los libros estaba escrito para mí.

—La magia es un concepto inventado para darte una idea equivocada de que puedes controlar algo sobre lo que, de hecho, no tenemos ningún control.

—¿Cómo nuestras vidas? —preguntó Mia de forma amarga.

—Mia, hice lo que pude.

A Mia le sorprendió ver que su madre tenía los ojos llenos de lágrimas. Quizás le habría preguntado la razón, pero en ese momento

llegó la camioneta con más productos, y Evangeline y Tim se bajaron de ella. Había cajas y cajas de tomates Heirloom, algunos de los cuales no se habían cultivado en más de un siglo.

—Recuerda —le dijo Ivy a su hija antes de ir a ayudar con la camioneta—, que no se puede vivir en un castillo.

Pero ahora que había estado en el interior de la biblioteca, Mia se preguntó si aquello sería cierto, en realidad. Su madre no lo sabía todo; no sabía, de hecho, cómo ser feliz. Cada noche, Mia soñaba que había huido, y cada mañana se despertaba y miraba decepcionada por la ventana al ver el campo, los robles y Hightop Mountain más allá, donde al menos una vez al año, alguien se perdía y desaparecía mientras hacía senderismo. Desde ese momento, cada vez que Mia iba al pueblo, se escabullía hasta la biblioteca. Buscó el libro marrón con su nombre en él, pero no podía recordar dónde lo había dejado. Quizás se había equivocado al leerlo, quizás había estado confundida. Leía cualquier cosa que pudiera encontrar y metía volúmenes al azar dentro de su mochila. Sin tener ninguna idea de qué era mejor o peor, comenzó de forma alfabética con Alcott. Leyó *Mujercitas* en el establo y desde entonces no pudo dejarlo. Mia siguió haciéndolo hasta que la bibliotecaria la vio.

Sarah Mott tenía unos cuarenta años y había llegado al oeste de Massachusetts después de obtener un máster en biblioteconomía en Simmons, Boston. Sarah no era una lugareña de allí y no le gustaba juzgar; siempre trataba de mantener la mente abierta, pero la Comunidad le daba mala espina. Había en los años sesenta una pequeña comuna en Blackwell de la cual la gente hablaba, pero aquello había tratado sobre la paz y el amor, una reacción ante una guerra injusta e impopular. La Comunidad parecía más oscura y se regía por unas reglas secretas. Sarah supo que Mia vivía allí, en la granja, por su pelo trenzado y sus ropas, que eran de un modesto color gris y las botas de trabajo negras. Había escuchado que no se permitían libros en la granja, y eso era todo lo que necesitaba escuchar. En un lugar donde los libros estuviesen prohibidos no podía haber libertad personal, ni esperanza, ni sueños de futuro. A Sarah le alegraba que la chica pelirroja estuviese yendo a la biblioteca, aunque fuese para robar los libros. Si convertías a alguien en lector, estarías cambiando el mundo entero. Pero la chica no disimulaba muy bien y

no parecía tener demasiada idea, así que Sarah sentía que era su deber confrontar la situación de la mejor manera que sabía: dándole la bienvenida a la chica.

—¿Necesitas algo de ayuda para elegir libros? —le preguntó Sarah Mott.

Mia entró en pánico al ver que la habían descubierto. Probablemente debería de haber huido, pero estaba paralizada. Preferiría ir a la cárcel a que llamaran a su padre y la castigaran de forma pública.

—No —consiguió decir al fin—. No necesito ayuda.

—Bueno, pues disfruta de los que has escogido. Solo quería que supieras que preferimos que los libros vuelvan a su sitio para que otros puedan leerlos. —Sarah le entregó a Mia una tarjeta de la biblioteca—. Esto te convierte en un miembro oficial. Puedes sacar tantos libros como quieras.

Aquel fue el momento en que una puerta se abrió, y Mia entró por ella. Aceptó la tarjeta y se lo agradeció a la señora Mott. Cuando volvió a la granja, se fue directa al establo. La mayoría de las ovejas se alejaban de ella, pero Dottie, la favorita de Mia, fue a sentarse junto a ella mientras escondía la tarjeta en un tablón de madera suelto. El lugar donde escondería todos sus tesoros.



—¿Estás haciendo lo que creo que haces? —le preguntó Ivy cuando se encontraron en el comedor unas semanas más tarde. Casualmente, estaban la una junto a la otra en la cola; no había razón alguna para que nadie pensara que lo habían planeado así. De cenar había macarrones, batata y ensalada de tomate—. ¿Estás yendo?

—¿A dónde? —Mia le preguntó, como si no tuviese ni la menor idea de lo que le hablaba su madre.

—Ya sabes… —Ivy le dio un toquecito a Mia—. Al castillo.

—¿No me dijiste que no existían los castillos en la vida real? —le dijo Mia de forma animada.

Ivy le dirigió una mirada.

—Ten cuidado.

—Lo tendré —le aseguró Mia.

—Lo digo en serio —dijo Ivy, y después se separó de ella para ir a hablar con algunas de las demás mujeres que siempre decían que jamás les prestaba atención. Ella también debía tener cuidado, y lo sabía.

Desde ese momento, Mia aprendió todo lo que sabía del mundo a través de los libros. Sabía cómo era el brezo, y el daño que un tifón podía causar en el mar. Se aprendió de memoria algunas calles de París, San Francisco o Nueva York. Descubrió a los niños perdidos, y un futuro en el que los bomberos quemaban libros y la gente memorizaba novelas enteras para asegurarse de que jamás se perderían. Leyó obras de Shakespeare, y entendió que las transformaciones siempre eran posibles. La persona en la que se estaba convirtiendo no podía ser vista por nadie de la Comunidad, así que pensaba a menudo en su frase favorita de *Enrique IV, parte I*. «Tenemos la receta de la simiente del helecho. Somos invisibles». Su yo real estaba oculto junto a los libros que guardaba en el establo. Cada vez que podía escabullirse sin que la vieran, caminaba por el bosque para leer la última novela que había adquirido a orillas del río Last Look. Los pájaros alzaban el vuelo mientras ella pasaba las páginas, y las hojas caían de los árboles. «Si existe la magia, deja que sea mía», susurraba Mia allí mismo, en el bosque.



Los estudiantes de la Comunidad dejaban de ir al colegio al cumplir los quince años. No había graduación ni ceremonia alguna, así que simplemente cambiaban unos deberes por otros. Joel creía que el trabajo era más valioso para las mentes jóvenes, así que Mia a veces trabajaba en la oficina junto a Ivy, donde archivaban y mandaban el correo. Así fue cómo las encontró Evangeline: madre e hija juntas en el escritorio, repasando los números del puesto de la granja.

—¿Debería estar aquí Mia? —le preguntó Evangeline a Ivy cuando la vio—. ¿No sería mejor que estuviese trabajando fuera, haciendo algo de ejercicio?

Los niños pertenecen a la Comunidad. El amor está en todas partes. Solo hay una familia, y esa familia somos todos.

—¿Por qué no le preguntas a Joel? —Ivy siempre era amable con

Evangeline, ya que sabía que la opinión de la mujer mayor importaba. Se arriesgó a hablar así en ese momento porque sabía que Joel estaba junto a la puerta. Joel le dirigió una mirada que hizo que Ivy supiese exactamente lo que querría de ella cuando estuviesen solos, así que sintió que tenía algo de ventaja—. Mia está trabajando en sus habilidades empresariales —le dijo Ivy a su marido.

—Me parece bien —Joel asintió con aprobación—. Sé inteligente, pero no demasiado —le aconsejó a Mia—. A nadie le gusta una chica que es demasiado lista para su propio bien.

Mia se encogió y bajó la mirada, como siempre hacía en presencia de su padre. Se decía que tenía la habilidad de calar a la gente. Los miembros de la Comunidad aseguraban que podía saber quién era un mentiroso en cinco minutos y quién era un ladrón en solo uno. Esa era la razón de que Mia estuviese nerviosa, ya que resultaba que ella era una mentirosa y, además, una ladrona.

—Qué emprendedora es Mia —comentó Evangeline, como si fuese algo malo.

—Es diligente —respondió Ivy. Miró a su marido a los ojos. Ella lo conocía mejor que nadie, incluso mejor que Evangeline. Después de todo, pasaba cada noche en su cama—. Igual que yo —dijo, mirándolo a él y a nadie más.

Cuando Joel se marchó, Evangeline fue hasta la pequeña cocina para prepararse una taza de té. Mia ya había acabado por ese día y estaba a punto de cerrar el cajón de los archivos cuando vio algo en la parte de atrás, allí metido e ignorado durante años. Lo sacó y desdobló el papel, en el cual descubrió un delicado dibujo de acuarela de Hightop Mountain. Allí estaban los campos amarillentos y los helechos de las marismas que había junto al río Last Look. Era una representación de la tierra antes de que la Comunidad se asentara allí. Y, por primera vez, Mia vio lo precioso que era el condado de Berkshire. Aquel pequeño dibujo era un tesoro, la primera cosa que había deseado tener para sí misma. Había algo garabateado en la parte de atrás en tinta roja, probablemente hecha de moras, aunque algo descolorido. Mia apenas podía leerlo, pero las palabras no tenían ningún valor para ella. Era el pequeño dibujo lo que captó su atención. El arte no estaba permitido allí, en la Comunidad, y Mia jamás había estado en un museo. No recordaba haber visto nunca un

dibujo ni un cuadro.

Evangeline se acercó a ella con su humeante taza de té inglés. Siempre decía que aquella era la única cosa sin la que no podía vivir, así que tenía un tarro lleno de hojas de té escondido en la alacena de la pequeña cocina, ya que Joel siempre decía que satisfacer una necesidad todos los días era una adicción, ya fuera heroína, café o té.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Mia cuando vio a la chica con el papel en las manos.

—Nada —dijo Mia, aunque sabía que aquella no era la respuesta correcta.

—Es un dibujo —dijo Ivy mientras Evangeline le echaba un vistazo. A Ivy le parecía inofensivo, y no le gustaba la forma en que Evangeline le daba órdenes a su hija—. Mia quiere hacer un mural en la escuela, para los pequeños, y va a copiar ese dibujo.

Mia agradeció que su madre hubiese intercedido. Rápidamente, dobló el dibujo y se lo guardó en el bolsillo. No le prestó atención a lo que había escrito detrás, pero sí que vio la firma. Carrie Oldenfield Starr, el nombre de la primera mujer de Joel. No se hablaba mucho de Carrie, aunque cada año se dejaba un ramo de flores silvestres en su tumba, en el aniversario de su muerte. Ivy le había contado que todo lo que tenían, se lo debían a Carrie. Mia siempre se había preguntado por qué aquella mujer, que era su benefactora, no era mencionada en las reuniones de los domingos. Ahora, pensó que quizás era porque había sido una artista.

—¿Arte? —dijo Evangeline—. ¿A Joel le parece bien eso?

—Su primera mujer era una artista, creo que dará su aprobación —le aseguró Ivy. Después de todo, ella era su segunda mujer, así que quizás tenía algo que decir sobre ello.

Evangeline la miró fijamente durante un momento antes de volver a hablar.

—De acuerdo, llévatelo —le dijo a Mia. Evangeline no quería discutir, dado que la escuela definitivamente necesitaba algo de color —. Pero asegúrate de que pintas un paisaje, nada de representaciones vanidosas de personas.

El mural no fue perfecto, y trabajar en él significó que Mia casi no tuvo tiempo libre durante las siguientes semanas. Por ello no tuvo tiempo de leer, pero, de hecho, se lo pasó bien. Tim, el encargado de

las construcciones, le dejó algo de pintura sobrante, unas latas de azul, amarillo y verde. Cualquier niño que no hubiera visto un mural antes, lo habría mirado con los ojos como platos al reconocer Hightop Mountain y los campos donde el maíz crecía en hileras. Incluso Evangeline tuvo que admitir que Mia lo había hecho bien. El pequeño dibujo de acuarela de Carrie Oldenfield Starr fue olvidado por todos excepto Mia, que lo guardó en el establo junto a la tarjeta de la biblioteca. En ocasiones lo sacaba para observarlo, e imaginaba la tierra donde vivían tal y como estaba representada en el dibujo, cuando tan solo había sido una simple casa de granja blanca junto a un pequeño granero. Antes de que construyeran la Comunidad. Mia deseó estar en aquel lugar en ese momento, en el campo donde crecían los girasoles, donde quizás sería posible ser quien tú quisieras ser, donde pudieras leer libros todo el día y nadie dijese ni una palabra sobre ello. Un lugar donde no serías castigada por ser quien eras.



Si te arriesgas una vez, te arriesgarás más veces. Es una adicción, o una valentía, o una estupidez, o algo desesperado. Mia pasaba de los confines de la verja al final del largo camino de tierra con más y más asiduidad. Se preguntó qué pasaría si viajase hacia el oeste, por la ruta 17. ¿Llegaría hasta la luna? ¿Se encontraría entre las calles de una ciudad donde hubiese tiendas de libros y cafeterías donde pudiera ser invisible y hacer lo que se le antojase?

El mejor momento para romper las reglas era durante las horas de contemplación, los sábados de cuatro a seis. La gente debía meditar y reflexionar en esas horas, y después se arrodillaban donde estuviesen y daban las gracias por todo lo que tenían, todo lo que la Comunidad les había dado. Aquella era normalmente la hora de lectura de Mia. Pero, tras buscar el libro original que había tenido su nombre en el interior, comenzó a impacientarse. Y entonces comenzó a deambular. Bajó hasta los campos de ejercicio y vio un partido de fútbol que jugaban los niños que allí vivían. Se emocionó por el equipo ganador, a pesar de que no entendía las reglas. Fue hasta la panadería y se quedó mirando fijamente las tartas de tres pisos, las cuales tenían nombres

de pecados mortales: gula, envidia, ira… Se sentó en un banco de madera en el exterior de la estación de policía.

—¿Va todo bien? —le preguntó un policía que salía del edificio con una expresión confusa en el rostro. La policía jamás se acercaba a la gente de la Comunidad, por la razón que fuera.

—Tenéis una vista muy bonita desde aquí —le dijo Mia. El edificio estaba justo enfrente de la biblioteca, al otro lado del parque.

—Supongo que sí —le contestó el policía.

Mia se marchó poco después, ya que no quería atraer más la atención. «Ayúdame», había querido decir. «Necesito salir de ahí».

Una tarde mientras paseaba, Mia se encontró en la taberna de Jack Straw. La gente de la Comunidad no tenía permitido frecuentar el bar, ya que consumir alcohol y relacionarse con la gente del pueblo estaba terminantemente prohibido. Aun así, Mia se armó de valor y miró a través de la ventana. Un joven chico apuesto que estaba sacando la basura la vio allí plantada.

—No creo que tengas suficiente edad para beber —bromeó el camarero.

Supo que Mia era uno de los niños de la comuna, ya que todos tenían un aspecto salvaje y malnutrido, y se compadecía de cualquiera que viviera en aquella granja desvencijada. Había escuchado que allí lo controlaban todo: lo que comías, cuántas horas dormías, con quién podías hablar…

—¿Te apetecen unas patatas fritas? —le preguntó el camarero.

Mia nunca había escuchado hablar de aquella comida, pero le dijo:

—Sí, claro.

Y lo siguió al interior. Dentro estaba oscuro, pero era reconfortante, y había mesas y bancos de cuero.

—Enseguida las saco —le dijo el camarero a Mia.

Había un hombre mayor en la barra tomándose una cerveza a media tarde. Era Max Starr, de la vieja familia de Blackwell, y jamás había entendido por qué su prima Carrie había regalado una porción tan grande de su tierra. Supuso que aquella chica era uno de los okupas que se habían hecho con la granja. Tenía el pelo trenzado a la antigua, y vestía con ropa sencilla. Aun así, era una chica guapa, y le sonrió cuando se percató de que la estaba mirando fijamente.

—Mi prima poseía la tierra donde vives —le dijo a Mia—. Fue de

la familia durante casi trescientos años.

—Carrie Oldenfield —dijo Mia—. Era una artista.

El hombre se reclinó en su silla, ya que le sorprendió que la chica supiese aquello. No tenía un aspecto vacío como la mayoría de los niños de la Comunidad.

—Así es. Fue a la escuela del Museo de Boston y estudió en Paris. Aunque para lo que le sirvió…

—¿Por qué no le sirvió? —Mia quería saberlo.

Max Starr resopló indignado.

—Porque se casó con él.

—Siento que muriera —dijo Mia, que se sintió culpable a pesar de que no podía entender por qué.

—Todo el mundo muere —dijo Max Starr—. El problema fue la forma en que acabó viviendo. Una chica encantadora —le dijo—. Prima segunda. —Negó con la cabeza—. Esto sirve para demostrar que un hombre puede arruinar la vida de una buena mujer.

Mia se preguntó cómo habría sido la vida de su madre de no haberse casado con Joel Davis. Quizás estaría al oeste de la luna, en algún lugar donde no tuviese que vestir con ropas tan simples. En la anterior reunión de los domingos, las otras mujeres del círculo de costura se habían quejado de Ivy, así que había tenido que disculparse por sus errores. El crimen de Ivy había sido recitar una frase de Emily Dickinson mientras trabajaban en un edredón. «*Estoy afuera con linternas, buscándome a mí misma*». Ivy tuvo que caminar hacia su marido frente a la Comunidad entera allí congregada, para que él pudiese colgarle un letrero alrededor del cuello. Era la letra **V**, por la vanidad, y debería llevarlo durante siete días. En lo que a Mia respectaba, aquello no hacía que Ivy fuera menos bella; tan solo hacía que ella odiase a su padre más de lo que ya lo hacía.

Cuando el camarero salió con el plato de patatas y un bote de kétchup, Mia se sentó y a continuación devoró el plato como si estuviera famélica. La comida era increíble.

—Para el carro —le dijo Max Starr, que observaba a Mia engullir las patatas—. ¿Es que no te dan de comer en la granja esa?

—Patatas cocidas —dijo Mia entre bocado y bocado—. Ni de broma tenemos esto.

—¿Es que están locos ahí dentro? —preguntó el hombre mayor.

—Es posible —dijo Mia. Jamás se le había ocurrido pensar así en la Comunidad, pero ahora que Max Starr lo decía, se paró a pensar en la forma en que vivían—. Eso creo.

—Bueno, pues tú no pareces una de ellos —decidió Max, al cual le había caído bien la chica.

—¿Qué es lo que parezco? —preguntó Mia, que estaba realmente interesada en la respuesta que daría. Aquella era la conversación más larga que había tenido jamás con una persona ajena a la Comunidad.

Max consideró cuidadosamente su pregunta antes de responder.

—Pareces una chica a la que le gustan las patatas fritas.

Mia sonrió de oreja a oreja. Eso es exactamente lo que era: una chica normal que pidió un segundo plato, y a la que le concedieron su deseo aquel día en que había roto las reglas y pudo ser cualquier otra persona del pueblo.

Allí fue donde Mia comenzó a pensar en la otra vida que podría tener si huía. Pensaba en esa vida mientras quitaba las malas hierbas del jardín, mientras hacía la colada o planchaba la ropa. Pensaba en ello en preescolar, donde trabajaba por las tardes, y en la oficina, donde ayudaba a archivar las facturas. Pensaba en ello en el huerto y cada vez que recogía las manzanas del vergel. Había comenzado a planear su huida, y cada vez que veía a su madre al otro lado de la habitación o del campo, pensaba: «Hagámoslo. Cuando anochezca, cuando no pueda escucharnos nadie, huiremos por la carretera, pararemos al primer coche que veamos y jamás miraremos atrás, ni una sola vez. Y, antes de que te des cuenta, estaremos al lado oeste de la luna. Seamos invisibles y desaparezcamos».



Al final del verano, un grupo de mujeres se toparon con Mia en el jardín. Era la hora del círculo de costura, y había pensado que nadie la molestaría, pero resultó que había una cosecha de tomates que tenían que recoger, así que el círculo de costura se había cancelado. A Mia le dio un vuelco el corazón al verlas. Había comenzado a escribir su plan de huida en un trozo de papel:

«Actuar de noche. Salir por la ventana. Viajar con poco equipaje. No mirar atrás. Llevarme solo lo necesario. Pedirle a Sarah Mott, la

bibliotecaria, el dinero para el billete de autobús. Encontrarme con Ivy en el bosque. Correr tan rápido como pueda».

El aroma de los tomates era potente y fuerte, y el sol caía sobre los hombros de Mia. Cuando las mujeres del círculo de costura entraron por la verja, Mia ya había roto la lista en trocitos para enterrarla en la oscura tierra. Solo le quedaba un trozo en el puño. Mia sintió que el estómago se le revolvía al pensar en lo que pasaría si la descubrían. Tan solo se había enfrentado a la ira de su padre en una ocasión cuando tenía ocho años y saltó sobre un charco de barro, y jamás había vuelto a comportarse mal. En ese momento la habían encerrado en un sótano oscuro donde guardaban las frutas en lata y la mermelada. Lloró desconsolada y golpeó la puerta cerrada durante más de una hora, hasta que, al fin, Ivy había convencido a Joel de abstenerse a alargarle más el castigo y juró que Mia había aprendido la lección. Pero ahora ya era mayor y lo que había hecho era mucho peor.

Conforme las mujeres se acercaron, Ivy encontró con su mirada de ojos grises a Mia. En cuanto vio a su hija, se percató de que algo andaba mal.

—Pero mira quién ha venido a ayudarnos a pesar de no ser su turno —dijo Evangeline en un tono acogedor, pero miró a Mia con los ojos entrecerrados—. Siempre he dicho que eras muy emprendedora.

Mia hizo todo lo posible por mantener la calma. Se sentó con las manos a la espalda mientras las demás mujeres se dispersaban a través de las hileras de tomates, impacientes por cosechar lo que quedaba de la fruta madura. Mia imaginó su castigo si la descubrían, los azotes en el campo, el aislamiento a oscuras, las horas de trabajo extra… Pero entonces, algo le rozó la espalda. Sin mirarla, Ivy le agarró la mano a su hija e hizo que abriera el puño para poder llevarse el último trozo de la lista de Mia. «Correr tan rápido como pueda». Eso era todo lo que quedaba. Ivy y Mia se miraron la una a la otra, y vio que Ivy tenía una media sonrisa en la cara. Entonces, se metió el trozo de papel en la boca y se lo tragó. Mia tuvo que contenerse para no reírse en voz alta. Al parecer su deseo de romper las reglas le venía de alguien…

—¿Qué era eso? —preguntó Evangeline de forma suspicaz, que se fijó en que Ivy masticaba algo.

El cielo estaba de un tono azul cobalto. Era un día maravilloso,

tanto allí, como a kilómetros de distancia.

—Una mosca —dijo Ivy de forma hábil—. Debe de haberse pensado que era una rana.



Sarah Mott enseñó a Mia a usar el ordenador que había en la biblioteca. Normalmente, la gente joven le enseñaba a ella todos los trucos, pero Mia no sabía absolutamente nada de tecnología, así que Sarah comenzó por los conocimientos básicos. Mia agradeció las instrucciones, y Sarah la dejó a solas. Mia comenzó a mirar las necrológicas de Blackwell. Buscaba la de Carrie Oldenfield Starr, pero no había mención alguna a Carrie. Era como si la artista hubiese llevado una vida invisible. Al buscar, Mia descubrió que varias personas se habían ahogado en el río Last Look y en el río vecino, Eel. El que más le interesó fue una niña pequeña que se decía que se aparecía en el río, y a la que llamaban la Aparición. Cada agosto, en el Festival del Día de los Fundadores de Blackwell, se representaba una obra sobre su ahogamiento y su reaparición como fantasma en el río Eel. Mia había visto los carteles anunciando el día de los fundadores, pero jamás había acudido. En ese momento, decidió que aquel verano asistiría a la obra, costase lo que costase. Por suerte, esa tarde la mayoría de adultos se reunieron en el centro comunitario para discutir la cosecha del año siguiente. Mia se escabulló por la ventana, corrió hasta la verja y recorrió la ruta 17. Vio la actuación desde la linde del musgoso bosque.

Era el final de un día lleno de festividades para celebrar la fundación del pueblo por las familias que habían llegado allí desde Boston, cuando en aquel momento era una tierra salvaje. Colgaron linternas de papel por toda la plaza, donde había puestos que vendían perritos calientes, helado y tarta de arándanos. Aquella mañana habían montado el escenario, y casi todo el pueblo acudió a ver la actuación, fascinados. Mia también la vio embelesada. Aquello era magia, y el mundo entero estaba cambiando delante de sus ojos. Un chico y una chica sostenían faroles mientras buscaban a su hermana perdida; a Mia se le aceleró el corazón. Se vio transportada, pero antes de darse cuenta, la obra ya estaba acabando. La Aparición llamaba a

su hermana, pero era demasiado tarde para que la rescataran. Podría ser vista para siempre cerca del río donde había muerto. Cuando los actores abandonaron el escenario, Mia sintió como si se hubiese despertado de un sueño. Se giró para volver a la granja y se encontró con Ivy mirándola.

—¿Sabes lo que pasará si te descubren? —le susurró Ivy.

Había visto a su hija pasar a toda velocidad por el campo, así que la había seguido hasta el pueblo. Ivy pretendía agarrar a su hija y devolverla a casa, pero para cuando la alcanzó, la obra ya había empezado y atrapó a Ivy igual que a Mia. Ambas estaban hechizadas.

Regresaron juntas a través de la oscuridad, y el temor a qué pasaría si las atrapaban incrementó poco a poco. Un estado de ánimo melancólico se instaló entre ellas, pero de repente Ivy sonrió. Pensó en la suerte que tenía de no haber perdido a su hija, de tener a una chica viva ante ella y no a una aparición.

—¿Sabes cuál es mi día favorito?

Merodear en la noche hizo que Ivy sintiese que podía hablar más libremente que nunca. Sintió como si fuera la persona que solía ser, la que se escapaba por las ventanas de noche.

—El dieciséis de marzo.

Mia miró a su madre, ya que no tenía ni idea de a qué se refería.

—Es el día de tu cumpleaños —le dijo Ivy—. Solo por si querías saberlo.

Por supuesto que Mia había querido saberlo. Pero en la granja se decía que los cumpleaños eran una vanidad, así que jamás se celebraban. Los niños que nacían en la Comunidad jamás sabían sus cumpleaños, para que así el día fuese como cualquier otro y no fuesen víctimas del orgullo. Saber la fecha hizo como si Mia por fin pudiese reafirmarse como persona. La noche era mágica, y podía sentirlo. Allí estaban, una madre y una hija que eran invisibles para los demás, libres para hacer lo que quisieran. Mia deseó que pudieran seguir caminando toda la noche. No pararían hasta llegar a California, hasta que estuviesen en cualquier sitio que estuviese al oeste de la luna.

—La obra ha estado bien, ¿verdad? —dijo Ivy.

—Así es —dijo Mia.

No tenía ninguna otra obra con la que compararla, ya que jamás había visto una, pero lo que sí sabía era que, una vez que la obra

comenzó, no pudo apartar la mirada del escenario. «Ay, hermana mía», había dicho la Aparición. «Búscame en las noches sin estrellas».

—Los fantasmas no existen —le aseguró Ivy—. Lo sabes, ¿no? Es una invención. No existen los espíritus, ni los héroes, y la vida no es un cuento de hadas. Las historias que te cuento no son más que eso, historias.

—Supongo —dijo Mia, y entonces siguió hablando—. Quizás sería mejor que esas cosas existiesen.

—No lo sería —le dijo Ivy—. Cometemos nuestros propios errores, y ni los espíritus ni las historias pueden arreglarlos.

—Las historias es posible que sí puedan —dijo Mia.

—Creía que eras más lista que eso —Ivy se frenó tan repentinamente que Mia se estrelló contra ella.

Casi habían llegado a la verja de la Comunidad, que se cernía sobre ellas en la oscuridad. La hierba y el campo estaban sumidos en una oscuridad total, como la boca de un lobo. Ivy tendría que inventarse una buena excusa para explicarle a Joel por qué no estaba en la cama. A veces le decía que caminaba en sueños y se despertaba en la pradera, y parecía creerla, así que solo podía esperar que la creyese también en ese momento. Todos los demás estaban ya dormidos, soñando. Pero allí estaban Mia y ella, juntas.

—Al menos, espero que lo seas —le dijo Ivy en un tono de voz suave. Era la voz de una persona que quería a otra más que a nada en el mundo—. Espero que seas más lista que yo.



No fueron castigadas en ese entonces, pero su suerte pronto se acabaría. No mucho después de aquello, encontraron un libro prohibido en el establo. Mia había estado leyendo cuando de repente se percató de que llegaba tarde para su turno en el jardín, así que había dejado el libro bajo una pila de heno en el redil de Dottie, en lugar de esconderlo bajo los tablones de madera. Era *Orgullo y prejuicio*. Mia lo había sacado de la biblioteca sin saber nada sobre Jane Austen; jamás había oído hablar de la autora antes, pero el título le hizo pensar en la gente de la Comunidad.

—Ese te va a encantar —le dijo Sarah Mott cuando se lo entregó—.

Querrás leer las otras cinco novelas que escribió la autora.

En la reunión de los domingos, Joel sostuvo el libro de contrabando que uno de los hombres había encontrado entre el heno. Se instaló el silencio en la habitación. *Orgullo y prejuicio*.

—¿Quién va a confesar su orgullo esta noche? —anunció Joel. No obtuvo respuesta alguna, así que comenzó a caminar de un lado a otro, como siempre hacía cuando estaba inquieto—. La razón por la que no tenemos libros aquí es porque nos dividen. Harán que pensemos que el mundo exterior puede enseñarnos más de lo que podéis aprender aquí. Un escritor cualquiera no os conoce mejor que yo, no pueden deciros cómo debéis vivir vuestra vida.

Mia estaba en las últimas filas, sentada en una dura silla de madera. El corazón le latía con fuerza en el pecho, y temía que Evangeline pudiera escucharlo, ya que estaba sentada muy cerca. Temía que si nadie daba un paso al frente, Joel decidiera ir a la biblioteca a interrogar a la señora Mott, o quizás incluso amenazarla. Y entonces descubriría que Mia visitaba la biblioteca a menudo. O quizás ya había estado allí y había escrito el nombre de Mia en algunos volúmenes para recordarle que le pertenecía. Estaba aterrada y pensaba que quizás debía de echar a correr hacia el bosque. Pero entonces Ivy, que estaba en la parte delantera de la habitación, se levantó repentinamente. Desde donde Mia estaba, su madre parecía muy pequeña.

—Es mío —dijo Ivy—. Lo encontré en una papelera del pueblo cuando estuvimos en el mercado. Empecé a leerlo, pero no lo terminé. No tenía mucho sentido.

Se escuchó un murmullo entre la gente, que se preguntaba qué pasaría a continuación. Ivy era la esposa de Joel, su favorita, pero las reglas eran las que eran. Tenías que pagar por romperlas y no importaba quién fueras. Mia escuchó trozos de lo que la gente decía: que Ivy era una malcriada y se merecía cualquier castigo; que probablemente había leído el libro entero, pero había mentido; que probablemente también había leído otros. Joel hizo un gesto para que Ivy se acercara, como si estuviesen ellos dos solos en la habitación. Ivy no miró a nadie mientras caminaba hacia el podio.

«Vamos a huir», pensó Mia. «Vamos a ser invisibles, hagámoslo ahora mismo».

—Inclínate —le dijo Joel a Ivy.

Ivy lo miró, pero hizo lo que le dijo. Lo hizo manteniendo la dignidad y no parecía estar mínimamente arrepentida, lo cual hizo la gente pareciese incluso más irritada con ella.

Joel pidió unas tijeras, y alguien se las trajo con rapidez. Mia se tapó los ojos, ya que no quería ver lo que iba a ocurrir. Cuando volvió a abrir los ojos, Joel había cortado todo el precioso pelo de Ivy, hasta la cabellera. Los mechones que cubrían el suelo parecían las plumas de un mirlo.

—Esto es por el orgullo —dijo Joel en un tono amable, lo cual lo hacía incluso peor. Era como si estuviese siendo generoso ante una pecadora, y como si la persona que era castigada debiese estarle agradecido. Por todos era conocida Ivy por su precioso pelo negro, y a Joel le había encantado tocarlo y mirarlo. En ese momento tenía una expresión ferviente, el de un creyente al que estaban poniendo a prueba.

—Esto me duele más de lo que jamás sabrás —le dijo.

Ivy volvió a su silla y se sentó como si no hubiese pasado nada, con la espalda recta, y una expresión ilegible. Desde donde Mia estaba sentada, pudo ver el orgullo en el rostro de su madre. Ivy parecía incluso más guapa sin su pelo, como si fuese Juana de Arco, o una bruja de Salem a punto de ser quemada.

En cuando pudieron salir de allí, Mia corrió hacia el bosque y desapareció entre los árboles. Por su culpa, la persona incorrecta había pagado por su orgullo. Recordó lo que el primo de Carrie Oldenfield le había dicho en la taberna de Jack Straw: «Un hombre puede arruinar la vida de una buena mujer». Anhelaba alguna magia oscura que las salvara, un hechizo que destruyese aquel lugar y que redujese a cenizas todas las casas. Shakespeare había evocado magia en sus obras, y Mia deseó poder recitar sus palabras y atravesar a Joel Davis con ellas como si fuesen cuchillos. «Si no alimenta nada más, que alimente mi venganza». En ese momento fue cuando decidió que jamás se enamoraría. El amor te ataba de manos y pies, hacía que pagases y exigía todo lo que tenías, mientras que tan solo te devolvía la desesperanza. Jamás se acercaría tanto a nadie y se mantendría invisible: una chica sin corazón. Estaría escondida incluso cuando estuviese a simple vista.

Mia pretendía cortarse el brazo con una rama y dejar que su sangre cayese al suelo como si de una bruja se tratase. Como si tuviera poder cuando, de hecho, no tenía ninguno. Agarró la rama y simplemente lloró como una chica normal. Allí en el oscuro bosque, alguien consiguió encontrarla. La agarró del brazo y tiró de ella hacia atrás. Solo tenía la luz de la luna, pero Mia vio con claridad a su madre y tenía un aspecto feroz con la cabeza casi enteramente rapada.

—La próxima vez, no dejes tus libros en el establo —le dijo Ivy—. ¿Me estás escuchando?

Mia abrió mucho los ojos, y Ivy respondió con una risa oscura y apagada.

—¿Creías que no sabía que estabas yendo a la biblioteca? —le dijo —. Solía ser una lectora voraz cuando tenía tu edad. He aceptado el castigo porque te he permitido ir a la biblioteca y porque probablemente heredaste ese rasgo de mí. Así que supongo que lo que has hecho es culpa mía. Yo leí y leí, pero ¿de qué me sirvió?

—No es un rasgo, es una elección —le dijo Mia, que no sabía cómo sentirse. Estaba agradecida y enfadada a la vez.

—Sea lo que sea, tienes que tener más cuidado —la instó Ivy.

—Podríamos irnos —le dijo Mia en un tono de voz confiado y bajo —. Tengo un plan.

Ivy se volvió hacia ella y compartieron algo en aquella mirada. A Mia no le importaba la afirmación de Joel de que los niños pertenecían a la Comunidad. Ella sabía quién estaba allí para ayudarla, sabía en quién podía confiar. Hablaban en susurros, ya que estaban muy cerca la una de la otra. Casi podrían haberse leído el pensamiento.

—¿Nos va a decir tu plan adónde ir?

—¿California? —dijo Mia.

Había visto las fotografías de Monterey, Bolinas y San Francisco en la biblioteca. Aquellos sitios estaban al otro lado del país, tan lejos de allí como era posible.

Ivy no dijo nada durante un buen rato, así que Mia supuso que estaba enfadada. Pero entonces, Ivy suspiró y dijo:

—Cariño, eso está muy lejos.

—Precisamente por eso —dijo Mia.

Ivy negó con la cabeza.

—Jamás podríamos llegar.

—Y, ¿qué hay de Boston? —Mia comenzó a llorar, aunque no se dio cuenta.

—¿Volver al lugar de donde vengo? —preguntó Ivy con tristeza—. ¿Qué haría allí? Ni siquiera acabé el instituto, no podría mantenerte.

—Yo conseguiré un trabajo —le aseguró Mia de forma obstinada.

Ivy se rio, pero de nuevo, fue algo más oscuro que una risa. Durante su primer año, cuando Joel notaba que Ivy estaba algo inquieta, le decía que si pensaba en marcharse, se quedaría a Mia. «Recuérdalo», le había advertido, y eso había hecho.

—Mi niña —dijo Ivy—. Puedes soñar, pero debes saber que eso es todo lo que es.

La luz era tan tenue en el bosque que parecía como si no existiese nada más que las sombras. Casi invisibles, pero no del todo. Escuchaban las voces de la gente que salía del centro comunitario.

—Ten más cuidado —le dijo Ivy—. Hasta ahora, he sido capaz de calmarlo cuando se enfada, pero no sé lo que hará si lo ponemos a prueba demasiado. No es ya la persona que conocí al llegar y no sé de lo que es capaz.

Ivy se marchó, pero Mia se quedó en el bosque y escuchó los pájaros nocturnos, las lechuzas y garzas que se movían entre los árboles. Se dio cuenta de que le había sorprendido tanto la aparición repentina de su madre, que se le había olvidado por completo darle las gracias por cargar con la culpa de lo del libro. Lo dijo entonces, a pesar de que estaba sola: se lo dijo al vacío de la noche, y espero que, de algún modo, Ivy supiese que le estaba agradecida. Mia jamás olvidaría quién la había ayudado, quién había cargado con la culpa y quién la había seguido hasta el bosque para advertirla de que nada dura para siempre.

CAPÍTULO TRES

La inevitable conclusión

Septiembre era un mes glorioso en el que el mundo entero se teñía de amarillo. Era la época de la cosecha, el momento de recoger y organizar las manzanas. Las Look-No-Further eran la única variedad que cultivaban, dado que se decía que si no comías nada más que aquellas manzanas durante tres días, aun así no te cansarías de su sabor. En aquella época del año el trabajo parecía no acabarse jamás, y los miembros de la Comunidad trabajaban de doce a catorce horas al día. Incluso los niños pequeños trabajaban en el vergel, armados de fuertes botas y pequeños guantes de lona para que así no se pinchasen los dedos con las ramas al recoger la fruta más baja.

Ese año la cosecha era gigantesca, así que tuvieron que contratar a gente de fuera. Se les dijo a los miembros de la Comunidad que no hablaran con ellos mientras trabajaban en la cosecha y que ignorasen a los niños pasajeros, que jugaban entre los árboles y cantaban en un idioma que Mia desconocía. Cuando el día terminaba, se escabullía al final del campo, donde habían aparcado las caravanas. Desde allí, observaba cómo las familias preparaban la cena en unas parrillas dispuestas sobre el fuego. Los niños llamaban a los padres, y ellos contestaban. Los chicos jugaban al béisbol y se gritaban los unos a los otros. Mia se preguntó dónde habría estado aquella gente antes de llegar a la Comunidad y a dónde irían después. Se preguntó si habrían encontrado en sus viajes todo aquello sobre lo que Mia había leído en los libros. Uno de los días, una mujer con el pelo largo y oscuro se alejó de su familia y se acercó a Mia, ya que le preocupaba ver a una chica a solas en la oscuridad, de pie sobre la húmeda hierba y observándolos.

—Cielo, ¿necesitas algo? —le preguntó—. ¿Quieres algo de comer?

La comida olía divina, pero Mia negó con la cabeza. No quería comida, sino información.

—No, gracias —le dijo, pero cuando la mujer comenzó a alejarse,

Mia alzó la voz—. ¿Ha estado alguna vez en California?

La mujer se giró y sonrió.

—Aún no —le dijo—. ¿Y tú?

—Aún no —dijo Mia en voz alta, y tras eso, se despidieron con un gesto de la mano y Mia recorrió el camino de vuelta.

Los grillos gritaban de forma alocada en esa época del año, su última canción. Puede que Mia hubiese hecho añicos el papel con su plan de escapada, pero daba igual, ya que lo tenía memorizado. Aquel día no se marchó, ni le suplicó a la mujer que la dejara irse con ellos una vez que recogiesen todas las manzanas… Pero eso no quería decir que el plan no siguiese adelante. No quería decir que nunca llegaría a ver San Francisco, ni París, ni Nueva York. En los libros, una chica debía de ayudarse a sí misma para que otros la ayudaran, y todos los cuentos de hadas terminaban con la misma lección. «Engaña a tu enemigo; haz lo que sea necesario; ten fe en los encantamientos; sálvate a ti misma».



Ocurrió al final de la cosecha, un día ya tarde. Los sucesos que te cambian la vida nunca llegan de forma esperada, sino que son tan repentinos como la lluvia que cae del cielo, como el destello de un relámpago. Son momentos que jamás olvidas. Mia estaba en el patio de la escuela, ayudando a los pequeños en el recreo y vigilándolos mientras se balanceaban en los columpios de madera. Se percató de que algo andaba mal cuando escuchó unos fuertes gritos, y después, un silencio total. Lo peor que puede pasar sucede en ocasiones en silencio. No es en la explosión, sino después cuando se ve a través del humo y de las cenizas cuando te percatas de lo mucho que has perdido.

Normalmente se podían escuchar las voces de la gente desde la arboleda hasta que anochecía; Mia había trabajado allí esa misma mañana junto a Ivy, hasta que Evangeline le indicó que necesitaban ayuda en la escuela. Pero, en ese momento, Mia se dio cuenta de que ninguna furgoneta conducía de un lado a otro, ninguna voz se alzaba mientras trabajaban, y ni siquiera se escuchaba el canto de los pájaros. El calor del verano aún permanecía, así que el campo estaba salpicado

de phytolacca americana y enredaderas de Virginia que crecían en las zanjas. Mia se quedó paralizada cuando vio a los hombres correr. Evangeline se acercó y le informó de que se había producido un accidente. La furgoneta donde cargaban las fanegas de manzanas no había tenido el freno puesto de forma correcta, así que se había deslizado hacia atrás y había aplastado a alguien.

—Lo único que podemos hacer es aceptar lo ocurrido —dijo Evangeline en un tono de voz más amable que de costumbre, aunque con el rostro pálido.

Mia vio que los hombres cargaban con el cuerpo de una mujer. Los mirlos que había en el campo alzaron el vuelo, hablando en gorjeos hasta que desaparecieron todos. Mia se sujetó con fuerza a la valla metálica del patio mientras observaba cómo los hombres transportaban el cuerpo al edificio principal. Aquella era la temporada de las abejas, cuando abandonaban las colmenas en enjambres en busca de los últimos días de buen tiempo. Picaron a dos de los hombres, pero ninguno se inmutó. No se escuchó sonido alguno.

—Mia, ven aquí —le dijo Evangeline mientras Mia estaba allí, mirando.

Pero ella se quedó exactamente donde estaba, paralizada. Reconoció la vestimenta gris y las botas rojas que Ivy siempre llevaba.

«Vámonos esta noche. Seamos invisibles», le había dicho aquella mañana mientras recogían las manzanas. Habían escalado un árbol juntas y era como si estuvieran solas en el mundo entero, escondidas entre las ramas. Ivy había sonreído ante la idea de su hija. Había comenzado a crecerle el pelo, y Mia pensó que parecía la princesa de un cuento, una que quizás podría sopesar huir. Pero Ivy negó con la cabeza. «Nos encontraría», le dijo. «Y, de todas formas, ¿dónde íbamos a ir?»

Le dijo que, en una ocasión, una chica de la granja había tratado de marcharse para tomar el control de su propio cuerpo y de su propia vida, pero las reglas la habían matado. «No somos pájaros, no podemos alzar el vuelo», le dijo a Mia.

Y ahora estaban sacándola del manzanar. El pelo de Ivy parecía plumas negras bajo la intensa luz del sol. Las botas se le cayeron mientras la llevaban al centro comunitario. Se quedaron allí tendidas sobre la hierba, y nadie pareció darse cuenta. Así era el final,

silencioso y doloroso. «Nunca pudimos huir», pensó Mia. «Podríamos haber sido pájaros y volar tan lejos que en este momento ya estaríamos al oeste de la luna».

El sol caía sobre la espalda de Mia y ni siquiera se percató de que estaba llorando hasta que se le escapó un sollozo. Conocía a los hombres que transportaban el cuerpo, sabía sus nombres, quienes eran sus mujeres y sus hijos, pero en ese momento le parecieron extraños. Joel salió para encontrarse con ellos y corrió a abrazar el cuerpo de su mujer. La gente decía que se podían escuchar sus alaridos de dolor desde el otro lado del campo. No le importó que lo vieran llorar. Y, si se percató de que Mia estaba en el patio, no le importó en absoluto. Lo hecho, hecho estaba, ya se había acabado. Este era un mundo de amor y aquellos que estuvieran allí serían amados para siempre. Joel se limpió los ojos y se alzó con la cabeza bien alta. Haría que las mujeres bañasen su cuerpo y enterraría a Ivy en el pequeño cementerio vallado con vistas a Hightop Mountain.

El funeral se celebró al día siguiente, en el cementerio donde Joel había enterrado a su primera mujer, Carrie. La montaña estaba envuelta en nubes, y tan solo unos cuantos rayos de luz rebeldes se colaban a través de ellas. Las mujeres llevaban ropa negra o de un gris muy oscuro, y se tapaban el pelo con bufandas. Los niños se reunieron en círculo con las últimas margaritas moradas en florecer en las manos. Las chicas que tenían la edad de Mia cantaron una canción que Evangeline les había enseñado acerca de un mirlo, en honor al alma que había partido.

Ivy estaba envuelta en una sábana blanca y la enterraron en el suelo. No se usó ataúd, ya que la Comunidad creía que era mejor que los difuntos regresaran a la tierra de donde habían venido. Mia sollozaba, y todos la escuchaban. Se había pasado la noche fuera del centro comunitario, donde habían mantenido el cuerpo. Las mujeres, que le habían lavado los pies y habían preparado a Ivy para su traslado al otro mundo, al final habían salido para tratar de que Mia se marchara, pero ella no se movió de allí. Joel finalmente había dicho:

—Dejadla estar.

Pero, en ese momento, mientras llenaban la tumba de tierra oscura y llena de piedras, Mia se lanzó sobre ella y proclamó a gritos que su

madre no debería estar allí. Debería estar en California, muy lejos de allí. Señaló con un dedo a Joel como si estuviera lanzándole un maleficio.

—Tú la has arruinado —gritó Mia—. Es todo culpa tuya.

Joel ordenó a dos de los hombres que se llevaran a Mia.

—Lleváosla, ahora —dijo con desaprobación.

Siempre había advertido que demasiada emoción no era sana. ¿No era el comportamiento de aquella chica la prueba irrefutable de ello? Observó cómo los hombres trataban de llevarse a Mia, que se estaba resistiendo y no sentía ni una pizca de remordimiento ante su comportamiento. Se aferró a los helechos que había alrededor de la tumba, tratando de mantenerse allí. Cuando los hombres por fin consiguieron llevársela, fue con los helechos aún agarrados entre los dedos, arrancados de raíz. «Tenemos la receta de la simiente del helecho. Somos invisibles».

Mia vio el resto del funeral desde el bosque, con el rostro enrojecido y lleno de lágrimas. El amor que su madre y ella compartían era invisible, y siempre lo había sabido. Nadie más conocía la verdad. Mia no pertenecía a aquel sitio, con el resto de gente, y daba igual lo que dijesen. Tras el funeral, Mia fue al establo y se dejó caer junto a su oveja favorita, la vieja Dottie. Su mundo se había acabado, eso lo tenía claro. El mundo en el que había soñado que su madre iría a verla una noche y le susurraría: «Vámonos. Huyamos juntas. Vamos a ser invisibles por fin».



Una semana después del funeral, Mia aún se negaba a salir de la cama. No se dejaba ver ni siquiera cuando se acercaba la hora de la cena, y se negaba a vestirse y a hacer sus tareas. Las mujeres del círculo de costura fueron a levantarla y vestirla, pero ella se negó. Evangeline incluso juró que Mia había tratado de darle un mordisco. Al final, Joel fue a hablar con ella, aunque era algo inaudito que él fuese al dormitorio de las chicas. Las otras se marcharon en cuanto lo vieron y se reunieron en torno a la puerta, preguntándose qué tipo de castigo le esperaba a Mia.

—Levántate —le dijo Joel a Mia.

Cuando lo desafió, la agarró con fuerza del brazo. Ella se retorció, pero no le sirvió de nada, y poco después se le formaría un oscuro moretón azul en el brazo. Las acciones de Joel aquel día tan solo eran la prueba de la clase de persona que era realmente. Mia no podía ni mirarlo, ya que si lo hacía, sería incapaz de resistir la necesidad de maldecirlo a la cara. Se preguntó si los demás se sentían así al enfrentarse a sus padres: distantes y temiendo el castigo, jamás atreviéndose a decir la verdad.

—Eres mía, pero no haré excepciones —le dijo Joel.

No, no lo haría, y jamás lo había hecho. *Los niños pertenecen a la Comunidad. El amor está en todas partes. Solo hay una familia, y esa familia somos todos.*

—Hay un precio a pagar por quedarte en la cama y no atender tus responsabilidades.

Encontró unas tijeras en la mesa de costura de las chicas, donde trabajaban por las noches antes de irse a dormir. Ordenó a Mia que se soltase el pelo, y le cayó hasta la cintura. Mia cerró los ojos y los mantuvo así mientras le cortaba la trenza a la altura de la nuca en movimientos rápidos y deliberados. No podía soportar tenerlo tan cerca. Cuando acabó, se quedó allí quieta y sintió un escalofrío en el cuello. La trenza de pelo estaba en el suelo, retorcida como una serpiente. Joel normalmente se aseguraba de cortarle el pelo hasta el cuero cabelludo a las chicas que se portaban mal, así que, de hecho, ese día sí que hizo excepciones.

—Hija mía —le dijo con tristeza.

Para honrar a Ivy, Joel tan solo le cortó el pelo a la altura de la barbilla. Pensó que estaba siendo bondadoso, pero Mia lo odiaba más de lo que jamás lo había odiado, más de lo que había creído que fuera posible.

—¿Crees que yo no la echo de menos? —le preguntó Joel de forma más amable—. ¿Crees que no lloro por ella cada noche y cada día? Siento lo mismo que tú, pero eso no te da derecho a desobedecer.

Parecía haber acabado, pero justo cuando Mia pensaba que iba a marcharse y dejarla en paz, vio algo bajo la cama.

—¿Qué es eso? —le preguntó Joel de forma brusca.

Mia había encontrado las botas de su madre en una montaña de basura después de que tiraran las pertenencias de Ivy. Todo lo demás

ya no estaba; su ropa usada, su chaqueta, su cepillo del pelo. Joel siempre les decía que las posesiones eran el demonio, y que esconderlas garantizaba un castigo, pero a Mia ya no le importaba la falsa filosofía de Joel ni sus reglas.

—¿Son suyas? —le preguntó Joel.

—Solo son unas botas —tartamudeó Mia.

Joel lo pensó, y después se agachó y las tomó. Las sostuvo contra el pecho durante un momento antes de devolvérselas a Mia. Aquella generosidad tan inusual hizo que Mia sospechara, pero, aun así, aceptó las botas y se las apretó contra el pecho. Aceptaría lo que pudiera, era algo que bien había aprendido a esas alturas. Las botas olían a hierba y tierra, al bosque donde Ivy y ella caminaban por las noches bajo la luz de la luna, como si hubiesen llegado al lugar donde ansiaban ir y ya hubiesen escapado.

—Nos guardamos nuestro dolor adentro, y seguimos adelante —le dijo Joel—. Espero que, a partir de ahora, hagas lo que se te diga. ¿Me entiendes?

Mia vio lo oscura que era su mirada, cómo te atravesaba en su propio beneficio, cómo las arrugas de su rostro te contaban una historia que se guardaba para sí mismo. No lo conocía, no de verdad, y jamás lo haría. Pero entendió lo que le decía. Quería que hiciese las cosas a su manera, y si no las hacía, alguien debía pagar.

—Lo entiendo —le dijo Mia.

Entendía que su madre debería de haberlo dejado hacía ya mucho tiempo, y que no podía aceptar que nadie le negase algo, y que había creado su propio mundo para poder controlarlo, y que ella no quería formar parte en absoluto de él. Joel se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de manzano. Estaba verde, excepto los bordes, que eran amarillos. Mia la reconoció del huerto de manzanos de Look-No-Further. Allí mismo, en ese momento, juró que jamás volvería a comerse una manzana.



Mia obedeció, pero eso no quería decir que no tuviese un plan en mente. No quería decir que la granja fuese ya su hogar, o Joel su padre, o que nadie la conociese de verdad, o que siguiera cumpliendo

las reglas. Dos semanas más tarde tenía que trabajar en el puesto del mercado en el pueblo. Era exactamente lo que había estado esperando, así que cuando Evangeline la informó de ello, Mia bajó la mirada e intentó con todas sus fuerzas que no se notara lo que realmente pensaba. Aquella era su oportunidad y sabía que probablemente no tendría otra así. Su madre no estaba, no le quedaba nada. Pero incluso si Mia no tenía ningún sitio al que ir, no pensaba dejar que Joel decidiese su futuro por ella. Se haría invisible y desaparecería por completo. Tenía su destino en sus propias manos y podía hacer con su vida lo que quisiese; era lo único que le pertenecía, lo único que podía decir que era suyo.

Aquel día en el mercado, Mia trabajaba junto a un nuevo miembro de la Comunidad, Tom Miller, y pensó que el hecho de haber sido emparejada con él era un signo de buena suerte. Tom se movía lentamente y nunca había sido capaz de mantener un trabajo en el mundo real, y además era nuevo, así que no conocía bien las reglas. Cuando Mia le dijo que tenía que ir un momento a la biblioteca para usar el lavabo, Tom asintió y le indicó con un gesto que se fuera.

—Adelante —le dijo mientras dejaba una cesta con calabazas y calabacines, así como lo que les quedaba de tomates—. No soy tu cuidador.

De hecho, lo era, pero él no lo sabía aún, así que Mia corrió a través del parque. Planeaba abandonar esta tierra y dejar que su espíritu se elevara como un mirlo. Podría escapar saliendo por la puerta de atrás de la biblioteca, que daba directamente al bosque. No quería llamar la atención entrando y saliendo demasiado rápido de la biblioteca, así que hizo lo que siempre hacía al ir allí, y fue a la sección de ficción. Allí, trató de calmarse. Había decidido que este sería su último día en la tierra, así que todo le parecía más intenso. Los susurros de los clientes, el chirrido del suelo de madera… Mia escogió una novela sin molestarse en mirar el título o el autor. Tenía pensado tomar el camino que iba al bosque después de hacerse con el libro, para que el idiota de Tom no la viera.

—Es una excelente elección —le dijo la señora Mott cuando Mia se acercó al mostrador—. Nathaniel Hawthorne es uno de mis favoritos.

Era el libro que tenía una inscripción para ella, con la cubierta marrón y dorada. A Mia le temblaban las manos, y esperó que la

bibliotecaria no se fijara. Pero, por supuesto, Sarah lo notó. Siempre se preocupaba por aquella chica, que se recorría la ruta 17 de arriba abajo con el tráfico tan complicado que tenía y las curvas en las que no había visibilidad después del atardecer. La Comunidad estaba a kilómetros del pueblo, y después estaba el camino de tierra que a los lugareños se les había prohibido usar. Solía haber arándanos salvajes en el camino, así como helechos que olían a canela. Sarah estaba tan absorta pensando en la Comunidad, que no se fijó en que el libro que Sarah quería tomar prestado era una primera edición, la cual no debía salir de allí, dado que había sido impreso en Boston, en Ticknor, Reed y Fields en 1850.

—¿Sabías que Hawthorne vivió en un lugar como esa comunidad tuya? Se llamaba Granja Brook, y fue un completo desastre. También estuvo el experimento fallido Fruitlands, que fundó el padre de Louisa May Alcott. Fue un proyecto totalmente desastroso.

—He leído *Mujercitas* —soltó Mia, aunque sabía que no debería de estar hablando con una persona ajena a la Comunidad.

—Bueno, Louisa podría no haberlo escrito jamás, y los niños de la familia Alcott habrían muerto de malnutrición en Fruitlands si los vecinos de alrededor no les hubieran llevado fruta y huevos. No está pasando nada parecido donde tú estás, ¿no? —le preguntó Sarah Mott, que estaba preocupada.

—Tenemos huevos —le aseguró Mia.

Mia había metido el libro en su mochila, pero Sarah vio que a la chica le temblaban las manos.

—¿Te puedo llevar en coche hasta casa? —le preguntó Sarah Mott —. No sería molestia alguna, puedo dejarte en la verja.

—Estoy bien —insistió Mia—. No hace falta.

Ciertamente no parecía estar bien. De forma impulsiva, Sarah escribió su número de teléfono en un papel y se lo ofreció a Mia.

—Por si acaso alguna vez necesitas algo.

Mia sonrió un poco.

—Gracias, pero no tengo teléfono, no podría llamarte.

Sarah abrió el cajón del escritorio y le dio a Mia una llave de la biblioteca.

—Llámame desde aquí.

—No deberías confiar en mí —le dijo Mia—, ni siquiera me

conoces.

—Sé lo que te gusta leer —Sarah se encogió de hombros—. Con eso me vale.

Mia recordó que Ivy le había contado que, en una ocasión, alguien le había dado una llave que jamás había usado y parecía arrepentirse de aquello. Así que Mia aceptó la llave. No quería ser maleducada, pero tenía que apresurarse. Si alguien de la Comunidad le preguntaba a Tom Miller que dónde estaba, quizás se daría cuenta de que sería una buena idea ir a buscarla.

—Gracias por la oferta —le dijo Mia a la señora Mott.

Mia salió por la puerta trasera, y la luz del sol la cegó por un momento. En cuanto atravesó la linde del bosque, la envolvió la oscuridad. En lugar de dirigirse al camino de tierra que curvaba hacia la montaña, como siempre hacía para ir a la Comunidad, Mia atravesó el campo lleno de zarzas salvajes y plantas que crecían en el suelo con diminutas flores blancas como la nieve. Cerca había dos ríos: el río Eel, donde se decía que la Aparición rondaba, y el río Last Look, que se había llevado la vida de varios chicos cuando se habían lanzado al agua y se los llevó la corriente creciente de primavera. Mia se aproximó al río Last Look, donde había margaritas salvajes y abejas que zumbaban alrededor. Mia se tumbó sobre la hierba, y se dejó llevar por el zumbido de los insectos. El río Last Look corría con fuerza, dado que una serie de tormentas lo había llenado hasta casi rebosar. Mia era una buena nadadora, pero su pretensión era meter piedras en su mochila, ponérsela a los hombros y dejar que la arrastrara hasta abajo. Si se hubieran marchado la noche antes del accidente, nada de esto habría ocurrido. Quizás en aquel momento estarían ya en California, observando el Océano Pacífico a casi cinco mil kilómetros de distancia.

Mia se cubrió el sol con la mano para poder echar un vistazo a su alrededor por última vez. En ese momento se dio cuenta de que, al tumbarse en el suelo, el libro de la biblioteca había salido despedido sobre la hierba y se había abierto. Y allí estaba la inscripción; no era un producto de su imaginación.

Para Mia. Si todo esto fue un sueño, era solo nuestro, y tú eras mía.

La cubierta de tela estaba algo desgastada por los bordes, y el título de oro, algo deslustrado. Parecía un libro importante, uno que quizás podría pertenecer a una colección de libros únicos. *La letra escarlata*. ¿Era para ella o para alguien diferente? Mia lo abrió y hojeó las páginas.

«No había sido consciente del peso con el que cargaba hasta que fue libre».

Aquella era la historia de una joven mujer que tenía una hija fuera del matrimonio, a quien aquellos más cercanos juzgaban y trataban de avergonzar por ello. Se casaba con un hombre malo, se enamoraba de uno débil, y la obligaban a llevar un letrero con la letra **A** por adulterio. Era la historia de una mujer que amaba a su hija por encima de todo, más que a su propia vida.

Mia pasó las hojas, y de repente se frenó y leyó de nuevo.

«Soñamos cuando estamos despiertos, caminamos cuando estamos dormidos».

Sintió que el corazón se le aceleraba. Ella había estado caminando en sueños, y en ese momento, aquella tarde en la que planeaba deshacerse de sí misma, se despertó repentinamente. Tanto si la inscripción era para ella como si no, sentía como si el autor la conociese y estuviera hablándole a ella, dado que la historia que contaba de los puritanos y la de la vida en la Comunidad eran muy parecidas. En ese momento se sintió más unida al autor que a nadie que hubiera conocido jamás. La amarillenta luz de la tarde se filtraba entre las ramas que había por encima de su cabeza. Las ranas que había en la orilla cantaban una suave canción acuosa. Las rocas eran lutitas grises, una vetusta mezcla de barro y arcilla, y era posible encontrar plantas fósiles, así como fósiles de invertebrados e insectos prehistóricos. Mia había nacido siendo una lectora, tal y como su madre lo había sido, y una vez que empezó, no pudo parar.

Se tumbó boca abajo sobre un codo y comenzó a pasar las páginas con rapidez. Para cuando el atardecer tiñó el cielo de un color lila, Mia ya estaba por la mitad del libro y se había enamorado del autor y de la obra. Se había olvidado de recoger las piedras, y lanzarse al río

para ahogarse le parecía ya un desperdicio. Había creído que su única salida era dejar este mundo, pero ahora había descubierto lo terriblemente viva que se sentía. Sentía un zumbido en su interior, como si una abeja le hubiese picado. Eso era lo que se sentía al querer ser algo más que alguien invisible.

Conforme la oscuridad descendía y lo bañaba todo, Mia se puso las botas y corrió en dirección a la granja. Con suerte, nadie la habría echado de menos. Cuando vio que Tom Miller, el recién llegado, estaba descargando la camioneta, le explicó que le habían surgido problemas de mujeres y había tenido que irse a casa.

—Por favor, no se lo digas a nadie —le suplicó, y dado que a él el tema le avergonzaba, estuvo más que dispuesto a aceptar.

Aquella noche, Mia dejó el libro en el establo bajo los viejos tablones. Tenía libros escondidos por todo el espacio, más de una veintena de libros, extras que la señora Mott le había dado. Al día siguiente volvió al establo bajo la pálida luz de la mañana y terminó de leer *La letra escarlata*, sentada con la espalda contra la astillada madera, en aquel húmedo establo. Guardó el libro dentro de su corazón, ya que la historia le recordó muchísimo a la vida que Ivy y ella habían llevado. Cuando Mia terminó de leer, escondió el libro en su sitio especial junto a su querido dibujo, en un tablón que había suelto en la pared del pajar.

Al final del día, Mia subió la colina hasta el cementerio. Los últimos rayos de luz eran brillantes, el aire suave, y los latidos de su corazón crearon un ritmo constante en su cabeza. Comenzó a quitar las malas hierbas alrededor de la tumba de su madre, y dejó los helechos que ella misma había plantado allí. Había recordado todo lo que el futuro aguardaba: los libros, la luz del sol, las historias, el olor de los helechos… Deseó que Ivy pudiera ver el cielo y las nubes que había sobre Hightop Mountain. Ay, qué mundo tan glorioso. Ay, el día que jamás llegaría de nuevo… ¿Cómo podía haber pensado en abandonar todo aquello?



Una semana después de que Mia decidiese que quería vivir, ocurrió. Visitaba a menudo el cementerio y se quedaba allí sentada mientras

leía *La letra escarlata* y deseaba poder hablar con su madre del libro. «Tendría que haberse ido a vivir al bosque. Jamás debería de haberse doblegado ante la visión de Joel de cómo debía ser la vida».

En el comedor había estofado de verduras, panecillos y ensalada con la última cosecha de la lechuga y la col rizada para cenar. Parecía un jueves tranquilo más, pero entonces Mia se fijó en que todas las chicas la miraban fijamente mientras ella se encaminaba hacia las bandejas. Evangeline estaba de pie junto a la puerta y también la observaba con los labios apretados. Mia fue a por los cubiertos, pero sintió un escalofrío. ¿Qué sabían ellos que ella ignoraba? Antes de que Mia pudiese servirse la comida, Tim Hardy y otro hombre se acercaron a ella.

—Te está esperando —le dijo Tim, y aquello tan solo podía significar una cosa.

Mia había roto las reglas. No había nadie ya que la protegiese; Ivy no podía disuadirlo, y Mia tendría que pagar por sus acciones. Ya no era alguien especial.

A Mia se le ocurrieron mil cosas mientras los hombres la guiaban hasta el campo de ganado. Había antorchas encendidas, y sobre la hierba había una pila hecha con sus libros. No se había dado cuenta del número de libros que no había devuelto a la biblioteca. Todos los habían seguido ya desde el comedor. Joel la esperaba vestido con una simple camisa blanca y unos pantalones negros, y con un letrero en la mano. **A**, por actos de maldad. Se acercó para colgárselo a Mia alrededor del cuello. La luna se alzaba sobre el campo, una pequeña línea de luz, delgada y pálida.

—¿Es así como agradeces mi bondad? —preguntó Joel en un tono de voz bajo y oscuro. Era la voz que usaba justo antes de castigar a alguien, una voz suave y peligrosa—. ¿Con tu comportamiento vergonzoso?

Mia lo miró fijamente sin vacilar, a pesar de que estaba aterrada y le temblaban las rodillas.

—¿Qué bondad? —preguntó, ya que jamás había conocido tal cosa.

Encendieron la fogata y las llamas se alzaron en la noche, titilaban su calor. Habían usado la madera antigua, la cual sacaron de los manzanos que habían caído ante los arrebatos de una fiera tormenta,

así que valía para ser quemada. Echaron los libros en las llamas uno a uno mientras Mia observaba medio aturdida. Dejó de sentir las manos y los pies. Joel insistió en que lo hicieran los niños, así que cada una de las chicas y chicos se acercaron al fuego con expresiones solemnes y lanzaron un libro a la pira. Las páginas aletearon como si fueran palomas en llamas y los trozos de papel quemado se alzaron en la oscura y silenciosa noche. Por la mañana, marcarían a Mia con la letra **A** con un hierro ardiendo. Lo llevaría con ella durante el resto de su vida.

—Piensa en ello —le dijo Joel mientras la llevaban al establo y la encerraban dentro.

Mia se sentó en la oscuridad y pensó en ello. Escuchó el siseo de la fogata, que seguía encendida, y decidió que había llegado la hora. Escondido bajo la paja había un martillo que le había robado a los hombres cuando trabajaban en el campo. «Por si acaso alguna vez lo necesito», había pensado en ese momento. Así rompió la cerradura, y jamás se había sentido más viva en toda su vida.



La fina luna amarillenta aún asomaba en el cielo la madrugada en que Mia se marchó. Aún estaba oscuro, pero podía ver, ya que se había acostumbrado a hacer sus deberes en el establo antes del amanecer, cuando la niebla despertaba. Los perros no ladraron cuando cruzó el campo, ya que la conocían, y siempre trataba de guardar algo de su cena para dársela. Uno de ellos, un collie llamado Jester, la siguió a través de la hierba alta. Era un buen perro, más cariñoso que los demás, y quizás habría llorado ante la idea de dejarlo atrás si hubiese sido un tipo de persona diferente. Pero no lo era. Era alguien que sabía que las únicas chicas que sobreviven son aquellas que se salvan a sí mismas.

—Para —le dijo al Collie cuando llegaron hasta la verja—. Vete a casa.

Dio una palmada con las manos, y el sonido asustó al perro, que se escabulló en la oscuridad. Cuando siguió caminando, no había nada que la afligiera. La noche la ocultaba, y el paisaje vacío la protegía. Ni siquiera tenía suficientes posesiones para una maleta, así que tenía su

mochila, donde había guardado el dibujo y el libro. Saltó con dificultad por encima de la verja, y comenzó a recorrer la carretera, manteniéndose en las sombras por si alguien pasaba por allí. Había unos robles gigantescos, y la verja que llevaba hacia el campo de pastar de las vacas que siempre se abría y se quedaba atascada. Los grillos hacían tanto ruido que el eco hizo que se le acelerara el pulso a Mia. Conforme se acercaba al pueblo, trató por todos los medios de olvidar su pasado.



Cuando llegó a la puerta trasera de la biblioteca, Mia usó la llave que Sarah Mott le había entregado. No se atrevió a encender las luces, así que caminó a oscuras hasta llegar al mostrador. La luz de la luna se colaba por la ventana cuando agarró el teléfono. Se había aprendido de memoria el número que le había dado la bibliotecaria.

Era tarde, así que Sarah estaba dormida cuando el teléfono sonó.

—¿Puede venir a la biblioteca? —le preguntó Mia—. Estoy escondida detrás del mostrador.

Sarah se cambió de ropa y fue caminando, ya que vivía en la cabaña que había tras la casa del fundador; allí había un jardín donde solo crecían flores y verduras rojas, como tomates, pimientos y acelgas. La biblioteca estaba a oscuras, así que Sarah se acercó al mostrador sin encender las luces. Allí estaba Mia, sentada con las piernas contra el pecho y su mochila a un lado, Sarah Mott se sentó junto a ella. La biblioteca estaba en silencio y era segura, pero comenzaron a hablar en susurros.

—¿Estás bien? —le preguntó la señora Mott.

El precioso pelo de Mia estaba cortado de forma desigual a la altura de la barbilla, pero aún tenía el aspecto de haber salido de otro tiempo y otro lugar con su mono gris. Normalmente, Mia evitaba mirar a los ojos a la gente, pero aquella ocasión era diferente. Desde el día en que se había alejado del río Last Look, había tenido el pulso acelerado. Si se equivocaba y no podía confiar en la señora Mott y esta le decía a Joel dónde estaba… Mia no quería ni pensar en lo que pasaría. Pero la señora Mott la estaba escuchando, y quizás aquella sería la última oportunidad de Mia.

—Necesito salir de Blackwell. En la granja castigan a la gente por leer. Han quemado mis libros.

Nadie más de la Comunidad había visitado nunca la biblioteca. Sarah pensó en ese momento en los otros niños que había visto junto al puesto de la granja, con su ropa de segunda mano; en las mujeres que compraban lo básico, como la harina o la harina de maíz, con su pelo trenzado y recogido en moños; en los hombres que merodeaban fuera de la ferretería, con un aspecto serio y callados. Cada vez que la señora Mott veía a alguien de la Comunidad, veía el peligro delante de ella. Y, en ese momento, vio el peligro más allá del miedo que había en la mirada de Mia.

—¿Qué planean hacer? —le preguntó.

—Quieren arruinarme la vida.

Sarah miró detenidamente a la chica, con sus ojos oscuros y su expresión lúgubre.

—¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que llame a la policía?

Mia se puso incluso más nerviosa.

—No, por favor. No haga eso, me enviarían de vuelta. ¿Cree que podría encontrarme algún sitio en el que vivir? —preguntó con la voz rota—. No me importa dónde, mientras sea lejos de Blackwell. ¿Cree que podría ayudarme?

Sarah Mott sabía bien cuáles podían ser las consecuencias de ayudar a un menor a huir, e incluso podría ser acusada de secuestro. Pero, aun así, era una persona objetiva y apenas usaba superlativos.

—Te juro por mi vida que lo haré —le dijo.

Pararon en una gasolinera en Mass Pike para que Mia usara el baño. Sarah se acordó de traerle ropa para cambiarse: unos vaqueros, una camiseta azul pizarra y un jersey amarillo pálido. Cuando se hubo cambiado, Mia tiró su ropa antigua en la basura. Al ver su reflejo en la ventana del coche, pensó que parecía alguien totalmente diferente con el pelo a la altura de la barbilla y la ropa recién comprada. Ante ella había una extraña, una versión mejor de sí misma. Era quien debía ser.

La señora Mott la esperaba en el asiento del conductor mientras se bebía un café para llevar.

—¿Preparada? —le preguntó. Aún no eran las cinco de la mañana.

—Desde luego —le respondió Mia.

Ya lo había decidido. Jamás volvería allí.



Constance Allen fue la amiga a la que la señora Mott avisó sobre la situación de Mia. Sarah y ella se conocían desde la universidad, y vivían juntas durante el verano y las vacaciones, esperando el momento en que Sarah pudiese retirarse y mudarse de forma permanente.

—Le confiaría mi vida —le dijo Sarah a Mia mientras conducían al este, hacia Concord.

Sarah y Constance se habían enamorado al conocerse, a pesar de que, en una ocasión, Sarah había estado casada. Lo cual había sido un error. Su amor por Constance, sin embargo, era algo de lo que jamás se arrepentiría.

Mientras conducían hacia el este, Sarah pensó en la primera vez que se habían visto en el exterior de la biblioteca en Simmons. Constance era rubia y elegante, de una familia pudiente de Glen Clove, Long Island, mientras que Sarah provenía de una familia trabajadora de New Hampshire, a las afueras de Nashua. No tenían nada en común, y Sarah ya tenía un grupo de amigas divertidas e inteligentes, pero ninguna de ellas le interesaba de la manera en que Constance lo hizo.

Una tarde, Constance se acercó a ella en el comedor.

—No dejas de mirarme —le dijo—. ¿Hay algo que quieras decirme?

Sí que lo había, pero Sarah había sido incapaz de decirlo. O, quizás, no había comprendido por completo lo que quería decirle a Constance hasta después de estar casada y haberse mudado al oeste de Massachusetts. Constance había sido una de las damas de honor en la boda de Sarah, y la noche anterior a la ceremonia de repente le agarró la mano.

—Me has hablado mucho de Josh, pero no me has dicho ni una sola vez que lo quieres.

Sarah se había reído, ya que, ¿qué era exactamente lo que su amiga estaba sugiriéndole? ¿Que Sarah tenía que cancelar aquello? La tienda ya estaba montada en el patio trasero de los padres de Josh, y

el cáterin a mano de la taberna Jack Straw llegaría enseguida. Los amigos de Josh le habían organizado una despedida de soltero la noche anterior que había durado hasta el amanecer. Pero, de repente, Sarah tuvo claro lo que había querido decirle a Constance tantos años atrás, en el comedor: que no creía que pudiera sobrevivir si Constance no era parte de su vida. Le llevó unos cuantos años más de un matrimonio condenado al fracaso hasta ser capaz de conducir un domingo hasta Concord. Cuando Constance abrió la puerta por la mañana temprano, alarmada y aún en camisón, Sarah le había dicho: «Por fin he venido», y aquello fue lo único que necesitaron para zanjar el tema entre ellas.



Durante el viaje, a Mia le aterraba que las estuvieran siguiendo, que Joel la encontrase de alguna manera y la arrastrase de vuelta. Era el tipo de hombre que no olvidaba algo así. «No lo pongas a prueba», le decía siempre Ivy. «No te enfrentes a él a no ser que estés dispuesta a perder».

Mia miró por el retrovisor, pero no había ningún otro coche en la carretera.

—Aquí estarás a salvo —le aseguró la señora Mott cuando llegaron a la casa de Constance.

La calle estaba junto al río Concord. En las praderas había multitud de casitas de pájaros, pequeñas cajas de madera pintadas por los niños del colegio.

Mia se bajó del coche y respiró hondo. El aire era fresco y todo resplandecía con una luz verde. Era mediodía, así que el sol brillaba alto. Constance Allen abrió la puerta de su pequeña casita blanca y las saludó con la mano. La pasarela de ladrillo estaba plagada de margaritas moradas que crecían a ambos lados con sus altos y delgados tallos. Constance tenía cuarenta y cinco años, y aunque a los niños que iban a escuchar sus historias en la biblioteca les parecía muy vieja, ese día parecía joven con sus vaqueros y jersey.

—¿A qué esperáis? —les dijo de forma animada.

Y, dado que no tenía sentido quedarse allí de pie como si fueran extrañas, entraron al interior, donde Mia comenzó su nueva vida.

La señorita Allen informó a sus amigos y compañeros de trabajo de que su sobrina huérfana iba a mudarse con ella. Las tragedias ocurrían, y la señorita Allen era una persona excelente a la que tener cerca cuando una ocurría. Inscribió a Mia enseguida en la escuela pública bajo el nombre de Maria Allen, y consiguieron una partida de nacimiento gracias a un amigo del carpintero de Constance, quien conocía un lugar donde era posible conseguir documentos falsos. Mia era una buena estudiante, y siempre entregaba sus trabajos para conseguir puntos extra. Le encantaban las clases, pero se mantenía encerrada en sí misma, ya que no se encontraba cómoda entre la gente de su edad. Le encantaba su habitación en la casa de la señorita Allen, cuyas paredes estaban repletas de estanterías de libros y contaba con una ventana con vistas a un sauce. Más allá estaba el río Concord, y por las mañanas, los gansos graznaban en su camino al sur, y las ranas croaban anunciando el final del verano.



La señorita Allen le dio a Mia espacio y tiempo para adaptarse, así que, los fines de semana, Mia se pasaba las tardes en la biblioteca mientras ella trabajaba. Visitó las casas de los grandes escritores que habían vivido en Concord, como Emerson, los Alcott y Thoreau. Pero la que más visitaba era la Old Manse, donde Nathaniel Hawthorne había vivido con su esposa, Sophia Peabody tras casarse, pagando cien dólares al año por el alquiler. Mia había leído su historia y sabía que Sophia había sido una artista que se había pasado la mayor parte de su vida postrada en la cama hasta que conoció a Hawthorne. Había dejado de pintar a los treinta y cuatro años, y poco después de convertirse en madre primeriza, había tallado con su anillo de diamantes un mensaje en la ventana mientras observaba el mundo exterior de nieve y hielo. «Todos los árboles son candelabros de cristal».

Mia se pasaba horas en el jardín de la Old Manse, escondida tras los arbustos de lilas, y leía las palabras que tanto el novio como la novia habían grabado en el cristal con el anillo de diamantes. Una declaración de amor verdadero. Lo había leído tantas veces que podría haberlos recitado de memoria como si fuese un conjuro.

Los accidentes del hombre son el propósito de Dios.

Sophia A. Hawthorne, 1843

Nath'l Hawthorne

Este es su estudio

1843

La más pequeña de las ramas

Se apoya contra el cielo de forma clara.

Compuesto por mi mujer,

escrito con su diamante.

Inscrito por mi

marido al atardecer

3 de abril de 1843

Sobre la luz dorada S A H»

La luz del sol se desparramaba sobre las ventanas mientras Mia observaba el estudio donde Hawthorne había trabajado, y distinguía el diván verde donde había descansado e imaginado sus historias. Mia había buscado su tumba en el viejo cementerio, en la cumbre de autores, donde descansaban los grandes escritores de Concord. Allí, la gente dejaba símbolos de su respeto, como flores, lápices y bolígrafos en honor a Hawthorne. En alguna ocasión había visto una nota arrugada que alguien había dejado para el autor, quien llevaba fallecido más de ciento cincuenta años. Pero Mia entendía que, si un libro le hablaba a tu propia alma, tú querrías responderle. Durante todo ese tiempo, había mantenido conversaciones unilaterales con el autor, aunque, en ocasiones, sí que imaginaba lo que quizás él diría en respuesta.

Soñaba con Hawthorne, y cuando paseaba por el cementerio, lo imaginaba caminando a su lado. Mia supuso que se había enamorado de él, ya que ocupaba gran parte de sus pensamientos. Estaba tan

centrada en su versión de Hawthorne, que no se daba cuenta de cuando un funeral estaba teniendo lugar, y los dolientes tenían que hacer lo posible por rodearla cuando pasaban a su lado. En una ocasión se quedó dormida junto a su tumba, y cuando se despertó con el pelo lleno de hierba, no podía quitarse de la cabeza un sueño en el que el autor había ido a buscarla, y la idea de que se pertenecían. Se sentía más unida a él que a nadie más, y sacaba en muchas ocasiones el libro que había robado de la biblioteca para poder leer la inscripción. Las demás chicas de su edad tenían citas, o les gustaba algún chico del instituto, o lloraban en los pasillos cuando cortaban con ellos, y volvían a comenzar el ciclo. Pero Mia no tenía interés alguno en todo aquello. Lo que quería era imposible, pero estaba convencida de que en el mundo había magia, y que si esperaba lo suficiente, si realmente lo deseaba, él sería suyo. El amor debía existir en el mundo real, si no, ¿por qué escribían tantas cosas sobre ello? Pero qué era y cómo lo sentiría era todo un misterio para ella. El amor no podía ser aquello que había visto cuando era niña, donde había tenido que esconderse en el bosque con su madre solo para poder hablar con franqueza.



Después de que Mia se marchara de la granja, Joel Davis entró a la estación de policía hecho una furia para informar que su hija era una menor huida. Tras buscar el pueblo y por el bosque, la policía le informó de que no había nada más que pudieran hacer. Era muy obvio que creían que si alguien había huido de la Comunidad, debía de tener una buena razón para hacerlo. Y tras tantos años de hostilidad, no sentían necesidad alguna de esforzarse para ayudar a Davis.

Una mañana, Sarah se encontraba reemplazando los libros de los estantes, cuando alzó la mirada y lo vio allí, en la sala de lectura. Siguió trabajando incluso cuando Joel Davis se acercó al mostrador. Se dijo a sí misma que no tenía nada que temer, que no había razón alguna para que las manos le temblaran como lo hacían.

—¿Es usted la que le dio todos esos libros? —le preguntó Joel.

Tenía una mirada amenazadora en el rostro, y no se había molestado en limpiarse el barro de las botas. Entró allí como si el sitio

entero le perteneciese.

—Estoy seguro de que así es. Estoy seguro de que le encanta que la gente piense como usted y llenarles la cabeza de tonterías.

—¿Es usted miembro de la biblioteca? —preguntó Sarah.

—Está abierto al público, y eso es lo que soy. El público. —Y, sobre aquello, no había debate alguno—. Si sabe dónde está mi hija y no me lo dice, lo más seguro es que acabe en la cárcel.

A Sarah aún le temblaban un poco las manos, pero entrecerró los ojos. Ni en un millón de años iba a acobardarse.

—No tengo ni idea de lo que me habla.

—Pero no niega darle esos libros, ¿no es así? —Sarah no respondió, así que Joel asintió—. Eso creía yo. Sé cómo distinguir a un mentiroso —Dejó una hoja sobre el mostrador—. Entréguele esto y sabrá a quién pertenece. Su madre no me abandonó, así que ella tampoco lo hará.

Se marchó sin decir nada más, y Sarah llamó enseguida a Constance para decírselo. No pensaba visitar Concord durante un tiempo, por si acaso a Joel Davis se le ocurría seguirla. Una vez Constance supo que Davis se había enfrentado a Sarah, sintió que debía de decirle a Mia lo que había ocurrido.

—¿Qué ha dicho, exactamente? —Mia quiso saber.

—Todo tonterías. Y le dejó una especie de hoja de árbol.

Una hoja de manzano para que recordara a su madre y recordara que tenía un padre y, por tanto, tenía derecho sobre ella. Aunque Mia parecía estar tranquila, aquella noche no pudo pegar ojo. Jamás hablaba sobre su vida en la Comunidad, pero Sarah le había explicado a Constance que Mia había huido tras la trágica muerte de su madre. La propia madre de Constance había muerto de joven, así que sabía lo que era sentirse sola cuando eras demasiado joven para experimentar ese tipo de abandono. Escuchó a Mia salir de su habitación pasada la medianoche, así que Constance salió también y la encontró en el salón, mirando el oscuro jardín por la ventana, vigilando. Constance jamás la entendería si le decía que Joel sabía lo que estabas pensando. Sabía reconocer a los mentirosos y a los ladrones. Sabía lo que ibas a hacer incluso antes de que lo hicieras.

—No te preocupes, no sabe dónde estás. Jamás te encontrará —le garantizó Constance a Mia—. Sarah y yo no lo permitiremos. Si es

necesario, contrataré a un abogado y te declararemos una menor emancipada.

Mia se lo agradeció, y después le dijo a Constance que podría irse a dormir, pero no era cierto. A veces, cuando estaba en la cama tratando de quedarse dormida, le parecía escucharlo tocar en la ventana de su cuarto; un duende del pasado que no la dejaba tranquila. En una ocasión, salió al jardín y allí sobre la mesa de hierro había una hoja de manzano perfecta. Quizás era una coincidencia, quizás había acabado allí al caerse de un árbol del jardín de uno de los vecinos. Pero, aun así, después de aquello Mia siempre salía de la cama para asegurarse de que todas las puertas estuvieran correctamente cerradas.

Algunas cosas podían acabar contigo si las devolvías a la vida. Algunas otras era mejor olvidarlas. Mia trató por todos los medios de no pensar en su pasado, pero no sirvió de nada. Los días los pasaba bien, pero cuando llegaba la noche, lo recordaba todo: la risa de su madre en el bosque a oscuras, el cementerio lleno de helechos y la montaña más allá, las rocas que había metido en la mochila a la orilla del río Last Look… El olor de los libros quemados en la hoguera. La inscripción en tinta azul del libro. Cuando pasó corriendo junto a los perros hasta la verja, con el corazón latiéndole con fuerza. La promesa que se había hecho a sí misma de jamás mirar atrás.



En el colegio estaban estudiando la genealogía de varios de los escritores que habían vivido en Concord, y el trabajo de Mia hizo que se ganara un diez. Cada vez tenía más y más curiosidad sobre el pasado de su madre. ¿Qué tipo de vida había llevado a su madre a acabar en un sitio como la Comunidad? ¿Acaso no tenía nadie más en quien apoyarse, alguien que pudiera ayudarla? Mia recordaba escuchar a la gente cuchichear en el campo y en el comedor sobre cómo Ivy era una niña rica y mimada. Cuando Mia comenzó a investigar a la familia Jacob de Boston, descubrió que la gente no se había equivocado del todo. Uno de los Jacob se había presentado a gobernador en la década de los 50, y otro había formado parte de la junta del Hospital General de Massachusetts. Su abuelo era banquero inmobiliario y provenía de un antiguo linaje de Massachusetts,

descendiente de una línea familiar que, extrañamente, se había asentado en el condado de Berkshire después de llegar desde Ámsterdam. Uno de sus parientes, John Jacob, había sido el primer pastor de Blackwell. Una prima, Lucy Jacob, había sido asesinada en la ruta 17, la misma que Mia había recorrido cada vez que había ido al pueblo. La gente de su madre había llegado en el *Mayflower* y habían sido parte de los que sobrevivieron al primer invierno letal del asentamiento original. Uno de los pocos en ver las primeras flores de la primavera durante los primeros años de los colonizadores.

Un sábado, Mia le dijo a la señorita Allen que iba a visitar a unos amigos, a pesar de que no tenía ninguno, y tomó el tren hacia Boston. Mia había estado allí varias veces con la señorita Allen, así que encontró el camino a Beacon Hill con facilidad. Cuando llegó a Louisburg Square, quizás el lugar más elegante de toda la ciudad, se quedó allí plantada en el exterior de la gran casa de ladrillo de los Jacob. Era ya octubre, así que el aire era aromático y olía a chimenea. La casa de los Jacob era tan grande que a Mia le recordó a una biblioteca. Sintió un escalofrío, así que se abotonó el jersey y se alegró de tener puestas las botas de su madre, que siempre la mantenían calentita. Las chicas de la Comunidad habían dicho que eran botas de bruja, pero a Mia no le había importado. Sabía lo que era bonito y lo que no lo era, y sabía que su madre habría querido que ella las tuviera. Allí de pie, Mia cerró los ojos y trató de imaginarse a Ivy viviendo allí, pero lo único en lo que podía pensar era en la preciosa mujer con el pelo esquilado que había deseado vivir al oeste de la luna.

La acera de ladrillo estaba resbaladiza por las hojas que habían caído sobre ella. Mia pasó al otro lado de la verja negra de hierro forjado y recorrió el camino. En la puerta había un llamador de latón con forma de cabeza de león, así que lo usó para llamar tres veces; al principio con cuidado, y después más insistentemente. No respondió nadie, pero se fijó en que había un timbre oxidado, así que lo pulsó. Las vibraciones del timbre le recorrieron el dedo y hasta la muñeca. Hubo un momento en que quizás habría cambiado de opinión y echado a correr, pero se mantuvo allí mientras las hojas del alto roble caían a su alrededor.

Una sirvienta abrió la puerta sin aliento, ya que había bajado todas

las escaleras al escuchar el timbre. También estaba sorprendida, allí no llamaba nunca nadie.

—¿Quería algo? —preguntó.

Años atrás habían sido tres mujeres las que habían estado contratadas para las tareas domésticas, además de un chef que acudía allí los fines de semana. Pero las cosas habían cambiado.

Mia de repente se quedó sin habla ahora que por fin estaba allí.

—He venido a ver al señor y la señora Jacob —consiguió decir al final.

—En lo que respecta al señor Jacob, va a ser un poco difícil —dijo la sirvienta—. Está muerto.

—¿Y la señora Jacob? ¿Está aquí?

La sirvienta se llamaba Helen Connelly, y vio en Mia algo familiar. De repente sintió que se enternecía al darse cuenta de quién era la chica; llevaba mucho tiempo deseando que llegase aquel día.

—La señora Jacob está tomando el té, te llevaré hasta ella.

Mia siguió a Helen a través del pasillo hasta un salón enorme y helado. El suelo era blanco y negro y de mármol, y las paredes estaban pintadas de azul. La pintura estaba agrietada por las humedades.

—La fontanería —dijo Helen cuando se percató de que Mia estaba mirándolo—. Hubo una fuga.

Llegaron a una habitación de cristales que se asemejaba a una burbuja, llena de plantas, algunas vivas, otras marchitas con hojas invernales y flores mustias. Mia supuso que una habitación así podría llamarse invernadero. Había una mujer mayor con el pelo gris sentada a la mesa, leyendo el *Boston Globe* aún con el camisón puesto. La tetera tenía forma de ganso, y el té se servía por el pico del animal. Siempre se servía el té flojo, sin azúcar ni leche; así lo quería la señora.

—Tiene una visita —anunció Helen.

—Ah, ¿sí? —preguntó la señora Jacob.

Alzó la mirada con poco interés, pero entonces vio a la chica delgada que había junto a la puerta, y lo supo al instante. La forma de su rostro, su preciosa y ancha boca… Y, por supuesto, el pelo de un brillante color rojo que le caía hasta el mentón, del mismo intenso color que lo había tenido la propia madre de la señora Jacob. Había pensado en que llegaría el día en que alguien se presentaría allí en

busca de algo. No tenía intención de ponérselo fácil; nadie se lo había puesto fácil a ella.

—Creo que puede que seamos parientes —le dijo Mia.

—Sal y cierra la puerta —le dijo la señora Jacob a Helen—. Vuelve en diez minutos —Helen se giró y fue a marcharse de la habitación, pero entonces la señora Jacob dijo que había cambiado de idea—. Que sean cinco minutos —le dijo a Helen.

—Habla todo lo que quieras —le dijo Helen a Mia incluso antes de que se cerrara la puerta.

Mia observó a su abuela. No había sabido el aspecto que tenía un bebedor empedernido hasta ese momento. Estaba pálida, con la piel ceniza y los ojos llorosos, le temblaban ambas manos y tenía los labios fruncidos. Por mucho que lo intentase, no podía imaginarse a Ivy allí, en aquella casa.

—¿Cuánto pensabas pedir? —le preguntó la señora Jacob en un tono irónico y mordaz.

Mia se marchitó bajo el amargo escrutinio de su abuela, y se sintió enteramente fuera de lugar. A pesar de llevar puesto el jersey nuevo y los vaqueros que Constance le había comprado, sabía que no estaba apropiadamente vestida.

—¿O te ha mandado acaso Ivy? Por desgracia, ha esperado demasiado. En el banco ya no queda tanto como antes.

—Esto no tiene nada que ver con ella —A Mia la invadió la imagen de su madre con un mono gris, con las manos llenas de barro de trabajar en el jardín, y el aroma de las manzanas en su pelo negro.

—Sé todo lo que hay que saber sobre esa Comunidad suya —soltó la señora Jacob con la mirada fija en la chica que había ante ella. Realmente era una extraña, nada más que eso—. Encontré los artículos en el despacho de mi marido tras su muerte. Ivy destruyó nuestras vidas por esa patraña. Y no va a llevarse ni un céntimo, por cierto. Puedes decírselo.

—No puedo decirle nada —dijo Mia—. Está muerta.

Aquello sorprendió a la señora Jacob. La expresión de su cara se transformó, y de repente parecía milenaria. Parecía una mujer que lo había perdido todo.

—Fue un accidente —siguió diciendo Mia—, durante la cosecha de las manzanas. Una camioneta la aplastó.

La señora Jacob se giró durante un momento, y le salió un sonido de la garganta que asustó a Mia. Era un sollozo contenido y reprimido.

—Me lo había esperado —dijo la señora Jacob cuando hubo recuperado el control. No se permitiría sentir nada por la chica que había frente a ella. No había sentido nada en años—. Y ahora, aquí estás. Si lo que quieres no es dinero, entonces, ¿qué es?

«¿Qué crees que quiero? Una familia, una abuela, alguien que pueda estar interesado en mí, alguien que quizás pueda quererme, que quizás quiera saber lo que me pasó», quiso decirle Mia. En su lugar, alzó la barbilla y le dijo:

—Tan solo quería saludar.

—Bueno, pues ya has saludado —Se quedaron mirándose la una a la otra—. ¿Algo más?

Mia no sabía si su abuela había sido siempre así de cruel, o si perder a su hija y a su marido habían sido la causa.

—Supongo que no —le dijo.

—Si lo pienso, realmente la culpa es tuya —le dijo la señora Jacob con la mirada puesta en ella—. Al quedarse embarazada de ti, Ivy emprendió su camino hacia el infierno.

—Y, ¿dónde te crees que he estado yo? —le dijo Mia al ser provocada—. ¿Al oeste de la luna?

Se sintió avergonzada por la forma en que la voz se le quebró por la emoción, pero sabía quién de las dos allí presentes había estado realmente en el infierno.

—Todas esas tonterías sobre la luna de las que Ivy solía hablar fueron el principio de cuando todo empeoró. Todos esos cuentos que leía. Probablemente fue así cómo acabó contigo.

—¿Acaso no te preocupaba lo que me había ocurrido? —le preguntó Mia.

Cuando la expresión de su abuela no cambió, es cuando Mia supo que la señora Jacob ni siquiera había pensado en ella, ni por asomo. No había pensado en ella más que como en un pecado, una carga, la razón por la que la vida de todos ellos se había estropeado.

—Arruinaste la vida de tu madre.

La señora Jacob tenía el esquelético rostro sonrojado de emociones que ni siquiera había sabido que albergaba hasta ese momento. Había perdido a una hija y a un marido, y ya era vieja. Realmente no le

importaba si hería los sentimientos de alguien.

—Quizás tú arruinaste su vida —le dijo Mia en voz baja—. Y la mía —Estaba empezando a entender por qué Ivy había terminado en un sitio como la Comunidad, sin nadie en quien apoyarse ni ningún sitio al que ir—. Había venido a verte, y ya lo he hecho —dijo Mia.

Helen se encontraba al otro lado de la puerta, esperándola. Habían pasado más de cinco minutos, pero el tiempo no importaba ya realmente.

—¿Vamos? —le preguntó Helen a Mia, que le hizo un gesto para indicarle que la siguiera.

Mia siguió a Helen.

—Es detestable —le dijo Mia.

—La señora Jacob ha perdido a su marido y a su hija —le respondió Helen—. Pero sí, puede ser algo dura. Ojalá hubiera dicho lo mucho que siente la pérdida de tu madre —Mia inspeccionó a Helen. A no ser que estuviese equivocada, la sirvienta tenía los ojos llorosos. Quizás había escuchado a Mia hablar de la muerte de su madre—. No lo sabía —explicó Helen.

Miró a Mia, y en ese instante tomó una decisión. Helen se encaminó hacia las escaleras en lugar de llevarla hasta la puerta y se giró para mirarla cuando Mia dudó.

—Pensé que quizás querrías ver la habitación de tu madre —insistió Helen.

Mia sentía el latido de su corazón golpeándole contra las costillas. Se sentía algo mareada, igual que tras la muerte de su madre cuando supo que había algunas cosas que ya nunca serían posibles. Ahora sabía que jamás tendría una abuela, ni sería parte de la familia de su madre. Pero, aun así, asintió y siguió a Helen hasta el segundo piso. El estrecho pasillo estaba oscuro y polvoriento, con todas las cortinas echadas. Claramente nadie subía ya allí.

Helen abrió la puerta de uno de los dormitorios.

—Lo dejaron todo como estaba. —Le indicó a Mia con un gesto que pasara—. Eso debería de decírtelo todo. La querían, pero no sabían cómo lidiar con ella. Crecieron en momentos muy diferentes.

Mia era reacia a entrar más en la habitación, pero la idea de tener por fin acceso al mundo de su madre la llamaba como un canto de sirena. Entró por fin, y se quedó sin aliento. La habitación de Ivy

estaba exactamente como la dejó la noche en que se marchó de Louisburg Square. El único cambio era la cama, que estaba hecha, y era obra de Helen. De lo contrario, la manta aún seguiría sobre el suelo. Helen le contó a Mia que el señor Jacob jamás había entrado de nuevo en aquella habitación, pero que, durante años, la señora Jacob se sentaba sobre la silla rosa y blanca que había en la esquina. Entraba allí, y lloraba.

Aún estaban los pósteres de Francia colgados en la pared, el jardín de Monet y la torre Eiffel.

—Tenía grandes planes —le dijo Helen—. En aquellos años.

Sobre el escritorio había una fotografía enmarcada de Ivy a los dieciséis años, una chica preciosa con una mata de pelo negro, vestida en vaqueros y zapatillas, con los ojos marcados con lápiz de ojos y una sonrisa en la cara.

Mia se acercó a la estantería de libros. Recordó cómo habían lanzado sus libros a la hoguera en mitad del campo de pasto, cómo cada una de las páginas se había incendiado y se había alzado al oscuro y despejado cielo. Allí, en la estantería, Mia vio *Beloved,* así como *Cumbres borrascosas* y *Walden* de Thoreau. Helen fue hacia el armario y abrió la puerta para que Mia pudiera echar un vistazo allí también. Había algunos vestidos vaporosos, perfectos para bailes de instituto, algunos jerséis de cachemira, y montones de vaqueros y camisetas. También había unas zapatillas Converse y unas botas negras altas. Sobre una percha de madera colgaba un abrigo de invierno del color verde del bosque. Mia pasó la mano por la manga.

—Tiene aspecto de ser de tu talla —le dijo Helen—. Hace frío fuera hoy, podrías ponértelo.

Helen le hizo un gesto para que se lo probara. Le quedaba perfecto, y era como si estuviera recibiendo un abrazo calentito. Le recordó a las noches en el bosque cuando su madre y ella se habían vuelto invisibles y podían hacer lo que quisieran, aunque solo fuese durante una o dos horas.

Helen cerró la puerta del armario, así como la del mundo que allí se encontraba.

—Tu madre era muy dulce y encantadora, y sabía cómo divertirse, pero en aquel momento las cosas eran diferentes. Y, sobre todo, eran diferentes para las mujeres y las chicas. Me temo que ese momento ha

vuelto de nuevo, y las mujeres no tenemos el derecho de tomar nuestras propias decisiones sobre nuestros cuerpos. Antes era una deshonra quedarse embarazada fuera del matrimonio a tan temprana edad, sobre todo entre aquellos que vivían en esta colina. Especialmente, en esta casa. Tenían sueños para ella, y eso no entraba en esos planes. Pero ella también tenía un sueño.

—Deberíamos habernos marchado de la granja —dijo Mia. Si hubiese tenido una hija, es lo que ella habría hecho.

—Si tu madre me hubiera contado lo que le pasaba, habría hecho que se viniera a vivir conmigo —siguió contándole Helen—. Así, sería más o menos tu abuela. He pensado en ello tantísimas veces…

—Entonces, ¿no te lo contó? —le preguntó Mia.

—No. Y, siendo sincera, yo no le pregunté.

—Ojalá hubieras sido mi abuela —Mia se imaginó yéndose a casa con Helen, sentada ante la mesa de la cocina, tomando el té con azúcar y leche—. Pero no lo eres.

—La gente comete errores —reflexionó Helen—. Es algo que se dice mucho, pero es cierto. No pueden saber las repercusiones que tendrán sus actos. No pretenden hacerte daño, pero es lo que hacen.

Había un joyero de cuero rosa sobre el escritorio, y cuando Helen lo abrió, una bailarina comenzó a moverse en círculos, rodeada de un revoltijo de collares y pendientes, así como un sobre desgastado con el nombre de Helen en él.

—Me envió esta carta para que te la diera llegada la ocasión. Me la escribió después de que nacieras.

Bajaron juntas en silencio hasta llegar a la entrada principal.

—No te olvides de leer la carta —le instó Helen.

—Gracias por enseñarme su habitación —dijo Mia.

—Ella tan solo era una chica —le dijo Helen—. Recuérdalo. Debería de haber tenido la oportunidad de decidir lo que hacer con su cuerpo y con su vida.

Helen rodeó con los brazos a Mia a la altura de los hombros, pero se retiró rápidamente.

Después de que la puerta se cerrase, Mia se quedó allí plantada durante un rato, con el abrigo verde y la mirada puesta en la casa. Vio que la pintura negra de las contraventanas estaba despegada. Había nidos de palomas en el tejado, y nadie se molestaba en echarlas de

allí. No podía imaginarse cómo debía de haber sido crecer allí, y los límites que su madre debía de haber tenido. Tan solo sabía que se alegraba de haber ido, aún más al alejarse con un mensaje de su madre en las manos. Se fue al Boston Common, se sentó en un banco y observó cómo caían las hojas y después se alejaban tiradas por el viento. Solo entonces, abrió la carta.

Mi queridísima Mia,

Si estás leyendo esta carta significa que te has marchado de la Comunidad, y estoy agradecida por ello. Quizás lo que voy a decirte sea demasiado, pero quizás eso sea mejor que contarte demasiado poco. Quizás debería de habértelo contado mientras estábamos juntas, pero espero que no sea demasiado tarde. Mis padres pensaron que sabían qué era lo mejor para mí, y dado que tenía dieciséis años y ningún derecho legal, planeaban darte en adopción. Planeaban robarme todo lo que me importaba: mi libertad, mi habilidad de tomar decisiones, y a ti. Sobre todo, a ti.

Dejé que crecieras creyendo algunas cosas que no son ciertas porque pensaba que el mundo era un lugar peligroso. Dejé que creyeras que estábamos a salvo allí, pero eso tampoco era cierto. Quiero para ti algo más que lo que quise para mí misma.

La verdad es la siguiente: hubo un chico al que quise, y el cual pensé que también me quería. Sin embargo, cuando le conté la situación, me dijo que aquello era problema mío. Pero tú jamás has sido un problema; eres mi alegría. El chico estaba en Harvard, tenía un brillante futuro por delante y le importaba lo que los demás pensaran. Me rogó que mantuviese el secreto y no le dijera a nadie quién era el padre. Podría haber acudido a sus padres y destruido la visión que ellos tenían de él, pero ¿de qué habría servido eso?

Tú eras mía, y solo mía. Eras lo mejor que me había pasado jamás.

En aquel tiempo, si una chica se quedaba embarazada sin estar casada, era una deshonra. Como si el embarazo fuese un crimen por el que tenían que pagar con su sufrimiento. Rezo para que cuando recibas esta carta, el mundo haya cambiado y las chicas sean capaces de tomar sus propias decisiones sobre sus cuerpos.

Me fui al oeste de Massachusetts, donde la Comunidad decía que la única regla allí era la bondad. Aquello no era cierto, pero entonces no sabía que el diablo puede tomar una apariencia tan diferente. No lo supe hasta que lo tuve delante de mí. Tenía un vacío en el corazón que Joel Davis llenó. Creía que me había enamorado, así que le entregué toda mi vida porque era joven y estaba demasiado cansada para hacer cualquier otra cosa. Para el hombre falso, el universo entero es falso, y él me convenció rápidamente de que no podía confiar en ninguna persona ajena a aquella granja. Él no es tu padre, pero me prometió que siempre estaría ahí para nosotras. Me dijo que si alguna vez lo abandonaba, se quedaría contigo. Que te encontraría y te robaría. Y aquello no era algo que estuviese dispuesta a dejar que pasara. Tú eras mía, y solo mía.

No sé qué aguarda el futuro, pero si estás leyendo esta carta, debes saber que me quedé por ti. Me quedé porque me aterraba perderte, y por eso, y por otras tantas, lo siento muchísimo. Cometí un error tras otro, pero quería que supieses la verdad.

Érase una vez una mujer que te quería más que a nada. Una mujer que te quería más que a su propia vida.



Mia celebró su primer día de acción de gracias con la señorita Allen. No tenía ni idea de qué esperar, ya que en la Comunidad se ignoraban todas las celebraciones. Desde el día en que leyó la carta, había cambiado como persona. La guardó en una caja de zapatos bajo su cama, junto a su copia de *La letra escarlata* y el dibujo de Carrie. Entendía ahora que lo que su madre y ella habían tenido jamás había sido algo invisible. Siempre había estado allí, y desde el principio, había querido a Mia.

Sarah por fin fue a visitarlas. Joel Davis había pasado varias semanas sentado en una furgoneta, al otro lado del parque frente a la biblioteca, pero ya había desistido. Así que Sarah supuso que se había olvidado de la idea de que Mia estuviera escondida en la biblioteca de alguna forma. Así que por fin decidió ir a visitar Concord. Sarah siempre pasaba todas las festividades con Constance, así que salió a

las cuatro de la mañana, mientras las calles estaban vacías para asegurarse de que nadie la seguía.

El clima era espléndido y fresco, y tuvieron una estupenda cena. Después dieron un paseo por el estanque Walden. Allí fue donde Mia creyó ver la figura de un hombre tras los árboles. Cuando parpadeó, desapareció. Así que asumió que, probablemente, era la misma visión que había tenido cuando creyó ver a Joel de noche. Se dijo a sí misma que era una pesadilla, nada más. Sin embargo, más tarde ese mismo día, encontró una hoja roja sobre la mesa del jardín, bajo una piedra que la sostenía allí. La recogió. Las hojas aún no habían empezado a cambiar en Concord, pero en Blackwell siempre cambiaban de color temprano, y las Look-No-Further tenían una vena roja que recorría el centro de cada hoja. Mia tiró la roca al río e hizo añicos la hoja mientras el corazón le latía desbocado. Después de eso, no se atrevió a salir sola de noche.

Mia había llegado incluso a temer la oscuridad. Pero la tarde en que lo vio en el exterior de la biblioteca, aún brillaba el sol. No era un duende ni una sombra, sino un hombre real, vivo. Había seguido a Sarah Mott en el día de acción de gracias, pero había esperado. Le gustaba hacer las cosas a su manera, tener el control, y tener el elemento de la sorpresa de su parte. Una pista sobre lo que quizás haría era suficiente; una regla, una amenaza, una hoja roja. Era la primera semana de diciembre, y el jardín estaba cubierto de una fina capa de escarcha. Mia había dormido hasta tarde y estaba de camino a hacer su trabajo de voluntaria en la biblioteca como casi todos los sábados. Allí era donde él la estaba esperando, en la puerta. Dentro de la biblioteca, la señorita Allen estaba leyendo *Half Magic*, de Edward Eager, en la hora de los cuentos. Mia echó un vistazo por la puerta de cristal y vio que la señorita Allen tenía a unos diez niños reunidos a su alrededor. Era como si existiesen en otro mundo, uno en el que no encerraban a los niños en establos, en el que a las mujeres no se las marcaba con fuego, y los hombres no hacían exactamente lo que se les ordenaba.

—Vámonos —le dijo Joel—. Ya hemos perdido suficiente tiempo con tus tonterías. Si un hombre no puede controlar a su propia hija, la gente empieza a hablar, y eso no puedo permitirlo.

—Yo no soy tu hija —le dijo Mia.

Estaba temblando, pero lo miró a los ojos. Joel le dedicó una sonrisa.

—Tú serás lo que yo diga que eres —le dijo—. Lo eras ya antes, y aún lo sigues siendo.

Mia agradeció que hubiera un grupo de adolescentes jugando con un balón sobre el césped. Sus risas y sus caras sudorosas le recordaron que ella también vivía en ese mundo diferente ahora.

—No me voy a ningún sitio contigo —le dijo Mia a Joel en un tono de voz perfectamente calmado, a excepción de la última palabra, con la cual la voz se le quebró.

—Esa bibliotecaria tuya me ha guiado hasta aquí. No es tan lista como te crees que es.

Joel agarró a Mia del brazo.

Mia trató de alejarse, pero la tenía agarrada con fuerza. Pensó que probablemente estaba dispuesto a romperle el brazo si se resistía demasiado. Recordó los moretones azules.

—Camina —le dijo Joel. Una de las viejas furgonetas de la Comunidad estaba aparcada cerca—. Te voy a llevar a casa, y harás lo que te diga. Lo digo en serio, Mia. Acabaré contigo si te resistes. Estás dando un mal ejemplo a los demás.

—¿Qué está haciendo? —escuchó a Constance gritar.

Había corrido hasta el exterior al ver a Mia con un hombre que no conocía. No era alto, pero su presencia era amenazadora sobre el césped congelado.

Joel continuó tirando de Mia.

—No me des problemas —le dijo Joel.

—¡Oye! —lo llamó Constance—. ¡Será mejor que pares ahora mismo!

Joel se giró y miró a Constance. Era pequeña y de piel pálida, y en ese momento estaba sonrojada y con el rostro lleno de manchas. Ni siquiera había tenido tiempo de soltar el libro, así que tenía *Half Magic* sujeto delante, como si de un escudo se tratase.

—No sé dónde te piensas que estás, pero en Concord, Massachusetts, no puedes venir y secuestrar a alguien a plena luz del día —le dijo Constance.

—Ella no te pertenece —dijo Joel. Nunca le había gustado que desbarataran sus planes, y cuando alguien lo hacía, había un precio

que pagar. Miró a Mia con la mirada ardiendo de rabia—. Tu madre habría querido que vinieras conmigo.

—Mi madre fue la que me contó que no eras mi padre. —Sabía que su madre para nada habría querido que Mia se fuera con él—. Jamás lo fuiste. Me dejó una carta, y me dijo que tú eras la decisión de la que más se arrepentía.

Joel la miró directamente a la cara.

—Tengo derechos legales —le dijo—. Tu madre y yo estábamos casados.

—Eso no significa que seas nada para mí. Podría demandarte por detención ilegal —le dijo Mia—. Podría ir a la policía ahora mismo.

«Al oeste de la luna, las únicas chicas a las que rescatan, son las que se rescatan a sí mismas».

Joel la miró atónito.

—¿Te atreves a hablarme así? Yo te creé —le dijo con la voz tensa —. Y lo que he creado me pertenece, tanto si soy tu padre como si no.

—Llama a la policía —gritó Mia por encima del hombro para que Constance la escuchara—. Me están secuestrando.

Por la expresión de Joel, Mia supo que sabía que iba en serio.

—Voy a sacar mi móvil —gritó Constance—. Los estoy llamando ahora mismo.

—Siempre fuiste una don nadie —le dijo Joel a Mia con una gran sonrisa, pero su voz estaba cargada de rencor—. Tendría que haberme librado de ti el día en que naciste. Lo pensé. Si se lo hubiese ordenado, Ivy lo habría hecho. Te habría dejado en los escalones del ayuntamiento.

—Eso es mentira —Mia trató de que no le afectase lo que decía, pero, aun así, consiguió hacerle daño, y él lo supo.

—La conocía mucho mejor que tú. Sabía que sus padres no la querían, nadie la quería, excepto yo.

—Llama a la policía ya —le gritó Mia a Constance—. Diles que estoy en peligro.

—Piensas que has ganado —le dijo Joel, y así era, porque a pesar de toda su fanfarronería, Joel la soltó y comenzó a caminar hacia atrás. Constance corrió junto a Mia.

—Pedazo de mierda —dijo Constance.

Mia no pudo evitarlo. Estaba aterrada, pero en ese momento

comenzó a reírse tanto que tuvo que doblarse por la mitad.

—¿Qué? —preguntó Constance, que estaba confusa.

—Jamás te he escuchado decir esa palabra —le dijo Mia—. Jamás dices palabrotas.

—Cuando veo un trozo de mierda, lo llamo por lo que es —insistió Constance—. Siempre lo he hecho, y siempre lo haré.

Se quedaron allí un rato bajo el frío. La furgoneta ya había desaparecido como si jamás hubiese estado allí, pero había dejado algo de humo negro en el aire.

—No le perteneces —le dijo Constance con firmeza—. Te perteneces a ti misma.



Sarah Mott dimitió de su puesto en la biblioteca de Blackwell y se mudó con Constance el día antes de Navidad. En la biblioteca de la escuela de Concord se había quedado un puesto libre, y Sarah estaba emocionada ante la oportunidad de poder vivir con Constance. Todas estaban emocionadas ante aquello. Nevaba el día en que Sarah llegó, y tras sacar todas las cosas del coche, dieron un paseo por el estanque Walden. Después, cenaron salsa de arándanos casera y macarrones con queso en lugar de la tradicional cena de pavo para la festividad.

—¿Echarás de menos Blackwell? —le preguntó Mia a Sarah mientras Constance estaba en la cocina, preparando el postre, que sería una tarta de pacanas con helado de nueces. Había planeado acabar la cena con una tarta de manzana, pero Mia le confesó que odiaba las manzanas y que no creía que pudiera volver a comerse una, ni tan siquiera horneadas en tarta.

—No si estoy aquí con Constance —le respondió Sarah—. ¿Y tú? ¿Lo echas de menos?

Mia negó con la cabeza.

—Para nada.

Pero lo cierto era que Blackwell aparecía a menudo en los sueños de Mia. Por la noche, soñaba con el agua creciente del río Last Look, con las nubes en lo alto de Hightop Mountain y con las praderas de pasto amarillo. A veces Joel también aparecía en esos sueños, donde la observaba y no decía nada, como si fuese un fantasma del inframundo.

En otras ocasiones, ella tenía una hija, y se aseguraba de llevarla al oeste de la luna para que nada ni nadie pudieran hacerle daño.

—Me he enterado de que la gente está dejando la Comunidad —dijo Sarah—. Dicen que maltrata a los niños y que debería estar en la cárcel. Y que ni siquiera pudo controlar a su propia hija.

—Yo no soy su hija —dijo Mia.

—Ciertamente, no —le aseguró Sarah—. Es un mentiroso.

—¿Quién es un mentiroso? —preguntó Constance en un tono alegre cuando regresó con el postre. Había escuchado desde la cocina tan solo fragmentos de la conversación, y le encantaba escuchar el retumbar de la voz de Sarah en la casa.

—Ese hombre —dijo Sarah, ya que ninguna de ellas pronunciaba su nombre en voz alta—. A lo mejor desaparece de la nada.

—Por lo que a mí respecta, ya ha desaparecido —dijo Constance, que dejó los platos con borde dorado sobre la mesa, donde llevaba los trozos de tarta y varias cucharadas de nata de vainilla.



Más tarde, tras darles las buenas noches, Mia se escabulló al patio. Podía escuchar el río en la oscuridad, las ráfagas de viento y las ramas de los árboles que se agitaban sobre su cabeza. El cielo estaba plagado de estrellas brillantes, y Mia sintió el daño que la Comunidad le había provocado, pero también echaba de menos algunas cosas; leer en el establo; Dottie, su oveja favorita; los helechos del bosque; la risa de su madre al otro lado del jardín mientras limpiaban las malas hierbas; Hightop Mountain; el crujir de las ramas bajo sus botas mientras volvía de la biblioteca; sentarse junto al río, totalmente inmersa en su libro favorito.

Quizás Mia no podía confiar en nadie más, pero confiaba en la señora Mott y en la señorita Allen. A pesar de haber tratado por todos los medios de no tener ningún sentimiento, al final había ocurrido. Allí, en la oscuridad, se dio cuenta de que su corazón se había abierto gracias a Sarah y Constance.

Por la mañana, sentadas alrededor del pequeño árbol decorado en el salón, abrieron los regalos. A Mia le dieron un cuaderno forrado en cuero y una bufanda de cachemira. Sus primeros regalos de Navidad.

A cambio, ella les regaló a sus rescatadoras una copia del libro que le había salvado la vida, una edición en tapa blanda de *La letra escarlata*. Los había comprado en la librería de Concord, y le había atado un lazo azul, el color de la buena fortuna y la gratitud. Su otro regalo fue jamás decirles cuando veía una hoja de manzano sobre la mesa del jardín, o sobre su escritorio en el instituto, o de camino a la biblioteca.



En su último año de instituto, Constance y Sarah llevaron a Mia a visitar bibliotecas muy a menudo. Al principio lo hacían por diversión, pero enseguida se convirtió en una misión para ver todas las que pudieran. Mia escogió primero la biblioteca de la que su madre le había hablado, la Ateneo de Boston. Después fueron a la biblioteca de Houghton en Harvard, que albergaba la mayor colección de Emily Dickinson del mundo, así como nueve textos cosidos a mano de cuando las Brontë aún eran niñas. Visitaron el Ateneo de Salem, que se decía que albergaba los espíritus de algunos de los clientes que habían amado tanto la biblioteca, que no querían marcharse.

A Mia la aceptaron en NYU, así que hicieron un viaje a Manhattan para visitar la filial principal de la Biblioteca Pública de Nueva York. Mia se quedó estupefacta ante el edificio de bellas artes, que había abierto oficialmente en 1911. Había sido construido entre la calle cuarenta y la cuarenta y dos, donde había estado el depósito Croton, un enorme proyecto de ingeniería que había tardado casi sesenta años en completarse. Haciendo guardia en el exterior había dos leones en la quinta avenida: Paciencia y Fortuna, originalmente llamados Leo Astor y Leo Lenox por los hombres que donaron gran parte de sus fortunas para construir el edificio de la biblioteca.

Al entrar en la Biblioteca Pública de Nueva York, sintió como si acabase de entrar en un universo diferente. Mia sentía que en ese momento estaba lo más lejos de su pasado que jamás estaría, de los libros quemados en las hogueras, de los turnos de doce horas trabajando en el campo, del manzanal que se volvía de color rosa de un día para otro.

«Abre la puerta, pasa la página, y allí estás. Sostienes la simiente del helecho, y siendo invisible puedes colarte en mil volúmenes».

En el interior circular, a Mia se le saltaron las lágrimas al ver los murales de *La historia del mundo conocido*, cuatro gigantescos cuatros que plasmaban el progreso de la escritura. Cuando entraron en la habitación principal de lectura Rose (que ocupaba casi dos manzanas y el techo excedía los quince metros, donde había un mural que claramente pretendía plasmar el cielo con su azul perfecto y las nubes flotantes), Mia se quedó estupefacta y casi mareada de la emoción. Tuvo que sentarse un momento para recuperarse.

Constance se acercó a ella.

—¿Estás bien?

—Es tan precioso… No puedo creerme que esté aquí —le dijo Mia. Las mejores cosas que te pasan, siempre llegan totalmente de forma desprevenida—. Gracias por todo —añadió, ya que era algo que siempre había querido decirle.

Les debía a Sarah y a Constance todo, les debía la vida que estaba viviendo en ese momento.

Sarah se unió a ellas.

—Qué suerte hemos tenido —le dijo.

—Qué suerte he tenido *yo* —insistió Mia, y por primera vez, lo dijo de verdad. Allí, en la biblioteca de la quinta avenida, sabía a qué lugar pertenecía. Aquel era el mundo para el que estaba hecha.



No era nada fácil alejarse del pasado, ni siquiera cuando lo metías en una caja para la que no existía llave. Los recuerdos resurgen de madrugada y tratan de abrir el pestillo y escapar cuando menos te lo esperas. Mia aún no era capaz de comerse una manzana ni un tomate, y a menudo llevaba ropa simple que podría haberse encontrado en la Comunidad. Cuando le preguntaban por ello, decía que los tomates y las manzanas le sentaban mal, y que no le importaba la moda y prefería tener un aspecto normal, a excepción de sus botas rojas, a las cuales había tenido que ponerles una nueva suela. Trataba de convencerse a sí misma de que no recordaba estar en el bosque de noche y, con el tiempo, no recordaba rogarle a su madre que se marcharan de allí. Dormía mejor, dado que le parecía imposible que Joel la encontrara en Manhattan, donde podía mezclarse con la gente

y volverse invisible, y ni siquiera tus vecinos sabían tu nombre.

Pensaba en Hawthorne a menudo, y en la inscripción del libro que había encontrado. *Para Mia. Si todo esto fue un sueño, era solo nuestro, y tú eras mía.* Cada vez que iba a Concord de visita los fines de semana o en las fiestas, Mia sacaba su copia de *La letra escarlata*. Jamás había devuelto aquella edición especial a la biblioteca, ni se había atrevido a contarle a Sarah que se la había llevado. Suponía que eso la convertía en una ladrona, tal y como Joel siempre había dicho que era. Aun así, aquel libro la había mantenido con vida. Aquel libro que parecía narrar la vida de su madre, el que siempre había imaginado que lo habían escrito para ella.

Para cuando cumplió veinticinco años, Mia había triunfado por encima de las expectativas que Constance y Sarah habían tenido. Felicitaban a Mia a la vez que negaban con la cabeza, asombradas ante todo lo que había conseguido. Tras completar su grado universitario, se especializó en biblioteconomía. Mia solicitó trabajo en la Biblioteca Pública de Nueva York, y se quedó asombrada cuando la contrataron para el trabajo de sus sueños, encargada de las colecciones especiales. Cada vez que entraba al edificio, se quedaba sin aliento por lo bonito que era. Para ella, era como entrar en un lugar sagrado. Qué suerte tenía de estar allí, en una de las mejores bibliotecas del mundo.

En ocasiones, se preguntaba si pasar demasiado tiempo entre libros era la razón por la que no tenía una vida normal. Sus compañeros de trabajo tenían maridos, esposas e hijos, pasaban los veranos de vacaciones en Long Island o en Maine, o tenían apartamentos en Brooklyn o Queens. Y luego estaba Mia, que vivía en el mismo apartamento de Chelsea que había alquilado tras graduarse en la universidad. Estaba atrapada en el pasado que con tanto ahínco trataba de olvidar. Sabía que Joel no podía encontrarla pero, aun así, sufría ataques de pánico. Se imaginaba que alguien la seguía cuando volvía a casa por la noche, no respondía las llamadas de teléfono, y cuando algún cliente o vecino la invitaba a tomar algo, siempre decía que estaba ocupada y luego se marchaba sola a casa.

Mia se vio entonces forzada a usar la base de datos de la biblioteca para buscar los obituarios publicados en el periódico de Blackwell. El nombre de Joel jamás aparecía entre ellos y, en realidad, aún no

sentía que estuviera a salvo, a pesar de que habían pasado años desde que Joel había ido a Concord. Mia supuso que jamás confiaría en el mundo mientras él siguiera allí.

Mia descubrió que se le daba bien investigar cuando comenzó a rebuscar entre los registros de los alumnos de Harvard y descubrió que Joel Davis jamás había estudiado allí. Sin embargo, sí que descubrió que había cumplido condena en el centro penitenciario de Bay State. Algunas personas son exactamente como crees que son. Otras esconden al lobo en su interior, a pesar de que puedes escucharlo aullar.

En una ocasión, tras beberse media botella de vino en la cocina a oscuras, Mia llamó por teléfono a la oficina de la Comunidad. ¿Acaso pensaba que podría llamar al pasado y escuchar la voz de Ivy al otro lado? Cuando por fin alguien respondió a la llamada, Mia reconoció la voz de Joel y se quedó en silencio con el corazón latiéndole a toda velocidad. Tras un momento, Joel dijo:

—Sé que eres tú. Jamás podrás librarte de mí. Sé dónde estás ahora mismo.

Mia colgó enseguida. Recordó a su madre arrodillada frente a él cuando cargó con la culpa del crimen de Mia de haber leído un libro. Recordó su última noche en el establo. El pasado la perseguía, atado a sus pies con un hilo negro. Veía destellos de ese pasado por el rabillo del ojo cuando caminaba por la quinta avenida, o mientras hacía la compra, o simplemente al mirar por su ventana. Por todo ello, y porque había jurado que jamás dejaría que le arrebataran su destino ni sus derechos, había mantenido la promesa que se hizo a sí misma: jamás había vuelto a Blackwell.



Mia tenía la tradición de reunirse con Constance y Sarah cada dieciséis de marzo, en el bar del hotel Algonquin, donde celebraban su cumpleaños. Ese año, en la tarde de su encuentro, caía una fina y resplandeciente nieve. Se sentaron junto a la ventana para poder observar cómo caían los pequeños copos. La ciudad estaba tranquila, en paz. Mia nunca sabía qué esperar de un cumpleaños, ya fuera el sol y los árboles verdes, o tormenta y hielo.

Sarah sacó el regalo de Mia de su bolso y compartió una sonrisa con Constance.

—No hace falta que me regaléis nada —les dijo Mia—. Ya no soy una niña.

Aun así, claramente estaba emocionada mientras deshacía el lazo. El regalo de cumpleaños de Constance y Sarah era una tradición.

—Nada de eso —la regañó Constance—. Además, lo hacemos porque queremos. ¿Qué es un cumpleaños sin un regalo?

El regalo de aquel año fueron unos pendientes de oro. Mia tenía las orejas perforadas, pero casi nunca llevaba joyas. Por mucho que lo intentara, Mia pensaba que los adornos como esos eran vanidad, pero Constance siempre había estado en desacuerdo.

—¡Qué bonitos! —dijo Mia, que trataba de no echarse a llorar. Aquello no era vanidad: era amor—. Son perfectos —les dijo mientras se los ponía.

Hubo abrazos y besos, y una gran cantidad de alegría. Pero, en la cena, Constance apenas probó bocado, y al poco rato se excusó para desaparecer por las sinuosas escaleras que llevaban al baño de señoras. Parecía algo mareada al levantarse, lo cual achacó al martini que se había tomado, dado que en el cumpleaños de Mia y en otras ocasiones alegres, siempre bebían martinis. Fue entonces, al ver alejarse a Constance, cuando se dio cuenta de lo frágil que parecía.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Sarah, porque sabía que algo andaba mal. Pero no podía imaginarse cómo de mal.

Sarah le contó que le habían diagnosticado a Constance una clase de linfoma incurable. No había querido dar la noticia en el cumpleaños de Mia, pero lo cierto es que no le quedaba mucho tiempo.

—Tendríamos que habértelo dicho antes —dijo Sarah—. Supongo que estábamos esperando a que desapareciese como por arte de magia, pero por supuesto, eso jamás funciona, ¿no?

Mia se echó a llorar, y cuando se limpió las lágrimas con una servilleta, trató por todos los medios de recomponerse y se disculpó. Rara vez mostraba sus emociones, pero en ese momento no pudo contenerlas.

—No te disculpes por llorar. —A Sarah siempre le había preocupado los efectos que podían haber tenido en una chica tan

sensible su infancia en la Comunidad, sobre todo dado que había tenido que guardarse sus sentimientos y seguir unas reglas ridículas y atroces—. Tienes derecho a estar triste, Mia.

Cuando Constance regresó, Mia se fijó en que llevaba una peluca. Antes no se había dado cuenta, o no había querido darse cuenta. Entendía lo que era querer que las cosas desapareciesen por arte de magia. Había sostenido la simiente del helecho y podía transformar aquella pena en algo invisible.

Cuando Constance se fijó en que Mia la miraba fijamente, se tocó el peinado de media melena.

—¿Qué te parece el estilo? —Se esforzó por sonreír ampliamente —. ¿Me pega?

—A ti te pega todo, siempre —le dijo Mia, que jamás había dicho nada más cierto que aquello en toda su vida—. Siempre serás la única e inigualable Constance Allen.

Mientras esperaban un taxi juntas en el exterior, bajo la marquesina, a Mia le pareció verlo. Al otro lado de la calle, en el aparcamiento, había un hombre resguardado de la nieve. Se dijo a sí misma que no todos los extraños que veía eran Joel Davis.

—Aquí está —le dijo Sarah cuando llegó el taxi.

La nieve arreció, y por la mañana habría treinta centímetros de nieve en la calle, lo cual era algo extraño en la ciudad de Nueva York.

Se abrazaron y se despidieron, y cuando Mira se giró, lo único que vio fue la nieve caer.

«Al oeste de la luna, donde la nieve que cae está hecha de azúcar», le había dicho siempre su madre. «Así, cuando el sol sale se derrite, los únicos que saben que ha estado ahí son los que la ven antes de que desaparezca».



A partir de ese momento, Mia regresaba casi todos los fines de semana a Concord. Los sábados por la noche preparaba una cena que consistía en sopa de tomate y sándwich de queso, la favorita de Constance cuando había sido una niña. Por desgracia, Constance apenas tenía apetito y parecía subsistir a base de tazas de té claro. Se estaba desvaneciendo ante ellas. No había ningún tratamiento más y los

analgésicos que le habían recetado le revolvían el estómago. Dormía cada vez más y más, y para ella no había diferencia ya entre la noche y el día. Cada vez que Mia las visitaba, pensaba en el día en que Constance la había recibido en la puerta, la había saludado con la mano y la había recibido en su hogar. Recordaba cuando Constance había llamado a Joel «pedazo de mierda» en el exterior de la biblioteca. Mia no podía evitar romper a llorar cada vez que pensaba en su vida en Concord. Ay, qué suerte había tenido de encontrarse a sí misma en un lugar donde poder crecer sin sentir miedo. Deseaba que Ivy pudiera haber vivido de aquella manera, rodeada de gente que la quería y de libros. A menudo pensaba en el día en que había visto a los hombres trasladando el cuerpo de Ivy por el terreno, cuando sus botas se habían caído sobre la hierba, y el mundo entero parecía haberse sumido en el silencio.

Las noches en que Sarah vigilaba a Constance, Mia a menudo se marchaba para dar un paseo por el pueblo. Jamás había perdido su habilidad de ver en la oscuridad, e incluso con la débil luz cruzaba las praderas donde aún había casetas de pájaro atadas a los árboles. No importaba por dónde comenzaba su ruta, ya que siempre acababa yendo al cementerio de Sleepy Hollow. La tumba de Hawthorne estaba marcada tan solo con su apellido, y escrito de forma distinta al *Hathorne* original de cuando comenzó a publicar, para así distanciarse de sus ancestros. Las tumbas de su mujer e hija estaban junto a la suya; habían sido enterradas en Inglaterra, pero después habían sido exhumadas y trasladadas allí para que pudieran estar con él. Y, a pesar de eso, parecía algo solitario, como si estuviera esperando a Mia. Como siempre, su tumba estaba rodeada de ofrendas: flores, rocas, piñas, y una gran cantidad de bolígrafos y lápices en honor a su obra. Mia se había enamorado de la obra, y después se había enamorado de su autor. Quizás esa era la razón de que aún estuviese sola y que fuese reacia a tener nada con un hombre que no podría compararse con el brillante autor. «Y tú eras mía».

Mia paseó por el jardín de Old Manse, que había sido plantado por Thoreau como regalo de bodas para Nathaniel y su esposa. Lo que haría por un amor así… Lo que fuera, cualquier cosa. Miró el interior a través de la ventana empañada, escrita con palabras de amor, y después volvió paseando a través del pueblo durmiente.

Muy pronto, los días se volvieron lo suficientemente cálidos como para poder sentarse en el jardín por las tardes bajo las glicinias en flor. Desde allí veían la suave luz morada aparecer sobre el río. Constance había recuperado el ánimo, afirmando que prefería estar despierta y con dolores, a estar drogada y en coma. Tenía una manta alrededor de los hombros, y en ocasiones parecía estar a punto de quedarse dormida, pero entonces se sobresaltaba. Era el dolor el causante de que se retirara hacia sí misma. Eso, y la idea de que cada día era un regalo, y pronto desaparecería.

Sarah fue adentro a por unos vasos y una jarra de agua, y en ese momento Constance le agarró la mano a Mia. Probablemente sería una de las últimas oportunidades que tendrían de hablar a solas.

—¿Cuidarás de ella? —le preguntó Constance, a la que le preocupaba dejar a Sarah sola.

—Pues claro —le aseguró Mia—. Siempre lo haré.

—¿Y a ti? ¿Quién te cuidará a ti?

—Yo sé cuidarme solita.

Aquello siempre había sido cierto, y siempre lo sería.

—No temas amar a otra persona solo por ese horrible hombre —le dijo Constance.

—Estoy enamorada de mi autor favorito —Mia sonrió—. ¿Eso no cuenta?

—Si hablas de alguien muerto y enterrado, no te va a servir de mucho.

Constance sabía de las visitas de Mia al cementerio, y había encontrado la primera edición de *La letra escarlata* mientras limpiaba su habitación en una ocasión. La inscripción había sido algo curioso, y se preguntó si Mia lo habría escrito ella misma, o si simplemente se trataba de una coincidencia. Constance estaba sufriendo y estaba débil, pero le preocupaba demasiado el futuro de Mia como para rendirse.

—Mira lo que pasa cuando amas a alguien —le dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Mia, que esperaba que Constance no se diera cuenta de las lágrimas que había en sus mejillas.

—Esto.

Constance hizo un gesto a su alrededor con una expresión encantada en el rostro. Allí estaba el río, y las glicinias que florecían al atardecer. Allí estaba Sarah, que volvía de la cocina con una jarra de agua y tres vasos de color verde. Allí estaban las casetas de pájaro en la pradera, y el camino de piedra que habían construido un verano. Allí estaba todo lo que habían significado las unas para las otras a través de los años.

—Tienes una vida —le dijo Constance, que para entonces también lloraba.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —Mia quiso saber—. Tan solo tienes que decirlo.

Resultaba que sí tenía un corazón, a pesar de que jamás lo había querido, porque, al parecer, se le estaba rompiendo.

—Mi queridísima niña, ya me has dado muchísimo más de lo que podría querer en toda mi vida —le dijo Constance—. Hemos sido una familia, ¿qué hay mejor que eso?



Una semana más tarde, Sarah la llamó a las seis de la mañana. Era un día laborable y Mia aún estaba en la cama, tratando de aprovechar unos minutos más de sueño antes de vestirse y marcharse a su trabajo en la biblioteca. Manhattan estaba en calma a esas horas, y se escuchaban a los pájaros que cantaban desde el árbol que había en el patio contiguo, un árbol que llevaba allí doscientos años. Mia entró en pánico enseguida y, en cuanto contestó la llamada, supo que Sarah había estado llorando. Llevaba despierta toda la noche, esperando a que fuera una hora decente para llamar a Mia.

—Constance esperó a que saliera de la habitación —le dijo Sarah —. Solo fui a buscar su vieja copia de *Walden*, se la leía todas las noches.

—Estaré allí enseguida —le dijo Mia mientras hacía la maleta. No necesitaba mucho, tan solo un vestido negro y las botas rojas de su madre.



Mia tomó el primer tren a Boston desorientada, y después el tren de cercanías en la estación norte hasta Concord. Caminó junto a la librería y se dirigió al río. Recordó la primera vez que había llegado al pueblo después de haber conducido desde Blackwell sin apenas decir una palabra. Cuando llegó a la casa, Mia encontró a Sarah llorando en la cocina, aturdida por el dolor de su pérdida.

—No me mires —le dijo Sarah—. Tengo un aspecto terrible.

—¿En qué puedo ayudar?

—El funeral ya está organizado, lo he hecho esta mañana.

—Llamaré a todos los que tendrían que asistir —le aseguró Mia.

Ambas estaban hechas un desastre, pero se dieron un fuerte abrazo. Tras un rato, dejaron de llorar y decidieron tomar el té. *English breakfast*, el favorito de Constance, sin azúcar ni leche.

—No pensé que realmente fuera a morir —dijo Mia sin pensarlo.

—Nadie piensa que vaya a pasar de verdad —respondió Sarah—. La vida real es increíble. Nos arrebata las almas, y la carne y huesos se convierten en ceniza. La gente a la que amas te traiciona, y los hombres van a la guerra sin ningún motivo. Vaya absurdez. Por eso tenemos novelas, para poder darle sentido a todo.

Escogieron algunos de los fragmentos favoritos de Constance de Thoreau para que Sarah lo leyese en el funeral. «Lo que importa no es lo que miras, sino lo que ves». No cenaron, ya que ambas habían perdido el apetito. En su lugar, se sentaron en la mesa exterior de hierro forjado con vistas al río. Bebieron martinis en honor a Constance, ya que era su coctel favorito.

Las lilas habían comenzado a florecer, y había una fina y neblinosa capa morada que se extendía por los jardines y patios de todos los vecinos. El seto que había junto a la puerta trasera estaba rodeado de flores en distintas tonalidades de morado. Las ranas estaban alborotadas y, dado que estaba atardeciendo, había nubes de mosquitos y efímeras. Los pájaros también sobrevolaban el río, y el campo verde que había en la otra orilla se tiñó de un color negro puro.

Sarah observó a los azulejos que sobrevolaban el terreno, el último vuelvo antes de que cayera la noche. Las estrellas ya se asomaban en un cielo cada vez más oscuro. Pronto las lechuzas saldrían a ulular sobre las copas de los árboles.

—Siempre recuerdo a Constance de pie junto a la puerta, esperando a que llegáramos —dijo Mia—. Tenía la habitación de invitados preparada para mí, y jamás me interrogó, como quizás otros habrían hecho. Tan solo me acogió —Mia se rio entonces, y recordó la rabia de Constance cuando Joel Davis se había presentado en la biblioteca. Recordaron lo valiente que había sido a pesar de ser una mujer diminuta que no llegaba al metro sesenta—. Creo que si hubiera sido necesario, le habría arreado con el libro —dijo Mia—. Y eso que era uno de tapa blanda.

—Me han contado que está teniendo problemas con el gobierno. No sabía si debía decírtelo o no.

Mia miró a Sarah.

—Sí que quiero saberlo.

—Por fin lo están investigando —le dijo Sarah—. Ya han tardado lo suyo.

—Me alegro. —Mia sintió un fuego en su interior—. Espero que lo metan entre rejas, que es donde debería estar.

—Afirmó que la Comunidad era una religión, pero no pagó ni un céntimo en impuestos, así que el consejo municipal le ha pedido que demuestre que la tierra es realmente suya. Parece que tiene problemas para hacerlo. La gente está perdiendo la fe en él y muchos se han marchado, sobre todo los más jóvenes.

—Me alegro mucho —dijo Mia—. Espero que se marchen todos.

—Aún quedan algunos que se ocupan de la granja y los árboles, pero al parecer los edificios están descuidados. La gente dice que a la Comunidad no le queda mucho tiempo.

Mia se preguntó qué pasaría con el cementerio si el pueblo se hacía con la tierra de la Comunidad. Pensó en Ivy, en su lugar de descanso entre los helechos. Mia sentía que el corazón se le abría en dos, y pensó en todas las noches que había pasado allí escuchando el río, todo el amor que Sarah y Constance le habían dado cuando ciertamente no *tenían* que hacerlo. Deseó que, de algún modo, Ivy hubiese vivido con una familia, después de todo.

—Os lo debo todo a ti y a Constance —le dijo Mia—. ¿Qué habría hecho sin vosotras?

—Mi querida chica, creía que ya lo sabías —le respondió Sarah—. Te rescataste tú sola.

El funeral de Constance se celebró en un día atípicamente cálido para mayo, y el cielo estaba de un color azul cobalto. Entre los invitados que acudieron había compañeros de la biblioteca, vecinos y dependientes de tiendas, así como niños que habían ido a las horas de lectura. Sarah y Constance también tenían un círculo de amigos leales en Boston y Cambridge, muchos de los cuales habían sido alumnos en Wellesley, y todos fueron allí. En la capilla de la gran iglesia blanca, Mia se sentó en la segunda fila detrás de Sarah. Ella estaba sentada entre las dos hermanas de Constance, y ambas lloraban, lamentando todos los años que habían perdido cuando no habían estado unidas.

Llegaron al cementerio seguidas del coche fúnebre, y era un día realmente perfecto. No había apenas sitios libres entre los árboles de Sleepy Hollow. La señorita Allen había sido afortunada de conseguir una parcela en un apartado con sombra del valle. Allí se reunió la multitud, en silencio y de forma respetuosa, aunque aún se escuchaba a Sarah y a las hermanas de Constance llorar. La gente comentó en susurros que Constance había cambiado numerosas vidas, como era común en las bibliotecarias. Y, ciertamente, había varias personas que acudieron a presentar sus respetos y a los que Constance probablemente no habría reconocido. Eran hombres y mujeres adultos, que habían encontrado consuelo en la biblioteca durante su infancia. «Tengo el libro perfecto para ti», decía siempre la señorita Allen, y siempre era cierto.

Rodearon la tumba de las flores que habían enviado tanto los allí presentes, como aquellos que se encontraban demasiado lejos para ir a Concord. Había una corona de rosas blancas que un primo había enviado, un gran ramo de lilas de algunos de los amigos de Constance y Sarah de Simmons. En la parte de atrás, tras el resto de ramos, había un jarrón de cristal con hojas. Mia sintió una fría sensación en el pecho, y le pidió al asistente del director del funeral si podía apartar aquella ofrenda.

—No me importa lo que haga —le dijo Mia, que no había mirado de cerca las hojas, pero sabía quién las había enviado—, pero deshágase de esto.

Al acabar el funeral, Mia se quedó al margen de los dolientes,

quienes rodeaban a Sarah para presentarle sus condolencias. Habría una velada en la posada, donde se servirían martinis, así como canapés de pimiento y queso a la parrilla sobre pan sin borde, y platos de macarrones con queso. Mientras Sarah guiaba a las hermanas de Constance al hotel, Mia se quedó junto a las últimas azaleas que aún estaban florecidas, con sus hojas aterciopeladas y las enormes flores de un color morado oscuro. No era capaz de entablar conversaciones educadas con aquella gente a la que apenas conocía. Recordó entonces el día del funeral de su madre, a Joel con su traje negro bajo el calor sofocante, y cómo Mia se había negado a abandonar la tumba.

El día se había vuelto incluso más cálido, y Mia llevaba puesto su vestido negro y las botas de Ivy. Se le ocurrió entonces que jamás habría tenido aquella segunda vida de no haber huido de la Comunidad, y si Sarah no le hubiese dado la llave de la biblioteca o Constance no le hubiese abierto su corazón. Ni de broma les habría traído su mala suerte en forma de Joel Davis. Temblaba solo de pensar en que de no haber encontrado *La letra escarlata*, el resto de su vida jamás habría ocurrido.

Mia optó por seguir caminando en busca de algo de soledad y sombra. Pasó por el estanque del gato, que había sido diseñado de forma simple y artística por Thoreau, y cuyas aguas calmadas estaban llenas de nenúfares. Thoreau había escrito sobre el jardín del cementerio: «Entre la muerte se encuentra la vida». Se topó con la sorprendentemente preciosa tumba de Emerson, que era un gran pedrusco en lo alto de una colina, pero siguió avanzando. Pasó por la modesta tumba de Thoreau, que simplemente se había tallado con un *Henry*, y siguió caminando hasta llegar a la de Hawthorne. Se dejó caer en la hierba y escuchó a los pájaros, que cantaban sobre los árboles. Había traído su copia de *La letra escarlata* allí para recordarse a sí misma que aún merecía la pena vivir la vida, incluso en un día tan oscuro como aquel. Dejó el libro sobre la tumba de Hawthorne. Todo lo que era y lo que jamás sería se lo debía a él. Sin él, ella no existiría. No sería nada; tan solo una chica más ahogada en un río de piedras negras.

Alrededor de los caminos del cementerio había plantas salvajes, madreselva, frambuesas, plumeros amarillos y musgo. Mia pidió un deseo, deseó poder ir con el autor que la había salvado y conocerlo

tan bien como conocía su libro. Después se sintió algo tonta, ya que era ya demasiado mayor para aquellas tonterías. Era una mujer sentada en un cementerio, quien aún creía que la magia existía en este mundo. Se pegó el libro al pecho, y casi podía sentir las palabras de su interior como si cada página fuese un corazón latiente.

«*Si todo esto fue un sueño, era solo nuestro*».

Sintió cómo algo la atravesaba como si hubiese electricidad en el aire, como si los sueños pudiesen ocurrir sin estar dormidos. Se estiró y miró al cielo, que había cambiado de un color azul a uno oscuro y lleno de estrellas, como si una bandada de cuervos estuviese pasando por encima. Parecía como si el mundo hubiese pasado más rápido que nunca. De repente había pájaros cantando desde los setos mientras amanecía. Todo lo que Mia había deseado, por fin había ocurrido.

PARTE DOS

1837

CAPÍTULO CUATRO

El hombre que desapareció

La gente pensaba que él lo tenía todo y, aun así, siempre había estado convencido de que no tenía nada en absoluto. Era propenso a tener cambios de ánimo incluso cuando su madre y sus dos hermanas lo consentían, y era muy inteligente. Además, era tan atractivo que cuando caminaba por el pueblo de Salem, las mujeres se mareaban. Se decía que Lord Byron tenía el mismo efecto en las mujeres, pero Byron era plenamente consciente de su atractivo, mientras que Nathaniel Hawthorne jamás se miraba al espejo. No tenía vanidad, y temía que si se miraba a un espejo, lo único que vería sería la culpa familiar con la que cargaba. Los restos ponzoñosos del temor y el horror del que habían sido responsables sus antepasados, una carga que descansaba por completo sobre sus hombros. La oscura historia de su familia le llevó a escribir sobre el pecado y la redención, y a hacer todo lo posible por enmendar un daño que no había cometido. Cambiaría su nombre en cuanto fuese capaz, añadiendo la *w* para distinguirse de sus predecesores, dado que su historial era uno que quería mantener en secreto. Su tatarabuelo había sido el más horrible de los jueces en los juicios de brujería de 1692, y el único que jamás se arrepintió; tanto él como todos sus descendientes habían sido malditos por las mujeres de Salem, y Nathaniel sentía que era él quien debía expiarse por los pecados de su familia.

Comenzó a sentir que era diferente a los demás cuando tenía tan solo nueve años y se lesionó la pierna. Un incidente pequeño puede alterar el curso de una vida y hacer que una persona tome un camino hasta entonces impensable y ocasionar que su destino sea completamente diferente. En un momento dado eras parte del latido del corazón, y al siguiente tan solo podías observar desde la sombra de los olmos, tras un cristal que te impedía participar y te mantenía alejado de los demás. La causa de su lesión fue un partido de bate y pelota, y el resultado fue la necesidad de usar muletas y estar

confinado durante casi dos años. Nathaniel se pasó casi todo aquel tiempo leyendo, y a veces sentía como si fuese un náufrago y los libros su balsa, tal y como su padre había sido capitán de barco justo antes de su temprana muerte cuando Nathaniel tan solo tenía cuatro años.

Aquel sufrimiento de la infancia lo llevó a tener un estado de ánimo cambiante, y a que sus pensamientos tomaran un tinte oscuro, lo cual le permitía ver lo que quizás otros no podían. Sus observaciones sobre la crueldad iban mucho más allá que la mayoría de chicos de su edad, ya fuera ante una mariposa atrapada en la tela de una araña, un hombre sin techo en la calle, o un perro callejero aullando. Fue entonces cuando comenzó a inventar sus propias historias escritas con leche, lo que él llamaba tinta invisible, dado que le interesaba contar e imaginar historias, pero no compartirlas. No importaba lo que nadie dijera, ni lo que creyesen, dado que él estaba convencido de que había magia en este mundo.

Quizás su suerte se echó el día en que nació, un cuatro de julio, un buen día. Su madre, Elizabeth Manning Hathorne, conocida por sus vecinos como Betsy, o por sus hijos como Eta; les dijo a sus hermanos que su hijo sería excepcional, independiente y único, y que acabaría siendo un hombre como ningún otro. Pronto se convirtió en una reclusa, encerrada en su luto de viudez, y tan enfrascada en los libros que les enseñó a sus hijos a leer al mismo tiempo que a andar. Tras la muerte de Nathaniel en el mar tras contraer la fiebre amarilla en la colonia de Surinam en 1808, a la familia no le quedó mucho dinero. Dependían de la bondad de dos de los tíos de Nathaniel, los cuales lo trataban como a su propio hijo y decidieron hacerse cargo de los problemas económicos de la familia. Betsy y los niños vivían entonces con ellos en Salem, pero cuando se decidió que Maine sería un lugar mejor para todos ellos, trabajaron en una granja hasta que los tíos pudieran construirles una casa propia. Nathaniel comenzó a trabajar y creó un periódico con sus escritos llamado *El espectador*, el cual distribuía entre sus amigos y conocidos. Fue entonces cuando Nathaniel comenzó a apreciar realmente los años que había pasado a solas en su habitación, el hecho de que estar distanciado de la gente le hubiera conferido una habilidad para observar y sentir lo que otros quizás sentían. Aquello fue lo que lo convirtió en escritor.

Mientras que otros chicos patinaban o jugaban a la pelota,

Nathaniel meditaba sobre el estado de la humanidad. Venía de una gente que tendía a ser melancólica, y en muchas ocasiones no podían recurrir a su madre, quien se quedaba en la cama y evitaba el mundo de un modo que Nathaniel comprendía bien, dado que Betsy jamás se había recuperado del todo de la pérdida de su marido. Sentía el sufrimiento de aquellos que habían sufrido una pérdida.

Una pareja de Maine murió congelada mientras se buscaban el uno al otro en una tormenta, y su tío Richard adoptó a uno de los huérfanos. Nathaniel escribió una oda en honor al amor y la lealtad de la pareja.

Cuando trabajaba, se pasaba las noches sin dormir, y sus dos hermanas tuvieron claro en ese momento cuál sería el futuro de Nathaniel, dado si triunfaba como si no; su hermano sería escritor.



En la universidad de Bowdoin, Nathaniel tenía algunos buenos amigos, hombres que estaban destinados a ser famosos y ricos. Longfellow, quien había entrado en la universidad a los quince años y era algo más joven que Nathaniel, no era conocido por frecuentar tabernas y pasarlo bien. Pero había muchos otros que estaban más que dispuestos a aprovechar el tiempo en Bowdoin. Entre ellos se encontraban Horatio Bridge, a quien Nathaniel acompañaba cuando iban a pescar y nadar en los ríos y estanques helados, o Franklin Pierce, quizás el mejor amigo de Nathaniel, y quien más adelante se convertiría en presidente. Aun así, Nathaniel no se dejó influenciar por el deseo de poder e influencia de sus amigos, a pesar de que era el que tenía un potencial inmenso, una mente brillante, y un atractivo que siempre trataba de negar. No importaba lo que dijeran, ya que él tan solo quería ser escritor. Había sido su sueño desde que aprendiese a leer, y era todo lo que quería en la vida, a pesar de que sus amigos le aseguraran que no estaba usando sus habilidades al máximo. ¿Acaso quería malgastar su talento en una vida a solas con sus papeles y plumas, alejado del resto del mundo?

«¿Es que no ves el efecto que tienes en las mujeres? Podrías tener a cualquiera si lo desearas. Podrías tener un futuro que nos matara a todos los demás de celos. Eres excelente, y todos los sabemos. Único.

Nuestro querido amigo, que no sabe realmente cómo es».

Nathaniel se reía ante tales tonterías, y jamás les contó a sus amigos las cosas curiosas que le ocurrían, dado que parecía destinado a tener un encuentro con las fuerzas mágicas. Había visto espíritus en dos ocasiones, algo que jamás le había contado a nadie. La primera vez fue en el Ateneo de Salem, donde había divisado a un hombre mayor sentado en uno de los sillones de la biblioteca, y quien se desvaneció de repente. Nathaniel descubrió después que uno de los pudientes clientes de la biblioteca había muerto, de hecho, en aquel sillón, y su espíritu se negaba a marcharse de aquel sitio que había amado.

En otra ocasión, cuando estaba a punto de irse a pescar, vio a una mujer ataviada con un vestido azul de pie sobre la hierba, calada hasta los huesos como si acabara de salir del agua. Pero, mientras la observaba, el azul del vestido se convirtió en aire, y desapareció poco a poco mientras ella también lo observaba a él. Más tarde, su tío lo informó de que se había producido un ahogamiento: una mujer con un vestido azul, un espíritu que los lugareños llamaban la Sirena. Nathaniel escribió un poema en su honor, y siguió soñando con mujeres que eran en realidad ninfas de agua, criaturas mitológicas con lilas trenzadas en el pelo. En muchas ocasiones, se despertaba de aquellos sueños excitado y con una gran necesidad física. En una ocasión, caminando por los remotos bosques de Maine, se encontró con una vidente que reunía ramas para hacer una hoguera fuera de su carreta. Trató de evitarla por todos los medios, pero la mujer cayó de rodillas al verlo y lo miró fijamente como si estuviese embrujada. «¿Eres un hombre o un ángel?» le preguntó, a lo que él respondió: «Tan solo soy un hombre. Uno que, en ocasiones, anda perdido», pensó. «Uno que parece no encontrar su lugar en este mundo».



Nathaniel a veces sentía como si fuese un hombre hablando consigo mismo en un lugar oscuro. Era solitario, caminaba por las calles de noche, en un ataque de lo que él llamaba «su soledad maldita». Se encerraba a solas durante días, y aceptó que su espíritu oscuro era un rasgo familiar. Louisa, su hermana pequeña, también era algo huraña,

y era conocida por su corazón bondadoso y su buena disposición por ayudar a su familia. Pero Nathaniel estaba más unido a su hermana mayor, Elizabeth, o Ebe, un apodo que Nathaniel le había dado cuando era demasiado pequeño para pronunciar bien su nombre. Elizabeth también había sido una niña brillante, y se decía que ya caminaba y andaba con tan solo nueve meses. Tenía una mente brillante, leía a Shakespeare a los doce años, y era conocida por odiar el trabajo de cualquier clase si no tenía que ver con leer o escribir. Aunque no es que tuviese elección, ya que alguien debía realizar las tareas. Nathaniel, por su parte, era el hijo y tenía una vocación, así que eso lo salvó: era un lector que se convirtió en escritor, como ocurría en muchas ocasiones cuando la gente se enamoraba de las historias y sentían que las páginas de las novelas los habían rescatado.

Nathaniel escribió una novela llamada *Fanshawe* a trozos mientras estaba en Bowdoin y, a pesar de que era cierto que nadie quería publicarla, lo publicó él mismo por cien dólares cuando tenía veinticuatro años. No le sorprendió cuando solo unas pocas personas fuera de su círculo de amigos y familia leyó aquel primer intento, uno del cual se arrepintió en cuanto vio impreso, ya que no dejaba de ver errores cada vez que le echaba un vistazo a las páginas. Esperaba que todos lo olvidasen, a pesar de que recibió algunas buenas reseñas de parte de críticos. En parte, pensaba que los escritores que habían reseñado su libro de forma favorable probablemente estaban ebrios, o sentían un ataque de culpabilidad por todas las reseñas horribles que habían escrito sobre otros escritores.

Aquella sensación de que era un fracaso se instaló sobre él en su oscura habitación, de la cual no salía en ocasiones durante días o semanas seguidas. Después, solo salía para visitar el Ateneo de Salem, la biblioteca donde leyó más de mil libros en doce años mientras seguía escribiendo interminables obras de historia y literatura. En verano abandonaba Salem para viajar con sus tíos al río Saco y a las montañas blancas, además de a Martha’s Vineyard, dado que el calor hacía que le fuera imposible escribir. Y lo cierto era que una vez que comenzaba a escribir, parecía como si las palabras lo poseyeran, como si sus escritos fueran la vida real y lo exterior fuese el sueño.

Hawthorne parecía una persona totalmente diferente durante los meses de verano. En el bosque era donde encontraba inspiración, y su

apreciación por la soledad tan solo parecía crecer. «Viví en Maine, como un pájaro en el viento», recordó más tarde. «La libertad de la que gozaba era tan perfecta…». En verano, no escribía. Se quitaba el traje de un chico, y se ponía en la piel de un hombre con deseos. La timidez que normalmente lo invadía se evaporaba durante el verano, y aquellos que lo conocían en esos momentos veían a un hombre diferente al tipo afligido que vivía en Salem. Se le daban bien los deportes, era un experto pescador, y mantenía amistades a largo plazo que en ocasiones terminaban en noches alocadas en las tabernas que había alrededor del lago Sebago, en Maine.

Cada año que pasaba, crecía su atractivo. Tenía el pelo negro y tupido, y unos intensos ojos grises que parecían ser morados o azules dependiendo de la luz que hubiese. Además, tenía unos rasgos muy llamativos, con una boca generosa que se curvaba hacia arriba cuando algo lo divertía, y unos pómulos definidos. Le gustaba hablar, le gustaban las mujeres, y las mujeres se veían atraídas por él como si fuese un bálsamo para sus almas. Y, por aquel encanto que no sabía que poseía, se encontró a sí mismo en la situación de estar prometido en varias ocasiones. Quizás habría tenido un matrimonio infeliz si Robert Manning, uno de sus tíos, el cual actuaba como su padre, ya que no tenía familia propia; no hubiese intercedido y le hubiese dicho: «Piensa antes de actuar chico, o te encontrarás casado con una extraña. ¿Acaso quieres despertarte cada mañana junto a esta mujer para el resto de tus días?».

Nathaniel vivía entre dos mundos, el de sus escritos, y el de su ocupada casa, a la cual se refería como su nido de lechuza. Su tío era pomólogo, un experto en fruta conocido por las miles de variedades de peras que cultivaba en su vergel. Robert era conocido por su libro *Book of fruits*, e insistía en que un escritor también podía tener una vida más allá de sus libros. Tenía grandes planes para su sobrino, y le preocupaba que Nathaniel estuviese demasiado encerrado en el mundo que solo existía en su mente. En un momento dado estaba presente y conversando con alguien, y al siguiente era como si estuviese tras un cristal, tal y como cuando había sido un niño, a pesar de que no había nada que lo separase del resto del mundo. Se peleaba con su tío sobre su futuro, e insistía que ningún hombre podía ser poeta y contable, y que él pretendía ser lo primero.

Robert quería que Nathaniel despertase de sus sueños y fantasías para caminar por el aburrido y cansado mundo de los números y cifras, y de la gente que no tenía paciencia para las historias. Nadie se fijó en que Elizabeth cada vez estaba más desanimada por las restricciones a las que tenía que hacer frente como joven mujer. No podía ir a la universidad, ni trabajar de bibliotecaria, ni encontrar el amor si no era elegida antes, ni tomar sus propias decisiones sobre su destino. Se preguntó cómo sería dormir con un completo extraño en una habitación alquilada, y no tener ni una sola preocupación por las consecuencias, tanto si estas eran un embarazo indeseado, una reputación arruinada o una vida lejos de su familia y sociedad.

«Yo también tengo sueños», le había dicho a su hermano. «Pero bien podrían ser cenizas».

Nathaniel era más afortunado que ella, dado que a él se le permitía tener una educación y una carrera, así que a Elizabeth le molestaba que no fuese capaz de encontrar felicidad alguna en ello. Había vendido unos cientos de copias de su libro antes de que la imprenta cerrase, pero aquello no era suficiente para mantener a la familia. Así que su tío se reunió con él y le dijo que era hora de que dejara a un lado sus sueños. Los hermanos Manning estaban de acuerdo en ello: el pragmatismo lo era todo, y era la causa de su riqueza. Cuando Richard murió y dejó a nueve niños tras de sí, Robert continuó actuando como el padre de Nathaniel y, más aún, como un amigo de confianza al que Nathaniel acudía en muchas ocasiones.

—Llega un momento en que hay que apartar los sueños —le dijo Robert—. Trabajo porque es lo que debo hacer. Caminamos por esta tierra, a pesar de que podamos tropezarnos.

Elizabeth era el público perfecto para Nathaniel, ya que admiraba el trabajo de su hermano, pero no le daba miedo cuestionarlo con sus inteligentes opiniones editoriales. Era su crítica más severa, y también su mayor animadora. En una ocasión, Nathaniel afirmó que «lo único que temo es a la mofa de Elizabeth». Elizabeth contribuyó cuando Nathaniel fundó una revista, pero los artículos se publicaron bajo su nombre, dado que algo así no era apropiado para una mujer. En su opinión, su hermana era mucho más inteligente que él, y aquello le hacía sentirse incluso más desesperanzado.

«Nunca puedo dar con la palabra adecuada», se quejaba Nathaniel

a Elizabeth. Uno de sus problemas es que deshacía demasiado deprisa lo que había escrito, ya que le parecía que a las páginas les faltaba imaginativa. Elizabeth le decía que esos juicios habían arruinado a su familia en el pasado, y que no debía de juzgarse a sí mismo de forma tan dura.

—No son solo las palabras lo que te hará grande, sino tu empatía —le decía Elizabeth—. Sientes lo que sienten los demás, y ves lo que los demás quizás vean. Te pones en la piel de tus personajes, te conviertes en ellos, tanto si son hombres, mujeres, jóvenes, o viejos. Eso es mucho más que el talento; es un don.

Y, mientras escribía de forma frenética, Nathaniel se convertía en los personajes que imaginaba, y se transformaba por completo en aquellas personas imaginarias como si sus almas se hubiesen deslizado en su interior. Cuando dejaba la pluma, se sentía vacío durante horas, cabizbajo y melancólico, hasta que volvía a ser la persona que era siempre, como si su espíritu se hubiese quedado atrapado en el éter, un hombre que desaparecería si se descuidaba.

Cuando el amigo de Nathaniel, Franklin Pierce, iba a visitarlo, se marchaban al puerto, un área difícil donde llegaban los cargamentos de té y telas de China, y los marineros bebían ron jamaicano. Los dos jóvenes también bebían, pero Nathaniel siempre los frenaba antes de hacer nada temerario. Nada de saltar del muelle hasta el puerto helado, nada de fumar opio en la trastienda. Las mujeres normalmente eran las que trataban de seducirlo, incluso aquellas que querían que les pagaran, le ofrecían sus favores. Nathaniel no sabía cómo se comportaban los demás hombres, pero no podía negarse a sí mismo los placeres de la carne, y en muchas ocasiones, las mujeres le pedían incluso más. Una de ellas le dijo que era un ángel y un demonio, exactamente lo que una mujer quería por encima de todo.

Franklin y él frecuentaban mucho el bosque, donde mujeres de cierto carácter bailaban con poca ropa por un precio, y los hombres se sentaban allí y bebían hasta que tenían a una de aquellas mujeres entre sus brazos, o hasta que perdían el conocimiento. A Pierce se le conocía como Frank el Guapo, pero tenía un aspecto bastante corriente comparado con Nathaniel. Franklin era político, así que no veía nada inusual en el hecho de que la mayoría de hombres tuviesen dos caras. En casi todas sus salidas nocturnas había mujeres

implicadas, pero Nathaniel sobre todo escuchaba sus desgarradoras historias: los bebés que les habían obligado a dar en adopción, o los padres que no querían tener nada que ver con sus incontrolables hijas. Siempre volvían de sus excursiones casi por la mañana, y Nathaniel en ocasiones dormía en el jardín para que así sus hermanas y su madre no lo escuchasen llegar y no pudieran interrogarle. Dejaba que Franklin durmiese en el cobertizo del jardín, y él se acurrucaba junto a las rosas que empezaban a florecer de forma extraña; al principio eran blancas y, de repente, se convertían en rojas.

Franklin fue elegido para la legislatura de New Hampshire a los veinticuatro años, se convirtió pronto en el presidente de la casa, y tenía planes para presentarse a las elecciones del senado de los EE.UU. Quería llevarse a su amigo con él, y no dejaba de sugerir la política como carrera, pero Nathaniel tan solo se reía. Era demasiado reservado y melancólico para eso.

—¿Hablar ante el público? No lo creo. Es mejor que yo me quede en una habitación.

—No te ves a ti mismo —le dijo Franklin—. Es exactamente lo opuesto, atraes a la gente. Tanto a hombres como a mujeres.

—Las mujeres no me conocen, tan solo es una pasión pasajera —dijo Nathaniel mientras estaban tirados sobre la hierba, refugiados bajo las oscuras sombras de la mañana, y sabiendo que apenas conseguirían dormir una o dos horas.

—No hay nada de malo en ello, pero no, es mucho más que eso. —Pierce contempló a su amigo, que tenía un gran corazón, pero era un ingenuo ante los aspectos más turbios de la vida—. Podrías ser un político maravilloso si abandonases tus historias.

Robert, el tío de Nathaniel, se había casado recientemente en un momento tardío de su vida, y Nathaniel se había perdido la boda. Mandó una carta para decirle lo mucho que lo sentía, y no fue suficientemente valiente para mencionar que, simplemente, había estado demasiado ocupado escribiendo como para asistir a la boda. No había forma alguna de poder explicar que tú no escogías ser escritor: las palabras te escogían a ti.

Las aventuras de esa noche ya se estaban convirtiendo en una historia en su mente: el viaje de un joven en el bosque, y la pérdida de su inocencia. Comenzó a escribir aquella noche, no sobre el papel,

sino en su mente. Y, cuando por fin se sentó ante su escritorio con la pluma en mano, la historia se derramó de su interior. Ambientada en el Salem de sus antepasados, dado que sus vidas malditas se podían encontrar en el origen de muchas de sus historias. Cuando lo llamaron para cenar y Elizabeth le preguntó por qué tenía los zapatos llenos de barro y ramas en el pelo, y por qué demonios Franklin Pierce, que pronto sería senador, se había pasado el día entero durmiendo en el cobertizo del jardín entre los plantones y las bolsas de arpillera de tierra, Nathaniel no le mintió cuando le dijo que, realmente, no tenía ni la menor idea.



Sus historias y ensayos aparecían en una revista tras otra, y a principios de la primavera de 1837, cuando tenía treinta y dos años, se publicó el segundo libro de Nathaniel. Era una colección de historias llamada *Cuentos contados dos veces*, y se publicó con muy buenas reseñas, entre ellas una de su antiguo compañero de clase Longfellow, quien en ese momento era bastante famoso, y dijo del libro que era la obra de un genio. «Vive para siempre, precioso y dulce libro». También estaban aquellos que decían que el libro era «increíble», y nombraban a Hawthorne como un genio americano. Incluso Edgar Allan Poe, que rara vez elogiaba a alguien que no fuera a sí mismo, escribió: «El señor Hawthorne es original en todos los sentidos». Aquel momento fue cuando Nathaniel incluyó la *w* al apellido familiar de Hathorne para publicar, deseando distanciarse de su historia familiar y de cualquier posible efecto que pudiera tener la maldición que les habían lanzado durante los juicios de brujería. Aun así, el libro vendió no más de seiscientas copias, y la editorial acabó cerrando después de que pocos hubiesen leído el libro. Para Hawthorne, era otro fracaso. Sus escritos lo atormentaban y, en ocasiones, se imaginaba a sí mismo convirtiéndose en pescador en el lago Sebago, dado que cuando era niño, desaparecer en el bosque era un verdadero placer.

El invierno antes de que se publicara su colección de historias fue uno especialmente lóbrego. Nathaniel apenas salía de su habitación, y escribía como si el mero acto pudiese borrar los fallos del pasado.

Sobre él se instaló una gran melancolía que apenas le impedía ver la luz del día. Pero, al fin, la primavera llegó y terminó con su enrevesado tiempo de soledad, pero no de la forma en que él había esperado. En mayo, cuando las lilas del jardín hubieron florecido en una masa de color morado oscuro, la vida de Nathaniel dio un giro, tal y como ocurrió el día en que tenía nueve años y su futuro de desmanteló por completo. Solo que para entonces, ya había llegado a pensar que su vida estaba al otro lado del cristal; estaba justo allí, esperándolo, y lo único que tenía que hacer era atravesar la puerta.

Una noche, Nathaniel soñó con su muerte, y que un carruaje oscuro tirado por un solo caballo negro lo llevaba hasta su tumba. El sueño fue tan real que sintió como si el corazón se le hubiese parado. Había estado dentro del ataúd, rodeado de oscuridad. Y, a pesar de que no tenía voz, había hecho lo posible por gritar. Cuando se despertó de repente, apenas pudo evitar los alaridos que profirió contra la nada. Respiraba agitado, y de repente lo superó la convicción de que sería mejor que empezase a vivir, ya que la existencia en la tierra era terriblemente limitada, y pasaría en un abrir y cerrar de ojos. Aún no había vivido su vida; se había limitado a existir.

Los gritos de Nathaniel despertaron a su hermana, quien pensó que quizás su hermano estaba enfermo, y llamó con fuerza a la puerta. Era muy temprano, ni siquiera habían dado las cinco, y el cielo no tenía ni una sola estrella. Nathaniel iba a ir a pescar con su tío a New Hampshire, donde tratarían de dar con las truchas, pero no podía ni pensar en algo tan banal en ese momento. En aquella oscura mañana, se sentía como si él mismo fuese un pez atrapado en la red de su extraña imaginación. Trató por todos los medios de apartar aquel sueño, y por fin consiguió salir de la cama. Se dio cuenta entonces de que se había dormido con la ropa puesta.

—Estoy bien —murmuró—. Déjame estar.

Nathaniel trastabilló escaleras abajo y agarró su abrigo negro para salir a la oscura mañana, como hacía en muchas ocasiones. Allí estaban los arbustos de lilas en cada jardín junto al que caminaba; todo Salem parecía estar florecido. Cuando la ciudad terminó, se encaminó al bosque y se encontró entre los abundantes árboles y los muchos helechos. Nathaniel se sentía vivo de forma intensa, y sentía

el latir del corazón en la cabeza. Escribía sobre misterios donde podían ocurrir cosas milagrosas, ya fueran redenciones o la perdición, y en ese momento se sintió como si se hubiera adentrado en uno de sus propios cuentos.

El aire de la mañana era húmedo, y los cantos de los pájaros lo llenaban todo a medida que los gorriones y vencejos se despertaban entre los matorrales. Con los primeros rayos de la pálida luz del día, el aire era escaso y dulce, y quizás por ello se sintió tan desorientado mientras se encaminaba por un conocido sendero. Sentía como si el mundo en sí mismo se hubiese alterado, como si él no fuese más que un sonámbulo atrapado en un sueño. Había caminado en sueños con anterioridad, en especial en Maine mientras acampaba con su tío. En una ocasión, estaba de pie junto a la orilla de un oscuro lago cuando escuchó la llamada de Robert.

—No des un paso más —le había ordenado su tío, y aquellas palabras lo despertaron.

Nathaniel podría haberse ahogado como la sirena que se decía que se aparecía en aquel lago si su tío no lo hubiera agarrado de la camisa y tirado de él para alejarlo del barro superficial.

—¿Acaso no ves dónde estás, chico? —le dijo Robert mientras lo zarandeaba—. Tienes que saber la diferencia entre el mundo de los sueños y el mundo que nos pertenece.

Aquel día, sin embargo, nadie lo llamaba por su nombre ni le decía que parase; nadie lo agarró de la camisa para frenarlo, así que siguió caminando. Sentía un hormigueo en los dedos, como le pasaba en ocasiones antes de sentarse ante su escritorio para escribir. Para ver el estado en el que se encontraba, arrancó una hoja de un roble. La savia le dejó los dedos pegajosos y verdes, y cuando dejó escapar la hoja, esta cayó flotando al suelo; era real como cualquier otra. Aquello no era un sueño, de eso estaba seguro, y él no caminaba sonámbulo.

El aire estaba lleno de mosquitos que Nathaniel trataba de apartar, y aquellos eran demasiado reales para su gusto e increíblemente molestos cuando lo rodearon en una nube. Sus historias a menudo ocurrían en un mundo en el cual era imposible distinguir los sueños de la realidad, y ahora parecía como si uno de sus escritos hubiese cobrado vida. Como si él hubiese entrado en un lugar en que cualquier cosa pudiera pasar, y las leyes de la naturaleza no importasen.

Allí de pie, de brazos cruzados, vio una extraña escena frente a él. Había una mujer pelirroja dormida sobre la hierba. No había sonido alguno excepto el graznido de los cuervos sobre los pinos, ninguna sombra excepto la de las nubes que flotaban por el brillante cielo. Nathaniel se pasó la mano por la frente y entrecerró los ojos para verla con más claridad. La luz se filtraba entre las ramas de los árboles, y el aire era tan denso que casi estaba mareado. Un anhelo para el que no tenía explicación lo atraía hacia aquella mujer. Era una aparición, pero no parecía estar soñando. Para asegurarse de que estaba en el mundo real, se clavó las uñas sobre la piel, y ciertamente sintió el dolor. Estaba vivo, despierto, y bajo la sombra de un pino retorcido con el corazón martilleándole en el pecho.

La mujer llevaba un vestido negro y botas rojas, y tenía un libro en las manos. Nathaniel no pudo evitar preguntarse si quizás él la había inventado, como uno de sus personajes. Quizás no era más que palabras y una emoción pura. Quizás se desvanecería en un río de tinta y papel, y él tendría que recoger las palabras que la habían formado entre los tallos de hierba. Pero entonces abrió los ojos y Nathaniel lo supo. Aquella mujer era real.

CAPÍTULO CINCO

Somos invisibles

Mia vio al apuesto hombre bajo un pino, con su pelo negro poblado y demasiado largo, casi por los hombros, y su rostro sin afeitar. Sintió una atracción instantánea, como si lo hubiese conocido toda su vida. El hombre entrecerró los ojos con desconfianza y sospecha, como si fuese una niña cambiada enviada para herirlo. Vestía con un abrigo negro y los primeros botones de la camisa blanca desabrochados, ya que, conforme el sol se alzaba en el cielo, se auguraba un muy buen día. Mayo era la época más bonita en Salem, Massachusetts, especialmente tras un duro invierno de semanas eternas de nieve y ventisca, así como el duro viento del norte que provenía del mar. Pero en ese momento el mundo entero se teñía de verde de nuevo. Los lirios de trucha y anémonas florecían en el bosque, y en las praderas la hierba llegaba a la altura de la cintura. Allí, en aquel campo de dulce aroma, con las abejas a su alrededor, Mia supo con certeza que había hecho lo que había deseado hacer desde que tenía quince años: encontrar al autor de su libro favorito.

—¿Está usted perdida? —le preguntó Nathaniel.

Al fin escuchó su voz, una que sentía que ya conocía a la perfección.

El propio Nathaniel se había sentido perdido aquella mañana, a pesar de que caminaba por allí con frecuencia. Solía pasear al amanecer y al atardecer para tener menos posibilidades de encontrarse a alguien. No le gustaba hablar de nimiedades, ya que normalmente se encontraba atrapado en un mundo ficticio y no quería interrupciones. Nathaniel pensaba que conocía todos los caminos que atravesaban el campo y el bosque, había pensado que aquel día estaría a solas, a excepción de algún gorrión o cuervo que pasara junto a él o, en ocasiones y si andaba lo suficientemente en silencio, algún ciervo. Pero ese día el paisaje parecía estar cubierto por una capa de magia, ya que todo parecía diferente, como si el mismísimo mundo le hubiese

permitido ver lo que hasta entonces no había visto. Estaba allí, en ningún otro lado, no se encontraba enfrascado en alguna historia que estuviese trazando, ni pensaba en algún artículo que tuviese que escribir para algún periódico, ni tramando una novela. Estaba en aquel bosque y escuchaba bien a las abejas.

La mujer lo miró fijamente y con los ojos muy abiertos, y se preguntó si, quizás, era incapaz de hablar. Aun así, lo había mirado a los ojos y no parecía asustada. ¿Acaso era una de las criaturas sobre las que escribía, que había cobrado vida? O quizás era un espíritu condenado a caminar para siempre, o una mujer a la que su marido había abandonado, o una que había asistido a un festival de brujas, una criatura mitológica que vagaba por la tierra. En sus escritos, en ocasiones las mujeres eran los personajes principales, independientes y con mente propia. Muchas veces, eran más fieles a sus emociones y al mundo natural que los hombres que había alrededor de ellas.

Nathaniel se fijó en que la mujer tenía un libro en las manos. Lo sostenía como si fuese un tesoro, lo cual Nathaniel pensaba que siempre era cierto en lo que a un libro respectaba. Las riquezas desaparecen, pero las palabras permanecen.

—¿Qué tiene ahí? —le preguntó, ya que siempre estaba interesado en saber lo que alguien estaba leyendo. En su opinión, podía conocerse el alma de una persona al saber qué libros les importaban más.

—Es mi copia —le dijo Mia, a la defensiva, como si el hombre la hubiera acusado de robarla. Parecía de ensueño y también nerviosa, como si acabara de despertarse de un sueño profundo y ahora estuviese allí, en aquel paraje e indefensa.

Nathaniel no quería desafiar a aquella mujer de ninguna manera.

—No pretendía discutir con usted —le aseguró.

Hasta donde él sabía, quizás la mujer estaba allí para maldecirlo tal y como habían maldecido a sus ancestros. Quizás la familia de la mujer compartía alguna historia con la suya, con alguna bruja en su linaje, y tenía la intención de hacerle pagar por los pecados de su tatarabuelo. ¿Había estado esperando allí quizás hasta que él apareciese, para así poder lanzarle su magia negra? ¿O era simplemente el destino el que lo había guiado hasta aquel lugar? Nathaniel en ocasiones buscaba los lugares de descanso de las brujas

durante sus caminatas, con el deseo de reparar algo del daño que su familia había causado con una oración, o dejando flores salvajes sobre los lugares que parecían tumbas sin marcar. Se preguntó con quién se habría topado, dado que aquella mujer llevaba puestas unas botas rojas, y el folclore dictaba que los zapatos rojos eran una marca de aquellos que practicaban la brujería.

—¿Es alguna historia que pueda conocer? —le preguntó. Él siempre estaba más cómodo cuando hablaba sobre libros, porque creía que la literatura albergaba más que la vida, la cual le parecía un oscuro túnel del cual no había escapatoria.

—Lo escribiste tú —Mia alzó el libro, que tenía la cubierta marrón y las letras doradas.

Nathaniel se rio.

—No lo creo —le dijo—. Si es bueno, no lo creo.

—Suficientemente bueno como para cambiarme la vida.

—Entonces ciertamente debe de haberse confundido —dijo Nathaniel.

Aquel día en que se encontraba frente a Mia, Hawthorne tenía unos treinta años, y ya se consideraba a sí mismo un fracasado de la literatura, y no tenía absolutamente ni idea de en qué se convertiría. Ahora que lo tenía enfrente, Mia se preguntó si quizás era un error decirle algo sobre su futuro. Si se enteraba de cómo sería su trabajo, quizás lo cambiaría para siempre. Mia guardó silencio y se permitió observarlo. Nathaniel era alto y desgarbado, tenía unos ojos que parecían cambiar de gris a violeta, y era el tipo de hombre que no tenía ni idea de lo atractivo que era o de cómo su físico podía afectar a una mujer.

Era un momento extraño, dado que Nathaniel no sabía nada sobre Mia, y ella lo conocía tan bien que podría haber recitado toda su vida si se lo hubiesen pedido. Sabía cómo les afectó su historia familiar a sus hermanas, que jamás se casaron ni tuvieron hijos, o que su madre apenas salía de su habitación, y que Nathaniel había permanecido prácticamente encerrado durante casi una década hasta aquel mismísimo momento. Escribía como un hombre febril en lo que él llamaba su nido de lechuza. También sabía que Melville llegaría idolatrarlo, quizás incluso a enamorarse de él, llegando a dedicar *Moby Dick* a Nathaniel con gran emoción: «Como muestra de mi

admiración por su genio». Sabía con quién se casaría Nathaniel, los nombres y fechas de nacimiento de sus hijos, así como sabía que el dieciséis de marzo, el día de su cumpleaños, sería la fecha de publicación de *La letra escarlata*, solo que en el año 1850. Lo peor de todo era que sabía la fecha de su muerte. Y, ahora que se encontraba frente a él, también sabía que no debía estar allí. Había ya algo entre ellos; él la miraba como si fuese una estrella que había caído en picado a la tierra para iluminar el bosque por el que pasaba. Por un lugar conocido poco más que por sus gorriones y flores silvestres, no para encuentros como aquel, el tipo de encuentro que había hecho que olvidara por completo sus planes de sentarse frente a su escritorio durante todo el día, entre el desorden y la oscuridad de la casa a la que llamaba El castillo funesto.

Mia había leído casi todas sus novelas en el jardín de Old Manse, en Concord, durante los días de verano, y en una ocasión se había atrevido a colarse en la casa tras el cierre. Se sintió tan a gusto allí, que se echó una siesta sobre el diván verde de terciopelo, que se encontraba en lo que había sido la oficina de Hawthorne. Ahora se sentía desequilibrada en su presencia, abrumada por todo lo que era y todo lo que sería algún día, y lo que significaría para su propia vida. Su historia de redención, del amor infinito de una madre por su hija, había hecho que Mia reconsiderara sus planes y la había despertado de su pesadilla.

Pero ahora el tiempo se había contorsionado y Mia había sido arrastrada hacia atrás, como si hubiese entrado en una tormenta. Parecía tan sorprendida que, durante un momento, Nathaniel creyó que iba a darse media vuelta y huir. Pero entonces se percató de que ella tenía tanta curiosidad como él, dado que permaneció bajo la sombra de los altos árboles con los ojos tan oscuros que casi parecían negros. Parecía estar mirando fijamente su mismísima alma, y Nathaniel no podía apartar la mirada.

—¿Quiere que la acompañe a casa? —le preguntó. Deseaba no volver a su propio hogar jamás, dado que se sentía totalmente intrigado por aquella extraña.

—No puedes —respondió rápidamente Mia. No tenía hogar, así que quizás el bosque tendría que valerle. Aquella respuesta pilló desprevenido a Nathaniel, así que ella siguió hablando—. Es

imposible.

—¿Cómo es que acaba de llegar aquí? —le preguntó Nathaniel con una sonrisa para tratar de calmarla—. ¿Ha llegado por arte de magia?

—No estoy segura, es posible.

Nathaniel se rio, pero entonces notó que lo decía en serio.

—¿Está usted diciendo que estamos hechizados?

—¿Acaso eso sería algo terrible? —le preguntó Mia.

Era cierto que la magia estaba presente en casi todo lo que Nathaniel escribía: fantasmas, espectros, pecados y sacrificios. Jamás le habían asustado. Siempre se había considerado a sí mismo un defensor de las mujeres que habían sido difamadas, especialmente aquellas a las que llamaban brujas. Así que, ¿por qué iba a temer a una que quizás era real, con la magia a su entera disposición? Aun así, sintió algo extraño, algo que no era exactamente miedo, sino anhelo. Algo que sentía cuando quería algo que no esperaba poder tener, tal y como se había sentido cuando era un niño y había mirado a través de la ventana, y todo el mundo parecía estar a su alcance.

—Nathaniel, desearía poder decirte algo más —dijo Mia—, pero no estoy segura de que sea lo apropiado.

—¿Acaso que me conoce? —le preguntó de forma honesta, dado que, claramente, conocía su nombre y le hablaba de tú a tú, lo cual era extraño. Ciertamente, de haberse conocido antes, él la recordaría.

La expresión de Mia era seria.

—Vengo de otro tiempo solo para conocerte.

—Ah, ¿sí? —dijo Nathaniel de forma precavida mientras se preguntaba si quizás no sería mejor despedirse de ella y marcharse.

Quizás su tío había estado en lo cierto cuando le había dicho a Nathaniel que se buscara un trabajo apropiado, se uniera al negocio familiar y se olvidara de toda esa tontería de vivir dentro de su imaginación. «El mundo te espera», le había dicho Robert. «Y, aun así, te pasas el día encerrado».

¿Era posible que todos esos años que había malgastado soñando y escribiendo lo hubieran vuelto loco? Quizás ya no podía controlar su mente, así que veía y escuchaba cosas imposibles de ver. Si no tenía cuidado, quizás acabaría como una de esas criaturas patéticas en el muelle, marineros que se habían vuelto locos tras una vida dura, borracheras y juergas, y no podían hacer otra cosa que no fuera

deambular por las calles mientras decían sandeces y mendigaban unas monedas. Aquella gente no sabía distinguir lo que era real y lo que eran simples fantasías. Nathaniel siempre había sufrido por aquellos hombres, aunque también consideraba que no era para nada como ellos; se consideraba un hombre racional cuyo mundo se abría cuando comenzaba a escribir. Ahora, se preguntaba si aquellos mundos quizás no estaban tan separados y si había acabado en una de sus ensoñaciones.

La mujer aún sostenía aquel libro como si fuese un tesoro que hubiera desenterrado, lo cual la hacía incluso más interesante para Nathaniel y hacía que fuese menos probable que se diese media vuelta y la dejara allí sin saber más. En su opinión, la mejor clase de mujer era aquella a la que le gustaban los libros. Tenía fe en el punto de vista sobre el mundo de las mujeres, y en su habilidad por sentir compasión cuando los hombres, en muchas ocasiones, solo parecían ser conscientes de sus propias necesidades. Realmente deseaba que, durante el siguiente milenio, el gobierno estuviese únicamente en las manos de mujeres, dado que los hombres arruinaban el mundo, y aquello incluía a sus ancestros. Hombres que se habían alzado con el poder y habían luchado por mantenerlo, sin importarles a quien hacían daño o destruían. Nathaniel deseaba ser un tipo de hombre diferente, si es que aquello era posible, si es que no estaba ya predestinado el tipo de persona que llegaría a ser. Tenía un gran corazón malherido, y su hermana Elizabeth siempre decía que era demasiado sensible. Pero él se preguntaba, ¿acaso se podía ser demasiado sensible?

A pesar del libro que la mujer sostenía, y de su más que obvia inteligencia, Nathaniel no sabía nada de ella. Normalmente, hablar con extraños le incomodaba, pero ese día no se sentía así en absoluto. Cuando comenzaron a caminar juntos, se sentía como si alguien hubiese lanzado un hechizo sobre ellos, como si flotara. La mujer le contó cosas sin sentido sobre sí misma, como las universidades a las que había ido, a pesar de que él sabía que era imposible que una mujer entrase en una universidad ni diese clases en ella. Disfrutaba hablando con sus hermanas, en especial con la brillante y combativa Elizabeth, pero hablar con Mia era como conversar con otro hombre que sabía tanto del mundo como él mismo, o quizás más, pero que,

aun así, poseía la sensibilidad y la habilidad de hacer uso de sus emociones tal y como una mujer. Le contó que era bibliotecaria en la mejor librería pública del mundo, y aquello lo sorprendió y se rio, ya que pensó que bromeaba. Solo conocía una biblioteca pública, la de New Hampshire, y el resto eran privadas y había que pagar una cuota. En lo que respectaba a las mujeres bibliotecarias, simplemente no existían.

—Existen de donde vengo —le dijo Mia.

—Y, ¿de dónde vienes?

Nathaniel se fijó en que a aquella mujer no parecía importarle las apariencias. Ignoraba los erizos que se le pegaban a la falda, así como el camino embarrado por el que paseaban. No se había molestado en recogerse el pelo, ni llevaba sombrero, cosa que sus hermanas siempre se aseguraban de llevar para protegerse del sol. No era como ninguna mujer que hubiese conocido hasta entonces, nada que ver con las delicadas señoritas de Beacon Hill que siempre veía cuando viajaba a la ciudad, o las mujeres de campo que había conocido en Maine, o las prostitutas de las tabernas que había en el abarrotado muelle. Él mismo había acudido a algunas de ellas en busca de consuelo, aunque más tarde lo acosaba el arrepentimiento de haberlas usado para su propio placer.

—Nueva York —le dijo Mia—. Vivo allí.

—Ah, Nueva York. —Nathaniel había estado allí con sus tíos y sus hermanas, y le había impresionado la intensidad de la ciudad. Si algo podía suceder allí, ciertamente lo haría, y quizás eso incluía a mujeres bibliotecarias—. Tendré que buscar tu biblioteca la próxima vez que vaya.

—No puedes. Se construyó en 1911 —se le escapó a Mia.

—Eso es casi dentro de ochenta años —dijo Nathaniel.

Mia se tapó los ojos con la mano y después alzó la mirada para ver cuál era su reacción.

—¿Cómo es posible que sepas lo que ocurrirá?

El interés tenía a Nathaniel atrapado como en una red de pesca. Probablemente no podría apartar la mirada de ella ni aunque lo intentara. Aquel tipo de magia sucedía en los libros, y ciertamente en sus propias historias, pero no en la vida real. Estaba hechizado, y en ese momento lo supo con certeza. Veía detalles en los que

normalmente no se habría fijado, como si pudiese verlo todo con más nitidez. Veía las pecas que tenía sobre la nariz y mejillas, las pestañas de un color marrón oscuro, su largo cuello, las perlas que llevaba, que brillaban de color azul bajo el sol.

—Durante mi tiempo, las ciudades están iluminadas, y puedes cruzar el mundo en cuestión de horas volando por el cielo.

—¿Cómo un gorrión? —A Nathaniel debería de haberle desagradado tales tonterías, pero, sin embargo, estaba intrigado. ¿Y si el tiempo era como el agua, y pudieras moverte a través de él a voluntad propia?

—No, para nada como un gorrión —le dijo Mia con una sonrisa.

—Entonces, ¿no tienes alas?

—Tengo las mismas que tú.

Dejaron de caminar. El sol caía a plomo, lo cual probablemente era la razón por la que a Mia le latía el corazón con fuerza. Ella también se encontraba hechizada bajo un embrujo de su propia creación, pero que ahora parecía fuera de su control. No estaba segura de lo que ocurriría a continuación, y no estaba segura de lo que decir, ni si debería de seguir ajustándose a la verdad. Pero, ¿qué les haría la verdad? ¿Cómo cambiaría lo que debía ocurrir? Pensó en las clases de ciencia en la escuela, y en lo que había leído sobre la teoría del caos, la noción de que el batir de alas de una sola mariposa puede afectar de gran forma al otro lado del mundo y cambiar las cosas que debían ocurrir. Un paso, una pizca de verdad, y puede que todo se alterase. Allí, bajo la intensa luz del sol, Mia se preguntó si ella era esa mariposa, y si, con una sola mirada, podría arruinarle la vida.

—No eres un ángel, ¿no? —le preguntó Nathaniel mientras la observaba.

Sabía que su pregunta era solo medio en broma, dado que tenía una expresión seria, y se preguntaba realmente si quizás aquello era cierto. En ocasiones, Nathaniel había pensado que necesitaba que alguien lo rescatase. Si nadie lo salvaba, a veces pensaba que quizás se encerraría en su nido de lechuza y no saldría jamás. Temía que, en una oscura noche de su alma, quizás saldría a sentarse en el tejado, y esa oscuridad que lo rodeaba lo llamaría de una forma en que no lo hacía durante el día. Se preguntaba si, aquella noche que había caminado sonámbulo y su tío lo había despertado, quizás algo en su

interior había deseado zambullirse en las frías aguas, como si la oscuridad lo llamase. Solo cuando estaba sentado ante su escritorio y escribiendo, conseguía escapar de su maldición personal.

—¿Y qué si fuera un ángel? —le preguntó Mia.

Le empezaba a preocupar lo poco que había pensado en qué significaría que ella estuviese allí, y cómo su presencia podría afectarle a él y, como consecuencia, a sí misma. Ella también pensaba en el lugar oscuro, en las profundas aguas del río Last Look, en las brillantes y mojadas piedras en sus bolsillos. En su imaginación, no había otra forma de escapar de la Comunidad, pero, al final, resultó que lo único que tenía que hacer era abrir la puerta del establo y correr tan rápido como podía.

—Si lo fueras, me consideraría el hombre más afortunado del mundo ante tu presencia —le dijo Nathaniel—. Pero pensaría lo mismo tanto si fueses un ángel o una mujer.

Habían llegado a un estanque verde. Ambos estaban acalorados, y al mirarse el uno al otro, llegaron a un acuerdo tácito.

—¿Sabes nadar? —le preguntó Nathaniel, dado que sabía que muchas señoritas no podían.

—Por supuesto.

Mia se arrodilló para quitarse las botas, y las dejó junto a su libro sobre la hierba alta. Los mirlos caían en picado desde el cielo por encima de sus cabezas. Mia avanzó por el suelo pantanoso, sin importarle el fango. A medio camino, lo miró por encima del hombro.

—¿Y tú?

Nathaniel se quitó las botas y la camisa y la siguió, desnudo de cintura para arriba. Mia ya se encontraba en el agua superficial y llena de juncos. Era un día precioso, no podría ser mejor, y se negaba a pensar en cómo su presencia podría arruinarles las vidas a ambos. No quería pensar en que ella era la mariposa y que allí crearía el caos, sino que quería creer que había llegado justo al lugar donde siempre había querido estar. Alzó la mirada para contar los mirlos que había por el cielo. Quince. La edad que tenía cuando había leído su libro.

—¿No se te estropeará el vestido? —escuchó que Nathaniel le preguntaba.

Estaba de pie sobre el barro, y la observó vadear hasta aguas más profundas.

El agua estaba helada, pero no quería ni pensar en volver a la orilla.

—No me importa.

Mia se abrió paso entre los juncos, hasta que el agua fue lo suficientemente profunda como para zambullirse. Era divino, aunque el frío era impactante. Meter la cabeza la despertó por completo, e hizo que se sintiera mucho más viva. Las libélulas sobrevolaban la superficie del agua; el aire estaba lleno de ellas y hacían que el cielo se viera de un azul luminoso. Mia se giró hacia la orilla y vio que Nathaniel la miraba. Ella parecía un nixe, una criatura mitológica rodeada de flores acuáticas.

—¿Te asusta ahogarte? —le dijo Mia alzando la voz.

De hecho, así era. En Maine, Nathaniel había escuchado multitud de historias de gente que se había ahogado y había escrito historias sobre algunos de ellos. Él mismo había estado a punto de ahogarse el día en que caminó sonámbulo. Pero ahora, sin embargo, a pesar de su gran miedo, avanzó por las verdes aguas y nadó hacia ella. Mia se rio y aplaudió su valentía, dado que era una estación demasiado temprana como para que mucha gente se atreviese a nadar. Los nenúfares aún no habían florecido.

—Prométeme que no nos ahogaremos —le dijo Nathaniel, que apenas podía respirar del frío.

—No nos ahogaremos —le juró Mia.

Se rio al pensar en lo que podría haberse perdido de haber seguido adelante con su plan de las rocas negras en los bolsillos. Si no se hubiese leído el libro que había caído sobre la hierba. Si tan solo podía pasar unas horas allí, habría merecido la pena; sería un sueño que permanecería con ella una vida entera.

Flotaron junto a los juncos, y el vestido de Mia se extendió a su alrededor como si fuese un lirio negro. Cuando se alejó demasiado flotando, Nathaniel la agarró del brazo. Mia sintió que el calor de aquel contacto la atravesaba hasta llegarle al pecho.

—Flotabas a la deriva —le dijo, preocupado. Hacía frío, un frío gélido, y, sin embargo, él solo sentía calor.

Nathaniel le puso la mano en la cintura, a pesar de que Mia no necesitaba ningún rescate.

—Ya te lo he dicho, sé nadar —le dijo Mia.

—¿Qué más puedes hacer? —le preguntó Nathaniel, perplejo ante cada una de sus palabras y acciones. Decir que venía de otro tiempo, que sabía cosas que los demás no sabían… Aquello ciertamente era una locura, pero, sin embargo, Mia parecía totalmente cuerda.

—Puedo contarte que te convertirás en un gran escritor —le dijo Mia—. Y que tu libro lo significará todo para mí.

Mia pensó en cómo una persona podía salvar la vida de otra, o arruinársela sin ni siquiera pretenderlo. Ya le había contado demasiado, así que se alejó de él nadando, de vuelta a la orilla. Se puso las botas y recordó el día en que volvió a la biblioteca y encontró su libro. Había seleccionado el primer libro que encontró para que Sarah no sospechara de ella, ya que Mia siempre se llevaba al menos uno. Recordaba cuando había estado en la orilla con el montón de piedras negras. Había leído en algún lugar que todas las personas que trataban de quitarse la vida y sobrevivían, juraban que se habían arrepentido justo al saltar del puente, o al tragarse las pastillas, o al hundirse en el agua. Ella se había arrepentido incluso antes de intentarlo, y había sido gracias a él.

Nathaniel siguió a Mia a través del barro. Estaba helado hasta los huesos, pero también totalmente maravillado. Se sentía como si se hubiese caído dentro de uno de sus propios cuentos. Una mujer que llega al bosque y lo cambia todo; tiene secretos que no puede compartir, una historia que es el corazón del cuento.

—¿Te veré de nuevo? —preguntó Nathaniel cuando llegó junto a Mia, la cual trataba de escurrirse el agua de su pelo largo y rojo. Había un charco verde en el suelo, debajo de ella.

—Si es que puedes encontrarme —le dijo Mia.

Ahora que estaba allí de pie, calada, sabía que había abierto una puerta y que estaba a punto de entrar por ella.

—Lo haré si no huyes —le dijo Nathaniel.

—Hasta mañana, entonces —le dijo Mia.

Si fuese sensata, lo dejaría allí y volvería inmediatamente antes de cambiar el mundo sin pretenderlo. Pero, en su lugar, siguió por aquel camino. Sabía que era una locura; no tenía casa, ni comida, ni una muda de ropa, pero no tenía intención de marcharse. Deambuló hasta introducirse en el bosque, y pensó que quizás podría acampar de alguna manera bajo un árbol, pero entonces divisó un tejado bajo las

ramas de un roble. Pensó que podía ser un establo, así que Mia se acercó, pero descubrió que era una cabaña en ruinas. Retiró la capa de enredaderas que cubrían la puerta, y accedió al interior. Dentro olía a tierra mojada y claramente llevaba tiempo abandonada. Pero en el interior había una cama, un escritorio y una rueca. Alguien había vivido allí en algún momento, había querido aquel lugar, así que Mia le dio las gracias a los anteriores ocupantes, quien quiera que hubiesen sido.

Vio que en la parte de atrás de la diminuta casa había una cuna cubierta de zumaque que había crecido a través del suelo. Había algunas tazas, así como dos pequeños cuencos. Deseó que Ivy hubiese podido vivir en una cabaña como aquella, con enredaderas que cubrieran el techo, flores que crecían a través del sucio suelo, y con Dottie la oveja allí para poder hilar la lana en la gran rueca de madera. Ivy siempre había insistido en que no tenía otra opción, que Joel las encontraría allá donde fueran, pero, ¿y si ella jamás hubiese ido a la Comunidad? ¿Y si hubiera hecho una casa para ellas en el bosque, tal y como alguien claramente había hecho allí? ¿Y si hubieran sido invisibles, y hubiesen vivido separadas del resto del mundo?

Mia estaba agotada, así que se sentó sobre la pequeña cama de hierro. El colchón estaba relleno de paja, y aún olía a algo dulce. Se quedó dormida enseguida, y soñó que estaba en un manzanar con su madre. En el sueño, le agarraba el brazo a Ivy y hacía que corriese tan rápido como pudiera. Cuando la furgoneta se resbalaba por la colina, el único daño que causaba era tirar abajo uno de los manzanos antiguos y retorcidos, un esqueje del manzano que el mismísimo Johnny Appleseed había dejado allí en sus viajes a través de Blackwell.

La cabaña tenía algunos agujeros en el techo, así que cuando su sueño del manzanar la despertó en mitad de la noche, pudo ver a través de ellos las estrellas brillantes. Le llevó un instante recordar en qué momento estaba: antes de que *La letra escarlata* hubiese sido escrito, en un tiempo en el que Nathaniel era un hombre que pensaba que fracasaría en todo, y una noche en la que él ya estaba despierto en su abarrotada habitación de Herbert Street, Salem, aguardando el momento en el que la vería de nuevo.

Se encontraban cada mañana en el estanque. Nathaniel no se lo contó a nadie, pero el secreto de dónde iba cada día lo quemaba por dentro. Aquello hacía que le fuese imposible hablar con sus hermanas, ya que no era un mentiroso, y jamás lo había sido, y a aquellas alturas de la vida era poco probable que tuviese un cambio radical de personalidad. Una sola mentira le abrasaba la punta de la lengua, así que comenzó a evitar a su familia. Una vida secreta solo puede ser compartida por dos personas, especialmente cuando involucra el amor, dado que aquello es lo que parecía ser. No podía dejar de pensar en Mia. Daba igual si ella era un ángel, una bruja, o simplemente una mujer; ella era lo único en lo que podía pensar. Ignoraba su escritorio y dejó de escribir. Quizás por primera vez desde que era un niño, comenzó a sentirse vivo en el bosque de Maine, conectado a la naturaleza y a la vida secreta que también había tenido en aquel momento, y le atraía el mundo real. Había sido un vagabundo solitario, alguien más conectado con los árboles, las hojas y las estrellas que a ningún otro ser humano, un observador a través de la ventana, que se había convertido en un observador en el bosque.



Comenzó a sacar comida a escondidas de su cocina para llevársela a Mia. Y, a pesar de que trató de mantener aquello también en secreto, era tan buen ladrón como mentiroso. Al final, sus hermanas se percataron; desaparecían hogazas de pan, queso y sobras de las cenas.

—Quizás le da de comer a los pobres en el puerto —supuso Louisa.

—Quizás —dijo Elizabeth, pero ella tenía la convicción de que pasaba algo más.

Conocía a su hermano mejor que nadie, y entendía lo que significaba que hubiese dejado de escribir. La causa debía de ser un estado de ánimo bajo o una mujer.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó Elizabeth cuando volvió una tarde. Tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás, y barro en las botas. Se preguntó dónde había estado deambulando durante las horas que llevaba fuera. Se fijó en que tenía una sonrisa en los labios sin

razón aparente. El aire era húmedo y no estaba escribiendo, y normalmente aquellos dos factores lo habrían deprimido.

—Excelente —respondió Nathaniel, lo cual no era para nada normal en él. ¿Cómo puede un autor tener un buen día sin haber escrito una sola palabra? Y, ¿cómo es posible que un hombre que creía estar maldito ahora subiese las escaleras de dos en dos para poder sentarse en el tejado y observar las estrellas?



Cuando Mia llevó a Nathaniel a la cabaña, le sorprendió no haberla encontrado nunca por sí mismo.

—Creo que he escuchado a mis hermanas hablar de este lugar, pero nunca lo había visto con mis propios ojos. Tiene una historia de la cual nadie habla.

Mia le enseñó la cuna, así como las flores que crecían junto a la puerta: rosas rojas a punto de florecer. Conforme lo hizo, Nathaniel tomó nota de todo lo que necesitaba: mantas y algo de ropa, ya que siempre llevaba el mismo vestido negro. Se pasaban el día juntos, caminando por las colinas que rodeaban Salem. Nathaniel la llevó al muelle, desde donde observaron los barcos. Al final del día, nadaban en el estanque, solo que ninguno de los dos hablaba, como si el hechizo bajo el que se encontraban fuera demasiado fuerte para decir una sola palabra. Sobre sus cabezas pasaban estrellas fugaces, y Nathaniel tenía el pelo demasiado largo, así que Mia se lo apartó con una mano antes de inclinarse para besarlo. Él tardó en devolverle el beso, dado que no quería arruinarla de ninguna manera u ofenderla. Pero, cuando lo hizo, apenas podía parar. La acompañó a la cabaña, y cuando se fueron a la cama, no se marcharon. Se quedaron allí hasta la mañana siguiente. Nathaniel no quería marcharse jamás, pero fue a casa y regresó al rato con una cesta que contenía una colcha y dos vestidos de Louisa, así como una hogaza de pan y algo de queso.

—¿Eres una fugitiva? —le preguntó.

Nathaniel no se refería a fugitiva de la justicia, pero sí imaginó un marido o un padre que la hubiera maltratado, porque no tenía ninguna otra posesión más allá de aquel libro que sabía que guardaba bajo el colchón de la estrecha cama de hierro. El libro que había

asegurado que le había cambiado la vida.

—No exactamente —dijo Mia—. Aunque lo fui en una ocasión.

—Así que, ¿deseas seguir siendo un misterio? —Nathaniel sonrió.

Tenía la extraña sensación de que había vuelto a ser la persona que era antes de los nueve años, antes de que su lesión le hiciese sentirse separado del resto del mundo.

—¿Acaso no somos todos un misterio?

—¿Vas a responder a todas las preguntas con otra pregunta?

—¿Y tú? —le preguntó Mia, que quería distraerlo, dado que sabía que Nathaniel quería conocer su historia.

Al día siguiente, Nathaniel llegó con un ramo de lilas cortadas, y cuando le dio las flores a Mia, ella las introdujo en un tarro de cristal.

Nathaniel se fijó de nuevo en el libro que había bajo el colchón.

—¿Me dejarás leerlo algún día? —preguntó.

—No necesitas leerlo, lo escribirás tú.

Entonces lo besó. Cada beso era más de lo que él podía esperar. Jamás había conocido a ninguna mujer que se comportase de aquella manera. Pero, una vez más, la personalidad de Mia era muy diferente a la de cualquier otra mujer que hubiese conocido. No parecía tener ni idea de cuáles eran las reglas. O, al menos, no las de Salem, donde casi todo lo que producía felicidad era considerado pecado, como si sus antepasados puritanos estuviesen vigilándolos.

—Sé que no podemos hacer lo que nos plazca —le dijo a Mia, ya que sus deseos lo avergonzaban.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Mia.

Se levantó y se desabrochó el vestido prestado. Era de lana ligera, demasiado pesado para el tiempo que hacía, y de un intenso color rosa. Le había dicho que su hermana Louisa había comprado la tela en Boston.

—Mia —le dijo Nathaniel, que recordó a las mujeres de las tabernas, muchas de las cuales habían tenido hijos indeseados o se habían lastimado tratando de frenar el embarazo—. No podemos ser descuidados.

—Podemos ser lo que queramos ser —le aseguró Mia—. Podemos ser invisibles —le dijo.



Pero no lo eran, ya que, al quinto día, Elizabeth tomó el camino hacia el bosque. Había comenzado a desconfiar cuando empezó a desaparecer la comida de la despensa, y después cuando Louisa se quejó de que le había desaparecido algo de ropa, así como la expresión de placer y asombro en el rostro de su hermano cada vez que salía por las mañanas e ignoraba su trabajo, silbando una melodía como un pajarillo mientras recorría la calle.

Para poder seguir a su hermano sin que él se diese cuenta, Elizabeth se puso unos pantalones que sacó de la colada y una bufanda para cubrirse el pelo. Se aseguró de permanecer lo suficientemente lejos de Nathaniel para que no la viese. Tenía derecho a preocuparse por él; de niños, solo se habían tenido los unos a los otros, ya que su madre no había podido lidiar con el mundo real y las pérdidas que había sufrido. Así que Elizabeth actuó de madre para Louisa y Nathaniel. Era feroz, y no se dejaría engañar por tonterías ni actos que hiciesen que su querido hermano se metiese en problemas.

Lo supo en cuanto los vio en el estanque. No le sorprendió que una mujer fuese la razón del extraño comportamiento de Nathaniel. Su sentimental y emocional hermano se había enamorado tantas veces que Elizabeth había perdido la cuenta. Se tapó el sol con la mano mientras se agachaba tras unos arbustos de mora. La mujer no se reservaba nada; se abrazaba a Nathaniel como si estuviesen casados en todos los sentidos excepto a través de un documento oficial. Incluso una mujer sin esperanza alguna para el amor como ella, lo supo en cuanto lo vio. Elizabeth se giró y atravesó el terreno corriendo. Le faltaba el aire, y se dio cuenta de que sentía celos de Nathaniel, por haber encontrado una pasión como aquella; y de la mujer, por ser tan libre, como si pudiese hacer lo que le viniese en gana sin consecuencias.

Al día siguiente, su tío llamó a Nathaniel para hablar con él. Le pidió a su hermana de confianza que le ayudara a entregarle a alguien un mensaje. Nathaniel no podía estar en dos lugares a la vez, con su tío y, al mismo tiempo, con la mujer de la que se había enamorado.

—¿Enamorado? —le dijo Elizabeth, que negó con la cabeza—. ¿Estás seguro de que eso es lo que es?

—Lo entenderás en cuanto la conozcas —le juró Nathaniel—. Ve y dile que no podré ir hasta tarde. No quiero decepcionarla y confío en

ti —le recordó a su hermana—. No me falles.

Elizabeth fue con la intención de decirle mucho más de lo que su hermano le había pedido. Esperaba poder hacer que la mujer se marchase, para que así Nathaniel volviese al trabajo y no estuviese tentado de arruinar su vida. Las esperanzas de toda la familia descansaban sobre sus hombros. Y, si aquella carga era demasiado para él, entonces Elizabeth lo ayudaría a cargar con ella de la mejor manera.

Mia estaba en el estanque y llevaba puesto uno de los vestidos de Louisa. Tenía las botas embarradas y el pelo enredado, pero, aun así, era muy guapa. Se cubrió el sol de los ojos con la mano para ver bien a Elizabeth cuando esta se acercó. Algunas personas llamarían a Elizabeth sencilla, pero tenía un tipo de belleza propia, aunque trataba de ocultarla por todos los medios. Tenía unos ojos grises parecidos a los de Nathaniel y unos rasgos marcados. También era de naturaleza sospechosa, y su brillante y curiosa mente tan solo hacían que eso se acentuara. Las mujeres se acercaron la una a la otra con cuidado.

—Esto explica el estado de confusión de mi hermano —dijo Elizabeth.

—El amor es confuso —dijo Mia. Sabía lo suficiente sobre Elizabeth como para ser cauta y no decir mucho más—. O eso he escuchado decir a la gente.

—¿El amor? —Elizabeth dijo, casi escupiendo la palabra—. Se ha enamorado multitud de veces, para luego despertar y darse cuenta de su error. Si buscas a un hombre con dinero o propiedades, me temo que has escogido mal. No tiene nada.

—Ebe —dijo Mia—, no me juzgues tan injustamente. No me conoces.

—No me llames así. —Aquel apodo solo lo usaba la familia.

—Puede que no te conozca, pero sí que sé bien el afecto que siente tu hermano por ti. Habla a menudo de lo injusto que son los límites que tienes solo por ser mujer, y de lo mucho que desea que tuvieras los mismos derechos que tiene él.

—Puede desear lo que quiera, pero eso no ocurrirá —dijo Elizabeth de forma resentida.

Caminaron juntas hasta llegar a la cabaña.

—¿Vives aquí? —le preguntó Elizabeth, que se quedó atónita.

—Por ahora, sí. ¿Por qué? ¿Conoces el sitio?

—Es un sitio horrible, lleno de mala suerte. La gente dice que las rosas crecen aquí en diciembre, entre la nieve, como recuerdo de todo lo que jamás llegará a ser. No deberías quedarte aquí —la expresión de Elizabeth cambió y reflejó una gran emoción—. Deberías irte a casa si sabes lo que te conviene, Mia.

Elizabeth le contó la historia de una mujer llamada Lyddie, quien mucho tiempo atrás había vivido allí. No lo había hecho por elección propia, sino porque su familia la había expulsado. Había tenido un hijo, pero no tenía marido, así que juró que conseguiría vivir por su cuenta. Jamás dijo quién era el padre del niño, y jamás la ayudó con su carga. Elizabeth le había traído tarros de mermelada o té en un par de ocasiones. Nathaniel jamás había sabido de la existencia de Lyddie.

—Es mejor que ciertas cosas se queden entre mujeres —le dijo Elizabeth.

La última vez que Elizabeth había ido allí había sido tras una ventisca. Tenía una cesta llena de mantas y comida, pero nadie contestó cuando llamó a la puerta. Aquel invierno se acumuló más de dos metros de nieve en el suelo, y el aire era helado.

—Creo que lo supe antes de abrir la puerta —le contó Elizabeth.

Estaban sentadas en el exterior, en lo que quedaba del jardín que Lyddie había plantado. El romero y el perejil crecían silvestres. Aquel día de invierno, Elizabeth había encontrado a la mujer y al bebé muertos de frío. Había dejado una nota en la oficina del *sheriff*, y jamás había hablado de ello con nadie, ni siquiera con Louisa. Hasta ese momento.

—Si crees que puedes hacer lo que te venga en gana, ciertamente acabarás sufriendo —le dijo Elizabeth a Mia—. Lo que haces por amor, acabará persiguiéndote.

—La historia puede cambiar —le dijo Mia.

—No es una historia —dijo Elizabeth—. Es la vida real. ¿Pretendes casarte con mi hermano?

Mia sabía que Nathaniel Hawthorne debía casarse con Sophia Peabody, y que tendrían tres hijos: era la historia, el destino, y si Mia se atrevía a cambiarla, todo lo demás cambiaría, incluyendo el libro que le había salvado la vida.

—Solo voy a estar aquí un tiempo.

—Entonces después tendré que lidiar yo con las consecuencias si se desmorona, y te garantizo que lo hará. Es un hombre delicado.

—Lo supe en cuanto leí su novela.

—¿*Fanshawe*? —le preguntó Elizabeth, con una mirada de preocupación. Incluso su hermano sabía que aquello no era lo mejor de lo que era capaz. Fue entonces cuando Elizabeth se fijó en el libro que había bajo el colchón—. ¿Qué es eso? —le preguntó.

—Tan solo es un libro. —Mia se sintió como una tonta por no haber escondido el ejemplar en otro lugar. Mejor que nadie, ella debería de haber sabido cómo mantener un libro fuera de la vista de los demás.

Elizabeth reconoció algunas de las letras del lomo, así que agarró el libro antes de que Mia pudiera frenarla, y miró la cubierta marrón con las letras doradas.

—¿Nathaniel Hawthorne? —leyó Elizabeth, y se le quebró la voz.

Mia le quitó el libro de las manos.

—Es mío.

—¿Lo es? —Elizabeth entrecerró los ojos. No estaba segura de creerse ni una palabra de lo que Mia dijese—. Tiene el nombre de mi hermano, así que al parecer le pertenece a él.

Mia se sentó junto a la hermana de Nathaniel. No tenía más remedio que confiar en ella.

—Lo será cuando se publique, en 1850.

—No digas nada más —le dijo Elizabeth, perturbada—. Si me estoy volviendo loca, prefiero no saberlo. Una vez que una mujer entra en el manicomio, nunca jamás sale de allí. Antes preferiría tirarme por una ventana.

—No estás loca, Elizabeth. No soy de aquí.

—Entonces, ¿has estado en el 1850? ¿O simplemente sabes todo lo que ocurrirá? ¿Puedes decirme también mi futuro? —Elizabeth jamás había creído en la existencia de las brujas. Había asumido que eran figuras creadas por los hombres, sacadas de sus propios sueños retorcidos y de su temor ante el poder innato de una mujer.

—Lo único que puedo decirte es que Nathaniel escribirá grandes novelas, y esta es una de ellas.

—Hagas lo que hagas, no se lo enseñes a él —le advirtió Elizabeth —. Lo influenciará y cambiará cosas, las reescribirá y se las pensará de

nuevo. Sea lo que sea lo que es esto… —señaló el libro con la cabeza —, debería de ser lo que él quería que fuera.

Mia le juró que no le enseñaría el libro, pero ella misma no sabía si aquello sería cierto, ya que dentro estaba la inscripción que Nathaniel había escrito para ella: la inscripción que había visto cuando tenía quince años. Aún estaba allí, y agradeció que Elizabeth no abriera el libro para verlo.

—Al final lo encontrará si no te marchas —le advirtió Elizabeth—. Y si vienes de un lugar o momento diferente, ciertamente debes saber que tener una vida con mi hermano no es algo posible. Un pez y un gorrión no pueden vivir en el mismo mundo. Uno se ahogará en el agua, y el otro se asfixiará en el aire.

—Entonces, ¿vuelvo y lo pierdo?

—¿Acaso fue tuyo alguna vez?

Mia caminó con Elizabeth a través del bosque, y le sorprendió cuando la hermana de Nathaniel escogió otro camino, uno escondido entre los arbustos.

—Quiero enseñarte algo —le dijo—. Si no eres de aquí, debes entender por lo que pasamos en nuestro tiempo.

Estaba cerca, y los árboles se inclinaban amenazantes a cada lado. Se agacharon para pasar entre el follaje, y siguieron un camino donde la hierba estaba aplastada de la gente que había pasado antes que ellas. Había unos árboles gigantes y bajo su sombra, una colina. A su alrededor había plantas con tallos tupidos que pronto echarían flores de color amarillo.

—Mi hermano no conoce este lugar. Ninguno de los hombres del pueblo lo conocen, pero todas las mujeres saben de su existencia. Algunas la llaman la Colina de la Muerte, otras la Loma de la Salvación. Aquí es donde las mujeres vienen a enterrar a sus bebés, a los que no pueden tener por una u otra razón, tanto los que no se han despertado aún, como los que sí lo han hecho. La hierba que ves alrededor es ruda. Es peligrosa, pero para la mayoría de ellas merece la pena el riesgo, ya que causa contracciones y el aborto. Las mujeres que menos esperarías vienen aquí, a esta colina, algunas demasiado jóvenes y sin casar, otras tomadas a la fuerza, las que han cometido un solo error del cual jamás hablan de nuevo.

—¿Has tenido que venir tú aquí? —le preguntó Mia.

—¿Te lo diría si lo hubiese hecho?

—Creo que considerarías que no es seguro hacerlo.

—Dime que algún día las mujeres podrán tomar sus propias decisiones. —Ambas miraban fijamente la colina. Mucho tiempo atrás, allí iba la gente a enterrar a las mujeres que habían sido declaradas brujas, y ahora las mujeres que habían acabado allí serían juzgadas con dureza también, expulsadas de la sociedad y abandonadas a su suerte—. Dime que llegará un momento en el que podremos escoger nuestro propio destino.

Mia pensó en la valentía que hacía falta para ir en contra de las reglas. Pensó en que era probable que hubiese una colina así en cada ciudad. No podía decirle que sería muy diferente en su propio tiempo.

—Sospecho que no puedes decírmelo —dijo Elizabeth.

—Puedo decirte que lo intentamos.

—Entonces vuelve al tiempo en que puedes intentarlo y deja que él haga aquí lo que debe hacer.

—Quiero que escriba lo que está destinado a escribir. Es importante para mí, de una forma que no puedo explicar.

—Bien —dijo Elizabeth, que le entregó un pañuelo a Mia pero actuó como si no se hubiese fijado en su aflicción—. Al menos estamos de acuerdo en eso.

—Te sorprenderá —le dijo Mia.

—No lo creo —dijo Elizabeth—. Es mi hermano, así que espero la obra de un genio.



Nathaniel llegó justo antes del atardecer. Recorrió el camino a toda velocidad, porque le daba la sensación de que el tiempo se le agotaba, que llegaba un vendaval que no podría evitar. Estaba irritado con su tío por hacerle perder tanto tiempo en repasar las finanzas del negocio de carruajes, el en cual no tenía interés alguno, pero del que aún dependía. Mia estaba esperándolo junto al estanque.

—Por la expresión que tienes —dijo Nathaniel—, puedo ver que mi hermana ha sido algo difícil. Es su manera de ser, te acostumbrarás a ella. No tendrás elección, ya que no cambiará jamás —se rio.

—No ha sido difícil —dijo Mia.

Nathaniel entrecerró los ojos.

—¿De veras? No suena muy propio de Ebe. Todos saben que es difícil. ¿Estás segura de que no fue Louisa quien vino a verte?

—Vino Elizabeth, y simplemente fue razonable, eso es todo.

Nathaniel negó con la cabeza, ya que ahora sí estaba preocupado.

—Si sus razonamientos te afectaron, eso es mucho peor.

—Tú me has afectado —le dijo Mia.

Era el sexto día, y Mia siempre pensaría en lo que había ocurrido entre ellos como en seis días llenos de amor. Sabía que de haberse quedado un séptimo día, quizás nunca se habría marchado. Elizabeth tenía razón, no pertenecía a aquel lugar.

—Vamos a nadar —le dijo Nathaniel.

—¿Ahora? Casi ha anochecido.

—Es el mejor momento, así no nos verá nadie —le dijo Nathaniel.

Él había malgastado toda la tarde hablando sobre números, tarifas y el negocio de los vagones, cuando podría haber estado allí. Comenzó a quitarse la ropa como si no pudiera esperar a ser él mismo de nuevo. Desnudo de cintura para arriba, se arrodilló ante Mia y le quitó las botas que llevaba puestas. Una luciérnaga revoloteó junto a su oscuro pelo, y Mia la apartó con la mano para después tocarle la cabeza. Pensaría más adelante en aquella luciérnaga como en el espíritu que abrasaba su interior. Cerraría los ojos y la vería en las noches de verano, cuando estuviese caminando por las calles de Manhattan.

—Tú primero —le dijo Nathaniel. Estaba cerca, así que lo susurró en su oído.

Había un momento para todo, y aquel era el momento de estar juntos. Mia entró en el agua poco profunda y siguió caminando. Durante un breve momento, Nathaniel pensó que pretendía ahogarse, dado que parecía decidida a ir lo más lejos posible. Nathaniel se apresuró seguirla, la agarró del brazo y la sostuvo contra él.

—Todavía creo que puede que esto no sea más que un sueño —dijo Mia, y apoyó la cara contra la suya.

—Si lo es, entonces un solo sueño es más poderoso que mil realidades juntas.

No había razón alguna para alejarse nadando, así que se quedó justo allí, entre sus brazos. Mia ya no era una chica con piedras negras en los bolsillos y ya no era invisible. En ese momento, tenía lo que

siempre había querido, al hombre cuyas palabras la habían salvado, la historia que le enseñó que podía salvarse a sí misma.

Mia se quitó el vestido y después la ropa interior. Sabía que era fácil ver las estrellas en aquel cielo, dado que Salem estaba totalmente a oscuras a esas horas y el aire era más limpio. Cada estrella parecía mil veces más brillante que las que ella conocía. Nathaniel alargó la mano para soltarle el pelo a Mia y que así le cayese suelto por la espalda. Había tanto silencio que casi parecía que podían escuchar el latir del corazón del mundo. Los grillos cantaban, las ranas croaban desde la orilla del estanque. Sería la última vez que entrarían al agua, y la oscuridad cayó.

Se quedaron entrelazados en el agua profunda, abrazados hasta que comenzaron a temblar. Al final, salieron del estanque para poder estar juntos sobre la hierba alta. Había luna llena y brillaba de un intenso color rojo. Algunas personas la llamaban luna de fresa, otros usaban el nombre luna rosa. Era una noche donde, en el folclore, las mujeres revelaban su amor por los hombres atando un hilo alrededor de un árbol. Pero aquello no fue lo que ocurrió en ese bosque, ni esa noche. Esa noche no pensaron en palabras, sino en hechos.

Cuando por fin se pusieron la ropa sobre la piel mojada, aún tenían el pelo calado y el cuerpo frío. Para ese entonces, ya era totalmente de noche.

—Deja que me quede contigo —le dijo Nathaniel.

—Esta noche no. —Mia parecía tener prisa, como si tuviese algún sitio al que irse.

—La luna no volverá a estar así hasta dentro de un año —dijo Nathaniel, pero, aun así, no podía convencer a Mia de que lo dejara quedarse. A pesar de que la luna estaba roja como la sangre, como las rosas que crecían en la cabaña.

—Es tarde —le dijo Mia, y era cierto.

El aire era mucho más frío ya, y no paraba de temblar. Le besó una vez, y luego otra, y después se retiró para observarlo. Quería contárselo todo, quería darle las gracias mil y una veces. Pero, en su lugar, le deseó buenas noches y se alejó a través de la hierba alta. Lo dejó como si aquella no fuese la última vez; como si el mañana estuviese esperándolos.

Nathaniel respiró el aire de la noche. La observó, ya que se había

frenado de camino a la cabaña y estaba allí parada. La oscuridad, pálida y suave pero lila en los bordes, se cernía sobre él. Había planeado decirle algo, pero Nathaniel se olvidó de hacerlo. Lo recordó entonces, y casi echó a correr tras ella, pero ya no la veía por ninguna parte. «Te daría la luna si pudiese. Te daría lo que me pidieses».

Nathaniel no sabía que ya le había dado lo que más quería, el libro al que le pedía deseos como si se tratase de una estrella fugaz. La hierba se veía oscura en la noche, pero Mia siempre había sido capaz de ver en la oscuridad. Aquella había sido una de las lecciones que había aprendido de niña. Tenía la costumbre de huir, llevaba haciéndolo toda una vida, y en ese momento recordó cuánto dolía hacerlo. Recordó que nunca puedes volver la vista atrás, ya que, al hacerlo, te darás cuenta de lo mucho que vas a perder.

CAPÍTULO SEIS

Hermano gorrión

Nathaniel se pasó un día entero buscando a Mia en vano. Cuando por fin paró para descansar, durmió toda la noche. Despertó y se dio cuenta de que estaba en una zarza justo a las afueras de Salem. Los pájaros se despertaban en los árboles con las primeras luces y piaron una canción, y entonces supo que Mia ya no estaba. Había dejado la cabaña tal y como la había encontrado, con los vestidos de su hermana doblados sobre la cama, y la colcha que su madre había cosido junto a la ropa. Bajo la luz del sol, Nathaniel se puso en pie con dificultad. Observó el estanque verde y la orilla donde habían estado, y supo que la había perdido. Dado que no tenía otra opción, comenzó a caminar desorientado, pero siguiendo algún mapa interior. Al poco, llegó a su propia casa. Se quedó allí, en el camino, tan consternado que estaba sudando a través de la ropa a pesar de estar helado hasta los huesos. ¿Cómo era posible ser completamente feliz en un momento y perderlo todo al siguiente? Tenía la camisa blanca desabrochada e iba descalzo. Era él mismo, pero, a la vez, estaba completamente cambiado.

Elizabeth lo esperaba en el porche. Le había dicho a su hermana y a su madre que Nathaniel había salido con su amigo Franklin, aunque sabía que probablemente estaría con Mia. Su aspecto la dejó estupefacta cuando apareció por el camino, dado que su hermano claramente estaba devastado.

—¿Te contó lo que planeaba hacer? —le preguntó Nathaniel, desesperado por recabar cualquier información.

—¿Por qué iba a decírmelo? —le dijo Elizabeth, que no podía sostenerle la mirada.

Sabía que aquello era lo mejor para él, pero eso no significaba que él estuviera agradecido por ello.

—Me dijo que fuiste razonable —dijo Nathaniel.

—Eso es exactamente lo que soy. Habría sido una necia si no lo

hubiese sabido después de hablar conmigo cinco minutos.

—¿Era acaso algo lógico lo que yo quería? —Había comenzado a pensar en que mandar a su hermana a hablar con Mia había sido una mala idea.

—La lógica es lo que todos debemos tener en cuenta.

—¿Lo es? La he perdido por culpa de la lógica.

—Estarás bien —le dijo Elizabeth enseguida, aunque ella misma no estaba segura.

—¿Lo estaré?

Nathaniel miró a su querida Ebe, la persona que siempre lo había conocido por completo. Estaba seguro de que ella no podía comprender su indescriptible anhelo. Su experiencia tenía el efecto de un hechizo, lo sacaba de sus relaciones normales con la humanidad y lo encerraba en una esfera a él solo, un lugar en el que ni siquiera su querida hermana mayor podía alcanzarlo.

—Creo que jamás volveré a estar bien.



Después de tres meses, la desesperanza de Nathaniel no cambió. Se encerraba en sí mismo y no se unía a sus hermanas para las comidas. Adelgazó y se volvió serio, rechazaba las invitaciones de sus amigos y se negaba a irse a Maine con su tío. La mayoría de días los pasaba en silencio, pero de noche lo oían hablando solo, como si fuese un loco tratando de convencerse de que la lógica realmente importaba en este mundo. Ebe a veces escuchaba al otro lado de su puerta. Se sentía responsable de su dolor, pero eso no significaba que no creyese que había hecho lo correcto. Esperaba escucharlo escribir, pero no lo hizo, así que le preocupaba que el daño fuese irreparable. Había escuchado hablar de autores a los que les afectaba tanto una pérdida, que escribir se convertía en una trampa en lugar de una alegría. Las palabras que en una ocasión fluyeron con facilidad, se desvanecían, como si hubiesen sido escritas por tinta invisible.

La familia creía que Nathaniel estaba enfermo, dado que se iba a la cama y dormía durante días. Se convirtió en una figura demacrada que se negaba a comer, apenas tomaba unos sorbos de agua, estaba deshidratado, alucinaba, y tan solo comenzó a recuperarse cuando

Louisa lo alimentó ella misma con sopa. Sufría una agonía espiritual terrible, y esperaba que su hermana menor y más sensible entendiese su sufrimiento mejor que nadie de la familia. Le dijo a Louisa que se había enamorado de una mujer que había llegado de otro tiempo en el que las mujeres podían ser artistas, pintoras, bibliotecarias o, incluso, conductoras de tren. Las mujeres iban a la universidad con los hombres, llevaban pantalones, se cortaban el pelo como querían y se casaban con quien querían. En las casas tenían luces que se encendían con un simple toque, y por las calles pasaban carretas que no necesitaban ser tiradas por caballos. Los edificios eran tan altos que llegaban al cielo, y tenían unas cámaras que subían y bajaban para llevarte tan arriba que incluso podías ver Massachusetts desde Nueva York.

A Louisa le preocupaba su cordura, y le angustiaba que quizás se hubiese vuelto loco y lo hubiesen perdido. Elizabeth, la hermana más pragmática, pensaba que estaba loco por hablar de aquellas cosas con cualquier persona.

—La gente no lo entenderá, pensarán que has perdido la cabeza —le dijo a su hermano—. Si Mia ha vuelto al lugar de el que vino, sus razones debe de tener. ¿Escogerías para ella este tiempo, además de abandonar el trabajo que estás destinado a hacer? ¿Acaso ella debería dedicarte su vida y olvidarse de que está destinada a vivir una propia?

A pesar de la advertencia de Elizabeth, Nathaniel continuó expresando sus sentimientos, por muy confusos y dementes que fuesen, y la gente más cercana a él continuó preocupándose más y más cada día. Lo enfurecía que nadie lo creyese, y su humor cada vez empeoraba más y más.

—Encerradme si pensáis que no estoy cuerdo —le dijo Nathaniel a sus dos hermanas de forma seria, ya que sus sentimientos estaban muy heridos—. Bien podría estar encerrado en una jaula. —Pasó la mirada de una a la otra, y se sintió peor aún cuando vio lo mucho que se preocupaban por él. Louisa tenía el rostro hinchado y estaba asustada, Elizabeth tenía los ojos rojos y una expresión desolada.

Nathaniel tan solo abandonaba su habitación cada tarde al anochecer para dirigirse en solitario hasta Juniper Point. Pasaba de forma distraída y alicaída junto a la zostera marina, las pilas de algas marinas que se acumulaban en la orilla, como si fuese un hombre

recientemente enfermo y solo deseara que lo dejasen en paz. Hablaba solo consigo mismo, murmurando maldiciones y lamentos. Evitaba el estanque, las praderas de hierba y la cabaña en el bosque. En su lugar, iba en solitario a las orillas azotadas por el viento donde las marismas estaban repletas de marisco. Al final del verano, algunas noches el viento soplaba desde el océano y congelaba a los polluelos en sus nidos. Otras noches, cuando la marea subía demasiado como para caminar por la orilla, Nathaniel cruzaba el puente hacia las praderas al norte de Salem. Caminaba allí en la oscuridad, y bandadas de gorriones lo seguían mientras él se preguntaba si quizás sus propios poderes de invención lo habían engañado y se había imaginado todo lo que había experimentado.

Los niños lo avistaban al atardecer y lo llamaban el Hombre Pájaro, y decían que era un espíritu que podía volar gracias a su abrigo negro, que le servía de alas. Decían que había estado enamorado de una bruja que lo había hechizado, y que habían maldecido a su familia para que jamás pudiese escapar de la mala suerte. Algunas mujeres que lo veían decían que era un ángel que había caído a la tierra y necesitaba ser salvado, pero cuando trataban de haber con él, las rechazaba de forma educada e insistía en que no tenía nada que decir. En las noches particularmente taciturnas y oscuras, Nathaniel se dirigía a menudo al muelle, donde se emborrachaba en las tabernas. Cuando apenas se podía tener en pie, contaba historias sobre una mujer que había venido de otro tiempo y a la que había amado. No parecía percatarse de que la gente se reía de él en cuanto se marchaba y bromeaban sobre que aquel era el destino de todo escritor: la locura y el delirio.

Nathaniel se encerraba en su habitación para tratar de escribir, pero no lo conseguía. Lo que escribía acababa en nada, y se sentía igual que cuando había tenido nueve años y había estado separado del resto del mundo por su lesión. Sabía que estaba destinado a escribir un libro que significaría mucho para Mia, pero las palabras lo eludían como si fuesen pájaros que salían volando por la ventana en cuanto arrugaba las páginas de su trabajo fallido. Deseaba haberle suplicado a Mia que le dejara leer el libro que llevaba con ella para poder memorizar las palabras, ya que ahora temía que jamás las escribiría. Ella había insistido en que saber demasiado sobre el libro podría

arruinarlo, pero ¿acaso no estaba ya arruinado?

Se rindió y dejó la pluma a un lado para concentrarse en andar. Pensó en lo que la gente hacía por amor, lo necios que eran al arruinarse la vida, abandonar sus hogares y su familia al querer a alguien tanto que nada más les importaba. La vida no tenía sentido para él, tan solo veía culpa y sufrimiento allá donde miraba. Buscó entre las praderas y el campo para tratar de encontrar los lugares donde se decía que estaban enterradas las brujas, dado que no se les había permitido una sepultura en terreno sagrado. Sus lugares de descanso se encontraban bajo las hayas y en las colinas con vistas al muelle. Nathaniel se arrodillaba allí y suplicaba su perdón. Había comenzado a preguntarse si la magia que había experimentado no habría tenido como finalidad hacerle sufrir, para que así pagara por la historia de brutalidad de su familia y reparara el daño que había hecho su tatarabuelo, el juez. Nathaniel se desnudó bajo la luna y le pidió al diablo que se llevara su alma si aquello conseguía traer de vuelta a la mujer a la que amaba. Pero ningún espíritu malvado se la arrebató; tan solo había murciélagos que revoloteaban entre los árboles del vergel cercano, y los mosquitos que se alzaban en nubes de entre la hierba. Habían pasado ya tres meses, y Mia no había regresado. Fue hasta el lugar donde la había visto dormida por primera vez, pero lo único que había eran bandadas de pájaros sobrevolando en el cielo.

Escribir era para él como sangrar, pero desde la marcha de Mia, no le quedaba ni una gota en su interior. Necesitaba cortarse antes para que la sangre y el dolor que lo colmaban fluyese. Pero en ese momento, escribir no significaba nada para él; tan solo meras fantasías y tonterías. En lugar de sentarse ante su escritorio, continuó vagando por las laderas con los brazos extendidos, como si fuese un espantapájaros vestido entero de negro, más delgado y huesudo de lo que había sido, con el pelo tan largo que tenía que recogérselo con una banda de cuero. Aguardaba a ser alzado hacia el cielo, pero aún permanecía en la tierra, y su único método de escape eran las tabernas. Ahora incluso entendía a los hombres que dormían en los callejones; los abatidos y arruinados. Maldecía la buena fortuna que había tenido al encontrar a Mia en el campo y deseaba no haber conocido jamás esa clase de felicidad. Peor que no haber tenido algo,

era haberlo tenido y que te lo arrebataran.



Hubo un momento en que Nathaniel no regresó a casa durante dos noches. La familia, al no tener noticias suyas, se imaginó que la bebida que tomaba lo había consumido, como ocurría con muchos hombres de Salem, ya fueran ricos o pobres. Tal era la preocupación de que su hijo pudiera hacer algo impulsivo, que su madre decidió encamarse. Los hombres en el estado como el que se encontraba él, podían lastimarse fácilmente, ya fuera de forma accidental o deliberada. Quizás podía tropezarse y caerse del muelle, buscar pelea con la persona incorrecta, que alguien lo atracase y lo acabara asesinando en un callejón… Cuando no quedó más remedio, Elizabeth se atavió con una capa negra con capucha y fue a buscar a su hermano. Pretendía acompañar a Nathaniel a casa antes de que pudiera ocurrirle alguna desgracia. Solo ella sabía la causa de su aflicción, y por ese motivo, estaba dispuesta a ir donde una mujer respetable jamás se dejaría ver.

A diferencia de Mia, que había entendido las consecuencias que quedarse tendría para sí misma y para Nathaniel, a Elizabeth le parecía que su hermano había perdido la capacidad de diferenciar la ficción de la realidad. Y Elizabeth temía, mucho más que el alcohol, la mala compañía o los delirios; que Nathaniel pudiera ignorar su gran talento. Aquello era algo que no permitiría. Si ella hubiese tenido las oportunidades con las que él contaba, habría escrito ya cinco libros, o quizás diez. Pero, dado que el mundo no se abría ante ella, pero sí que abría sus puertas para él, no se quedaría de brazos cruzados mientras Nathaniel tiraba a la basura la cantidad de posibilidades que existían en los libros que estaba destinado a escribir.

Mientras caminaba por el muelle, Elizabeth se paró a observar un barco que zarparía pronto en dirección a Barbados. Deseaba con todas sus fuerzas poder esconderse bajo la cubierta y viajar a una tierra tropical donde nadie la conociese. Su imaginación era demasiado grande para lo que se consideraba apropiado que tuviese una mujer. Cielos azules, un mar infinito, una casa pintada y encalada que fuera solo suya, estanterías de libros, ron oscuro, una cama con sábanas blancas de algodón, un lugar donde no fuese a ser conocida siempre

como la hermana de Nathaniel. Ebe deseaba poder vestirse como un chico y embarcar a hurtadillas en el barco, vivir en libertad, con la mascara que aquella falsa identidad le conferiría. Anhelaba hacer cuanto se le antojase, tal y como su hermano le había contado que la mujer de otro tiempo había hecho. Cómo deseaba ser capaz de vestirse como deseara, caminar por las calles de noche, escribir y leer lo que quisiese y no ser juzgada por ser una mujer.

Elizabeth se consumía al imaginar aquella vida paralela, un mundo en el que no se evitase la pasión, el riesgo y la posibilidad. Sospechaba que el color de esa vida consistiría en tonos de azul intenso. Apretó los labios en una fina línea, dado que Salem era todo blanco, negro y grises, por supuesto. El gris del paisaje en el horizonte, el tono tenue, legado de los puritanos; la monotonía de la vida que llevaba.

Elizabeth miró a través de las ventanas de varias tabernas, y por fin encontró a su hermano en una choza. Las mujeres no tenían la entrada permitida en establecimientos como aquel a no ser que prestaran ciertos servicios, pero, aun así, Elizabeth entró. Fue directa hacia Nathaniel para sacarlo a rastras de aquel lugar de mala muerte. Los marineros que bebían gritaron y aplaudieron, alzando los vasos en un brindis al ver a una señorita allí.

—Eso es, moza —le dijo uno, que tenía la voz grave—. Ve y enséñale a ese tipo a comportarse. Parece que tú eres más hombre que él.

—Soy más hombre que todos ustedes, creo que eso es obvio —le respondió Elizabeth, y aquello hizo que se quedaran en silencio mientras la fulminaban con la mirada. No querían que una mujer les contestara ni les enseñara una lección. Y, ciertamente, no una con una apariencia tan sencilla ni tan engreída.

—Creo que vas a hacer que nos maten —le dijo Nathaniel, que arrastraba las palabras y tenía el ceño fruncido.

—Pues date prisa y no mires atrás —sugirió Elizabeth, que lo agarró del brazo.

Abandonaron el muelle a toda prisa y se dirigieron a casa. Nathaniel trastabillaba junto a su hermana, pero se pasó todo el camino disculpándose por no cuidar mejor de ella y de la familia. Al final, Elizabeth lo mandó callar.

—Deja de culparte a ti mismo —le insistió.

—¿Cómo pude pensar que tenía derecho a ser feliz? Ciertamente tú no esperas eso para ti misma.

—Pero sí que lo hago, mi querido hermano —respondió Elizabeth de forma sorprendentemente dulce—. Es solo que sé que jamás lo conseguiré.

No era sorprendente que la causa del desastre en el que estaba metido fuese una mujer. Nathaniel era muy atractivo y carismático, y aquello lo había llevado a algunos enredos de los que se había arrepentido más tarde. Aunque era cierto que aquellas situaciones habían sido diferentes. Aun así, Nathaniel siempre había sido todo un romántico, y Elizabeth envidiaba ese rasgo suyo. Si no estuviese obligada a vivir bajo el yugo de mil reglas, quizás sería igual que él y se enamoraría perdidamente de cualquier persona a la que conociese. La idea de que aquello jamás le pasaría hizo que se encogiese.

—¿Acaso crees que no sé que estás preso de una agonía espiritual? —le dijo Elizabeth a su hermano.

Sentía que era su deber recordarle que lo que él escribía no era el mundo real en el que vivían sus vidas. No había magia en Salem, Massachusetts, ni tampoco misterios. Elizabeth juraba que Mia arruinaría su vida, y Nathaniel arruinaría la de ella también.

—Ella me habló de ese otro tiempo, Nathaniel, pero no vivimos en un sueño, por mucho que queramos. ¿Acaso crees que no desearía que existiesen los milagros y la magia cada vez que me miro al espejo y veo lo que soy y lo que se espera de mí?

—Y, ¿qué se espera de mí? ¿Que olvide a la mujer a la que amo?

—No puedes tener lo que no estás destinado a tener, y si lo intentas, te romperás el corazón a ti mismo, hermano. Y se lo romperás también a ella.

Nathaniel sabía que tenía suerte de tener una hermana tan sabia, así que, tras unos minutos, le respondió:

—Como siempre, tienes razón.

—Pues claro que la tengo —dijo ella—. Tal y como también tengo razón cuando hablo de tu grandeza como escritor.

Elizabeth era pragmática. De no haber sido así, se habría tirado de un acantilado, sobre las rocas. Pero, en su lugar, se decía a sí misma que cada día era un jardín en el que plantar lo que cada estación te proporcionaba.

—Estás vivo y sano —consoló a su hermano—. Piensa en todos aquellos que no lo están.

Enseguida su casa apareció frente a ellos, con las contraventanas cerradas, la pintura desconchada y las pesadas cortinas que ocultaban la melancolía que habitaba dentro.

—No vivimos en esta casa —dijo Nathaniel, que estaba tan ebrio que apenas podía tenerse en pie—. Tan solo vegetamos dentro.

El jardín estaba lleno de enredaderas retorcidas que un siglo atrás, un antepasado de ellos, capitán de barco, había traído del otro lado del mar, de la costa berberisca, y había trasplantado a cada casa donde había vivido. Era casi imposible ver los lirios que trataban de florecer bajo las sombras o las hierbas que Louisa trataba de cultivar, dado que lo único que crecía acababa siendo superado por las tercas enredaderas, que se negaban a morir incluso después de que las arrancasen de raíz.

—Jamás abandonas tu guarida —dijo Nathaniel, que se refería al pequeño y abarrotado cuarto de Elizabeth—. Y yo nunca abandono la parte superior de mi nido de lechuza.

—Ahora estás aquí abajo —señaló Elizabeth de manera intencionada. No podía soportar la autocompasión de un hombre, no cuando tenía todos los problemas de ser mujer con los que lidiar. Era hora de que considerase su buena suerte y su privilegio—. Si quisieras podrías salir, dejar esa habitación encantada tuya.

Nathaniel entendió entonces que Mia había hecho lo correcto. Había vuelto a su vida de verdad, en la que había encontrado un libro en la biblioteca que le había salvado de la vida que llevaba, de una forma que él no podía comprender del todo. La cuestión de si escribiría aquel libro o no era una pesada carga sobre sus hombros, ya que todas sus palabras se convertían en pájaros; todas acababan echando a volar, y no podía atrapar ninguna por mucho que lo intentase.



Tras ir a buscar a Nathaniel a aquella taberna, Elizabeth convenció a la familia de que tenían que hacer algo. Ciertamente se sentía en parte responsable por el pesar de su hermano, pero aquello se lo guardaba

para sí misma y jamás mencionaba a Mia. Había hecho todo lo que podía, así que ahora tocaba reunirse con su tío Robert para poder sentarse juntos y arreglar las cosas. Todos estuvieron de acuerdo en que era absurdo que la condición de Nathaniel hubiese sido provocada por una maldición familiar; la herencia de la culpa que había recaído sobre ellos a manos de las brujas que sus antepasados habían enviado a la horca. Y, aun así, se preguntaron si no estaban destinados a sufrir más que el resto de gente. Louisa les recordó que había un cuento local que afirmaba que ningún miembro de aquella familia sería jamás feliz.

—¿Quién demonios es feliz? —preguntó Elizabeth de forma irritada, y su tono de voz agudo rompió el hechizo que había lanzado su desconsuelo compartido.

Declaró que aquella era una cuestión práctica. Nathaniel había estado enfermo antes, tras su accidente de niño. Todos eran muy conscientes de que su angustia ocurría a menudo a mitad del invierno, cuando no podía parar de escribir y se negaba a abandonar su habitación. El verano había llegado y se había convertido en una etapa de desaliento. Muy pronto llegaría el otoño, un momento que también le afectaba de forma extraña.

Se decidió entonces que Nathaniel padecía de los nervios, como le pasaba a muchos jóvenes y mujeres. Nadie se atrevía a hablar de locura, dado que no permitirían que un destino así recayese sobre su querido Nathaniel. Tenía una mente brillante y deslumbrante, lo cual era un don complejo.

El primer paso sería animarlo a volver entre los vivos. Accedió a unirse a su amigo de Bowdoin, Horatio Bridge, en Augusta, Maine, donde celebró su treintaitresavo cumpleaños. Pero aquella noche se emborrachó más que nunca y apenas recordaba lo que había ocurrido. Algunos hombres piensan que son más grandes de lo que son, y otros solo ven sus defectos. A Nathaniel siempre le había preocupado todo lo que debería de ser y no era, pero en ese momento parecía realmente atormentado por ello.

Cuando volvió de Maine, estaba más descorazonado y abatido que nunca. Elizabeth se paró delante de la puerta de su habitación y no escuchó ruido alguno. Ningún sonido de libros moviéndose, ni de una pluma rasgando el papel… Nada de nada. Un escritor que no escribía

era la peor aflicción de todas. De nuevo, consultaron a su tío y acordaron un plan. Robert Manning convencería a Nathaniel de volver a la vida de la mejor manera que conocía. Este se dirigió escaleras arriba y acercó una silla junto a la cama de su sobrino.

—Podemos arreglarlo —dijo Robert.

—Juro que vino de otro tiempo —le dijo Nathaniel a su querido tío —. Y, aun así, estaba enamorado, y fue un amor correspondido. Pero ahora la he perdido, y a veces me pregunto si acaso existió o si la imaginé como si fuera uno de mis personajes.

Nathaniel estaba sentado en la cama delante de su tío, con los ojos llorosos y el rostro retorcido de la emoción.

—¿Es posible que soñemos mientras estamos despiertos y caminemos mientras estamos dormidos?

Robert observó a su sobrino con una expresión cansada y amable.

—No podemos saber qué es posible y qué no lo es. —El tío de Nathaniel también cargaba con el peso de unos deseos que mantenía en privado—. La vida no es siempre como desearíamos que fuese.

Nathaniel se echó hacia atrás, agotado por sus propios pensamientos.

—Si era una criatura mitológica que imaginé, entonces eso significaría que estoy loco. Es lo que piensas, ¿no?

—No pienso nada de eso. Pienso que deberías venir a pescar, eso te despejará la mente. Ven conmigo a Lenox.

Robert Manning siempre había considerado que la pesca tenía un efecto curativo para el alma. Las horas en silencio, en la naturaleza, el eco del agua del río y del riachuelo, y, por supuesto, la belleza de las truchas, fuera cual fuera su variedad, podía calmar el alma de un hombre afligido.

—Sea lo que sea lo que te haya pasado, sigues siendo el hombre al que conozco —dijo Robert—. Vamos a por unas truchas.

Los hombres se observaron el uno al otro. No era una petición, sino una decisión que ya había sido tomada por aquellos que querían a Nathaniel, los cuales, menos de una hora atrás, se habían reunido en el salón consternados y preocupados por su futuro. Allí mismo, decidieron que la pesca y el viaje al campo podría aliviar la pena de Nathaniel. Él era la estrella brillante de todos ellos, todas sus esperanzas descansaban sobre sus hombros. Dejarían que su vida

comenzara de nuevo, al principio de forma simple, y así sanaría un poco cada día. Robert creía que ir a pescar no solo ayudaría con la recuperación de Nathaniel, sino que también lo liberaría de la asfixia de su familia, que revoloteaba a su alrededor preocupada y tan solo empeoraba las cosas.

—¿Qué me dices, chico? —le preguntó Robert. A pesar de que Nathaniel tenía ya treinta y tres años y era todo un hombre, para Robert él siempre sería el chico al que le encantaba visitar a sus tíos en Maine, donde podía deambular con libertad por el bosque y nadar en cada estanque que se encontraba.

Robert veía a Nathaniel y a sus hermanas como si fueran sus propios hijos. Sabía que todo comenzaba con la bondad, y que la esperanza comenzaba con la confianza. Robert esperó allí sentado, con una expresión evidente de preocupación nublando sus oscuros ojos. El defensor de su sobrino, siempre.

—¿Te acuerdas de cuando tenías nueve años y pensabas que jamás volverías a estar bien? —le dijo—. Vamos a ver si es posible sanar otra vez.

Nathaniel pensó en todo lo que Mia le había contado de Blackwell, una ciudad que no estaba lejos de Lenox, y sorprendió a su tío y a sí mismo cuando accedió a ir de pesca para solucionar sus problemas, aunque solo fuera para aliviar la preocupación de su familia.

—Pues vámonos —le dijo Nathaniel a su tío—. ¿Para qué vamos a esperar otro día?



Se dirigieron a la taberna de Jack Straw, una agradable posada cerca de Lenox, justo a las afueras de Blackwell. Había habitaciones para alquilar en el segundo piso, unas bastante sencillas que concedían privacidad y paz. La Jack Straw era un sitio rural, casi a diez kilómetros de la ciudad, y Robert se quedaba allí a menudo cuando iba a pescar a los riachuelos y ríos que había cerca. Su favorito era el río Eel, pero también pescaba a menudo en el Last Look. Sus habitaciones se encontraban en la parte trasera del edificio, así que las ventanas tenían vista a Hightop Mountain, una grandísima cima verdosa donde se decía que en cada cueva se podía encontrar un oso.

Blackwell era una ciudad pequeña y llena de folclore. Tenían historias sobre anguilas que se transformaban en mujeres, o un espíritu que acechaba en el río, o una sobre un jardín en el que todo crecía de color rojo. A Nathaniel le intrigaba aquel lugar, dado que era allí donde sabía que Mia había encontrado su libro en una biblioteca, y donde había crecido. La zona de alrededor era preciosa, tenía grandes vistas verdes y tantos vergeles que el aire estaba perfumado con el aroma de las manzanas que aún no habían madurado. El condado de Berkshire aún era una tierra sin domar, y allí podían olvidarse las estúpidas reglas y regulaciones de la sociedad y deambular con libertad ataviado con ropa descuidada o sin más interés que el que albergaba por el mundo natural que lo rodeaba.

Nathaniel descubrió que era capaz de respirar con más facilidad desde que había llegado. El aire era dulce y fresco, mucho más fresco que en Salem, y todo tenía un suave tono azulado cuando mirabas al horizonte. Se sentía allí más cerca de Mia y de lo que habían compartido, dado que le había hablado a menudo de Blackwell y de la granja en la que había crecido, con sus reglas y su despiadado líder, el cual le había arruinado la vida a su madre. Cuando ella desapareció, Nathaniel perdió el apetito; pero allí volvió a recuperarlo, así que Robert y él cenaron de forma ligera en la taberna. Aquella área era famosa por un plato llamado empanada de anguila, pero pidieron patatas asadas con sal y estofado de cebada y pollo, y se quedaron muy satisfechos con aquella simple cena. Además de la comida, pidieron jarras de la cerveza del lugar, llamada Love Me Twice, la cual se decía que era afrodisíaca, y tan dulce que las abejas se veían atraídas por ella y se emborrachaban con los vapores que salían de los barriles que había fuera de la posada. La belleza de aquel lugar estaba en todas partes, en cada hoja y colina. Y, a pesar de que la comida era simple, tenía mucho sabor. Sin darse cuenta, Nathaniel se lo terminó todo.

—Ya has empezado a recuperarte —le dijo Robert, esperanzado.

Nathaniel ciertamente estaba aliviado de estar lejos de Salem. Era la ciudad de sus pesadillas, llena de mala suerte; cada calle que recorría de esa ciudad era una por la que sus antepasados habían caminado, los cuales jamás se habían arrepentido del terrible trato que habían tenido con las mujeres a las que declaraban brujas.

Ciertamente, prefería ser un extraño en una tierra extraña. Quizás debía considerar todo lo que había ocurrido como si fuese un sueño, y no desear nada más aparte de escribir el libro que Mia encontraría algún día.

Tío y sobrino se desearon las buenas noches y decidieron encontrarse a una hora muy temprana al día siguiente, para así llegar al río cuando los peces estuviesen despertándose. Lanzaron una moneda al aire para decidir en qué río pescar, y Nathaniel sintió que se le paraba el corazón cuando salió cara. El río Last Look era el río que Mia le había contado que visitaba a menudo. Se preguntó si al acercarse a la orilla, quizás volviese a entrar en aquel sueño suyo y verla una vez más. Así que, animado por sus deseos y la cerveza que había ingerido, se sintió entusiasmado.

Una vez que estuvo en su habitación, Nathaniel sacó las cosas que había traído en su pequeña bolsa. Dejó la ropa dentro de los cajones de la cómoda y las viejas botas de pescar junto a la puerta. Durante el viaje había llevado su abrigo negro, pero ahora, en el calor de la habitación, se lo quitó y lo colgó en el respaldo de la silla. Realmente planeaba pensar solamente en pescar, en las montañas y los pinos, y mantener así la mente ocupada. Pero no podía parar de imaginar a Mia nadando en el estanque, en su vestido negro sobre la hierba. Se sentó en la estrecha cama y apoyó la cabeza sobre las manos. Era ya tarde, pero la luz de verano duraba más allí, entre las montañas. Nathaniel escuchó a los pájaros que había fuera, los vencejos, golondrinas y gorriones, que hacían sus nidos en los socarrenes de la taberna Jack Straw. Probablemente su tío ya estaría dormido en la otra habitación o quizás se había quedado abajo para tomarse una o dos cervezas más. El ruido de los pájaros pararía en cuanto oscureciese. El amor era cruel e impredecible y, sin embargo, lo necesitaba más que a las palabras, más que a nada en el mundo. Era cierto que estaba loco, pero ¿acaso no lo están todos los escritores? Sacó el papel que había traído consigo, así como la pluma y la tinta. Se sentó ante el escritorio, pero, mientras que en el pasado no habría podido dejar de escribir, en aquella ocasión no escribió ni una sola palabra. No podía pensar en ninguna historia que no fuera la suya. En lugar de escribir, se quedó dormido, y soñó con ella toda la noche.

Aún no había amanecido cuando llamaron a la puerta. Robert se asomó, sorprendido de ver a Nathaniel dormido en la silla y con la cabeza sobre el escritorio.

—¿Estás listo para ir al río? —le preguntó su tío—. ¡Despierta, únete a los vivos!

Nathaniel claramente aún no estaba recuperado, ya que ni siquiera había dormido en la cama. Cuando salió de su habitación, llevaba puesta la ropa arrugada de la noche anterior. Aun así, Robert le dio una palmadita en la espalda y fingió que todo andaba bien. El amor era una enfermedad con cura; siempre lo era si se trataba a tiempo.

Se dirigirían al río Last Look, donde se decía que habitaba una misteriosa variedad de trucha azul, una pesca muy preciada por los pescadores del lugar y que solo se podía encontrar en los ríos que había alrededor de Blackwell. Robert trajo las cañas, los anzuelos que él mismo había hecho al coser hilo y plumas de arrendajo azul en un solo gancho. Si el problema era que Nathaniel no podía escribir, aquello era algo más difícil de arreglar. Pero, aun así, la pesca y la escritura tenían bastante en común. Tenías que esperar y estar preparado para atrapar lo que se cruzara en tu camino. Tenías que saber diferenciar una sombra de algo de verdad.

El amanecer teñido de violeta daría lugar a un precioso día de finales de verano, y el calor aún no era aplastante. Aunque todavía no era oficialmente otoño, ya había algunas hojas amarillentas en las áreas pantanosas. Cuando echaron a andar, Nathaniel estaba de mejor humor. Pero, al llegar, decidió ir a solas al otro lado del río, cerca de unas zarzas llenas de bayas. Robert quería que fuese un buen día, un día inspirador, así que al principio protestó, pero Nathaniel lo convenció de que aquella era la mejor táctica.

—Un pescador siempre trabaja mejor solo, tú lo sabes mejor que nadie —le dijo a su tío, y le dio una palmada en la espalda.

Así que ambos se instalaron en sus lugares separados, tras los arbustos. Pero a Nathaniel no le interesaba la pesca ese día. Estaba demasiado ocupado imaginándose la última vez que Mia había estado en aquel río. Desde aquel momento, había llevado consigo a todas partes el libro que él debía de escribir. ¿Cuál sería la historia que tenía

que contar que tanto la había impresionado? Antes, las historias habían acudido a él por sí mismas. Los personajes aparecían en las páginas, ya fuera de luto, dolidos o llenos de alegría. Nathaniel recogió una piedra plana y la tiró hacia el río para verla botar, lo cual asustó a algunas de las ranas que había entre los juncos. Tenía la responsabilidad de escribir la novela que Mia leería; debía de pensar en ello como un honor y dejar de enterrarse en el remordimiento, que hacía que los escritores se quedaran totalmente en blanco.

Nathaniel caminó sobre las rocas hasta que el agua le llegó por la cintura. El río Last Look era rápido y traicionero. Se decía que una sirena atraía a los hombres que se sentaban en su orilla. Se decía que las truchas de aquella zona de los Berkshires podían transformarse en mujeres si así lo deseaban y enamorarse de hombres mortales. Nunca acababa bien, tal y como Elizabeth le había dicho. Los hombres no pueden convivir con criaturas mitológicas. Varias personas se habían ahogado en el punto exacto donde se encontraba Nathaniel en ese momento, y lo último que veían de aquel mundo era la fría y verde agua que los conducía hasta un torbellino, las truchas que nadaban a su alrededor y las rocas que llenaban el lecho del río.

Nathaniel entendía bien la necesidad de dejar el mundo atrás, pero cuando alzó la mirada, cada hoja de cada rama de cada árbol le recordó la razón por la que deseaba estar vivo, incluso mientras sufría por su pérdida. Al final del día, estaba empapado, frío y contento. Nathaniel era escritor, y escribiría aquel libro para ella, incluso si no tenía ni la menor idea de sobre qué trataría. Consiguió atrapar dos truchas para demostrar que realmente había estado pescando, no solo pensando. Caminó río arriba con las truchas en un cubo y descubrió que su tío estaba dormido tras un gigantesco y antiguo roble. Había seis truchas en el cubo de Robert, tres de ellas del color azul del cielo. Nathaniel esperó a que se despertase, encantado de tener algo más de tiempo para sí mismo. Pensó en la suerte y en el amor, y en cómo ambas cosas se presentaban de repente y se quedaban tanto tiempo como desearan, sin importar lo que los demás quisieran.

—He soñado que estábamos perdidos —dijo Robert cuando abrió los ojos.

Probablemente el nombre del río había influenciado su sueño. Así de misterioso era el mundo: estar allí, de pie junto a un río, podía

hacer que te sintieras como si fueses la única persona sobre la faz de la tierra y casi llegar a creértelo, así como desear que aquellos que amabas estuviesen contigo.

—No estamos perdidos —le dijo Nathaniel de forma amable—. Estamos justo donde deberíamos estar.

—Y, ¿no te has vuelto loco? —le preguntó Robert.

Nathaniel se rio, y algunos pájaros echaron a volar, asustados por el sonido de su voz.

—Aún no.

Nathaniel se apoyó contra el árbol y observó el río. Su tío había estado en lo cierto. Estar allí sentado, junto al río en el que tanta gente se había ahogado, le había recordado quién debía de ser. No tenía ninguna historia que contar, pero sabía que aún seguía siendo escritor. Cerró los ojos y vio un hilo de palabras, como si fuesen gorriones posados sobre una rama. «Talismán, transformación, oráculo, laberinto, consuelo». Las palabras eran magia y eso sí que lo sabía. Las palabras eran lo único que tenían. Y si eso era cierto, entonces cualquier cosa es posible. Simplemente tenía que esperar a que la historia acudiese a él, y después, tan solo tenía que escribirla.

PARTE TRES

DOS MUNDOS

CAPÍTULO SIETE

La vez que estuvimos aquí

El final de verano en Nueva York era sofocante. Los días eran tan salvajes que la gente esperaba ansiosa a que oscureciese, aunque las noches no eran mucho mejores, dado que el calor seguía saliendo del asfalto y el cemento. El hielo se derretía en cuanto salía del congelador, y las palomas eran incapaces de alzar el vuelo. La gente se daba duchas frías y, al hacer la compra, se quedaban más tiempo del normal junto a los congelados del supermercado. Tomaban el metro hasta Coney Island, o se sentaban bajo los árboles de Central Park, en trozos de hierba marchita. Y, aun así, el mundo seguía ardiendo.

Era posible sentirse más solo en Manhattan que en ninguna otra parte, sin importar la cantidad de gente que hubiese a tu alrededor. Y aquello era especialmente cierto durante los últimos días de agosto, cuando las calles estaban tan abarrotadas con toda la gente que no tenía el tiempo o el dinero para irse de vacaciones. Había un vacío en la ciudad, como si estuviese flotando en el éter, como si tan solo fuese un sueño y todo el que paseaba por las avenidas, vestidos con la ropa más ligera que podían encontrar, como camisetas, pantalones cortos o vestidos de verano, no hubiesen despertado aún. Mia había vuelto hacía ya más de tres meses, y aun así no sentía como si perteneciese a su propio mundo. Por las noches, soñaba que dormía junto a Nathaniel en la cama de la cabaña. Había montones de papeles en los que estaba escrito el libro que la había salvado, aquel que podría recitar palabra por palabra.

«El amor, ya sea reciente o resucitado de unas cenizas casi apagadas, siempre debe llenar un corazón con la luz del sol de forma resplandeciente, hasta que rebose sobre el mundo exterior».

Lo que más importaba era que el libro fuese escrito y que su presencia no alterase la vida y la obra de Nathaniel. Y, aun así, era como si Mia aún estuviese en aquel campo de hierba donde lo había visto por primera vez. Allí, en la ciudad, no podía ver ni una sola

estrella. Evitaba a la gente y no contestaba al teléfono, que sonaba a menudo en mitad de la noche. Cuando iba caminando hacia el supermercado o a la cafetería, tenía la sensación de que alguien la seguía. Estaba nerviosa e incómoda y, recientemente, había dejado de ir a trabajar.

Por la mañana sentía náuseas y estaba agotada incluso antes de salir de la cama. Se pasaba días enteros mirando fijamente el jardín de su vecino, y ni siquiera le apetecía leer. Esperaba a que llegase la noche para poder soñar con Nathaniel. En su sueño más reciente, Nathaniel había escalado un árbol y se encontraba muy alto, sobre la tierra. La llamaba por su nombre, y le decía: «Puedes volver. Estoy aquí, esperándote». Pero, cuando se despertaba, escuchaba la voz de Elizabeth retumbando en su cabeza. «Un pez y un gorrión no pueden vivir en el mismo mundo. Uno se ahogará en el agua, o el otro se asfixiará en el aire».

El último día de agosto, Mia encontró una hoja en la escalera de la entrada de su edificio. Las hojas de Blackwell ya habían comenzado a volverse amarillas en aquel momento del año, tal y como le había pasado a aquella hoja. Mia se dijo a sí misma que era una coincidencia, pero encontró otra al día siguiente, solo que esta vez estaba en el rellano del edificio, donde solo podía entrar alguien que tuviese llave o que hubiese convencido a uno de los vecinos para que lo dejaran pasar.

Aquella noche, cuando el teléfono sonó, contestó. No dijo ni una palabra, tan solo escuchó el vacío al otro lado de la línea. Y, entonces, la persona que había al otro lado habló.

—Siempre supe que eras una ladrona. Solo que no sabía qué era lo que intentabas robarme.

Mia colgó. Le temblaban las manos y no tenía ni idea de a qué se refería, pero sabía que, cuando a Joel Davis se le metía algo en la cabeza, era casi imposible de convencerlo de lo contrario. Lo único que sabía era que la había encontrado, así que llamó a Sarah y se subió al primer tren con dirección a Boston a la mañana siguiente, y después tomó el tren de cercanías hacia el lugar que siempre había sentido como su hogar. Mia había pensado en caminar hacia la pequeña casa junto al río, así que le sorprendió encontrar a Sarah esperándola en la estación.

—No tenías que venir a buscarme —le dijo Mia.

—Me temo que sí. —Sarah estaba muy seria—. Se ha presentado aquí otra vez.

Mia trató de mantener la calma, pero podía sentir cómo le latía el corazón con fuerza en el pecho. Recordó de repente el dormitorio de las chicas en la Comunidad, y cómo todas habían salido corriendo de allí para evitar a Joel en cuanto lo escucharon dirigirse escaleras arriba para hablar con Mia tras la muerte de su madre. Recordó la expresión en su rostro cuando le dijo «acabaré contigo». Sabía que realmente lo haría. «No sé de lo que es capaz». Aquella había sido la razón por la que Ivy se había quedado, por la que jamás parecía poder huir, y la razón por la que dijo que jamás podrían ser invisibles mientras Joel estuviese observándolas.

—¿Aquí? ¿En Concord? ¿Cómo es posible? Ayer estaba en Nueva York.

—Debe de haber sabido que vendrías aquí. Esta mañana cuando aún estaba oscuro, lo vi en la entrada.

—¿De *tu* casa? —Mia no pudo evitar ponerse nerviosa.

Se marcharon de la estación para caminar hacia la biblioteca, que siempre había sido un refugio seguro. Sarah ya no trabajaba en la escuela de Concord, así que la mayoría de días hacía de voluntaria allí. En ocasiones, alzaba la mirada de lo que estuviese haciendo y casi esperaba ver allí a Constance, pero entonces recordaba que estaba sola. Era fácil engañarse a uno mismo, aunque solo fuese durante un momento.

—Es por lo que he ido a recogerte a la estación —le dijo Sarah—. No puedes venir a casa. Puede que aún esté merodeando por allí, podría estar esperándote entre las lilas.

—A lo mejor no era él —le dijo Mia, que quería que aquello fuese cierto de una forma desesperada.

—Mia, he hablado con él.

Lo primero que Sarah notó fue el movimiento entre las hojas con forma de corazón que Constance siempre había dicho que eran tan bonitas como cualquier otra flor. Pensó que quizás había sido el viento que a veces soplaba del río, pero entonces vislumbró una sombra en la entrada. Se preguntó si serían los cuervos sobre los setos, ya que solían ponerse allí, y eran unos pájaros tan inteligentes que podía

llamarlos para que se comieran la corteza del pan de su propia mano. Pero entonces salió de entre los árboles. Parecía como si llevase allí toda la vida, como si aquella fuese su casa en lugar de la de Sarah, dado que Constance se había asegurado de que todas sus posesiones fuesen directamente a Sarah.

Sarah abrió la puerta de la entrada, pero mantuvo la mosquitera cerrada.

—Señor, esto es propiedad privada.

—Soy muy consciente de lo que es una propiedad privada —le dijo Joel Davis. A Sarah no le gustaba la expresión de su rostro, ni el tono de su voz. Pero actuó como si fuese totalmente normal que un hombre apareciese allí, en su entrada—. El gobierno está intentando quitarme mis tierras. Falta la escritura. ¿Adivina quién la tiene?

—Eso no es asunto mío —le dijo Sarah.

—Lo convertiste en asunto tuyo cuando robaste a la chica.

Sarah cometió el error de mirarlo a los ojos. Tenía la habilidad de mirar en tu interior y hacerte sentir como si no hubiese ningún sitio al que huir, como si ya te tuviese agarrada y lo mejor que pudieses hacer era no contrariarlo.

—Mia tiene las escrituras, y las quiero —anunció Joel Davis.

Sarah se obligó a devolverle la mirada. Pensó en todo el daño que había causado aquel hombre, las vidas que había descarriado, y de repente no sintió miedo alguno. Los hombres como Joel se alimentan de miedo e inseguridad.

—Para tu información, Mia no vive ya aquí, así que has venido al sitio incorrecto.

—Sé donde vive en Nueva York, y sé que vendrá a visitarte. Quizás me quede aquí un tiempo, estoy seguro de que no te importará, Sarah.

Fue el hecho de que dijese su nombre como si la conociera, como si tuviese poder sobre ella, lo que la sacó de quicio. De ninguna manera permitiría quedar a su merced.

—Voy a llamar a la policía —le informó.

Sarah ya se había sacado el móvil de la falda y había marcado el número de emergencias tras su espalda. Se escuchó un restallido cuando la llamada fue atendida.

—Me están robando —dijo Sarah en voz alta, y después les transmitió su dirección—. Vengan enseguida.

—Es a mí al que están robando —le dijo Joel como respuesta. Aun así, dado que la policía estaba de camino, no tuvo más remedio que marcharse—. Dile a Mia lo que quiero, y que pretendo conseguirlo. La encontraré aquí o en Nueva York, o donde quiera que vaya.

Le dirigió a Sarah una mirada antes de subirse a su camioneta y marcharse.

Sarah estaba tan alterada que no pensó en apuntar la matrícula. Después, tuvo una charla con la policía, y ellos contactaron a las autoridades de Blackwell. Así fue como descubrió que, ciertamente, había habido un juicio, y Joel había perdido. La policía había ido a confiscar la tierra y arrestarlo por incendiar varios de los edificios, pero justo antes de su llegada, Joel Davis desapareció en el bosque. Prefería que los edificios se quemaran a que la ciudad se hiciese con ellos. La noche en que ardieron, había tanto humo que la gente vio a los ciervos corriendo por la ruta 17 e incluso encontraron a un oso en el parque de la ciudad, escondido entre los arbustos.

—Las autoridades de Blackwell dicen que la granja prácticamente está desierta —le dijo Sarah a Mia—. La mayoría de gente joven se ha marchado, y Joel está cabreado. Nadie le hace caso ya.

La hora del cuento que Constance solía llevar a cabo había terminado justo en ese momento, así que los niños salieron corriendo hacia el parque con copias de *Magic by the lake* bajo el brazo.

—Interrogaron a una mujer que decía ser la profesora del colegio —añadió Sarah.

Evangeline.

—Ah, ¿sí? —Mia asintió, ya que no le sorprendía lo más mínimo que Evangeline estuviese entre el grupo de personas que aún permanecía en la granja.

La soplona, siempre tan celosa de Iyy, la segunda al mando, a la que habían engañado cuando Ivy le quitó el trozo de papel a Mia y había preferido comérselo a que Evangeline tuviese alguna prueba de que habían roto las reglas.

—Dijo que habías robado las escrituras, las que demuestran que la propiedad le pertenece. Dice que estaba allí mismo, en la oficina, cuando lo hiciste y que siempre fuiste una granuja.

—Eso es cierto —admitió Mia.

—No, no lo eras —dijo Sarah, que en eso era firme—. Eras una

superviviente. —Sarah le dio una cartera de cuero que había traído—. Creo que deberías mudarte de piso durante un tiempo. Ojalá pudieras quedarte aquí, pero es el primer sitio en el que te buscará. Podría estar ahora mismo en Concord esperando a que aparezcas. Debería de haber ido yo a Nueva York, pero había algo aquí que sabía que querrías.

Dentro de la cartera estaba la copia de Mia de *La letra escarlata*, con la carta de Ivy doblada en el interior, así como la acuarela que había encontrado entre los archivos de la Comunidad, las perlas que habían pertenecido a Constance y los pendientes de oro que le habían regalado por su cumpleaños. Todos sus tesoros.

—Evangeline tenía razón sobre mí. Robé este libro de la biblioteca de Blackwell —admitió Mia por primera vez.

—Lo sé. Lo encontré en tu caja de recuerdos hace años. —Sarah le dio unos golpecitos afectivos a Mia en el brazo—. Si lo peor que has hecho en tu vida es no devolver un libro a la biblioteca, entonces, querida mía, eres un ángel. «El tiempo no esconde tesoros; no queremos el entonces, sino el ahora» —le dijo, citando a Thoreau—. Este es tu ahora. Una cosa solo es un tesoro si piensas que lo es. Este libro es tu tesoro, y Joel cree que también tienes su tesoro.

Mia recordó el día en que había trabajado en la oficina y había encontrado el dibujo de Carrie escondido en el archivador. En ese momento le dio la vuelta al dibujo y leyó la inscripción: «Le dejo todo a mi marido, todas mis tierras hasta donde alcanza la vista».

—Nunca supe lo que esto significaba, pero ahora sí que lo sé —le dijo Mia a Sarah—. Son las escrituras lo que lleva buscando todo este tiempo.

Sarah sacó una pequeña bolsa de la compra de papel del bolso.

—Me dejó esto en la entrada.

Dentro de la bolsa había unas cuantas manzanas Look-No-Further, aunque aún no estaban maduras.

Había un lugar donde jamás encontraría a Mia, el lugar donde ella siempre había querido estar. Y, de hecho, en ese momento pensó que Elizabeth se había equivocado; un pez sí que podía convivir con un gorrión, después de todo. Estarían en diferentes elementos, pero cerca el uno del otro. Alejados tan solo por una hoja, un suspiro o un beso. Si podía tener a Nathaniel para sí misma, no le importaba si debía permanecer en la periferia de su vida, en una cabaña en el bosque,

escondida e invisible. No se congelaría durante el invierno como la anterior ocupante, y no le importaba si ninguna persona del pueblo hablaba con ella. Y en cuanto a Nathaniel, aún podía vivir la vida que debía vivir, casarse, tener hijos, escribir sus libros, y ser suyo de vez en cuando. Podía contarle a Nathaniel todo lo que debía de hacer para asegurarse de que vivía su vida como debía y escribía los libros que debería de haber escrito si ella jamás hubiese regresado. Le enseñaría las frases y los capítulos si era necesario; le recitaría sus propias palabras.

Sarah le puso las perlas a Mia alrededor de la garganta y se abrazaron, pero no alargaron su despedida. Las despedidas eran demasiado finales, así que no dijeron nada, tal y como años atrás habían hecho mientras conducían hacia Concord, cuando ambas sabían que Mia jamás regresaría a Blackwell. Sabían que una persona debía renunciar a ciertas cosas si huía.

Mia paseó por la ciudad. Aún hacía calor, pero la estación cambiaría pronto, y las margaritas moradas de septiembre ya comenzaban a florecer en el campo y los jardines. El verano se acabaría en solo unas semanas, el aire se volvería frío, y en Blackwell las hojas se teñirían de rojo. Mia se dirigió rápidamente al lado norte de la ciudad, donde había una parada de bus justo a las afueras del mercado de Crosby. No se atrevía a volver al cementerio, dado que temía que Joel estuviese rondando por allí. Pero si había dado con Nathaniel a través del lugar donde había sido enterrado, creía que podría llegar hasta él de nuevo a través de la casa donde había nacido. Así que de dirigió allí, a Salem.

Cuando llegó el bus, Mia subió y pagó el billete. Se dirigió a la parte de atrás, y solo unos cuantos pasajeros más subieron tras ella: una mujer con un bebé, un chico de unos dieciséis años, un hombre que se enfrascó en una copia del *Boston Globe* y dos chicas que charlaban sobre la escuela. Mia se sentó y el bus arrancó, así que comenzó a leer el libro de Nathaniel para calmarse. Se recordó a sí misma que nada estaba escrito en piedra y que el destino podía cambiar, que no todos los que se metían piedras en los bolsillos acababan ahogados. Tras un rato, Mia guardó el libro en la cartera de cuero y miró por la ventana. Concord siempre le había parecido un sueño, y su apartamento de Nueva York podría haber estado situado

en la luna. Iría tan lejos como hiciese falta y jamás la encontrarían. Caminaría invisible en un mundo en el que habían ocurrido cosas imposibles, y en el que volverían a ocurrir.



En Salem, Mia bajó en Bridge Street. Escuchó los chillidos de un niño en brazos de su madre mientras ella trataba de calmarlo, y a un adolescente que saludaba a sus amigos, con los que había quedado. Pero mientras recorría las sinuosas calles y atravesaba William Street, lo único en lo que podía pensar era en su destino. Por fin llegó a Washington Square, donde estaban las mansiones del siglo XVIII. Su camino entonces la llevó hasta la Casa de los Siete Tejados en Derby Street. Mia había visitado el museo con Constance cuando aún iba al instituto, pero ahora, al acercarse, sintió una oleada de pánico. Era lo que siempre sentía cuando estaba cerca de Joel y no entendió por qué hasta que miró por encima del hombro.

El hombre que había estado leyendo el periódico en el autobús estaba allí, siguiéndola a una manzana de distancia. No se había molestado en fijarse antes en él, pero reconoció entonces a Joel. Se quedó helada al instante, como si hubiese resurgido del inframundo y hubiese traído el invierno consigo. Bien podría estar atravesando una corriente de nieve o patinando sobre el hielo azul con Ivy, casi invisibles, pero no del todo. La edad no le había sentado bien a Joel, parecía marchito y resentido, pero lo reconoció igualmente. Fue entonces cuando echó a correr. Se quedó sin aliento mientras corría, desesperada por distanciarse lo máximo posible de Joel.

La grandiosa casa del capitán que había al principio del museo había sido construida en 1668, y comprada en 1782 por Samuel Ingersoll, otro conocido y pudiente capitán de barco. Su hija, Susanna, había sido prima segunda de Hawthorne y heredó la propiedad, la cual se decía que estaba encantada. Mia sabía que Nathaniel visitaba a la señorita Susanna con frecuencia, y que mientras otros miembros de su familia hacían lo posible por quitarle la casa, las historias que Susanna le contó a Nathaniel sobre la avaricia de sus antepasados inspirarían más adelante la novela *La casa de los siete tejados*.

El lugar de nacimiento de Nathaniel era modesto en comparación;

construida originalmente en el 1750 en Union Street, en el 1958 se había movido a lo que ahora era un campus museo. Nathaniel había nacido en la habitación que había sobre el salón y había vivido allí cuatro años, hasta que su padre murió en el mar. Los jardines que había fuera de las casas eran, en comparación, nuevos, ya que se habían plantado en el 1909 en el estilo jacobino, con cuatro siglos de variedades de jardín, y un tono de verde grisáceo. Había plantas curativas, una gran cantidad de flores que incluían lavanda, artemisia, estragón, bergamota y tomillo. Había también bocas de dragón, alegrías de la casa, heucheras, delfinios, malvarrosas, planta bienal, y un extraordinario cenador de glicinia, de una serpenteante variedad introducida en Massachusetts durante el comercio del siglo XIX con China. Las horas de visita se habían acabado, pero Mia vio a un joven que preparaba el cierre del museo y le hizo señales para que se acercara rápidamente.

—¡Hola! —lo llamó Mia mientras agarraba los postes de la verja. Pensó en el día en que cargaron con el cuerpo de su madre a través del campo, y cuando Joel la había encerrado en el establo. El corazón le latía demasiado rápido—. He perdido algo. ¡Por favor, date prisa!

Mia le hizo gestos al empleado para que se acercara, y así lo hizo, ya que Mia, con su pelo suelto y rojo que casi le llegaba a la cintura y su vestido negro a lo antiguo, era una visión imponente. El becario de verano era un estudiante universitario que había escrito un trabajo sobre *La casa de los siete tejados*.

—He estado aquí antes y he perdido un pendiente en el jardín —le dijo Mia cuando se acercó. Sonaba muy angustiada—. ¿Puedo mirar? Por favor, tengo muchísima prisa.

El becario echó un vistazo por encima del hombro. Tenía que poner la alarma y cerrar las puertas, y después echar el cerrojo de la verja antes de irse. Aquél era el primer día en que cerraría él solo. De acuerdo con las reglas, nadie tenía permitido entrar en el jardín después del cierre, pero el problema de aquella mujer lo conmovió.

—Fueron un regalo de una amiga cercana —le confesó Mia—. Ha fallecido, así que son todo lo que me queda de ella.

Joel ya estaba en la propiedad. Lo divisó en una esquina, y se dirigía directamente hacia ellos.

—¿Puedes abrir la verja? —Mia ya sonaba totalmente desesperada.

—Claro —le dijo el joven, convencido por las lágrimas que vio en sus ojos negros. Se inclinó para abrir el pestillo—. ¿Podrías mirar rápido?

—Por supuesto —le aseguró Mia, y echó a correr hacia el jardín.

La celosía estaba llena de las últimas rosas, *New Dawn* trepadoras, una variedad de rosa pequeña y rosácea que prosperaba en suelo salado. Mia se arrodilló. No dejaría que un hombre le arruinara la vida. No se sometería al destino ni a la historia.

—Para ahora mismo —escuchó gritar a Joel.

Mia pensó en su madre, arrodillada frente a él. Pensó en los días en los que las mujeres tenían que confesar sus pecados. Al fin ella tenía la simiente del helecho. Al fin, era invisible. Se instaló una neblina, y el joven empleado de los Siete Tejados desapareció entre aquella turbia luz, como si una niebla se hubiese arrastrado desde el mar y nada fuese lo que parecía. Escuchó que la verja se abría de un golpe, que alguien la llamaba por su nombre, pero no tenía que obedecer ya a Joel. El joven que trabajaba en el museo gritó: «¿Hola? ¿Sigues ahí?», pero para entonces Mia ya estaba acurrucada junto a los setos en el exterior de la casa de Nathaniel, bajo la brillante luz del sol del verano de 1837.



Un joven chico se acercó para repartir el *Salem Observer* cuando casi tropezó con Mia. No había visto a nadie en la pasarela de ladrillo, donde se encontraba de piernas cruzadas, acalorada y muerta de hambre. Se sentía como si acabase de dar media vuelta alrededor del mundo. Había un aire lánguido, amarillento y pesado, y no era fácil respirar.

—Señorita —le dijo el repartidor de periódicos, al que le incomodaba su presencia—. ¿Querría la dirección hacia la Asociación de huérfanos y viudas de marineros?

—No, gracias —le dijo Mia, que se levantó y se limpió el vestido de todos los pétalos de rosas que se le habían quedado pegados.

Era el último estallido de verano, y el día iba a ser abrasador. Mia deseó que se le hubiese ocurrido llevar una ropa más fina. Pensó entonces que no se había preparado adecuadamente, tal y como

cuando huyó de la Comunidad, dado que solo se había llevado el dibujo, su libro y la carta de su madre dentro de una bolsa de lona que tenía colgada al hombro. «Viaja ligero; no mires atrás; llévate solamente lo justo y necesario».

El repartidor de periódicos ayudó a Mia a ponerse en pie y se inclinó ante ella de forma torpe, como si estuviese frente a una reina. Le parecía que aquella extraña era excepcional, con su pelo rojo y suelto, y las extrañas botas de color carmesí. El chico pensó que quizás era un hada que habitaba bajo el seto, y a lo mejor le concedería tres deseos. Pero no era lo suficientemente valiente como para quedarse a averiguarlo.

—Buena suerte, señorita —declaró, y después echó a correr.

Louisa, la hermana de Nathaniel, observó desde la ventana aquel encuentro entre el repartidor y la extraña. Sentía curiosidad y nervios, así que llamó a su hermana, ya que Elizabeth siempre sabía qué hacer. Pero cuando Elizabeth entró en la habitación y miró por la ventana, dijo:

—¡Ay, maldita sea!

Se cruzó de brazos y observó la escena que había en el camino que conducía a la casa. Por supuesto que Mia no se había marchado. La gente enamorada era idiota, se inventaba excusas y acababa haciendo lo que le apetecía sin importar todos los consejos que le hubieran dado. Una pequeña parte de Elizabeth estaba impresionada ante la temeridad de Mia. Si tuviese solo una pequeña parte de esa temeridad, en ese momento estaría en Barbados.

—¿Sabes quién puede ser? —preguntó Louisa sobre la mujer del vestido negro.

Había tenido una muy buena razón para no informar a Louisa sobre la existencia de Mia; la hermana menor de Elizabeth era demasiado bondadosa. Si se le daba rienda suelta, probablemente habría invitado a la extraña a mudarse con ellos. Apretó los labios, que era algo que hacía cuando estaba pensando seriamente, lo cual ocurría la mayor parte del tiempo. Llevaba puesto un simple vestido de muselina y una chaqueta acolchada, ya que había planeado pasarse la tarde leyendo. Por supuesto, ahora esos planes se habían visto interrumpidos. Pero se había librado de Mia una vez, así que probablemente podría hacerlo de nuevo.

—Quédate aquí —le dijo Elizabeth a Louisa—. Y asegúrate de que Eta se queda arriba, en su cuarto —añadió, usando el apodo que tenían para su sensible madre—. No le hace falta involucrarse en esto.

Como muy a menudo ocurría, los hijos se habían convertido en los cuidadores del progenitor frágil. Sinceramente, llevaban haciéndolo desde la muerte de su padre en alta mar. Elizabeth, por su parte, estaba resentida con su posición en la familia, aunque no era como si jamás fuera a eludir sus deberes, como Nathaniel a menudo hacía. Aunque todos, incluida ella, se lo perdonaban una y mil veces.

Elizabeth salió fuera y negó con la cabeza mientras fulminaba con la mirada a Mia.

—Hiciste lo correcto, y ahora crees conveniente volver y causar más daño. ¿Es que no quedamos en que aplicaríamos la lógica a la situación?

Mia se sentía algo mareada bajo el sol, con su vestido largo y negro.

—No he venido para causar daño —le dijo—. Y no tenía elección, Ebe.

—Siempre hay una elección —dijo enseguida Elizabeth, quien agradeció que su hermano no estuviese en casa en ese momento.

Era un romántico, un necio y un genio, y la persona a la que más quería en el mundo. Necesitaba total concentración para centrarse en su don. Pensaba que Mia y ella habían estado de acuerdo.

—¿De verdad? —dijo Mia—. ¿Tienes la posibilidad de ir a Harvard?

—No más de la que tendrías tú si te quedas aquí —le contestó Elizabeth—. Pensaba que entendías que tenías que volver. Estuvo enfermo durante semanas después de que te marcharas, hablaba de ti en sueños febriles. ¿Crees que esto le ayudará a él o a su obra?

—Se me ha ocurrido una manera de ser un pez y respirar fuera del agua —le dijo Mia.

—Ah, ¿sí? —A pesar de todo, Elizabeth sentía curiosidad, pero enseguida se distrajo por un golpeteo a su espalda.

Louisa estaba en la ventana y trataba de llamarle la atención. Elizabeth le hizo un gesto a su hermana, que cerró las cortinas a regañadientes. Pero si Elizabeth conocía bien a su hermana, y lo hacía, Louisa ya habría preparado la mesa para desayunar con aquella

extraña invitada.

—Y he aplicado la lógica.

—¿De verdad? Lo dudo mucho.

—No le haré daño —le dijo Mia.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Abre los ojos. Alguien sale herido siempre.



Elizabeth llevó a Mia adentro a regañadientes, y ambas hermanas la observaron mientras comía. Estaba muerta de hambre y tenía los modales de un marinero. Se echó leche sobre las gachas de avena, una porción más adecuada para tres personas que para una, y después se comió dos rebanadas de pan con mantequilla.

—No puedo parar de comer —les dijo Mia, disculpándose. Aquella misma mañana, al pensar en comer se le había revuelto el estómago, pero ahora se sentía famélica.

—Comes mucho para una sola mujer —le dijo Elizabeth de forma pensativa.

—He hecho un largo viaje.

—¿Desde donde? —se preguntó Louisa.

—Nueva York —respondió rápidamente Elizabeth.

Mia miró a su alrededor mientras devoraba el desayuno, y observó la destartalada cocina, la estufa que funcionaba con madera, la bomba junto al enorme fregadero negro, los platos de cerámica para el uso diario… En la habitación ya hacía un calor infernal, y se volvería incluso peor después, cuando el aire se llenase de humedad. Con la boca llena, Mia preguntó:

—¿Nathaniel está de paseo o está en su nido de lechuza?

Las hermanas intercambiaron una rápida mirada, y Louisa palideció. Quizás aquella mujer era un hada o una bruja, aunque el hambre que tenía la hacía parecer ciertamente mortal. Mia se sirvió más tostadas sin preguntar y echó encima montones de mermelada, para después ingerir la comida. Estaba segura de que jamás había probado nada más delicioso que aquel desayuno, ni se había sentado ante una mesa tan acogedora, con el jarrón lleno de bocas de dragón rosas, la mantequilla en su plato de cristal, mientras se derretía. Aquel

era un mundo más lento, más pequeño, pero los detalles eran intensos, cada uno de ellos era un punto de color brillante sobre un fondo apagado. Se sentía más pesada, pero de una forma agradable, como si ahora que estaba muy lejos de Joel Davis se hubiese calmado. Por fin tenía la receta para la simiente del helecho.

—¿Cómo conoce el nido de lechuza? —le preguntó Louisa—. ¿Y cómo conoce a nuestro hermano? ¿Es usted la mujer de la que hablaba cuando estaba tan consternado?

Elizabeth la interrumpió.

—Nuestra madre está descansando, y nuestro hermano está a doscientos kilómetros de distancia. Así que, cuando acabes de desayunar, te acompañaré a casa. Ciertamente deberías ir volviendo.

—¿Dónde está, exactamente? —A Mia no se le había ocurrido que podría no estar escribiendo en casa.

—Está en la parte oeste de Massachusetts —anunció Louisa antes de que Elizabeth pudiera impedírselo.

—Tengo que ir tras él.

Mia agarró lo que quedaba del pan y la mantequilla que habían sacado, lo envolvió de forma grosera en una servilleta, y se lo metió en los bolsillos de su vestido. Jamás había tenido tanta hambre, ni había necesitado tanto todas sus fuerzas. Miró a Louisa, quien sabía que era compasiva por lo que Nathaniel le había contado, y vio que tenía una mirada llena de preocupación.

—Por favor, dime exactamente dónde está. —Pero tan solo la recibió el silencio, y enseguida vio que Elizabeth estaba fulminando con la mirada a su hermana, asegurándose de que Louisa no decía nada más—. De acuerdo. —Mia asintió—. Si me pasa algo durante el viaje, os culparé a ambas.

Louisa le dirigió a su hermana una mirada alarmada, temiendo que pudieran ser ellas la causa de alguna catástrofe. Y, de hecho, su invitada enfermó en ese momento. Quizás la acalorada conversación la había afectado de manera negativa, o tal vez había comido demasiado, pero Mia sintió náuseas. Se excusó, salió afuera, y vació el contenido de su estómago junto a los arbustos. Las hermanas la miraron desde el umbral de la puerta.

—Ebe —le rogó Louisa, dado que su primer instinto siempre era hacer el bien en el mundo—. ¿Y si Nathaniel quiere verla otra vez? ¿Y

si está desesperado por hacerlo?

Elizabeth tenía una expresión seria, ya que no le gustaba lo que estaba viendo. Una mujer, en la entrada, vomitando en el jardín junto a las enredaderas.

—Ya ha estado involucrado con otras mujeres de forma romántica en el pasado, y eso nunca ha desencadenado nada que le hiciese ningún bien.

—Si tú no hablas con ella, entonces lo haré yo —dijo Louisa, que sabía que aquello provocaría a su hermana.

—Yo me encargaré. —A pesar de su sensación de desastre inminente, Elizabeth salió para hablar con Mia—. Lo hemos discutido y estamos de acuerdo. Lo arruinarás.

—Juro que si pensara que podría arruinarlo, me iría de inmediato. Déjame intentarlo. ¿No debería poder intentarlo, al menos?

Elizabeth ya no estaba tan convencida de que aquella fuese su lucha. Deseaba que alguien le hubiese dejado intentarlo a *ella*, intentar cualquier cosa, o con cualquier persona, un solo sueño.

—Si quieres saberlo, nuestro hermano está en Blackwell. Ha ido a pescar.

Mia pensó que aquella localización era una prueba más de su destino interconectado.

—Entonces ha ido a por las truchas azules —le dijo con total certeza—. Crecí en Blackwell, conozco los ríos.



Elizabeth acompañó a Mia a los establos Manning. Ya que era un día sofocante, Elizabeth llevó un parasol para proteger su complexión pálida y llena de pecas, mientras que a Mia no parecía importarle si se quemaba bajo el sol o si tenía las botas llenas de barro. Una vez que llegaron a los establos, se enteraron de que el carruaje de los pescadores no llegaría hasta el principio de la siguiente semana, y que no habría ningún otro carruaje. El empleado le sugirió a Mia que tomara la nueva línea de tranvía, la cual la llevaría al oeste, que pasaba por Boston y Albany, y paraba en las colinas Berkshire, en la ciudad de Blackwell. Aquello significaría que tendría que cambiar tres veces de tren, y pasar dos días de viaje.

—¿Estás segura de que estás bien como para hacer tal viaje? —le preguntó Elizabeth.

—Por supuesto. Estoy perfectamente.

Elizabeth le dirigió una mirada. ¿Acaso era posible que Mia no hubiese caído en la cuenta de lo que a Elizabeth le parecía tan obvio en cuanto había comenzado a devorar la comida?

—No tienes ni idea, ¿no es cierto? —le preguntó a Mia—. ¿Realmente eres tan ingenua? Asumo que Nathaniel es el padre, pero, incluso si lo es, si piensas que un pez puede respirar fuera del agua, estás gravemente equivocada. Y, ¿qué hay del hijo entre un pez y un gorrión? ¿Qué lugar tendrá esa criatura?

Mia se dejó caer sobre un banco de madera. El corazón le latía con rapidez, dado que supo de inmediato que lo que Elizabeth decía era cierto. Había creído estar enferma, o que el tiempo la había dejado agotada, pero no era eso, para nada.

—Puede que le digas a Nathaniel lo del niño —dijo Elizabeth—, y, por supuesto, se casará contigo. Ni siquiera se le ocurriría no asumir la responsabilidad, sin importar si eso cambia todo lo que está destinado a ser. Puede que otros hombres te dieran la espalda, eso pasa todos los días. Cada uno de los bebés de la colina tenía un padre, pero fueron las madres las que tuvieron que hacerse responsables. Mi hermano no será así, y lo cambiará todo. Pero está destinado a tener una vida, y no es esta.

Se sentaron la una junto a la otra, tan cerca que la gente que pasaba por allí quizás pensaría que eran hermanas.

—Mi madre huyó para poder tenerme. Lo dejó todo y jamás tuvo una vida propia. Me he preguntado a menudo qué habría hecho si hubiese podido tener la vida que ella quería —dijo Mia—. ¿Qué harías tú si pudieses tomar tus propias decisiones?

—Me iría de aquí —dijo Elizabeth enseguida—. Me echaría a la mar, escribiría un libro, tendría un hijo para que otra persona lo cuidase y yo pudiese ser libre.

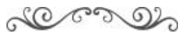
Mia sonrió.

—En otras palabras, serías un hombre.

—Sí. O una mujer, en tu tiempo —respondió Elizabeth.

—En mi tiempo no hay nada seguro. No es todo lo que crees que es.

—No lo necesito todo —dijo Elizabeth—. Me contentaría con algo.



Cuando llegaron a la estación, Elizabeth le compró un billete a Mia, dado que no tenía dinero propio. Mia se fijó en que era solo de ida.

—Ambas sabemos que no volverás —le explicó Elizabeth.

—Ah, ¿sí?

Elizabeth le dio a Mia una horquilla de ónix y plata para que pudiera recogerse el pelo y así no destacar.

—No espero que me lo devuelvas —le dijo.

Quería saber más cosas sobre Nueva York y la biblioteca. Quería imaginarse lo que era caminar por las calles de noche, y sentir que tenías todo el derecho de hacerlo. Quería marcharse de casa, incluso si eso significaba no volver a ver a sus seres queridos. Podría haber llorado en ese momento si fuese una persona diferente, si no la hubiesen enseñado a esconder sus emociones y a hacer lo correcto sin que importase nada más.

Mia se desabrochó el collar de perlas que había heredado de Constance.

—Para ti —le dijo a Elizabeth—. Para que me recuerdes.

—¿Qué te hace pensar que quiero recordarte? —le preguntó Elizabeth en un tono de voz cansado, pero lo cierto es que estaba encantada con el regalo.

Las perlas eran delicadas, con un ligero tono azul. Quería llevarlas bajo la luz de la luna, mientras caminaba a través de la hierba y embarcaba en un barco que la llevaría a alta mar. No haría ninguna de esas cosas, pero, aun así, las perlas estaban destinadas a ser suyas.

Mia se echó de repente hacia delante y le abrochó el collar alrededor del cuello. Había leído que Elizabeth no estuvo en la boda de Nathaniel con Sophia, y sonrió al pensar que quizás era porque Elizabeth prefería a Mia como esposa de su hermano, en lugar de la que él escogería más adelante.

Elizabeth tocó las perlas con los dedos y se sonrojó con vanidad, a pesar de su juramento de no tener pensamientos autoindulgentes. Cuando Mia atravesó el andén, Elizabeth la siguió a regañadientes, ya que aún no estaba segura de si estaba tomando la decisión correcta al

decirle a Mia dónde estaba Nathaniel.

—No estoy segura de por qué te estoy ayudando —se preguntó en voz alta.

—Porque nos importa su obra —le dijo Mia.

—¿Qué sabes tú de su obra? —dijo Elizabeth con el ceño fruncido.

—Sé que me salvó. ¿Acaso necesito saber nada más?

—Tienes que saber que también lo salvó a él.

El tren ya estaba allí, así que llegó el momento de marcharse. Las dos mujeres estaban conectadas por su amor por Nathaniel, así que Elizabeth decidió decir algo más.

—Nunca habrías sido feliz aquí, creo que lo sabes. Ya no hay brujas, eso es cierto, pero las mujeres son juzgadas como si aún siguieran por aquí. Todo lo que te pongas, digas y comas se rige por una serie de normas. Como puedes ver, yo no soy la que está en Blackwell pescando. No soy la que publica novelas. Sabes que este no es el mundo que quieres.

Las mujeres escribían bajo nombres de hombre, o solo usaban las iniciales para esconder su género, dado que todo lo que hacían se consideraba menos importante. Había algunas academias de mujeres con grandísimos costes para que las mujeres estudiaran, pero no se las aceptaba en universidades ni facultades, excepto en Oberlin, donde acababan de empezar a aceptarlas como estudiantes.

—El mundo cambiará —le dijo Mia.

Elizabeth negó con la cabeza.

—No lo hará a tiempo para mí o para tu hija si te quedas.

Mia miró a Elizabeth, y ella se rio al ver su confusión.

—Las chicas abundan en nuestra familia. Mi hermano es el único chico, el más preciado.

Mia sintió el estímulo en su interior mientras estaban allí, plantadas sobre el andén bajo el sol de aquel día, y entonces lo supo. No iba a esconderse en el bosque y a ser invisible. Entendió por qué su madre había hecho lo que tenía que hacer para no perderla.

«Tú eras mía, y solo mía. Eras lo mejor que me había pasado jamás».

La gente embarcó en el tren. Mia rodeó a la hermana de Nathaniel con los brazos, y al hacerlo, Elizabeth sintió que un sollozo se le atascaba en la garganta. Su vida estaba dictaminada y no podría ser

alterada, pero ay, cómo deseaba que así fuese. Deseó haber nacido siendo un chico, o poder deslizarse a otro tiempo, o que Nathaniel pudiese tener todo lo que quisiera, y aun así ser el escritor que debía ser.

—Ahora ya lo sabes —le dijo Elizabeth, que dio un paso atrás y parpadeó para librarse de las lágrimas—. Un pez puede vivir en el mismo mundo que un gorrión, pero no pueden casar sus vidas. Y un halcón no puede casarse en absoluto.

Mia entendió que Elizabeth se consideraba a sí misma un halcón.

—Harás más durante toda tu vida de lo que hacen la mayoría de hombres —le dijo Mia.

—Y, ¿eso importará? ¿O recordarán tan solo lo que él hizo?

Mia no podía decirle a Elizabeth que tenía razón.

—No necesito ver el futuro para saber lo que ocurrirá —le dijo Elizabeth—. Es mi hermano, y un genio. Pero, en otro tiempo y otro lugar, quizás yo también lo habría sido.

Elizabeth se sorprendió a si misma entonces, ya que no retrocedió cuando Mia la abrazó.

—Le pondré tu nombre —dijo Mia—, para asegurarme de que es valiente.

El revisor guio a Mia hacia el tren, y una vez dentro, agradeció poder sentarse en su asiento. Miró por la ventana a Elizabeth, que seguía en el andén. Se despidió con la mano, y Elizabeth la imitó. Mia entonces cerró los ojos y se apoyó contra el asiento cuando comenzaron a alejarse lentamente de la estación. Había llegado tan lejos, y ahora estaba allí, de camino al único sitio en el mundo al que había jurado que no volvería. Tenía que cambiar de tren y estaba agotada, y sentía como si estuviese faltando a su palabra al dirigirse al oeste de Massachusetts. Pero, aun así, al final de aquel viaje, cuando las colinas del condado de Berkshire estuviesen a la vista, no desearía estar en ningún otro lugar.



Nathaniel estaba sentado en una mesa al fondo de la taberna mientras su tío se echaba una siesta en la habitación, escaleras arriba. Hacía un calor abrasador aquel día, y las moscas zumbaban alrededor de los

charcos de cerveza derramada sobre las mesas. Las abejas se chocaban contra las ventanas, adormiladas bajo los últimos rayos de sol. Nathaniel y Robert habían estado en el río desde el amanecer, y después habían caminado más de quince kilómetros a través de áreas húmedas donde crecía la palma de abanico, y donde los helechos eran igual de altos que un hombre. Pararon en una choza de pescador, donde varios lugareños se habían reunido para intercambiar historias sobre lo que habían pescado aquel día. Un tipo juraba haber atrapado una trucha azul que medía más de un metro de largo, pero nadie le creyó. Otro decía haber visto el fantasma de una chica en el río Eel, que estaba cerca de allí, y los hombres se rieron a carcajadas sin poder creérselo. Otro más dijo que había visto a una anguila salir de las lentas cataratas del río y convertirse en una mujer que se había ido a vivir a una de las cabañas de pescadores. Otra historia que nadie se creyó.

El condado de Berkshire estaba lleno de relatos fantásticos, y a Nathaniel le encantaba escucharlos, ya fueran ciertos o no. Aquel era un lugar donde podía ocurrir cualquier cosa, donde los osos vagaban por las colinas y los niños se ocupaban de las ovejas con perros collie junto a ellos para su protección. Nathaniel había comenzado a llenar un cuaderno de palabras y frases. Apuntó los relatos del lugar, pero también recordó lo que Mia le había contado de cuando creció en aquel lugar salvaje. «Desconcierto, amor, prejuicios, rosales salvajes, el profundo corazón de la naturaleza, flores negras. Quería más para ti que lo que quería para mí misma».

Nathaniel y su tío compartieron unas cuantas bebidas con los lugareños, *whiskey* del malo en tazas de hojalata. Aquella era probablemente la razón por la que Robert había tenido que ir a acostarse cuando volvieron a la posada y se había dormido profundamente enseguida.

—Vas a tener que perdonarme —le había dicho Robert cuando se despidió—. Pescar es un trabajo cansado.

—Eso es cierto —Nathaniel estuvo de acuerdo.

También era curativo, como su tío había creído. Había centrado los pensamientos de Nathaniel, y había permitido que las palabras volviesen a él como si fuesen abalorios en un hilo. Berkshire le recordaba lo precioso que podía llegar a ser el mundo. Se sentía como

si hubiese despertado de un sueño profundo, como si fuese un oso, uno que pensaba que su único propósito era contar historias, y ahora tenía claro que era mucho más importante tener la habilidad de amar a alguien.

Nathaniel tenía barro en las botas y hojas en el pelo, aunque había hecho todo lo posible por deshacerse de ambos antes de entrar en la posada. Había dejado su cubo vacío junto a la puerta de atrás, a pesar de que habían capturado varios azules, uno de los cuales casi medía cuarenta centímetros. Un monstruo de un intenso color ciruela cuando lo habían sacado del río. Cualquier otro pescador habría matado a la trucha golpeándola contra las rocas, y habría alardeado de aquella presa durante meses, pero Nathaniel y su tío Robert la soltaron. Aquella era la fórmula secreta de sus viajes de pesca: jamás se quedaban nada de lo que pescaban, simplemente disfrutaban de las maravillas que había a su alrededor.

Nathaniel también estaba agotado, pero, aun así, las palabras no dejaban de llegarle por sí mismas, como si un ángel estuviese bajándolas del cielo. Tomó su pluma y el cuaderno de nuevo, y allí sentado en la mesa de la taberna, hizo una lista de todos los árboles que había visto en el bosque: arce azucarero, arce rojo, abedul dulce americano, abedul amarillo, pacana, roble rojo del norte, haya, fresno americano, tsuga oriental, pino. Se estaba enamorando de nuevo de las palabras, dado que cada una de ellas contaba una historia por sí misma. Estaba empezando desde el principio, dado que, al fin y al cabo, estaba empezando. No tenía ninguna historia, pero tenía las palabras que usaría si alguna vez tenía una historia que contar. La palabra *árbol* podría ser cualquier cosa, podría serlo todo. Un manzano bajo un rayo de sol. Una conífera donde los cuervos anidan. Un retoño torcido sobre el río, con las raíces volviéndose de un color verde por el musgo. Un rosal en el exterior de la taberna, con las flores de color carmesí que se caían. Así es como comenzaba, con un mundo tan real como el río, a pesar de no estar hecho de nada más que palabras.

CAPÍTULO OCHO

Al oeste de la luna

Mia llegó a la pequeña estación de tren de Blackwell, que sería derrumbada décadas antes de que ella naciera, dado que la ruta de tren se interrumpiría cuando construyesen la autopista. La tarde era sofocante, y antes de que Mia comenzara a caminar hacia la Jack Straw, se sentó un momento en el banco de madera del parque del pueblo, al otro lado de la biblioteca. Tenía el mismo aspecto que el que recordaba, un edificio de ladrillo y teja, con cristales emplomados y una puerta de madera de roble. Mia observó el pueblo como era, y como llegaría a ser. Había una tienda de comestibles, la oficina del *sheriff*, la casa del fundador del pueblo, donde se decía que solo crecían plantas rojas: falsa dulcamara, azaleas y una variedad de lilas rojas que no podía encontrarse en ningún otro lado de la Commonwealth, así como unas rosas trepadoras llamadas *Crimson Gory*. Mia trató de imaginarse a su hija viviendo en aquel mundo, y lo único que podía ver eran los confines de la Comunidad. «No puedes caminar por la calle descalza, ni cortarte el pelo corto, ni hacer lo que te plazca. Harás lo que otros esperan que hagas». Cruzó el parque para parase frente a la puerta de la biblioteca. «Pero siempre tendrás esto, el sitio donde hay mil llaves que abren mil puertas».

Uno de los hombres que trabajaban en el mostrador se fijó en Mia y se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —le preguntó, dado que no la reconocía y la biblioteca era privada: un club donde los hombres se reunían para expandir sus mentes leyendo o discutiendo. La única biblioteca pública de la Commonwealth era la Biblioteca Franklin, fundada en el 1790, y que comenzó con una donación de los libros de Benjamin Franklin. La biblioteca pública de Boston no sería construida hasta el 1848. La mayoría de bibliotecas eran privadas, y aún quedaban años hasta que se formaran las sociedades de lectura para mujeres, donde se incluirían a mujeres y niñas.

—¿No puedo tomar prestado un libro? —le preguntó Mia.

—¿Es su marido miembro? —le preguntó el bibliotecario.

—No tengo marido —respondió Mia, y cuando el bibliotecario negó con la cabeza, se quedó atónita—. ¿Me está diciendo que, por ello, no tengo derecho a leer estos libros?

—Lo siento, señorita. Si la biblioteca se hace pública, entonces será usted más que bienvenida aquí. Pero hasta que ese momento llegue, me temo que debo pedirle que se marche.



Echó a andar hasta salir del pueblo, por la carretera de tierra que algún día se convertiría en la ruta 17, y Mia encontró el camino con facilidad, incluso sin los puntos de referencia que ella conocía, como la verja que rodeaba la propiedad de la Comunidad, las señales de tráfico hacia Lenox o Mass Pike, o los buzones de los vecinos lejanos con los que no se le había permitido hablar. Mia entendía ahora que Joel sabía que una vez que una chica entrase a una biblioteca, jamás podría ser controlada de nuevo.

Cuando entró al bosque, vio un zorro rojo que corría a través de una cañada entre las sombras, y saltaba sin más motivo que la alegría de estar vivo. Ver algo así solo podía significar buena suerte. Ves a un zorro, y ves tu futuro. Eso es lo que Ivy le había dicho en una ocasión. En los matorrales había aronias y moras, y el cielo estaba de un intenso color azul. Mia atravesó el prado lleno de hierba alta y plumosa, y no tardó en sentirse acalorada de andar tan rápido y con tanta determinación. La falda se le enganchó con las espinas, y tuvo que arrancar el tejido de las quebradizas ramas de las zarzas. Había abejas por todas partes, y zumbaban a su alrededor como si ella fuese una flor que se movía por el campo.

Cada poco tiempo, gigantescas bandadas de gorriones se veían mientras volaban al sur. En el condado de Berkshire, el verano era breve, y las noches ya se volvían frías. El futuro sobrepasaba al presente, el verano a la primavera, y el otoño al verano. Las hojas de las retorcidas enredaderas en el bosque ya se estaban volviendo amarillentas. Mia recordó cómo buscaba siempre la primera hoja roja de la temporada. Allí, en lo profundo del bosque, había balsamina a lo

largo de la orilla húmeda y embarrada de los riachuelos, así como parches de cardenales, que florecían de color carmesí.

Mia se recogió la falda al subir la colina, dado que la hierba estaba mojada con el rocío. Ciertamente recordaba la taberna de Jack Straw, y de la vez que se había colado en el bar y disfrutado del breve tiempo que había pasado allí, donde se había sentido como una chica normal y corriente. Conforme se acercó, vio un cubo de hojalata junto a la puerta y se agachó para ver el interior. Estaba totalmente vacío, ni un solo pez capturado. Estaba segura de que Nathaniel estaba en el interior, ya que alardeaba de que jamás había matado a una criatura viva, y jamás se quedaba sus capturas cuando iba a pescar.

Mia se acercó a la ventana parar mirar adentro. Allí estaba, sentado a solas, con su precioso rostro a oscuras y con el ceño fruncido de la concentración, mientras escribía en un pequeño cuaderno de cuero. Frente a él había un plato de comida sin tocar. El corazón le dio un vuelco mientras daba unos toquecitos en la ventana. Al principio, Nathaniel pensó que eran abejorros chocándose contra el cristal. Pero entonces, alzó la mirada y lo que vio lo cautivó. Pensó que estaba soñando; quizás se había quedado dormido en la pequeña cama de metal de la habitación escaleras arriba, echándose una siesta tal y como había hecho su tío, y tan solo había soñado bajar las escaleras, pedir la cena y un *whiskey*. Mia lo saludó con la mano. Ciertamente era un sueño. O, al menos, eso pensó hasta que se pellizcó en la mano y sintió el dolor.

Nathaniel salió al exterior. El día estaba acabando, así que la luz era plateada y pálida. No había necesidad de palabras ni recriminaciones; a Nathaniel le había dolido su desaparición, pero allí estaba de vuelta y no podía resistirse a ella. Sin decir nada, entraron a la taberna y subieron por la escalera trasera para ir a la habitación de Nathaniel. Echó el pestillo y se quitó el abrigo negro. Ella se desabrochó el vestido, pero Nathaniel le dijo que parase, ya que lo haría él.

La cama era pequeña, demasiado pequeña incluso para Nathaniel, pero eso ya no importaba. La vida puede ser larga o corta, es imposible saberlo. Pero, de vez en cuando, se vive una vida entera en una sola noche, una noche de ventanas abiertas por las que escuchas a los grillos cantando, donde el aire es fresco y las estrellas brillantes,

donde nada más importa, y donde un solo beso dura toda una eternidad. Una noche en la que no piensas en el futuro, ni el pasado, ni si caminas por un sueño en lugar de por el mundo real. Una en la que todo lo que siempre habías querido y todo lo que estás destinado a lamentar para siempre se unen con hilo negro y los coses tú mismo. Y cuando te despiertas por la mañana y ves la montaña en la distancia, entenderás que, tanto si ha sido un error como si no, o tanto si lo has perdido todo como si no, esto es lo que significa ser humano.



Mia guardó el libro debajo del colchón, y Nathaniel vio el título y el nombre. Ella había creído que estaba dormido, así que agarró el libro y lo sostuvo contra su pecho. «Lo cambiarás todo», le había advertido Elizabeth. «No existe la lógica en el amor ni en lo escrito», había insistido Mia, pero ahora se preguntó si no habría tentado demasiado el destino.

—Tienes que dejar que lo vea —le insistió Nathaniel. Cuando Mia se negó, habló en un tono más oscuro—. Parece ser mi libro, ¿acaso no lo es?

—Aún no. No hasta que lo escribas. Si lo ves ahora, quizás te influya y quieras cambiarlo de alguna manera o escribirlo como crees que debería de haber sido escrito.

Pero ahora sabía cuál era el título, por lo que asumía que no debía atreverse a cambiarlo. Entre las palabras que había escrito recientemente en su cuaderno, había una lista de colores. El escarlata estaba entre ellos, pero, ahora que lo había visto en el libro, pensó que era una palabra de lo más bonita.

—¿Te dijo mi hermana que no me lo enseñaras? No siempre tiene razón, a pesar de que ella crea que así es.

Mia jamás lo había visto tan perturbado. Había leído sobre sus lúgubres estados de ánimo y el pesimismo que a menudo lo rodeaba. Aun así, no estaba preparada cuando Nathaniel salió de la habitación hecho una furia tras murmurar que iba a buscar algo de café al bar. En cuanto se marchó, Mia creyó que lo mejor sería ocultar el libro en un lugar donde no se le ocurriera mirar. Lo guardaría en su bolso, y lo pondría en la chimenea. Pero cuando alzó el libro, este se cayó al

suelo y se abrió, y vio que el cambio había comenzado ya.

Las palabras que tan bien conocía desaparecieron ante sus ojos; un párrafo entero que se sabía de memoria, uno que hablaba sobre lo que hacer con una mujer soltera que había roto las reglas de los puritanos, desapareció y fue reemplazado por un espacio en blanco. «Al menos, deberían haber dejado la marca del hierro forjado en la frente de Hester Prynne». Conforme pasó las páginas, vio que otros fragmentos desaparecían también, como si las palabras fuesen gorriones negros que salían volando del papel con tanta rapidez que era imposible atraparlos. «¿Por qué hablamos de marcas y señales, ya sean en el corpiño del vestido o sobre la carne de la frente? Esta mujer nos ha cubierto a todas de vergüenza, debe morir. ¿Acaso no hay una ley que lo dictamina? Y tanto que sí, tanto en las Escrituras como en el libro de los decretos. ¡Pues dejemos que esos magistrados, que han provocado que esas leyes no tengan efecto, tengan que agradecérselo a sí mismos cuando sean sus mujeres e hijas las que se descarríen!».

A pesar de que Mia tan solo habitaba en la periferia de la vida de Nathaniel, esos márgenes podían ser tan intensos como para cambiarlo todo. Tal y como la mariposa que vuela al otro lado del mundo, ella cambiaría todo lo que Nathaniel había hecho, pensado y escrito. Incluso si le decía cómo seguir su historia, dónde conocer a su mujer, en qué sitio debía vivir, la fecha en la que debía unirse a Brook Farm, el día en que tenía que escribir su gran novela, para la que aún quedaban varios años; ella no tenía manera de hacer que él experimentara los pequeños detalles de su vida. Una libélula que avistaba un viernes. Un pájaro que divisaba en el cielo. Un encuentro en el bosque, que podía afectar a todo lo que era y lo que llegaría a ser. ¿Qué significaría para él su hija, cómo cambiaría su visión del mundo? Una novela nacía de experiencias personales y emociones a flor de piel. Era un historial de lo que era una persona. Incluso si Mia vivía en la cabaña, si solo lo veía una vez al mes, o cada seis meses, quizás sería suficiente para cambiar todo lo que debía pasar. Elizabeth tenía razón; ya estaba ocurriendo. Mia fue al cristal y vio que ella también había comenzado a desaparecer. Sus pecas habían desaparecido, su pelo había adoptado un tono pálido, sus ojos eran plateados en lugar de negros. Fue entonces cuando supo que si esperaba demasiado, se volvería invisible, tanto allí como en su propio

mundo. Como si todos esos años atrás hubiese seguido adelante con su plan de entrar al agua, como si aquel libro no hubiese estado sobre el estante, preparado para cambiar su destino.



Por la mañana, llegó el carruaje que llevaría a Robert y a Nathaniel de vuelta a Salem. Su tiempo aquí había terminado, y les esperaba el mundo real, que había avanzado sin ellos. Ahora era el momento de volver a sus vidas, afrontar sus responsabilidades y renovar sus lazos con la familia. Robert Manning pensó que el viaje le había hecho mucho bien a su sobrino. Nathaniel parecía mucho más animado, y había dejado de hablar de toda aquella tontería sobre la vida en el futuro. El futuro, después de todo, era lo que ellos hiciesen, y lo que vivían cada día.

El carruaje tenía dos cocheros en lugar de uno, que era lo habitual. Robert reconoció al tipo que los había traído a las Berkshires unos días atrás, un joven llamado Tyler que le explicó que le estaba enseñando cómo funcionaba todo al nuevo. El tipo nuevo había subido a la habitación de Nathaniel para bajar el equipaje mientras Nathaniel se daba un baño. Robert observó de forma sagaz a la oscura figura, y el hombre parecía inexpresivo mientras cargaba el equipaje en la parte de atrás del carruaje.

—¿No es un poco mayor para ser nuevo? —dijo Robert riéndose. El hombre parecía ligeramente indeseable, con una ropa extraña y pelo gris corto.

—Trabaja duro —explicó Tyler—. Y apenas dice una palabra. A mi me vale con eso.

Cuando su sobrino salió de la taberna para recuperar su equipaje, este ya estaba todo cargado en el carruaje, así como el equipo de pesca. Había dejado a Mia en la habitación para poder explicarle la situación a su tío y recuperar el equipaje. Tenía el pelo mojado y una mirada salvaje.

—¿Estás enfermo? —Quiso saber Robert.

—Para nada —le dijo Nathaniel—. O quizás sí. Si así es, es una enfermedad que afecta al corazón, una que la gente suplica contraer, a pesar de que no hay cura alguna. Tío, creo que sabes lo único que

haría que quisiera quedarme aquí.

Robert lo entendió al instante. Nathaniel estaba enamorado.

—¿Es ella? —le preguntó su tío—. ¿La criatura mitológica?

Nathaniel se rio.

—Es muy real, créeme.

La sabia mirada de Robert se alzó hacia el segundo piso de la taberna, y allí, en la ventana de la habitación de su sobrino, vio a una mujer con el pelo de un color rojo pálido. Llevaba puesta la bata de Nathaniel y nada más. Robert sintió una oleada de tristeza, dado que entendió entonces que iba a regresar a Salem solo. Su misión de despertar a Nathaniel de sus sueños y fantasías había fallado, y sería incapaz de llevarlo de vuelta a la vida real. Podía pelearse con su sobrino, pero Nathaniel era testarudo, siempre lo había sido. Era un hombre que seguía su propio camino, y estaba destinado a deshacerse de las reglas del pasado.

Robert escuchó la explicación de su sobrino sobre por qué deseaba quedarse en el condado de Berkshire bajo la sombra de un retorcido manzano. Le contó una historia sobre que necesitaba tiempo para pensar y escribir, excusas que no sonaban a la verdad.

—Sé un hombre sincero —le dijo Robert—. ¿No es ella la razón?

Nathaniel alzó la mirada para ver a Mia en la ventana. Le estaba enseñando dónde estaba el baño, ambos fuera de su habitación, cuando habían bajado el equipaje. Robert se rio cuando vio la expresión en el rostro de su sobrino. Sabía reconocer a un hombre enamorado cuando lo veía.

—Ya me has respondido. —Robert negó con la cabeza—. Estoy muy convencido de que no tienes intención alguna de regresar a Salem conmigo.

—Hoy no, eso sí que lo sé con seguridad.

Robert le dio una palmada a su sobrino en la espalda.

—Acepta un consejo: no te cases.

—Eso sería poco probable, ya que no tengo anillo —bromeó Nathaniel de forma irónica.

Abrazó a su tío, quien había sido ciertamente un padre para él. Deseó poder contarle más a Robert, pero era mejor no hacerlo, dado que la verdad lo inquietaría y le haría cuestionarse su cordura.

—No hagas nada temerario —le recordó Robert.

—Lo que quiero, más que nada en el mundo, es tiempo, tío. Me quedaré aquí y escribiré.

—Haré que te reserven tres noches más a mi cuenta —le concedió Robert—. ¿Será eso suficiente?

Nunca sería suficiente, pero Nathaniel se lo agradeció. Tres noches para hacer lo posible para averiguar qué hacer durante el resto de sus vidas.

—Solo te advertiré de una cosa —le dijo Robert—. El amor puede ser peligroso.

Nathaniel se suavizó ante su tío, quien solo quería lo mejor para él.

—¿Hay algo que merezca la pena que no lo sea?

Nathaniel se quedó afuera para ver cómo el carruaje desaparecía por la carretera, tras una arboleda de hayas. Cuando se giró, se dio cuenta de que uno de los cocheros seguía allí, echado contra la pared de la taberna, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

—Se han ido sin usted —le dijo Nathaniel, que estaba confuso.

—No me importa —le dijo el hombre de forma tosca—. No trabajo para ellos, haré lo que me apetezca.

—¿Eso hará? —Nathaniel observó a aquel hombre de forma sospechosa.

—Tengo una granja por aquí —respondió el tipo—. La más grande del condado de Berkshire.

—Ah, ¿sí?

Aquel hombre ciertamente no se parecía en nada a los granjeros adinerados de la zona.

–Y ella también me pertenece —dijo el cochero con una sonrisa a la vez que miraba hacia arriba.

—No sé a qué se refiere —respondió Nathaniel, pero se fijó en la manera en que el tipo miraba hacia la ventana de su habitación.

Nathaniel tuvo una intensa reacción ante el hombre, lo cual supuso que era desconfianza. Cuando el tipo se giró para marcharse, Nathaniel esperó para asegurarse de que el extraño se alejaba antes de volver a entrar en la taberna.

—¿Con quién estabas hablando? —le preguntó Mia cuando Nathaniel por fin subió arriba. Lo había visto hablando con un hombre entre las sombras, al que no había distinguido bien.

—Alguien que insiste en que tiene la granja más grande del

condado de Berkshire, pero parece que haya estado durmiendo en un establo.

Nathaniel se sentó junto a la cama con una expresión de preocupación en el rostro. No le gustaba la terquedad fría del tono que había usado el cochero. Pensó en el hombre del que Mia le había hablado, el que le había arruinado la vida a su madre, y pensaba que todo lo que le rodeaba era suyo.

—Mia, ¿podría viajar alguien más aquí?

—No, por supuesto que no —dijo Mia—. No sin el libro.

—Me dijo que eras suya, sea lo que sea lo que signifique eso.

Alarmada, Mia miró por la ventana. «Llevamos el pasado a cuestas incluso cuando tratamos de huir. Nunca está demasiado lejos». Fue entonces cuando vio al hombre dirigirse hacia el bosque. Reconoció la postura, la inclinación de sus hombros, y ciertamente, sus andares, dado que sus zancadas anunciaban la certeza de que poseía cada pedazo del mundo en el que él se encontrara. Fue entonces cuando supo que cuando había ido allí, él había estado lo suficientemente cerca como para seguirla. Lo único que le había hecho falta había sido dar un paso.

«Pensaba que me cuidaría», le había dicho Ivy una noche, en el bosque. «Pero resultó ser totalmente lo contrario». Quizás había llorado, dado que estaba demasiado oscuro como para saberlo. Ivy y Mia estaban sentadas sobre la hierba, y las luciérnagas revoloteaban por el bosque como círculos de luz. «Me contó una historia, y yo creía en las historias, pero todo lo que me dijo era mentira. Me dijo que su familia lo había maltratado de forma terrible, que le habían pegado y abandonado. Que quería un nuevo mundo en el que la gente se guiara por unas reglas que los ayudasen a vivir sus vidas».

—Sea quien sea, ha estado en nuestra habitación —le dijo Nathaniel.

—¿Qué ha estado haciendo? —Mia sintió un escalofrío en todo el cuerpo.

—Lo enviaron para recoger mi equipaje.

Mia se giró y vio que su cartera ya no estaba escondida dentro de la chimenea, sino que estaba tirada en el suelo, y el contenido estaba desperdigado. Había guardado la carta de su madre y el dibujo bajo el fino colchón, pero el libro no estaba. Sintió entonces puro pánico, ya

que no tenía ni idea de qué planeaba hacer Joel con el libro, pero estaba segura de que encontraría la manera de usarlo en su contra. Ivy y ella deberían haber hecho un juramento para avanzar al futuro y dejar el pasado atrás. Si te aferras a él, tan solo te perseguirá, te rodeará los brazos y el cuerpo, y te hundirá. Necesitaba ese libro para volver. Nathaniel aún no se había percatado en que se estaba desvaneciendo, pero cuando Mia se miró en el cristal, vio que estaba aún más pálida. Estaba ocurriendo. El libro había cambiado, o había dejado de existir, y se estaba volviendo invisible.



Nathaniel fue a hablar con la esposa del tabernero para pedirle algo de comer y así poder llevárselo mientras exploraban el bosque. Mia se calzó las botas mientras y bajó las escaleras traseras, las cuales se usaban para subir el carbón y la leña durante el invierno. Conocía a Joel, y estaba segura de que estaría esperándola. El mal es predecible; se disfraza a sí mismo de virtud y se convence de que sus enemigos deben ser castigados. Mia se agachó bajo las ramas de los árboles, y se mostró indiferente cuando estas se le engancharon en la ropa. Vio las huellas de sus botas sobre la tierra húmeda, y las siguió a través de los altos tallos de hierba y de los montones de menta salvaje.

Estaba allí, esperándola. Mia sintió como si hubiese estado aguantando la respiración desde que había descubierto que le faltaba el libro. Pero estaba allí, en manos de Joel. Siempre sabía cuál era la mejor manera de hacerle daño a alguien. Se fulminaron con la mirada a través de las sombras.

—No me ha sorprendido descubrir que eres una bruja —le dijo Joel de forma monótona—. Siempre ha sido esa tu naturaleza. Di un paso para seguirte, y de repente estaba en el infierno. Decía que los libros eran obra del diablo, y tú tan solo me has demostrado que llevaba razón.

—Dame el libro —le dijo simplemente Mia, aunque estaba hecha un manojo de nervios.

Joel le dirigió una mirada asesina.

—Quiero el dibujo que me robaste. Sabías que eran las escrituras.

—No, no lo sabía —le dijo Mia.

Él sonrió y le dijo de forma retorcida:

—No me sorprende la persona que has acabado siendo, pero tu madre estaría muy decepcionada. No querría tener nada que ver contigo. Deberíamos haberte abandonado en el parque del pueblo.

—No hables de mi madre —dijo Mia en un tono suave de voz.

—Y ahora, eres la puta del diablo. —Hablaba de Nathaniel, y le señaló el vientre con un gesto de cabeza—. Supongo que vas a tener su vástago. Al menos en esta época saben lo que es correcto y lo que no. Si intentas librarte de él, te meterán en la cárcel.

—No quiero librarme de él —le dijo Mia—. Pero si lo hiciera, debería tener derecho a elegir.

—Tu madre no te enseñó a obedecer como es debido, aunque ella sí que aprendió muy rápido.

—Solo se quedó porque la amenazaste con quedarte conmigo.

—Durante todos esos años fui tu padre, mi nombre incluso está en tu certificado de nacimiento. Eres mía, y me lo debes. Tiene sentido que nos ayudemos el uno al otro. Tú quieres el libro, y yo quiero las escrituras de mi propia tierra. Hagamos un trato justo y prométeme que me llevarás de vuelta con la brujería que sea que posees.

«Ten cuidado de quién te fías», le había dicho en una ocasión Ivy en el bosque. «Si eres lista, cosa que yo jamás fui, no confiarás en nadie excepto en ti misma».

—Si no accedes al trato, me encargaré de ese hombre tuyo. Le romperé el cuello si es necesario. Solo quiero lo que me pertenece. Hace mucho tiempo, cuando aún era tu padre, me hacías caso.

Mia sintió de nuevo aquella sensación helada, igual que la noche que la había encerrado en el establo. Había sido verano, pero ella estaba helada y preocupada por lo que pasaría si no conseguía escaparse, la humillación pública, la marca en su piel…

—Tú jamás fuiste mi padre —le dijo ella.

—Puedes decir lo que te apetezca, pero yo te crie.

—Dame un día más —le pidió Mia de forma audaz—. Entonces, haré lo que me dices.

—Loca por amor —Joel asintió. Aún era un hombre atractivo si no lo mirabas con demasiada atención, y si no veías lo que se ocultaba bajo la apariencia—. Igual que tu madre.

Mia hizo lo posible por ignorar el comentario, aunque sintió la

rabia bulléndole por dentro. Recordaba la regla sobre no contestar a los demás. «Los niños no deben hablar a no ser que se les hable. Deben estar callados, ser educados y jamás ser indisciplinados».

—Muy bien —dijo Joel—. Por tu madre esperaré a mañana.

Accedieron a encontrarse al amanecer, en la granja.

—El hoy te pertenece —dijo Joel—, pero cuando llegue mañana, no me hagas esperar. Si lo haces, te arrepentirás, y también lo hará tu hombre.



Nathaniel estaba sentado en una destartalada silla de madera en el exterior de la taberna mientras la esperaba. Había caminado de un lado a otro hasta dejar una marca sobre la hierba, y entonces se dio cuenta de que preocuparse e inquietarse no lo llevaría a ningún lado. Tendría que tener fe. Cuando por fin la vio salir de entre los árboles con su pelo rojo suelto, se sintió aliviado. Tenía una forma de andar muy peculiar, diferente a todas las mujeres de su época, como si fuese libre como un pájaro y pudiese echar a volar en cualquier momento si así lo deseara. Fue hacia él, se sentó sobre su regazo y le rodeó el cuello con los brazos.

—Aquí es donde pasé mi niñez. Juré que jamás volvería, hasta que me dijeron que estabas aquí.

—Me alegra que cambiaras de idea —le dijo Nathaniel.

Mia podría haberse echado a llorar en ese momento, pero no se lo permitió a sí misma.

—Tú me hiciste cambiar de idea. Quiero que pasemos un día perfecto —le dijo, y realmente, no podía pedir nada más—. ¿Podemos?

—Desde luego. El día perfecto ya ha empezado.

Dieron un paseo por el bosque, donde las margaritas salvajes habían florecido, y la hierba casi les llegaba hasta la cintura. Conforme se acercaron al río, Mia escuchó un ruido como de ramas rompiéndose. Durante un momento temió que fuera Joel, listo para traicionarla, pero entonces vieron a dos pescadores. Los hombres los saludaron y les desearon buena suerte, y después gritaron que había tantas truchas que el río parecía azul. El vergel de manzanos por el

que el pueblo sería famoso más adelante había nacido del plantón que Johnny Appleseed había dejado allí. Pero ahora había pinos, abetos, robles y perales salvajes llenos de fruta, con montones que se caían al suelo. Era la época del año en que los osos comenzaban a volverse locos en busca de alimento, devoraban los arándanos, las nueces de nogal y las peras maduras para comer todo lo que podían antes del final del verano.

Más adelante se podían ver las nubes del cielo reflejadas en las profundas pozas. El agua que bajaba de la montaña corría en dos direcciones por el río. Mia había patinado allí cuando era niña, después de hacerse sus propios patines con palos atados a los zapatos. Su infancia fue una que nadie elegiría, pero, a pesar de todo, era la suya. En una ocasión, Ivy la había seguido al río. «¿Qué crees que estás haciendo?», le había preguntado Ivy, ya que le preocupaba que descubrieran que Mia estaba rompiendo las reglas.

«Me estoy divirtiendo», le dijo Mia. «¿Alguna vez lo has probado?».

Ivy sonrió, y después también se ató palos a los zapatos. Una vez que estuvo en el hielo, Ivy se cayó una y otra vez hasta que Mia se acercó y le ofreció apoyo. Patinaron en el hielo azul hasta que se les quedaron las manos heladas por los finos guantes de trabajo. Era más que divertido. Era casi perfecto.

«No le digas a nadie que hemos estado aquí», le dijo Ivy mientras volvían a través del bosque nevado, caminando con cuidado sobre la escarcha. Pero Joel estaba esperando a su mujer, y vio la nieve en su pelo. A la noche siguiente, cuando Mia vio a su madre en el comedor, se fijó en la marca oscura que había en su brazo. Ivy se fijó en que Mia la miraba, y se bajó la manga rápidamente. Pero Mia lo había visto. **A** de ambición; **A** de anarquía y actos de maldad, como si una noche de diversión en el frío hubiese sido un pecado similar a la vanidad o la envidia.

Cuando Mia y Nathaniel llegaron a la orilla del río, se tumbaron boca arriba para observar las volutas de las nubes, que pasaban a toda prisa por el cielo. Mia apoyó la cara contra la áspera mejilla de Nathaniel.

Ay, el día perfecto, el que jamás olvidarían. Mia acarició el rostro de Nathaniel con la punta de los dedos para memorizarlo a través del tacto.

—No he sido del todo sincera —le dijo—. No te he contado cómo leí tu libro, ni por qué me cambió la vida.

Le contó que cuando tenía quince años y vivía al otro lado de aquella colina, en una granja con vistas a Hightop Mountain, había estado tan desesperada que había reunido piedras negras hasta tener setenta de ellas, que brillaban bajo la luz del sol que se colaba entre las hojas. Sabía que el río Last Look era famoso por los ahogamientos, así que simplemente sería una de ellos. Le dijo a Nathaniel que había leído que la gente que trataba de quitarse la vida y no lo conseguían, siempre contaban que se arrepentían de sus acciones en cuanto se lanzaban del puente o cuando se tiraban al mar. Ella había estado tan perdida que no entendía cómo era posible tal cosa. Pero entonces había encontrado su libro, y cuando comenzó a leerlo, descubrió una puerta que la sacaría de su situación. Entendió que cada libro era una puerta, y que había mil vidas que vivir.

—Mia, no sé qué podría escribir que afectara a tu vida de esa manera —le dijo Nathaniel. Era una carga, una grandísima responsabilidad, y no sabía si sería capaz de realizar tal cosa.

Mia le sujetó el rostro con las manos.

—Escribirás algo precioso y cierto. Y yo lo leeré, y viviré.



Dejaron la ropa tirada en la hierba para sumergirse por la orilla pedregosa. Era el tipo de día brillante, amarillento por el sol, y que parecía que duraría para siempre. Durante unas horas, no tendrían que pensar en qué les aguardaría en el futuro.

Nathaniel fue el primero en meterse en la orilla. Las truchas azules se alejaron a toda velocidad salpicando agua cuando se lanzó al agua con un grito. Mia se rio y aplaudió su valentía. Era perfecto, y durante un día, aún era suyo.

—Métete —le gritó Nathaniel—. ¡Sé valiente!

Pensó en las veces en que había sido valiente. Cuando atravesó el bosque para ver la obra que había en el parque del pueblo en una noche de verano; cuando le preguntó a su madre si podía visitar el castillo y comenzó a leer; cuando rompió el cerrojo de la puerta del establo y corrió por la ruta 17. Tienes que perder algo para ganar otra

cosa. Era la razón por la que tanta gente se quedaba, incluso mucho después de que supieran que deberían irse.

Mia se metió en el agua. La última vez que haces algo siempre es doloroso, sin importar lo precioso que pueda ser. «La última vez que di un paseo contigo, que dormí junto a ti, que te amé, que hablé contigo, que te dije la verdad. La última vez que te vi». No le contaría lo de la niña, y él no se daría cuenta. Verían lo que deseaban ver, solo el uno al otro. Los pájaros estaban callados, y el mundo parecía haberse detenido cuando Mia se lanzó hacia el agua. Nathaniel la acercó hacia él y la besó de forma temeraria, como si el mundo estuviese a punto de acabarse, pero no era cierto. Lo único que se acababa era su historia.



Mientras caminaban de vuelta, Mia le preguntó si podían ir a visitar Blackwell, el pueblo que tan bien había conocido cuando era joven.

—¿Estás segura de que no te entristecerá al recordar a tu madre? —le preguntó Nathaniel.

—No podemos estar seguros de cómo nos sentiremos.

Mia le dio un beso por su consideración, pero mantuvo la razón de su petición en secreto. Caminaron por las carreteras y pastos que se convertirían en la ruta 17, después de que talaran todos aquellos árboles y echaran el asfalto. Justo antes de salir del bosque, Nathaniel hizo parar a Mia con una mano en el brazo. Él señaló con la cabeza hacia una cañada entre las sombras. Allí había un zorro, una señal de buena suerte. Se dieron entonces la mano y entrelazaron los dedos. Mia agradeció tener la capacidad de sentir una cosa, pero fingir que sentía otra completamente diferente. Aquello lo había aprendido en la Comunidad. Y sabía también cómo evitar llorar.

Por fin, llegaron al sitio en el bosque desde el que Mia y su madre habían visto la representación de la chica ahogada a la que llamaban la Aparición.

—¿Volvemos? —preguntó Nathaniel, que notó la tristeza en los rasgos de Mia.

—No, no. Ya casi hemos llegado.

Enseguida llegaron al centro del pueblo, el lugar donde Joel había

expresado que deberían haber dejado a Mia cuando nació. Al otro lado estaba la biblioteca, con su fachada de ladrillos y las torres.

Mia miró a Nathaniel con los ojos resplandecientes.

—Allí es donde encontré tu libro.

—Sin querer —le dijo—. Quizás cualquier libro habría servido igual.

—No, estaba destinado a ser ese. Estabas destinado a ser tú.

Mia sugirió entrar en la biblioteca, ya que deseaba pasar un rato a solas con sus recuerdos. Señaló la parte más alejada del parque.

—Durante los mercadillos, montábamos el puesto allí y vendíamos tomates y manzanas. No he vuelto a comerme una manzana desde entonces.

Nathaniel se sorprendió.

—Entonces te estás perdiendo algo increíble.

Mia se rio cuando vio la expresión de preocupación en su rostro.

—He sobrevivido sin comer manzanas —le aseguró.

—Los puritanos creían que las mujeres debían ser subyugadas porque Eva se comió la manzana y cometió el pecado original —le dijo Nathaniel—. Deberías comerte una manzana todos los días para fastidiar a los idiotas que pensaban aquello.

—Preferiría que me dieran un beso —le dijo Mia.

Nathaniel accedió encantado, y lo hizo allí mismo, en la calle principal, a pesar de que había varios transeúntes que se giraron para mirarlos boquiabiertos. Accedieron a encontrarse en el centro del parque, y Mia deambuló por la calle principal hasta que estuvo segura de que Nathaniel había entrado a la biblioteca. Entonces, se encaminó hacia su destino. La oficina del *sheriff* estaba exactamente donde se había encontrado la comisaría de policía cuando Mia había vivido allí, aunque era algo más pequeña. En el interior hacía frío. Tanto el *sheriff* como su ayudante alzaron la mirada.

—¿Podemos ayudarla? —le preguntó el *sheriff*.

—Gracias por preguntar —le dijo Mia—. Ahora mismo no.

El *sheriff* la miró con curiosidad.

—¿Es usted de por aquí?

—Lo fui —le dijo Mia, y aquello era cierto—. Pero ya no lo soy.

Cuando los hombres se giraron, Mia deslizó un sobre sobre el mostrador para que lo encontraran más tarde, o quizás al día

siguiente. Sería entonces cuando los necesitaría, cerca de Hightop Mountain.



Nathaniel estaba sentado en un banco cerca de un gigantesco olmo que para cuando Mia naciera, no existiría, ya que lo invadiría la grafiosis del olmo. Tenía los brazos extendidos, y el rostro en dirección al sol. En ese momento estaba en paz, no era el hombre atormentado que había sido en una ocasión. Estaba allí, y en ningún otro lado, y se sintió feliz cuando abrió los ojos y vio a Mia frente a él.

—Tengo un regalo para ti —le dijo. Se sacó una manzana del bolsillo de su abrigo negro—. Tu primera manzana, pero no la última.

Mia se sentó junto a él, y Nathaniel la observó darle un bocado. Lo maravilló lo incierta que parecía, como si estuviera aceptando el regalo de una serpiente, en lugar del hombre que la amaba. *Eva mía*, pensó. *Querida mía, que me has enseñado todo lo que necesitaba saber*. Se preguntó por qué la Eva original no había sido felicitada por el conocimiento que le había concedido a la humanidad, y por qué no se la honraba en lugar de olvidarla y despreciarla.

—¿Qué tal? —le preguntó a Mia, y ella le ofreció la manzana para que le diera un bocado.

—Lo mejor que he probado nunca —admitió.

Sabía que era una Look-No-Further, la variedad que habían tenido en la granja, en el vergel en el que su madre había estado trabajando, en el que trasportaba una cesta llena de manzanas a través de la maleza y las flores silvestres, y en el que había visto el precioso mundo por última vez.



Aquella noche, dejaron la ventana abierta para poder escuchar el lento canto de los grillos mientras se abrazaban. Agradecían poder estudiarse el uno al otro, y así lo hicieron, memorizando cada rasgo, las rodillas, los codos, la garganta, las heridas. Amaban y eran amados. Mia pensó en todos los años en los que creyó que jamás sería capaz de amar a nadie, pero allí estaba. No solo tenía corazón, sino

que ya se le estaba rompiendo.

—¿Quieres que te diga los nombres de tus hijos? —le preguntó a Nathaniel

Quería darle un último regalo antes de marcharse, pero cuando se lo ofreció, Nathaniel supo que Mia no se quedaría. Era una forma de despedirse, de decirle que él experimentaría algo que ella no vería. Nathaniel asintió y la abrazó con fuerza.

—Una, Julian y Rose.

Nathaniel tenía un nudo en la garganta, y no podía hablar. Eran, de hecho, unos nombres preciosos.

—Serán perfectos —le dijo Mia—. Los querrás más que a ti mismo.

—¿Lo haré? —consiguió preguntar. Nathaniel sabía cómo eran los finales de las historias, y que había escrito suficientes como para saber que aquél era el final de la de ellos.

—Los adorarás. Escribirás sobre ellos, y sobre cómo la paternidad te sorprendió y te cambió.

—Supongo que sorprende a todo el mundo.

—Tú no eres todo el mundo.

Los ojos de Nathaniel eran ahora de un profundo color gris, más oscuros de lo que jamás los había visto. Los de Mia, sin embargo, seguían algo pálidos. Era una sombra de sí misma. Nathaniel podía sentir cómo se desvanecía; casi no pesaba nada. Era un fantasma de lo que había sido, y lo sería hasta que regresara a casa. A Mia le alegraba el hecho de que volvería antes del final; así no tendría que ver cómo se enamoraba de otra persona.

—Tu esposa será la mujer perfecta para ti.

—Tú eres perfecta para mí —insistió Nathaniel, convencido.

—Si has amado una vez, puedes volver a hacerlo —le dijo Mia—. Sé que la amarás. —Nathaniel se tapó los oídos para no escuchar nada más, pero Mia se rio y le apartó aquellas grandes y preciosas manos de las orejas para que pudiera escucharla—. Te prometo que serás feliz. He visto tu futuro.

—Y, ¿qué hay de ti? —le preguntó, aunque no estaba seguro de cuál quería que fuese la respuesta. Quería que lo echara de menos, y la quería para sí mismo.

Mia le acarició el pelo. Elizabeth tenía razón: si le decía la verdad, jamás la dejaría marchar. Mia le pondría el nombre de su hermana a

su hija, la llevaría a visitar bibliotecas tal y como Constance había hecho con ella. «Aquí yacen mil puertas diferentes, mil vidas diferentes. Pasa la página, y abrirás una puerta».

—Yo también seré feliz.

Casi era de día cuando Nathaniel se quedó dormido. El cielo aún estaba oscuro cuando Mia salió de la cama para vestirse. Distinguió el cuaderno de Nathaniel sobre el escritorio. Había hecho una lista de palabras, una página con colores, otra con árboles, otra con su nombre escrito un centenar de veces, como si fuese un mantra. La magia existía, especialmente una vez que Nathaniel comenzaba a escribir. Lo leyó hasta llegar a una página con una sola frase: «No había sido consciente del peso con el que cargaba hasta que fue libre». Aquella era la frase que había desaparecido del libro. Ya no era invisible, estaba volviendo a existir. Mia sabía que toda historia contenía las mismas cosas: el principio, el medio y el final. Lo que no había sabido es que el final llegaba antes de que te dieses cuenta, tan rápido que lo único que podías hacer era respirar.

Dejó la carta de Ivy en el escritorio. Su mayor tesoro sería su mayor regalo. Nathaniel tenía las palabras, pero no la historia, así que se la regaló. Esa era la razón por la que se sentía tan identificada con *La letra escarlata*. La historia comenzaría con una mujer a la que no se le permitía tener el control de su propio cuerpo ni su propio destino. Ocurría continuamente. Ocurría en la colina de los entierros en Salem, un lugar que los hombres no conocían, y también ocurría durante la época de Mia. En la historia, habría un hombre que no tenía el coraje de declararse, y otro al que no le importaba arruinar a una mujer. Pero también habría un amor que no podía romperse, y el amor jamás era invisible, era el corazón de la historia: el amor de una madre por su hija.



Nathaniel supo que se había marchado incluso antes de abrir los ojos. La cama era pequeña, y dado que estaba solo, ocupaba todo el espacio. Se preguntó cómo había podido caber Mia allí, a su lado. Se preguntó cómo no podía haberla escuchado marcharse. Algunas cosas estaban destinadas a ocurrir, y otras no. Eso era lo que su hermana

siempre le decía.

Las sábanas aún olían a Mia, a su aroma a hierba que le hizo anhelarla. Había dejado una carta sobre el escritorio, y había escrito una sola frase en el sobre: «Te quiero lo suficiente como para dejarte marchar».

Imaginó el futuro que le aguardaba: una esposa y tres hijos. Una vida que no estaba destinado a tener. Ama una vez, y podrás amar de nuevo. Abre tu corazón, abre los ojos, agradece lo que has tenido. En este mundo nada era seguro, nada duraba, y, aun así, lo importante siempre permanecía. Lo que era eterno no podía ser capturado, pero titilaba en la oscuridad junto a ti, el recuerdo de todo lo que había sido en una ocasión.

Nathaniel recordaba mirar por la ventana cuando tenía nueve años. Ese día, se sintió igual que se había sentido en ese momento, dado que era parte del mundo, pero se encontraba separado de él. Aquello es lo que significaba ser un escritor. Miró hacia la luz que se abría paso por encima de la copa de los árboles. Quizás podría haber seguido a Mia, pero sabía que era imposible. Aún tenía el corazón de la manzana sobre su escritorio, con los pequeños mordiscos que le había dado.

En solo unos instantes, se haría de día. El mundo se llenaría de luz, y él estaría allí para documentarlo. Se apoyó contra los pilares de hierro de la cama y leyó la carta. En cuanto lo hizo, supo que aquella era la historia que había estado buscando. Una joven mujer, rechazada por aquellos más cercanos a ella por querer tomar sus propias decisiones. Imaginaba que la Comunidad no sería muy diferente a los puritanos, la sociedad de la que salía su propia familia, y quienes creían que era la voluntad de Dios que las mujeres fuesen sumisas, e insistían que el pecado de Eva debían pagarlo todas ellas. Una carga que siempre llevaría, una que hablaba sobre la debilidad moral de las mujeres. Nathaniel pensó en la crueldad y el amor, en las elecciones que las mujeres hacen y las que son forzadas a tomar. Leyó la carta de Ivy, pero para él, era mucho más. Era el libro que debía escribir.

Cerró los ojos y trató de imaginar a Mia como la había visto por primera vez, dormida sobre la hierba. Escuchó los pájaros fuera de su ventana, los vencejos, golondrinas y gorriones que anidaban en los socarrenes de la taberna de Jack Straw. Nathaniel pensaría en aquella

novela durante años, y después, la escribiría de verdad. Compondría *La letra escarlata* como si fuese un hombre al que habían poseído, y la acabaría en solo unos meses. Tras la publicación de la novela, en marzo de 1850, después de ser subestimado y considerado un escritor de segunda, se convertiría en el autor de un superventas instantáneo. Un crítico diría que la novela era «un cuento nacido de un corazón culpable», y quizás aquello era cierto. Era, a la vez, su carga y su disculpa. Se haría con la primera copia que fue publicada, iría a la biblioteca de Blackwell, y se sentaría en una de las largas mesas para escribir una dedicatoria antes de dejar el libro en uno de los estantes más altos.

Para Mia. Si todo esto fue un sueño, era solo nuestro, y tú eras mía.

En ese momento, se vistió y se sentó en la silla de madera del escritorio. El final de una historia era el principio de otra. Siempre había sabido que aquello era cierto. Muy pronto el cielo se iluminaría, los pájaros comenzarían a cantar fuera sobre los arbustos mientras el amanecer aparecía sobre el horizonte. Ya era el próximo día, el principio del futuro. Le dio la espalda a la ventana. El mundo entero estaba allí fuera, pero también en el interior de esa habitación. El mundo entero estaba en la punta de sus dedos. Fue entonces cuando comenzó a escribir.



Mia se abrió paso por el bosque, uno que conocía a la perfección. Había arbustos cargados de zarzamoras en el mismo lugar que habían estado cuando era niña. Las mujeres solían recoger las moras para hacer pasteles, y después los vendían en el mercadillo. Los niños siempre suplicaban probarlas, pero Joel no creía en los dulces, ni en consentir a los niños, ni en tener favoritos. Tan solo había creído en sí mismo.

Cuando Mia salió del bosque, observó la maravillosa vista que se correspondía a la escena del dibujo que tenía guardado en el bolsillo de la falda. La acuarela que había pasado de generación en generación, y que era una representación perfecta de las montañas y

de la tierra intacta que rodeaba los picos. Mia fue hacia el viejo establo, que había sido construido por los primeros colonos, y se usaba para guardar la paja. Era el mismo establo en el que solía ir a leer, y se conocía todos sus escondites, así que guardó el dibujo bajo un tablón suelto. Después, salió afuera y esperó. Sabía que estaría allí cuando considerase. La haría esperar, pero no le importaba. Ya llevaba mucho tiempo esperando.

Joel subió por la colina cuando la luz comenzó a rasgar el cielo en dos. Tenía el libro en la mano, pero también un rifle que había comprado en la tienda del pueblo.

—Por si acaso —le dijo cuando le mostró el arma—. Serías estúpida si confiaras en mí, pero yo también sería un estúpido al confiar en ti. Le has hecho algo al libro. —Se lo lanzó—. Lo has hechizado de alguna manera, porque está desapareciendo. ¿Nos llevará de vuelta aun así?

Cuando Mia lo abrió, vio que la mitad de las palabras habían desaparecido.

—Las palabras volverán cuando me marche.

—Cuando *nos* marchemos —le recordó Joel—. No voy a quedarme aquí, voy a volver a mi granja. —Apuntó al suelo con el rifle—. Arrodíllate. No voy a irme a ningún sitio hasta que no tenga el dibujo.

Mia se arrodilló ante él sobre la hierba. Aquello era lo que había hecho el día en que quemó sus libros, cuando la encerró en el establo y cuando le cortó a su madre su largo pelo negro.

Los gorriones volaban por encima de ellos. Se escuchó un silbido lejano; no era de un pájaro que cantaba, sino un hombre que llamaba a un perro en alguna de las granjas cercanas. El collie se había despistado, y en ese momento comenzó a trotar hacia ellos a través de la hierba alta. Se acercó a Joel, ladrándole como un loco. Había perros como aquel por todas partes en las Berkshires, conocidos por su lealtad inquebrantable. Aquel odió a Joel de inmediato, y él alzó el arma.

Mia se levantó y agarró al perro del collar, que era más bien un trozo de cuerda.

—Quédate aquí, chico —le dijo.

No quería que nada interfiriera con su plan. Había dejado escondidos junto al dibujo sus pendientes de oro, así como un tintero

de plata de la posada. Quería asegurarse de que cuando el *sheriff* llegase, estuviese atrapando a un ladrón. Ya habrían leído la nota que le había dejado, y era muy posible que Joel fuese arrestado para el final de aquel día.

Encuéntrelo donde lo he dejado en el establo
y hallará lo que ha robado el ladrón. Tenga cuidado, es peligroso.

—No nos queda mucho tiempo —le dijo a Joel—. El dibujo está en el establo.

—No juegues conmigo. ¿En qué parte del establo?

—Debajo del tablón suelto, al fondo. Donde escondía mis libros.

—No te muevas —le advirtió.

Pero una vez que Joel entró a buscar el dibujo, Mia soltó al perro y corrió hacia la puerta del establo. Había hecho mal en confiar en ella, en pensar que seguía siendo la chica que hacía lo que se le ordenaba. Deslizó el pestillo de madera, usando todo su peso para ser capaz de encajarlo. Era un cerrojo fuerte, mucho más nuevo que el que había cuando Mia había escapado. Escuchó los gritos de Joel desde dentro. Eran tan fuertes y violentos que asustó a los mirlos que había en los árboles. Le gritó lo que le haría cuando escapara, pero tras bajar por la colina, Mia dejó de oírlo. Ya no tenía que escucharlo. Nadie tendría que hacerlo.

El año en que cumplió quince años, podría haberse ahogado, su cuerpo podría haber sido arrastrado a la orilla por los mismos hombres que habían cargado con el cuerpo de su madre a través del campo. Podría haber sido invisible, haber sido enterrada tras la valla de alambre. Pero aquello había ocurrido hacía una eternidad. Tendría la vida que había escogido, la que su madre había querido para ella, tal y como ella querría para su hija.

Mia alzó la mirada hacia la montaña. Se había levantado viento, y las nubes se movían a través del cielo. ¿Cómo era posible que no se hubiese fijado nunca en lo bonito que era aquello? Años más tarde, Carrie descubriría el dibujo en el viejo establo que había heredado y se convertiría en una pintora, e insistiría en que debía de haber sido ya una artista en otra vida. La Comunidad se formaría, Ivy Jacob la encontraría una noche en la que no sabía a dónde ir, y Mia viviría

parte de su vida allí, y recordaría haber sido amada por alguien desde el principio. «Lo mejor que me ha pasado jamás eres tú», le había dicho en voz baja Ivy aquella noche en el bosque, cuando fueron invisibles.

Mia deseaba que su madre pudiese haber visto lo bonito que era aquel sitio antes de que los edificios chapuceros y los establos lo arruinaran con la valla de alambre para mantener a los lugareños fuera, y a los miembros de la Comunidad dentro. Deseaba poder agradecerle a Ivy que la hubiese dejado entrar en la biblioteca, que le hubiese contado historias en el bosque y que hubiese querido algo más para ella. Ahora, Mia quería que su propia hija conociese un mundo en el que pudiese ir a la escuela, viajar ella sola en tren, caminar por las calles de la ciudad en las noches de verano y leer cualquier libro que quisiera de los estantes de una biblioteca.

El otoño llegaría pronto, la época en la que Mia siempre observaba los árboles en busca de las primeras hojas rojas. Por fin, llegó al sitio donde estaría el cementerio. En ese momento era tan solo un trozo de tierra plagada de milenrama y moras, hisopo y cebollino silvestre, así como los primeros helechos que, algún día, llenarían todo aquello. El campo de alrededor estaba lleno de girasoles, y Mia solo podía escuchar el sonido de las abejas. Agradecía la sombra de las gigantescas hayas, así que se sentó entre unos helechos y apoyó la espalda contra el tronco de los árboles. Pensó en el día en que creyó que sería su último día en la tierra. Qué suerte había tenido de haber entrado en la biblioteca, y qué agradecida estaba de tener ese libro ahora en sus manos.

El mundo se despertaba lentamente, y entonces, lo hizo de repente. El canto de los pájaros, el zumbido de las abejas, el viento entre los árboles. Mia escuchó los caballos de una granja cercana. El perro corría de vuelta a casa a través del campo, pero entonces la vislumbró y se acercó a Mia en un torbellino de blanco y negro. Era de la misma raza que siempre se encontraría en Blackwell, el tipo de perros que habían estado en la granja: inteligentes, fiables, siempre leales, y no necesitaban demasiada atención. La noche en que huyó, ninguno de los perros ladró. Siempre le habían permitido ser invisible, y había podido comenzar de nuevo su vida. Aquella sería la tercera, la que debía llevar, la que siempre había estado destinada a vivir.

—Hola, chico —le dijo Mia al collie cuando se acercó a saludarla.

El perro la olfateó con curiosidad, pero entonces escuchó el silbido de su dueño cerca de allí, así que echó a correr sobre la hierba. Mia entendió por qué su madre llegó a pensar que al llegar allí, había llegado al oeste de la luna. Al oeste de la luna, donde viajabas para encontrarte con la persona a la que amabas, la que jamás olvidarías. Mia quería recordarlo todo para cuando se marchara. Quería recordar cómo de fría estaba el agua en el río, cuánto habían durado sus besos, cómo de rápido habían cantado los grillos hasta que dejó de ser una canción, y se convirtió en el increíble repique del fin del verano. Siempre agradecería el momento en que había encontrado el libro de Nathaniel en la biblioteca, lo había leído en el establo y había entrado a un mundo hecho de papel y tinta. La suerte puede adoptar muchas formas, y ella llevaba la suya consigo en forma de libro.

Érase una vez, le diría a su hija, una mujer que te quería más que a nada. Más que a su propia vida. Te quería lo suficiente como para encontrar aquello que nos espera, sin importar lo que sea, ni dónde esté. Podemos ir tan lejos como nos haga falta, incluso si es al oeste de la luna. A veces, huir es la decisión más valiente que puedes tomar. Cuando llegues allí, sabrás dónde estás.

AGRADECIMIENTOS

Gracias infinitas a Amanda Urban, Ron Bernstein, Marysue Rucci, Libby McGuire y Dana Trocker.

Gracias a Nicole Dewey.

Gracias, Andy Jiaming Tang.

Gracias al equipo de Atria Books.

Mi más sincero agradecimiento a los amigos que me vieron mientras escribía este libro, especialmente a Jill Karp, Diane Ackerman y Laura Zigman.

Gracias, Nina Rosenberg, por una vida entera llena de sábados.

Gracias a Madeleine Wright por su ayuda en todos los ámbitos.

Gracias a los pilares de mi vida, Madison Wolters, Karina van Berkum y Deborah Revzin. Y también al miembro honorífico, David Revzin.

Muchísimas gracias a Megan Marshall por su lectura tan temprana de este libro.

Gracias a Stephen King.

Gracias al personal de el Old Manse en Concord, y a los empleados de la Casa de los Siete Tejados en Salem.

Muchísimas gracias a todas las librerías que han apoyado mi trabajo desde el principio.

Mis más sinceras gracias a los bibliotecarios que me permitieron llevarme tantos libros como quería.

A mis lectores, mi gratitud eterna.

A mi madre. Ahora sé que el amor que había entre nosotras jamás fue invisible, aunque no pudiera verlo. Ahora lo veo.